

PIETRO UBALDI

***PROBLEMAS
DEL FUTURO***

El Problema Psicológico, Filosófico y Científico

TRADUCCION DEL ITALIANO:
NESTOR IVÁN GUERRA BOSCÁN

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

- I.- LA VERDAD
- II.- LA PERSONALIDAD OSCILANTE Y LA VISIÓN DE OTRAS VERDADES
- III.- EXPERIENCIAS EN BIOLOGÍA TRASCENDENTAL
- IV.- UN CASO VIVIDO
- V.- LA ECONOMÍA SUPERNORMAL
- VI.- LUCHA Y SELECCIÓN
- VII.- EL MÁS FUERTE
- VIII.- LA METAMORFOSIS
- IX.- LA TÉCNICA DE LA EVOLUCIÓN
- X.- EL PENSAMIENTO CREATIVO
- XI.- LIBRE ALBEDRÍO Y DETERMINISMO
- XII.- EQUILIBRIOS
- XIII.- EVASIONES
- XIV.- INFIERNO Y PARAÍSO
- XV.- DIOS Y UNIVERSO (PARTE I)
- XVI.- DIOS Y UNIVERSO (PARTE II)
- XVII.- LAS ÚLTIMAS ORIENTACIONES DE LA CIENCIA

XVIII.- EL “CONTINUO” ESPACIO-TIEMPO Y LA EVOLUCIÓN DE LAS DIMENSIONES

XIX.- EL ESPACIO CURVO Y SU EXPANSIÓN

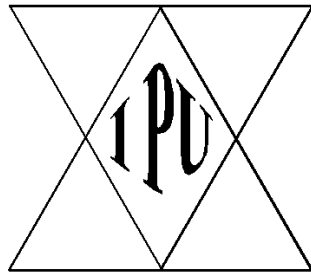
XX.- CON LA CONCIENCIA HACIA LO INCONCEBIBLE

XXI.- LA CIENCIA EN EL DESCUBRIMIENTO DE DIOS

XXII.- EL DRAMA DE QUIEN CREE

PIETRO UBALDI Y SU OBRA

**INSTITUTO PIETRO
UBALDI
DE VENEZUELA**



www.ubaldi.org.ve
info@ubaldi.org.ve

INTRODUCCIÓN

Comenzando este volumen que se abre sobre el umbral de la III trilogía, es necesaria una pausa para orientarnos. Cada volumen es una etapa, cada trilogía es un giro en la maduración del destino de quien aquí escribe, en el desenvolverse de su pensamiento trazado en estos sus libros, en el paralelo desarrollo del pensamiento de la vida expresado, como ella suele hacerlo, en acciones, en el actual momento histórico. Detengámonos, pues, para orientarnos en relación a estos tres aspectos. Es lógico que ellos estén conectados, ya que avanzan en sintonía y por lo tanto se desenvuelven retumbando con resonancia, como una sinfonía, en el más unitario sentido de la vida, que además de ser afirmado, es algo que aquí, como cada una de las palabras, ha sido profundamente vivido.

El encuadre formal de los seis volúmenes que componen las dos primeras trilogías hasta éste, ya se realizó en el prefacio del resto, el anterior: “la Nueva Civilización del III Milenio”. Lo repetimos aquí para el nuevo lector que todavía no conoce el argumento. La primera trilogía comprende: 1-) Los Grandes Mensajes y La Gran Síntesis; 2-) Las Noures; 3-) Ascensión Mística. La segunda trilogía comprende: 1-) Historia de un Hombre; 2-) Fragmentos de Pensamiento y de Pasión; 3-) La Nueva Civilización del III Milenio. La tercera trilogía se inicia con: 1-) Problemas del Futuro. En el Cap. XVIII del volumen anterior ha sido sumariamente explicado el significado de estas etapas.

El autor es un viandante de la vida, una vida en ascensión en la cual él sube trabajosamente de grado en grado. En esta ascensión él realiza una apocalíptica serie de experiencias espirituales en el mundo biológico que se le muestran tan graves y decisivas, que de tal manera lo asombran por su trascendencia de la vida común, que no puede escapar a la necesidad de analizarlos. Si cada palabra por él escrita ha sido luchada y sufrida por él, se comprende cómo detrás del desarrollo de un pensamiento constreñido en forma racional, se sienta el desenvolverse de un destino, y cómo la batalla de los conceptos, haya sido primero batalla de pasión. Se podría decir entonces, que cada palabra está aquí vibrando por la lucha y sangrando de dolor. En el fondo se trata de una biografía vista en profundidad, de un caso vivido en el cual es la vida la que habla y se revela a uno, pero para todos. Siendo la vida la que habla, es natural que este pensamiento esté conectado también a las manifestaciones históricas de ésta, pues que ella es siempre una, estrictamente unitaria.

Ya dijimos en la conclusión de la anterior II trilogía, que el ciclo de la primera es explosivo, y que el de la segunda es reflexivo. Es la asimilación que sigue a la inspiración. Ha sido un replegarse sobre sí mismo para comprender mejor la primera impetuosa revelación, para disciplinarla racionalmente, para mí y para los demás. Asimilación necesaria para poder seguir ascendiendo, después de ser racionalmente consideradas y consolidadas las posiciones alcanzadas por inspiración. Fue demasiado rápido e impetuoso el paso hasta la “Ascensión Mística”. Era necesario

disciplinarlo y encuadrarlo todo hasta este misticismo. El filósofo no encontrará en este camino la exposición sistemática. Mas ésta fue evitada para que la vida con su dinamismo hablara y no un cerebralismo, artificioso constructor de sistemas. La organicidad más que los esquemas conceptuales de la exposición está en la sustancia del argumento, en el colocar siempre por delante la tan elocuente estructura orgánica del universo. En el fondo es el mismo proceso evolutivo que ha hablado en muchos otros, como por ejemplo en Beethoven, llevándolo a la novena sinfonía, y en Wagner, guiándolo hacia el Parsifal.

Este proceso evolutivo implica la retoma de las motivaciones de la primera exposición sólo sintéticamente expresadas, para proceder a su desarrollo analítico. Por esto el volumen precedente: “La Nueva Civilización del III Milenio”, tiene por subtítulo: Análisis y Desarrollo de “La Gran Síntesis”. Esta “La Gran Síntesis”, como escrito inspirativo, permanece siempre como fundamental, pero parece cada vez más antes bien un esquema, que un verdadero concluyente tratado. De allí la necesidad de desarrollarlo, de proceder más allá de su vastedad sintética, también en profundidad analítica.

Las características de la III trilogía solamente serán totalmente evidentes cuando el proceso esté realizado. Únicamente podemos preveer en conjunto lo que la vida querrá decir en esta dada fase de su caso. Cierto es que este primer volumen de la III trilogía se inicia con un retorno a “La Gran Síntesis”, con un replegarse reflexivo sobre su parte más difícil que es la inicial, la científica. La mochila del autor como viandante de la vida se ha cargado cada vez más de experiencias. Él está cansado de logomaquias y tiene prisa por concluir la demostración de la doctrina de “La Gran Síntesis” con pruebas resolutivas. Siente toda la vanidad y la corrosión de las polémicas filosóficas, religiosas y busca lo sólido para dar al involucionado la sacudida decisiva en el momento histórico decisivo. Por ello se dirige a la ciencia. Por esto el autor toma el motivo de la vida desde abajo, desde la psicología del hombre y desde allí desarrolla el presente volumen.

Pero el camino va siempre también aquí, como va la vida, de la materia al espíritu. Por consiguiente, el presente libro, al igual que los otros, no es más que una distinta sinfonía de la ascensión. A pesar de tomarlo desde abajo, el trazado es siempre el mismo. Por lo tanto, aún cuando no se pueda exactamente preveer el contenido de esta III trilogía, pues que la vida habla con los hechos y su palabra se expresa concreta en formas vividas, sin embargo la lógica de desarrollo y presentimiento de intuición dicen que, si la nota dominante de la I trilogía fue: explosión, y la II fue: asimilación, de esta manera la de la III será: sublimación.

Dados estos grados de desarrollo, es natural que la nota inspirativa haya dominado en el primer tiempo (I trilogía). De allí la calificación de médium, ultrafino, inspirado y místico aplicada al autor. En verdad él habló en nombre de otra personalidad en forma ultrafánica en “Los Grandes Mensajes” y en “La Gran Síntesis”. En su 2º volumen: “Las Noures” él rápidamente pasa a observarse a sí mismo para

comprender el fenómeno inspirativo y sus consecuencias, para que todo quedara controlado con plena conciencia y responsabilidad. Pero el impulso de la explosión no podía dejar de llevarlo prontamente hasta el 3º volumen: “Ascensión Mística”. En un segundo tiempo (II trilogía) la nota inspirativa, tratándose de un período reflexivo, se amortigua y con el 1º volumen aparece un replegarse auto-biográfico (“Historia de un Hombre”) en el cual el autor se busca a sí mismo. El 2º volumen es un resumen en colección del pensamiento disperso en artículos que aparecieron en revistas; y el 3º es una retoma y un desarrollo de los problemas más humanos de “La Gran Síntesis”, decisivamente apuntando hacia la meta de toda la Obra, que es la Nueva Civilización del Espíritu, gran motivo anteriormente solamente señalado. Repliegues necesarios, retomas sin las cuales el desarrollo no sería posible, método conscientemente querido incluso si puede parecer al lector superficial repetición.

De esta manera cada volumen, significando una etapa del camino, expresando una fase de vida a la cual adherirse, tiene su característica que lo distingue, como ocurre por ejemplo con las sinfonías de Beethoven. Así el tercer tiempo (III trilogía), que podríamos llamar de sublimación, se inicia con este 1º volumen en el cual primero ahondamos en el examen de la personalidad humana, ya comenzado en el anterior, se aboca después a la ciencia de la materia para llevarla finalmente a la fe y al espíritu, siguiendo una ultramoderna renovación que aquí la hace no ya materialista, sino que con ella llega a una más profunda visión del universo, se entona el gran motivo de la sublimación que tendrá que ser el final místico de toda la Obra, en los volúmenes subsiguientes. Final místico de la Obra, el cual para el autor significa última sublimación de su destino y para el mundo el despuntar del alba de la Nueva Civilización del Espíritu. En estas tres formas estrechamente conectadas: exposición conceptual, caso individual de evolución espiritual y ascensión colectiva del hombre, la vida habla expresando el mismo pensamiento. Vale decir, en la tempestad de los conceptos, en el drama de pasión y de dolor de quien escribe, así como en las luchas del mundo, la misma ascensión, la catarsis creativa que de la materia lleva al espíritu, la sublimación en el dolor que redime.

* * *

En esta curva de la vida del autor, de la Obra que es su producto y del destino del mundo, tres hechos sintonizados en el mismo ritmo ascensional, es necesario profundizar los conceptos expuestos arriba con coraje y sinceridad, para beneficio de todos. ¿Qué significan estos sus tres aspectos, esta sublimación que caracteriza la III trilogía? Comencemos por el primer aspecto.

Para el autor esto significa tomar cada vez más conciencia de su destino, lo que significa apretar siempre más el contacto con lo infinito. Es la realización de la catarsis. Desde hace muchísimos años el misterioso proceso biológico de la maduración se ha encaminado sin ser visto y sin ser comprendido desde lo exterior, a

través de una profunda y lacerante maceración, bajo múltiples formas. Trabajo intenso, dolor, renuncia, pobreza. Un continuo apartarse de sí mismo, de todo lo que es humano, la propia carne viva arrancada pedazo a pedazo, lentamente para no terminar muerto. Y a esto se agrega la vestimenta exterior del imbécil que no sabe llevar sus negocios, la máscara del hombre educado que debe sonreír para no perturbar, pero que internamente sigue un progresivo aclararse de la conciencia de su destino, un creciente sentido de misión, un afirmarse sobre el plano del espíritu. La gran experiencia evangélica de la cual nacieron los anteriores volúmenes, no fue para el autor mera literatura, sino un hecho vivido y por lo tanto cargado de frutos vivos. Él, que había tratado en vano de sacudirse del peso de la riqueza como de un estorbo para avanzar, se encontró con el siguiente dilema: o atender sus negocios, o renunciar a su misión. Conciliar dos cosas de las cuales cada una le exige de por sí todo al hombre, era imposible. Y el sentido de la misión a cumplir se aclaraba y gritaba cada día más fuerte. Necesitaba entonces abandonar sus intereses materiales a merced del asalto de todos.

O salvar los valores del espíritu, o los de la materia. He allí el dilema. Ahora, dado que en nuestro mundo se encuentra siempre preparado aquel que quiere quitarnos todo apenas esto no sea defendido, y dado que es imposible confiar en los demás, pues quien sabe hacer negocios en general los hace solamente para sí mismo, ocuparse de los valores del espíritu tenía un significado: pobreza. Era necesario escoger. Vivimos en un mundo en el cual los involucrados son muy activos para realizar su vida con sus métodos y a cualquier precio. El hombre del espíritu aquí es un inepto al que es fácil eliminar. Entonces la escogencia se hizo y se comenzó el experimento evangélico. El autor ha podido describir en los volúmenes anteriores porque lo ha estudiado desde cerca, porque lo ha vivido. Evangelio experimental. Solamente así él puede ser comprendido verdaderamente y hacerlo comprender cuando se predica. De otra manera todo quedaría en retórica. Experimento que en verdad invierte los valores y rehace al hombre. Catarsis que penetra hasta llegar a los huesos. Es un avanzar que parece de locos, a través de las tinieblas rasgadas por el relampagueo de una luminosidad enceguecedora interior, en la cual el Evangelio desde la meta lejana nos grita: “Ocupaos de las cosas del espíritu y lo demás os será dado por añadidura”.

Entonces, si nosotros llegamos a saber invertir los valores corrientes y realmente vivir la utopía del Evangelio, entramos en el mundo del prodigio y se hace operante la ya descrita economía del evolucionado basada en la Divina Providencia. El milagro consiste en esto: que el camino que humanamente parece que tendrá que terminar en la desesperación de la miseria y del hambre, desemboca en cambio en un confiado abandono en Dios; abandono confiado no solamente por la fe, sino por pruebas experimentales que con los hechos demuestran a la razón que el apoyo para quien verdaderamente cree y aplica el Evangelio, no faltará jamás.

Cuando es superada la barrera que nos separa de la inversión de los valores corrientes, entonces se desencadena la serie de los milagros. La percepción del

mundo que nos circunda es dada por nuestra naturaleza. Si nosotros cambiamos, todo cambia. De esta manera, con nuestra ascensión en el espíritu, todo se sublimiza. Lo que primero era dolor se transforma en alegría. Entonces el trabajo, hoy debido a la máquina y a la avidez humana convertido en una condena, llega a ser un libre y gozoso acto de creación en el cual el hombre es llamado a colaborar en el funcionamiento del universo y a obrar a semejanza de Dios, imitándolo en su perenne acción creadora. Entonces toda renuncia en la materia aparece en su lado positivo, constructor del “yo”, es decir, como conquista y afirmación en el espíritu. La soledad se puebla de fuerzas amigas que nos tienden sus brazos y nos ayudan. Las pruebas se dulcifican y se hacen creadoras de nosotros mismos.

He allí las maravillas de la ascensión, el milagro experimentado por el autor. El valor de estos escritos no se basa en la novedad de los conceptos que son tan viejos como la vida, sino en el hecho de que ellos fueron experimentalmente vividos y no solamente repetidos, aunque fuera en perfecta ortodoxia de forma. En verdad América ya existía antes de que Colón la descubriera. Sin embargo ese fue en su tiempo el más grande descubrimiento del siglo. Así hoy, si el hombre verdaderamente descubriera el Evangelio, viviéndolo experimentalmente, tocándolo con las manos como hizo Colón en América, este sería el más grande descubrimiento del siglo.

Al llegar evolutivamente al plano del espíritu, se tiene la sensación de emerger de un fétido mar de fango. Libertad en lo infinito. Entonces, entre tantas dolorosas imperfecciones, se ve en cambio la alegre perfección de la obra de Dios. En el plano del universo se ve la lógica de nuestro destino y se lo acepta, pues que se constata que él lleva siempre hacia nuestro bien. Se comprende la trama sabia de la vida, se admira todo y se bendice a Dios. Ciertamente es que las pruebas permanecen, pero superándolas se comprende su sentido y su valor creativo. Entonces se adquiere un mirar profundo que ve el por qué de todas nuestras vicisitudes. Todo se revela completo, el dolor se hace instrumento de redención y cada acontecimiento se hace nuestro amigo porque es para nosotros siempre el mayor posible. El gran milagro de la ascensión es nuestra progresiva liberación del dolor y del mal. Todo asalto destructor se transforma en medio de creación. ¡Y qué fuerza en cada arremetida nos da el sufrir siempre cerca la mano operante de Dios entre nosotros inmanente!

Entonces el viandante de la vida, cargado de recuerdos en los cuales el antes vago futuro para él se ha fijado en pasado, observa y comprende. Comprende cómo cada choque ha sido productivo, como cada golpe en su reacción haya en él generado luces, como todo obstáculo lo ha estimulado y toda prueba instruido, cada vicisitud haya concluido en revancha creadora. Entonces se ama lo que antes era tan desagradable y tanto pesaba, porque ahora sabemos que todo sirve únicamente para construimos. La catarsis es de todo el ser, también de sus cualidades, de sus necesidades y deseos, incluso de su dolor. Todo en él se sublimiza, se destila, se transmuta en él y con él. Esto lo hace en verdad rey de la vida. Es la superación de todo un mundo para entrar en uno más alto. Entonces el ser es elevado hacia el Cielo

por esta su sublimación por encima de todos los males y dolores humanos. He allí el concepto dominante en la III trilogía.

* * *

En relación a este concepto observemos ahora las obras escritas, la serie de volúmenes que ha sido su consecuencia. El proceso evolutivo que se ha ejecutado en el autor produjo en él un deslumbramiento de mente, un relampagueo de conceptos que, regularmente registrados y después publicados, han dado lugar a diversas interpretaciones. Al principio, en el período explosivo de la I trilogía este relampagueo fue tan fuerte, misterioso e imprevisto, que dio el sentido de verdadera mediumnidad. El autor fue rápidamente por la humana necesidad de encuadrar, catalogado dentro del campo medianímico (Primer período de “Los Grandes Mensajes” y “La Gran Síntesis”). ¿Pero sabemos nosotros qué es en verdad la mediumnidad?

El autor mismo entonces se metió rápidamente a investigar, buscando profundizar su mirada en los abismos del misterio de la personalidad humana, que hasta hoy está bien lejos de ser plenamente conocida. De esta manera él comenzó a comprender su caso y trató de definirlo (2º volumen: “Las Noures”). Así pudo precisar que se trataba de una mediumnidad inspirada, activa y consciente. Por consiguiente nada de trance, inconsciencia o entrega pasiva del propio “yo” a una entidad incorpórea o fuerza a él extraña. Él, quedando consciente, captaba ondas-pensamiento (noures), registraba escogiendo con pleno conocimiento, como una antena que recibe porque quiere sintonizarse con la entidad que transmite, a la que él conoce y con la cual se ha libremente conectado por deseada relación de resonancia. La mediumnidad se convierte así en inspirativa, vale decir, no mediumnidad de efectos físicos, jamás practicada y siempre rechazada por el autor como barónica, sino ultrafania, sin trance pero activa y consciente. Y así quedó definido como ultrafano. Debido a esto sus escritos fueron asumidos con sospechas por la Iglesia y aceptadas, en cambio, en el campo espírita.

Pero he allí que al final del primer período, con su 3º volumen: “Ascensión Mística, el autor ya así encuadrado, supera el campo ultrafánico y, dejando atrás el espiritismo que lo había catalogado entre los suyos, se transforma en inspirado y al final en místico; es decir, entra en un campo propio, por encima de las religiones.

Los volúmenes que siguieron en la II trilogía han perdido su ropaje medí anímico, ultrafánico o inspirativo, y hablan un lenguaje normal. Así es el presente volumen. Ahora muchos se preguntan si estos nuevos libros que hablan como todos y no con tonalidad extra o superhumana, son o no inspirados. Los lectores en general están acostumbrados, como todos, al hombre normal de tipo único y constante, y por consiguiente a los encuadramientos estables, y no al tipo múltiple y en continua evolución, por lo tanto no encuadrable en esquemas fijos, como es nuestro caso.

A las puertas de esta III trilogía era necesario responder a esta pregunta aclarando varias dudas. El autor ha madurado tanto que ha completado su misticismo en la forma activa de misión, estudiando por sí mismo y con la ayuda de otros expertos en esta materia su caso que, no obstante de estar todavía lejos de tocar el fondo de un misterio que parece no tener fin, él, a través de un continuo control racional del fenómeno de su intuición y de los productos de ésta por él registrados, ha transformado su inspiración en una regular técnica de investigación a la que llama “el método de la intuición”, no teniendo este ya nada que ver con la ultrafania en trance y mucho menos con el espiritismo de efectos físicos. El objetivo de la vida del autor, como se señaló arriba, no es en verdad el estudio de los fenómenos medianímicos, y el espiritismo le interesa relativamente. Su vida es misión y su objetivo no es la experimentación espírita sino la evangélica, no es la investigación de ultra-tumba sino la ascensión espiritual. El gran problema es la conquista de la felicidad y lo que transforma todo en nosotros hacia el bien y la alegría no es el más allá sino la evolución, es la catarsis de la vida desde el plano animal-humano al superhumano. Lo que importa es la sublimación sin la cual todo queda, tanto aquí como en el más allá, ciego, bajo y doloroso. Y el espiritismo de efectos físicos se ocupa muy poco de la sublimación. Afronta problemas particulares, secundarios en comparación con el problema de ascender hacia algo mejor, de dar una contribución en la actual tremenda hora histórica por la salvación del mundo.

Si el misticismo está para el autor en el vértice de la ascensión, el método de la intuición (es decir, la inspiración reducida a método) es para él la disciplina que organiza y racionaliza la inspiración dirigiéndola metódicamente a la conquista del conocimiento para resolver los más variados problemas, incluso los de la ciencia, y esto con la finalidad de mejorar al hombre para su bien. La sublimación se efectúa pues, por dos canales: el del sentimiento llevado al misticismo; el de la mente llevada a la disciplina orgánica y racional de la inspiración: es decir, disciplina de la técnica receptiva después de haber hecho su análisis, y organización de una doctrina racional con los datos obtenidos por inspiración. En este trabajo múltiple y complejo se realiza para el orden su misión. Con el progresar de su maduración, mientras por un lado se sublimiza como pasión en el misticismo, por otro lado él tiene un mayor dominio de la técnica receptiva y de la sintetización orgánica y racional de los resultados, a modo de poderlos expresar en el lenguaje normal. Y esto, aunque puede no agradarle a los espiritistas, era necesario para hacer aceptables estos escritos también para la ciencia, para la cultura seria, para aquellos que tienen prevenciones anti-ultrafánicas, para aquellos que todo lo que se expresa con este ropaje inspirativo no es cosa seria ni aceptable.

Cierto es que la inspiración subsiste todavía en la II y III tercera trilogías, pero ella no se ha normalizado con el vestido común. La misma característica ya no explosiva (I trilogía), sino reflexiva de asimilación y análisis (II trilogía), lleva a esto. No por ello el autor pierde el contacto con la fuente inspirativa. Por el contrario, con su ascensión mística su contacto se ha normalizado, la sintonía se ha estabilizado, la distinción en la voz al unísono se ha hecho siempre menos sensible. La catarsis es precisamente

una sublimación también en este sentido: vale decir, una más estrecha unión con la fuente. La recepción que en el ultrafino es en general salteada e inconsciente, aquí es continua y consciente, es un coloquio, un contacto, una comunión que tiende a la unificación. La recepción aquí se convierte en oración, religión, misticismo, amor de Dios. La III trilogía que representa la fase de la sublimación, sólo puede terminar en un pleno misticismo. Así, siempre progresando, se cierra el camino iniciado con manifestaciones definidas como medianímicas, llegando a resultados que son muy distintos como técnica receptiva y están lejos como contenido, del acostumbrado mensaje ultrafónico en función de ciertas entidades. Aquí el mensaje es una obra orgánica, racional, que ya toca el octavo volumen; la mediumnidad es una misión que arremete en una dada hora histórica y toda la vida de un hombre. Como se ve, los comunes conceptos espíritas no son suficientes ya para contener estos resultados.

Llegamos aquí a una disciplina consciente y racional que criba y ordena orgánicamente los productos de la intuición. En general, todos más o menos intuye pero de modo vago y sumario, sin la crítica y la precisión de un método. En nuestro caso la intuición no solamente se hace método de investigación científicamente exacto y amplio para comprender y orientar todos los problemas del conocimiento, sino que también su natural funcionamiento por relampagueos sintéticos intermitentes es traducido en términos de argumentación continua y de análisis racional. Todo, si primero es sentido como síntesis por intuición, como conclusión y solución de problemas, debe ser después analíticamente demostrada a fuerza de lógica, para el uso de la corriente forma mental que no es intuitiva. Trabajo reflexivo de coordinación útil y necesario para hacerse comprender, precisión analítica y cultural sin la cual el mensaje inspirativo queda vago y distante. Él proviene de superiores dimensiones conceptuales. Es necesario reducirlo a nuestra dimensión racional. Trabajo primero de audición y comprensión, y después de elaboración de los datos de la inspiración; trabajo ignorado por el ultrafino común.

En nuestro caso la inspiración, si bien se puede decir que controla como guía la mente del sujeto, en verdad es por éste controlada. Más que de recepción se podría hablar en este caso de colaboración consciente por ambas partes, sin por esto desconocer cuán inmensamente más sabia y poderosa sea la fuente transmisora. Cuando se habla de que el fenómeno no es nuevo, de la unión mística y de cuán progresivamente se hace cada vez más intenso por la catarsis del sujeto, se puede comprender cómo se torna cada vez más difícil distinguir trasmisor y receptor fundidos en un mismo ritmo de pensamiento, difícil aislarse de una fuente en la cual su personalidad en sentido humano distinta, se siente con sublime alegría deshacer. De hecho, una de las más perturbadoras sensaciones que da la ascensión mística, es este disolverse del propio “yo” como unidad egocéntrica. En la alta psicología, así como en las altas matemáticas, nuestros comunes conceptos no tienen ya sentido. En nuestro caso, todo esto transforma el fenómeno alejándolo cada vez más de la ultrafania y acercándolo a la inspiración del artista, científico, místico, de aquellos que crean en el espíritu en todos los campos. En nuestro caso la sensibilización ultrafónica se ha convertido en un preciso método de investigación que afronta los

problemas con el viejo método experimental analítico sólo en un segundo subordinado tiempo de control, pero en un primer tiempo los afronta por las vías intuitivas sintéticas que, solamente un hipersensitivo por evolución del instrumento humano, puede alcanzar. Este será el método de investigación del mañana que sólo un tipo humano más evolucionado sabrá manejar.

Pero no existe solamente este trabajo de control de la recepción, de coordinación y organización de los resultados, de precisión racional, analítica y cultural. En general los lectores creen que la inspiración representa algo gratuitamente concedido, cuando en cambio ella es fatigosamente conquistada. Es necesario buscar y anhelar ardientemente, porque Dios se da solamente a quien lo ha buscado y anhelado. Se necesita ascender con nuestro propio esfuerzo para llegar a escuchar, madurar duramente y merecer para obtener respuesta. Es imperante una fe de hierro que venza todos los obstáculos. Y cuando la inspiración llega, es necesario seguirla a toda costa y en cualesquiera condiciones en su chorro impetuoso, aunque estemos aturridos por las muchas exigencias de un mundo que prefiere andar por un camino muy distinto. Y se escribe incluso si se sufre, si estamos cansados o enfermos se escribe, si conocemos todo, si los intereses materiales van en picada y los involucrados nos roban todo, no importa, se escribe, aun si la casa se derrumba, si el mundo explota, no importa, debemos estar preparados hasta con el último aliento y escribir. Es necesaria una vida concentrada completamente en un punto: registrar este pensamiento que nace dentro relampagueando, como torbellino, como huracán, que grita, canta, arrebatada y aturde. Registrando todo, con cada mínimo detalle, en su potencia así como en su dulzura, como concepto y también como pasión. Muchas veces tener que expresar lo inexpresable. Abandonarse a lo irresistible y a la vez controlarse. Vivir las teorías expuestas, convertirse en campo experimental y con las pruebas que de allí se extraen convalidar la exposición. Con una vida elevada de sacrificio, mantenerse en sintonía permanente. De todo esto hacer una misión para el bien de los demás y vivirla ardiendo, como el cumplimiento de un destino. Llevar todo esto adelante ardiendo cada vez más y no ceder nunca, fiel a Dios hasta la muerte.

* * *

Ahora que hemos visto el significado de la III trilogía en relación a la maduración del autor y a la naturaleza de su producción intelectual, observemos las cosas también en relación a las conexiones que todo esto puede tener con el actual momento histórico como contribución y como misión.

En nuestro caso no existe sólo la catarsis del autor, la creación efectuada por el fenómeno inspirativo, sino que existe también el hecho de la comprensión cada vez mayor por parte del público. ¿De dónde se origina ella? Es notorio que en el lector que afronta estos volúmenes nace un íntimo sentido de convicción que no es solamente racional. Quien lee, en general, mucho más que por los procesos lógicos,

queda persuadido por resonancias íntimas, por la convicción segura de quien escribe, por su sincera pasión, por el misterioso formarse de aquellas sintonías que son la base de la comprensión y sin la cual ésta no se verifica. ¿Qué es lo que determina entonces el surgir de estas sintonías? ¿De dónde brota esta co-vibración que une a quien lee con quien escribe?

El fenómeno inspirativo al cual se debe la primera génesis de estos escritos coloca al autor en una posición especial que no es aquella del escritor común que solamente se expresa a sí mismo, o hace algo menos sincero y veraz, como la creación de una fantasía. En nuestro caso la inspiración permite al autor coloquios directos con la vida, con el pensamiento de Dios que ella contiene, escuchar así la voz del ser en todas sus formas, desde la piedra al genio, subiendo y subiendo por las vías del misticismo hacia las dimensiones de lo superconcebible. Por lo tanto, quien aquí escribe no inventa nada, mas simplemente lee en el gran libro de la vida universal, es el espectador de la infinita sabiduría de Dios que él contempla en visiones y que expresa en los libros. Cuando en éstos no es el individuo el que habla sino la vida, el pensamiento no envejece. El mundo está lleno de ideas cansadas, que han agotado su dinamismo y su función. Allá donde es la vida la que habla, la idea es siempre joven y vivaz. Siendo quien aquí escribe simplemente un revelador de lo que está ya escrito y que instintivamente habla, no importa si de manera imprecisa, en lo íntimo del alma de todos, es natural que el fondo común, el elemento basilar de la sintonía ya preexista, y de forma muy poderosa. Entonces el lector siente en su instinto, en el que habla la vida, y reconoce a aquella voz como voz verdadera e incluso, si no puede comprender el por qué, aprende con un irresistible sentido de íntima convicción. He allí la sintonía y el consenso pleno. Además de esto, el lector goza con el encontrar un intérprete exacto de sus vagos sentimientos, que él mismo trataba de precisar pero que no lograba llevar a la luz plena de su conciencia; se alegra al encontrar ya realizado el esfuerzo que la vida le pedía para levantar el velo del misterio, con el encontrar lista una respuesta para tantos “por qué” que lo atormentaban, al ver así resueltos sus mismos más tormentosos problemas.

Le parece entonces al lector oír su misma voz clara y engrandecida, tan perfecta es la sintonía dada por la misma Ley de vida que a todos nos anima. Lo que se lee produce una resonancia en uno mismo, un hacer eco de alma en alma que por la sintonía, por la convicción que se sigue, se refuerza en admiración, gratitud, simpatía, amistad. De modo que estos libros concluyen en una afectuosa unión, en un vínculo no solamente de comprensión sino de acción y misión. Este es el resultado en el campo social del tercer tiempo, de la trilogía con la cual se concluirá la Obra. Y este es el camino de libre y espontánea convicción, por el cual quiere el autor dar una contribución para el advenimiento de la “Nueva Civilización del Espíritu”.

Pero hay todavía más. La expresión de la voz de la vida captada por el autor a través de vías inspirativas, no es vaga y genérica, mas es precisa en la forma del actual momento histórico, hablando a los hombres del inminente mañana en función de acontecimientos inminentes. He allí entonces que todos los sensitivos que ya

advirtieron la efervescencia de la hora inminente, se incendian en la lectura como delante de una revelación. El hecho es que estos libros están estrechamente conectados con nuestro tiempo, son expresión de la vida que tiene que decir algo muy grave, y se apresura a decirlo a quien tiene oídos para oír. Estos escritos están ligados a la historia y a la evolución biológica de la cual expresan el drama actual y a la cual quieren dar una contribución efectiva. Más exactamente, ellos son los reveladores de las corrientes bio-psíquicas que dominarán en el cercano mañana, lo anuncian y lo preparan. Quien los escribe tiene la función de antena biológica, vale decir, de captar las anticipaciones del futuro. Muchos ya han tenido el presentimiento, pero no logran precisarlo del todo. Pero están capacitados para reconocer cuál es la voz de la vida, pues que ella habla en ellos y con ansia esperan a quien se levante para expresarla, y con pasión la abrazan cuando se encuentran con su revelación. Los hombres responden a un llamado solamente cuando éste ya está en ellos y la vida ya lo grita dentro de ellos. De otro modo quedan mudos, sin comprender. Sólo entonces se forma la corriente colectiva que es una corriente de las fuerzas de la vida que quiere alcanzar así sus objetivos, corriente que es de todos y a todos arrastra. El revelador de la idea, que parece su creador, no es más que un exponente exterior, el representante de un pensamiento que no es suyo, del que él tiene la función de sentir primero y después expresar y divulgar. Eso es todo. En la vida más que el individuo importa su función.

Si algunos no oyen el llamado de la vida, si están fuera de estas corrientes que impulsan a evolucionar, si no están sintonizados con ella y en consecuencia sordos a ella, no importa. A la gran masa de los involucionados que funcionan como lastre, jamás la vida le ha confiado funciones anticipadoras y creadoras. Ellos esperan ser arrastrados, para después también ellos llegar, pero de últimos. Los inferiores son los que más oponen resistencia, pero también son los más necesitados de ayuda para evolucionar.

Si comprendiéramos la estructura y la gravedad del actual momento histórico, precisamente porque es involucionado, veríamos que esta contribución es hoy necesaria. Los valores del dominio autoritario de la victoria basada solamente en la fuerza, si existe todavía quien parcialmente piense que se puedan llevar a la práctica, después de los desastres para todos, vencedores y vencidos, en las últimas guerras, ya sustancialmente han disminuido, y disminuye siempre el número de los que en esto creen. Los valores de la riqueza todavía subsisten, pero bajo la amenaza de tantos golpes, que ya vacilan infundiendo cada vez menos confianza. ¿A qué valores se apegará el mundo así sacudido, a no ser a los únicos que permanecen, a los del espíritu? ¿Dónde se podrá encontrar de otra manera aquella solidez e invulnerabilidad que todo lo demás ha demostrado no tener? El mundo está desilusionado y tiene hambre de una fe, porque no se puede vivir sin mirar y creer en un mañana. Las filosofías no sirven, las religiones han tenido que adaptarse a las masas involucionadas y supersticiosas. Pero el motivo de espíritu ya despunta en las conclusiones de los grandes intelectuales de la ciencia que comienza a emerger de su viejo materialismo. He allí algunos síntomas, y no son los únicos.

La vida es una marcha. Detenerse es morir. Mas no se puede concebir un camino sin una meta. Por consiguiente, la vida tiene absoluta necesidad de una tabla de valores y de ascender hacia los más altos valores para realizar la evolución, que es un imperativo absoluto. La culpa más grave y que ya se paga cara es la de rehusarse a la ascensión, es la de no cumplir con la ley de evolución.

La nueva aristocracia ciertamente no será la de la fuerza o de la riqueza, pues que de estas aristocracias el mundo ya ha tenido lo suficiente. Estas formas ya han agotado sus experiencias y han dado su rendimiento biológico. La vida sólo alimenta las formas que tienen una función y una meta. Eliminará, por lo tanto, estos tipos de clases dirigentes. Ella tiene necesidad de otras formas para otro trabajo. El tipo de los nuevos conductores no será el bélico, político o económico, sino un tipo completo, en consecuencia también religioso, sabio y justo. Después del fracaso de los jefes armados, vienen los jefes espirituales, los profetas desarmados. La vida tiene necesidad también de los valores hoy más rechazados, que son aquellos de la vida interior. La vida tiene necesidad de ellos para reequilibrarse, precisamente porque de ellos hoy existe extrema carencia. El hombre tiene hambre de ellos. Las nuevas clases dirigentes no podían entonces formarse según el nacimiento, el poder o solo la inteligencia, sino que deberán basarse en los valores espirituales, los de la superación de la animalidad, de la sensibilización psíquica y moral, de la sabiduría, de la sensatez, del altruismo, de la caridad y del amor, de la bondad, del desapego a las riquezas, de la renuncia a toda forma de opresión. La vida pide al hombre mucha superación, principalmente en relación al odio y a la codicia que hoy nos envenena la vida. Debe despuntar un nuevo tipo de luchador, el evangélico, desprendido y desarmado, pero inteligente y consciente, mucho más poderoso que el rudo y violento de hoy. Existen mucho más grandes revoluciones por hacer que aquellas que el hombre actual concibe.

Hoy todo esto puede parecer que está muy lejos, incluso de escaso interés. Pero todo mañana está hecho para convertirse rápidamente en hoy. ¿Cuándo el hombre realice sus necesidades y deseos de hoy, entonces qué hará? ¿Cuándo el hombre con las máquinas y la técnica, con sus nuevas teorías económicas distributivas haya resuelto para todos el problema del bienestar material, frente a qué problemas se encontrará? ¿Cuándo el progreso científico y social logre reducir para todos la jornada laboral a pocas horas y las dificultades de la vida material sean, al menos para un mínimo necesario, resueltas para todos, cómo ocupara el hombre sus energías y tiempo superfluo? Ciertamente, si él aprovecha esto para abandonar la lucha y en su lugar no la continúa en un plano superior para conquistas más altas, lanzándose por los caminos del ocio, de los goces y de los vicios, sufrirá la suerte de todas las aristocracias y de los pueblos ricos y perezosos, de la destrucción. La vida golpea a quien se duerme sobre las conquistas realizadas. Hoy ella camina rápidamente y estas conquistas están más cerca de lo que parece. Todo futuro está hecho para convertirse en presente. De esta manera la utopía se convierte en realidad. Ninguna utopía más grande que el Evangelio; sin embargo, si él fue pregonado no lo fue en verdad para permanecer como utopía, sino para convertirse en realidad.

La actual hora apocalíptica prepara, a través de grandes luchas y crisis, nuevas condiciones de vida. Entre tantos hombres que piensan solamente en el presente, es necesario que exista alguien que mire un poco más lejos, hacia el futuro, lo intuya, lo anuncie, lo prepare. Ciertamente existe algo más allá de los actuales problemas del dinero y del estómago. Pues los problemas están hechos para ser resueltos, y en consecuencia también estos lo serán. ¿Y después? En los grandes giros de la historia como hoy, no son suficiente los hombres de acción que siguen perspectivas inmediatas y realizaciones cercanas, los administradores, sino que urgen también hombres de pensamiento capaces de orientarse según panoramas más amplios, en relación no sólo con lo contingente, sino también con todo el funcionamiento orgánico de la historia y de la vida. Y es debido a la comprensión de la extrema gravedad del momento, a la necesidad de preparar un mañana que se aproxima rápidamente, debido a la conciencia de tener que dar la contribución necesaria, que nace en algunos pioneros sensibilizados aptos para este objetivo, el sentido de misión. Misión confiada a ellos por la vida que los selecciona como sus intermediarios para hacer oír su voz. Intermediarios que por ser evolucionados han superado el egocentrismo animal y sólo saben vivir fusionados en el amor al prójimo. Misión inevitable para ellos que otro contenido serio no saben darle a la vida, a no ser este.

He allí en lo particular el significado de este volumen: “Problemas del Futuro”, y de la III trilogía que él inicia, así como de toda la Obra. Con el nuevo milenio el hombre entra en un nuevo ciclo histórico y biológico. Es necesario entonces hacerle comprender esta inmensa realidad y lo que lo espera, incendiarlo de una fe, de un impulso proporcionado al esfuerzo que hoy la vida le pide para que él sepa conquistar para sí esta realidad. La vida nunca regala nada, pero nos invita y nos ayuda a que merezcamos todo. Existen peligros, pero también ilimitados horizontes. Es preciso orientar al hombre. Él busca hoy su realización y goces fuera de lugar que lo dejan desilusionado. Es necesario transformarlo de involucionado en evolucionado. Quien escribe ha tenido que vivir primero personalmente la sublimación de la vida, para después enseñarla a los demás, ofreciéndoles gratuitamente su conquista biológica, un precioso producto experimental fruto de luchas tremendas.

Nuestro mundo está hoy en estado de colapso espiritual. El hombre moderno, ufano por sus descubrimientos, es un abstemio del espíritu. La fase de la onda actual representa la inercia de las cualidades más nobles del alma. La prensa adora satisfacerse en la contemplación del delito y de todas las bajezas humanas. El arte se ha degenerado en todos sus aspectos. Incluso bajo las apariencias más intelectuales, se respira siempre un aire de depravación. Parece que todas las cosas hoy deben tener este fundamental sabor. Es necesario reaccionar y salvarse. Existe una serie de valores superiores que pueden hacernos muy ricos y poderosos. Pero es preciso descubrir estos nuevos continentes del espíritu para aprovecharlos. Es necesario aprender a sustituir los valores inferiores de la riqueza materia, por estos valores superiores, para hacernos de ésta lo más independientes posible, de todos los sinsabores que ella genera. Muchos piensan que no se puede resolver el problema

espiritual, si no se ha resuelto bien primero el problema material. Es verdad. Pero el gran error consiste en considerar las cosas del espíritu casi como un artículo de lujo, algo superfluo a lo que se recurre solamente cuando se está saciado de todo y no se sabe ya qué otra cosa desear, en tanto que ellas son como de primera necesidad. Y es también verdad que el bienestar económico por sí solo no basta y que el problema de la vida no es tan simple de resolver como cree la moderna psicología utilitaria materialista. Ningún problema está aislado en la vida y nada se resuelve aisladamente. Así es para lo material y para lo espiritual, tanto que se podría decir lo contrario de lo que muchos dicen, vale decir, que el problema material no se puede resolver si antes no se resuelve el problema espiritual. La riqueza puede ser dañina para quien no sepa hacer buen uso de ella.

Hoy solamente se cree en ella y se le tiene horror a la pobreza. Hoy no se comprende cierta pobreza que no es miseria, sino un estado de pocas necesidades materiales y de grandes riquezas espirituales, al punto de podernos hacer más ricos que los ricos. Esta pobreza de vastos horizontes, muy distinta a la miseria que es también de alma, puede ser el terreno para las grandes conquistas espirituales que la riqueza aleja, pues que nos adormece en las comodidades. Es necesario que falte alguna cosa aquí abajo, para ser inducido a buscarla más arriba, en lo Alto. Quien está saciado no busca. Para progresar es preciso vivir con el alma tendida y no satisfecho; para superar la materia y enriquecerse más de lo Alto no se necesita gozar de sus atractivos; para formarse exigencias y deseos más espirituales, es necesario que el alma tenga cerrada la puerta hacia los goces materiales. Esta pobreza puede ser un estímulo para llegar a intuiciones de otra forma inalcanzables. Ella nos enseña la caducidad de nuestro apego a las cosas terrenales. La riqueza es un logro victorioso, pero efímero. La pobreza lo vence en su punto más débil, que es la falta de seguridad y de paz. Y así está nuestro mundo: sin seguridad y sin paz. Es preciso vencer y superar estos puntos débiles. Actualmente no se comprende nada de esto y se vive desesperadamente en una lucha feroz. Pesa sobre nosotros el tormento que nos impone nuestra codicia. Es preciso comprender el valor positivo, el lado que es conquista dentro de la renuncia y del desprendimiento. Desgraciadamente el tradicional concepto de virtud nos hace ver su lado negativo, de pérdida y pobreza material, en lugar del de conquista y riqueza espiritual. Es nuestra vacuidad interior la que desprecia la vida simple y pobre, mientras que ésta puede ser en cambio un medio de superación y de liberación creativa de superiores formas de vida, más ricas y poderosas.

Es necesario hacer subir al hombre desde la materia al espíritu. Solamente allí está la salvación. El materialismo ha polarizado nuestra mente hacia los bienes materiales. La ciencia, conquistando y explotando las fuerzas naturales, ha creado una psicología de placer y de poder, en el lugar de una de sacrificio y de renuncia, cosas para los tontos y para los vencidos. De esto ha resultado un hombre moralmente débil, sin resistencia para las adversidades, un hombre que se siente cada vez más pobre. Esto porque un artificial multiplicarse de necesidades inútiles y dañinas está anulando la elevación del nivel económico, lo que quiere decir empobrecimiento, porque la riqueza no es absoluta, sino una relación entre medios y necesidades. En

consecuencia, en medio de un bienestar creciente, ha surgido entonces un cada vez mayor sentido de miseria, una vida más difícil, por lo tanto un estado de angustia por falta de espacio vital, un abandono de las necesidades superiores que son el desahogo del alma así tan comprimida, para restringirse en la satisfacción de necesidades inferiores insuficientes para saciarnos, pues que son vanas y se multiplican a expensas de otras necesidades mucho más vitales. Esto es patológico y anti-vital. Hay un descenso hacia las necesidades más elementales que han invadido todo el campo de los deseos humanos. Se tiene una riqueza de bienes económicos que no compensa la carencia de los bienes espirituales. Se tiene una capacidad para saber buscar los primeros, y una incapacidad para saber aprovechar los segundos, aunque estén más cerca y sean gratuitos.

Y así se va cuesta abajo. La industria con la “publicidad” hace del hombre un consumidor, de las naciones un mercado para explotar. Es preciso producir, después vender, hacer consumir. Pero es necesario pagar todo esto, incluso si es inútil y superfluo, con nuestro tiempo y esfuerzo, con nuestra paz. Se cultiva de esta forma el consumidor, se cría, se educa con la “publicidad” con siempre nuevas necesidades, con la esclavitud de necesidades artificiales. A esto se le llama bienestar y civilización. Se seduce al consumidor con placeres ficticios, se le envicia, se le persuade de que es su alegría y su bien dejarse llevar a esta explotación. Así nacen nuevas costumbres sociales, una moda para cada cosa, siempre cambiantes para llenar tantos cerebros vacíos. En medicina esta moda y esta psicología de explotación del consumidor llega hasta representar un atentado para la salud y un peligro para la raza. Nuestra civilización que es tan sabia en lo particular (hoy también la ciencia es especialización), está desorientada en las grandes líneas, le falta dirección general, le falta un guía inteligente. Por ahora el progreso, más allá de las conquistas materiales, no ha alcanzado el alma donde está el verdadero hombre, limitándose a una espantosa excitación de las avidedeces animales con sus consecuencias.

Es preciso enseñar al involucionado actual que las alegrías que él busca en el humo, en el alcohol, en la cocaína, en fin, en los vicios, en el robo, en el delito, las encontrará más bellas y más poderosas en lo Alto, en realizaciones nuevas que el moderno cazador de éxitos, siempre ansioso y agitado, perseguido por el tiempo, no conoce. El crecimiento del ser hacia la alegría es un derecho sagrado, pero él debe ser guiado hacia voluptuosidades de otra índole, no precarias, más vitales, en orden ascendente y no descendente. Es preciso analizar y terminar con estos placeres que intoxican y destruyen el hombre, para remontar a los grandes placeres del espíritu. Es preciso sustituir las alegrías destructivas por las grandes alegrías constructivas, sustituir el éxito exterior en el cual hoy se cree, vano y ficticio, por aquel dado por nuestro íntimo y sustancial valor. El evolucionado no niega la vida, sino que la afirma mucho más. Los tiempos están maduros y es necesario aprender nuevos modos de vivir. Es preciso comenzar a preparar el terreno para una nueva civilización, haciendo comprender al hombre que él es mucho más que un simple animal, es el dueño de un destino radiante; hacerle comprender que el universo no es solamente un campo para explotar, sino un sabio organismo de pensamiento y de materia fusionados entre sí.

Actualmente el hombre no se realiza, se destruye. La felicidad por la posesión que él tanto busca, es primitiva y traidora. Ella es propia de una dada fase de desarrollo y no de las fases siguientes que son más elevadas. Hoy se necesita aprender a conocer la felicidad superior que existe en “crear”. Cambia así la actual concepción de la vida. Así como el concepto de materialismo, una vez tomado como definitivo, ha perdido valor en su viejo significado sensorial, así cambia el concepto del “trabajo”. Él en nuestro mundo de hoy es una condena. En consecuencia exige un salario. De allí las más grandes luchas de nuestro tiempo, de allí Capitalismo y comunismo, guerras y destrucciones. El trabajo es una condena y es cada vez más penoso, porque le hemos quitado su espíritu animador, cuyo soplo es alegría. La máquina, la industria, la organización, la codicia llevan al cálculo del dinero y del tiempo, al horario, a la esclavitud. El descenso en la materia oprime entre límites su elemento; la ascensión en el espíritu libera fuera de los límites. ¡A qué oprimente condena ha reducido la involución humana el trabajo que, sin embargo, es el más alegre recurso del ser, en cuanto que realizándonos y desarrollándonos a nosotros mismos, está entre los más activos instrumentos de evolución, vale decir, de liberación hacia la felicidad! ¡En qué opresora miseria de esta manera se ha transformado aquello que arriba hemos llamado un libre y alegre acto de creación en el cual el hombre no solamente se realiza y desarrolla a sí mismo, sino que es requerido para colaborar en el funcionamiento orgánico del universo y a obrar a semejanza de Dios, imitándolo en su perenne acción creadora!

La evolución es ley de la vida y el mundo tendrá que recorrerla, así como la ha tenido que recorrer quien escribe. Con la ascensión se llegará a una gran transformación de valores. Muy pronto se deberá comprender, que si el bienestar material es mucho, por sí solo no es suficiente para la felicidad. A la vida le son necesarias muchas otras cosas que hoy hemos matado, como por ejemplo la fe, lo bello, la poesía, la paz interior, el amor elevado, la esperanza. El mundo actualmente ha crecido en el plano físico, como cuerpo. Urge un paralelo desarrollo en el espíritu, pues que es extremadamente peligroso que un así tan grande cuerpo quede sin la guía de un alma adecuada, a merced de una mente tan limitada y primitiva. Es precisamente la hipertrofia técnica y científica la que exige por equilibrio, un proporcionado desarrollo espiritual que tome sus riendas, sin lo que todo amenaza con terminar en un desastre. La dictadura de la ciencia materialista y de su psicología es una fase superada y el mundo invoca una sistematización distinta, espiritual y moral.

Entre las muchas revoluciones que el hombre moderno anhela, existe también aquella contra el sofocamiento espiritual, contra el nivelamiento en la universal animalidad, contra el embrutecimiento propio tanto del Capitalismo como del Comunismo en los problemas relacionados con el consumo. Existen muchas otras revoluciones que realizar, no para la conquista de los bienes materiales, sino para la conquista de los bienes espirituales, continente inexplorado con infinitas riquezas, lugar al sol también este, sol de la mente y del corazón, de lo cual el hombre tiene extrema necesidad. Es preciso rebelarse para no naufragar en la masa igualadora, rechazando los gustos

dañinos de la mayoría. La verdadera revolución se logra llegando a comprender los valores sustanciales y colocándolos en nuestra propia vida en el lugar de aquellos superficiales y de forma, de la clase, de las comodidades, del éxito, hoy tan de moda. Es necesario conquistar en sí una potencia superior de dominio en el espíritu y restregándosela en la cara al mundo como un desafío. Potencia de una riqueza que no es la del dinero o del poder, riqueza que permite tener piedad de los ricos y de los poderosos. A la riqueza económica, actualmente supremo ideal, es necesario contraponer la riqueza de la inteligencia y del corazón que hoy faltan. Es preciso mostrar, tanto a los ricos del capitalismo como los pobres del comunismo, su vacuidad espiritual que los iguala: los mismos hombres en la lucha sobre el mismo terreno, con los mismos comportamientos egoístas y los mismos instintos de avaricia.

Hace falta ser los pioneros de un ideal distinto, de desapego y liberación, para escapar de la obsesión económica que es el tormento moderno; es necesario aprender a despreciar las falsas ilusiones de placeres que nos son ofrecidas como traición por nuestra tan cacareada civilización, rebelarse a la prostitución y al sofocamiento del espíritu que ella nos quiere imponer. Es preciso enriquecerse de una manera muy distinta de cómo se ansía hoy. Se necesita saber entrar en este terreno utilitario tan distinto, comprendiendo sus superiores ventajas. Hay que aprender a gozar en planos más altos, ser los que se deleiten con alegrías más refinadas y gratuitas que vienen de dentro y no de afuera. Hace falta aliviar el peso del trabajo-pena para amar el trabajo función y misión, que no es esfuerzo por una merced, sino libre realización de sí mismo. Es necesario conquistar la riqueza de la tranquilidad y la riqueza del tiempo, hoy perdidas especialmente por los ricos. “No hay tiempo”, es la frase moderna, y esta es su pobreza. ¡Y no existen obras de beneficencia que puedan dar algo para ayudar en su miseria a estos desgraciados pobres de tiempo! Esta carencia de tiempo es una venganza de la materia que nosotros elegimos como patrón, mientras que el espíritu escapa fuera del tiempo, dimensión de ella. Sólo en lo Alto hay libertad, la cual se conquista ascendiendo y no robando a otros esclavos sus cadenas de ricos.

La gran lucha social moderna se reduce a este anhelo por robar dichas cadenas, vale decir, robar a los ricos el tormento dado por el miedo de perder sus propios bienes, por la pasión de aumentarlos, por la necesidad de conservarlos. El mundo actualmente ansía esta prisión dorada, que retiene y encuadra entre sus manos, de los cuales después es tan difícil y penoso salir. Sin embargo allí dentro se está roído por el fastidio y la saciedad de todo, roído por el hambre del espíritu sin alimento. El poco dinero lo valoriza todo; mientras más moderadas son las alegrías, mejor son degustadas. El mucho dinero lo desvaloriza todo; las alegrías abundantes y repetidas terminan en náuseas. Sabias compensaciones, justas venganzas de la vida.

La actual máquina social funciona en gran parte a la fuerza. Es necesario ser los pioneros de un ideal distinto, de amor, convicción y colaboración. Solamente así será posible alcanzar el orden necesario, escapando al peso de la coacción. Hoy toda forma de poder es más o menos una forma de reacción a la precedente, sólo para imponerse a sí mismo; la autoridad más que una función social al servicio de la

colectividad, es una ventaja personal al servicio de quien la ha conquistado. El egoísmo, que fue hasta ayer un elemento útil y necesario para las conquistas materiales, al cual se deben estas así como el progreso humano, hoy ese mismo egoísmo, entrando la vida humana en la fase social orgánica, se convierte en un elemento anti-vital, pues que es anti-social, destructivo e inaceptable en las nuevas colectividades. Actualmente que tanto ha progresado la técnica, la caridad está en pleno retroceso. El progreso no consiste, como hoy se cree y se quiere, en una vana multiplicación de necesidades a las que hay que ofrecer luego su satisfacción, reduciéndose así en una costosa esclavitud de la cual es necesario pagar después su costo con trabajo forzoso. El actual replegarse sobre los valores más bajos no es progreso sino retroceso, no es victoria sino derrota que el mundo está pagando cara. ¿Qué uso sabe hacer en la actualidad el hombre de las mejoras económicas? ¿Y si allí él no sabe actuar bien, sino solamente para lo malo, no es mejor para él entonces la pobreza? ¿Cuándo el hombre con la ciencia, las máquinas y la justicia social llegue al bienestar material, qué uso hará de él con esta psicología? Ciertamente, si él no es educado a tiempo, lo único que hará será multiplicar y extender su actividad abusiva. ¿Y si el objetivo de la vida es otro muy distinto, el lograr este tan codiciado bienestar, no representará para la humanidad, tal cual ella es hoy, uno de sus más grandes peligros?

Este es un cuadro general de las condiciones de nuestro tiempo. La finalidad de estos escritos es demostrar con la razón, el objetivo de la vida del autor es demostrar con el ejemplo la realidad y la utilidad de una vida superior en el espíritu, más rica y más feliz. Si después de esto, otros quisieran comprender con su razón y actuar con su ejemplo, entonces la idea de una nueva civilización no será ya una utopía.

Se ha dicho que estos escritos no representan nada nuevo y que no son más que repetición de cosas ya dichas. En verdad ellos no pretenden realmente ofrecer descubrimientos en sentido moderno, particular y analítico, como invención técnica y utilitaria, como solución de casos aislados. Si esto llegara también a suceder, lo será sólo incidentalmente, como consecuencia de la realización fundamental que es otra muy distinta. Ella está en las antípodas de la actual "forma mentis humana", tiende no al resultado utilitario en lo particular, sino a la síntesis, a la orientación, a una utilidad de conjunto, considerada una nueva comprensión de la organización de la vida. Hay descubrimiento, pero en un sentido distinto al corriente, y es el descubrimiento de la omnipresencia de una ley que todo lo guía. Y la novedad consiste en esto: que en relación con estas verdades, incluso si también actualmente son repetidas, esto se hace mecánicamente, por tradición, por quien no las vive y que en consecuencia con repetir las de esta forma, no las vivifica sino que las mata. Con el decir las y volverlas a decir así, por costumbre y no sentidas, se llega al resultado de hacerlas fastidiosas, falsas, inaplicables. Ahora, ellas aquí son dichas por quien las vive, por lo tanto las hace vivir también en quien las escucha, en vez de ser dichas por quien no las vive y que en consecuencia las hace morir también en quien las escucha. Esta es la novedad y el descubrimiento que aquí tratamos de hacer. Consiste esto en la superación de aquella mentira que permanentemente ha penetrado toda nuestra vida.

Existe aquí otra cosa nueva y es el método de comando y de gobierno. Aquí nos salimos fuera del plano humano y de sus tradicionales sistemas; se trata pues, no ya de las habituales y conocidas revoluciones de forma, sino de una revolución de sustancia. Actualmente la sociedad en general es dirigida por la emersión, tanto para el sistema representativo como el totalitario, de un jefe que trabaja antes que nada para sí mismo; y en algunos casos es dirigida por un grupo de hombre que alrededor de este jefe se coligan debido a sus intereses, preparados para desembarazarse de él apenas no satisfaga ya esos intereses. El principio del comando hoy es en el fondo, más o menos aquel tradicional animal de la manada de lobos o asociación bélica, en el cual un guía es aceptado porque sirve y mientras sirva, así como la colaboración es aceptada porque la unión hace la fuerza y es útil en la lucha. Basándose completamente en esto, la ley humana que nace de estas asociaciones, es naturalmente fruto de un partido, y está por lo tanto en contra de quien está fuera del grupo, el cual actúa solamente para su beneficio. Casi con un sentido de justa defensa, esta ley es lógicamente menoscabada por quien está fuera de ella.

Ahora, la novedad de los principios aquí expuestos consiste en un método del todo distinto. El individuo se coloca por sí solo frente a la Ley del ser, y debe hacer su descubrimiento llegando a sentirla operante en sí y en todo alrededor de sí. La sociedad no es dirigida por ningún jefe físico y mucho menos por sus leyes que hemos visto lo que son, ni por la fuerza de la cual él dispone. Frente a la Ley que todo lo sabe y todo lo puede, estos poderes humanos menores solamente conservan un valor del todo relativo y subordinado. Aunque el espíritu de grupo subsista, este está basado en afinidades con un objetivo orgánico de colaboración creativa, según las normas de la Ley, sin intereses materiales que defender, sin fines utilitarios con exclusión de los otros grupos. Al no fundamentarse en la coacción, la fuerza ya no sirve, mas solo la convicción. La libertad que primero era solamente de quien comandaba, ahora es de todo aquel que sea capaz de comprenderla. Nadie piensa en menoscabar a la Ley. Aquí el jefe no tiene cuerpo, sino que es una ley omnipotente y omnipresente situada en lo imponderable, que por lo tanto no se puede eliminar cuando ya no sirva, no se puede coactar u horadar, pues que ella es el alma de las cosas y de ella también el rebelde está hecho. Este jefe no se puede amenazar con atentados o revoluciones, no tiene necesidad de una policía, porque es inmaterial e indestructible: es el principio mismo de la vida. La policía de este gobierno es perfecta, pues que delante de este jefe-Ley cada quien debe responder y pagar él mismo si ha violado las normas. Responsabilidad de la que es imposible escapar. El individuo aunque actúe en colectividad, se encuentra siempre solo y desnudo delante de la Ley, sin poder culpar a nadie por sus propias acciones. Cada quien, sin jerarquías, está siempre en contacto directo con el jefe-Ley, que en él siempre funciona. Aquí el proselitismo con el objetivo de engrosar las filas y con esto la fuerza del propio poder contra los contrarios, no tiene sentido, pues que los seres solamente pueden unirse fraternalmente para el bien de todos. Esto, cualquiera que sea su forma humana que pasará a ser algo secundario, será el verdadero gobierno del nuevo hombre evolucionado del futuro.

Concluamos. Hemos dicho que la idea dominante de esta III trilogía que aquí se inicia es: sublimación. La hemos aquí proyectado en relación a la maduración del autor, al desenvolvimiento de la exposición y al del destino del mundo. Bajo este triple aspecto la continuaremos desarrollando en el presente volumen. Esta sublimación que el autor siente vivir en sí, que él trata de expresar en esta III trilogía, intuye que la fatalidad del momento histórico la está proyectando en el destino del mundo. Es una sublimación de la vida que entra en su más alta fase de evolución y que arrastra primeramente a los más sensibilizados, es el ingreso del hombre a un nuevo plano de vida, al plano evangélico del Reino de Dios, es el aproximarse a la Nueva Civilización del Espíritu. Este es el significado de la sublimación en el campo social. Esta es la coronación de esta obra, así como de la vida del autor.

Haber comprendido el momento histórico, explicando su significado y la sublimación, leyendo su trazado escrito en las leyes de la vida, vivir esta sublimación en sí y proyectarla en los demás, llevándolos a formar parte de la maravillosa nueva realidad alcanzada, ofreciendo así una contribución gratuita para el advenimiento de la Nueva Civilización del Espíritu, realizar esta sublimación en el destino propio así como en el del mundo, he allí el significado de toda esta obra en volúmenes, he allí el cumplirse del destino del autor, la realización de su misión.

I

LA VERDAD

¡No! ¡Nada es verdad! Con este grito de desesperación se abre este volumen. El ideal seguido desde los anteriores escritos hasta aquí es una ilusión, la verdad soñada es una utopía, aquellas nobles afirmaciones son falsas y, ya que no responden de hecho a la realidad de la vida, ellas constituyen una traición. El lector ha sido engañado. Es necesario tener el coraje de confesarlo y corregir a tiempo. Los hechos desmienten completamente las conclusiones destiladas por los laboriosos razonamientos. Estos hechos nos dicen a cada paso, con cotidiana evidencia, que no es el bien sino el mal quien en nuestro mundo vence y domina, que el más fuerte y más astuto, y no el más justo triunfa, y que quien cree de otra manera es un estúpido que sueña y pagará muy caro su sueño, porque será subyugado y eliminado. ¡Pero se necesita estar ciego para no ver que la realidad biológica se ríe de todos los ideales e idealistas, para no comprender que mientras estos últimos intentan fabricar con palabras sus bellas teorías, la vida los circunda y asalta con los hechos para oprimirlos y suprimirlos! ¿Pero quién no sabe que mientras ellos sueñan con bondad y justicia, en la práctica la realidad biológica premia con alegrías inmediatas al más osado y egoísta que, libre de los ligámenes del deber, sabe buscárselos por todos los medios? Hasta el mismo instinto de la vida, que habla y se muestra en la mujer en el momento decisivo de la selección y de la raza, en la escogencia sexual, se ríe del sabio y honesto hombre del

deber y aplaude al audaz para el cual todo es lícito porque ha demostrado saber vencer. Esto demuestra que la vida camina hacia la bestialidad y no hacia la espiritualidad.

¡Pero qué evolución! En la Tierra lo que hay que pensar es en no dejarse subyugar. Y quien lo olvida muere. La vida nos quiere fuertes, audaces, egoístas, sin escrúpulos y sin moral, y castiga como débiles a aquellos que no son tales. El ideal biológico terrestre, aquel que la mujer adora y el hombre respeta, es el delincuente, naturalmente astuto, despierto, que triunfa, no aquel que pierde. Ha caído hoy también la medieval tentativa de la caballeridad, de disciplinar y ennoblecer el robo y el asesinato. Pues aquellos que lo sepan hacer, legalmente, y tienen éxito, son admirados, dando prueba de ingenio. Estos son los valores de la vida real; los demás, aquellos tan declamados del espíritu, son falsos. ¿Y en verdad, en la práctica, quién cree en ellos, quién los aplica? Son usados como una bella mentira con la cual los astutos, que son los que más valen, saben esconder su juego para su beneficio y en perjuicio de quien en ellos cree. ¡Pero, qué idiotas! Mientras tú sueñas con bondad y justicia, tu prójimo te espía y estudia como poderte despedazar y, apenas te distraes de la lucha para seguir el ideal, saltan sobre ti para acabarte. El mundo no está bajo un control moral de sabiduría, sino bajo un control brutal de la fuerza. El Evangelio se presenta inerme. ¿Y quién puede hoy tomar en serio a quien está sin armas? La vida es de hierro y quien no es fuerte debe perecer. Es inútil querer darnos a entender otras verdades. Esta es la única verdad. Las otras son artimañas para esconder la lucha por la vida, son una de las tantas armas sutiles para imponerse y vencer a los ingenuos y a los débiles.

La realidad es que el individuo quiere vivir y crecer egoístamente, que la hembra es premio a los esfuerzos del macho que la quiere poseer para gozarla y multiplicarse a sí mismo, que las alegrías de la vida se consumen en la Tierra y solamente aquí son buscadas, que las superaciones, las evasiones, el Cielo, son reemplazos de locos, que el hombre saludable se lanza en cambio por el mundo contra todos para robustecerse y arrebatar, por todos los medios, todas las alegrías que quiere. No importa si el héroe es un sembrador de estragos, con tal de que triunfe. No importa si muchos son pisoteados por él. Mas la grandeza humana consiste precisamente en saber patear y elevarse sobre las ruinas de los demás, y debe ser construida con sangre. ¡Oh, la ingenuidad de proceder a través de la persuasión y de la fe, en un mundo donde solamente existen vencedores y vencidos! Para el fuerte todo. Para el honesto lo único que queda son las bellas y estériles palabras que le son arrojadas por el filántropo por disimulada compasión, extremo insulto de la hipocresía humana.

De esta manera el justo es muy bien defendido con las palabras de todos los paladines del bien que gozan con su acto magnánimo, concedido generosamente de forma gratuita, ya que no cuesta nada. Esto luego les da una buena apariencia y no ofrece peligros porque quien lo recibe no sabe y no puede defenderse, obteniéndose al final con ello la ilusión de haber hecho algo en desagravio de la propia conciencia. ¿Cómo renunciar a tantas ventajas? Florecen así los teóricos del amor fraternal y los

reconfortantes idealismos que hipotecan el futuro y el más allá, encontrando allí para los demás, compensaciones para la derrota y la esclavitud terrena, de las cuales entretanto se aprovechan y regocijan. De esta forma, para aprovecharse mejor y por más tiempo, se adormece a la víctima con el somnífero del ideal. Así los buenos se convierten en algo muy valioso porque pueden ser mejor explotados, los sinceros son preferidos y queridos porque la astucia se engañan mejor, porque son útiles dado que nos ahorran el tan duro trabajo de la lucha. La explotación del honesto se organiza entonces como una industria, este tipo de hombre es buscado (la cacería del tonto), se le quisiera llevar a cultivo intensivo si la misma explotación no tendiera en cambio a eliminarlo, se llegaría a cuidarlo y a protegerlo como se hace con los animales domésticos, para utilizarlo mejor. Así se forman las religiones y sus relativas castas sacerdotales, el Estado, los gobiernos y sus relativas castas dominantes, el poder, la autoridad, las instituciones, las leyes, todo. Y todas estas cosas para dominar, siempre sobre las espaldas de alguien, uno más débil a quien dominar. Cada uno de estos grupos tiene su tipo modelo y en base a esto muchos campeones que se apresuran a explotar convirtiéndose en estandartes, y esto para mantener y multiplicar el tipo de “tonto” que en ellos cree y así obedece y sirve. Pero entonces el pueblo-rebaño comienza a despertar y a pedir razones más verdaderas para continuar obedeciendo, que no sean aquellas que hasta hoy han bastado para dominar; y los dominadores no saben dárselas. Nuevas astucias ellos deberán estudiar para que no se descubra su juego.

Otro significado no puede tener el predicar honestidad y bondad en un mundo donde el aplastar al prójimo es prueba de valor y la culpa del robo no se le atribuye al ladrón que es considerado un valiente, sino al imbécil que se dejó robar. ¡Qué iluminar y mejorar! La ignorancia es mantenida en los demás para explotarla. ¡Para qué sanar los males de tanta algazara humana! Es necesario pisotear y triunfar por uno mismo, incluso sembrando lágrimas y sangre. ¿Qué importa? Al fin y al cabo esto es para los demás. La vida nos quiere vencedores, es decir, héroes de la destrucción, maestros en la astucia. Pero es cierto que la bondad es útil en la Tierra y por ello tanto se proclama e inculca. Precisamente porque desarma, domestica y somete, e inculcándola, mejor se comanda. ¿De otro modo, para qué serviría? ¿Frente a las tortuosidades de las mentiras humanas, no es bella la pura simplicidad de estas palabras?

Esta es la vida. Cada quien debe llevar su máscara de mentira. El vencido más que el vencedor. Este, cuando triunfa, la lanza y se muestra a la admiración de todos como el bello campeón que la lucha por la selección ha creado. Pero el vencido no se la quita jamás. Bajo la máscara su rostro está llagado, sanguinolento. En la Tierra, ¡ay de los vencidos! ¡Ay si llegan a mostrarse! La máscara es su tributo. El dolor es una derrota que se esconde púdicamente. El dolor no es entendido como instrumento de redención, ni como fuerza, ni como gloria. No. Él es una derrota. Por lo tanto, ¡ay de quien lo descubra! El vecino goza con esto y está preparado para aprovecharse de ello. Si percibe que eres un vencido, te salta rápidamente encima. De esta manera, mientras más llagado y sanguinolento está el verdadero rostro, es más

cuidadosamente cubierto por floridas sonrisas. ¡Cuántas macabras máscaras giran así desconsoladas por el mundo! El dolor que no puede explotar afuera, taladra siempre más adentro. Todo esto para el triunfo del tipo biológico del vencedor, para multiplicarlos, para que la vida sea suya y de nadie más. ¿Pero sabe ella sobre qué ruinas avanza este “macho triunfador”? Pareciera que solamente le importa él. Los vencidos sufren y mueren. Ellos no cuentan. La gran aventura de la vida está abierta para todos. Si muchos no logran vencer, peor para ellos. ¡Si al menos murieran! ¡Pero en cambio, la lucha por la vida, junto a los pocos seleccionados, a cuántos deja desfallecidos, estropeados físicamente y, todavía más moralmente! Pues que ni siquiera en el vencido la vida quiere morir, y a pesar de todo sobrevive, se adapta a todo, se deforma hasta la monstruosidad y, así estropeada, sin embargo continúa aunque sea en la sombra, a traición, por despecho, nutriéndose de odio y de veneno, pero continúa, subterránea y retorciéndose, para vengarse un día, quien sabe cuando, del vencedor. Así la vida encubre la reacción durante siglos, prolongándola por generaciones a la espera de la revancha; así el impulso del mal se fija en la sangre, en los corazones y se convierte en instinto, un automatismo del subconsciente. Todo se escribe en nosotros y a nosotros vuelve, hasta que los lejanos descendientes del vencedor, sean un día estrangulados por los lejanos descendientes del vencido. En realidad, no se llega así a la selección del mejor, sino a una multiplicación de adaptados, de mutilados, de lastimados, de malvados, de monstruos. El resultado no es un número de seleccionados, sino de estropeados por la lucha. Y el vencedor mismo no es el más fuerte, sino el más astuto y el más traidor. La vida camina entonces hacia el mal y no hacia el bien. Se derrumba el edificio de la evolución. Esta lucha no es entonces instrumento de selección, sino un atentado a la vida, muchas veces un esfuerzo tal para hollarla, para deformarla, por lo cual ella se dirige hacia lo peor, en vez de hacia lo mejor. Los pocos vencedores triunfan mientras exista una multitud de vencidos que los sostengan en alto, debido a cuya derrota ellos se hacen grandes; el héroe es siempre, más o menos, un carnicero; cada alegría es arrancada a un desgraciado que es el que paga su precio, es un carro triunfal que avanza pisoteando a los demás abatidos a lo largo de una vía de dolores. La lucha por lo tanto, no representa más que un asalto de las fuerzas negativas de la vida a las cuales ella misma queda sometida; representa su negación culminante en la muerte. La vida, en consecuencia, desciende y no asciende. Esto prueba que todos los ideales de ascensión humana son falsos y absurdos.

¡Evolución! ¿Y quién paga su precio? ¿En la economía de la vida, dónde está la compensación para semejante esfuerzo? Lejana e hipotética. El problema de la evolución es un problema de energías. ¿Cuando por el deber y la virtud nos imponemos límites, sacrificios y obligaciones, dónde y cómo somos compensados? La vida solamente se lanza en tentativas de nuevas creaciones, cuando tiene un margen de sobre-abundancia de energías y medos. ¿Deberemos nosotros arriesgar un capital biológico precioso y duramente ganado, en semejantes aventuras con el peligro de perderlo allí todo? Evolucionar es la más audaz experiencia de la vida, en la cual se invierten y se arriesgan todos los capitales ahorrados y allí se pueden perder todos; y sabemos que después, para quien se ha debilitado así, no habrá piedad. Si nosotros perdemos la fuerza, única defensa nuestra, la vida nos castigará sin

preguntarnos si nosotros esa fuerza la perdimos por un ideal. No. La lucha para vivir es un trabajo más que suficiente para absorbernos completamente, sin que sintamos la necesidad de añadirle otro. No hay margen de energías superfluas para esto y, en los raros casos en que hay, nosotros preferimos emplearlas para gozar, más que para evolucionar. El sabio rehúsa lanzarse en las aventuras de la evolución. ¿Por qué esforzarse por una incógnita? Ningún hombre ha experimentado jamás el futuro, y lo que está fuera de la experiencia no merece crédito. La vida es prudente y su prudencia nos enseña a no conceder anticipos basados en la fe. ¿Quién garantiza el resultado, y si así fuera, valdrá el esfuerzo que ha costado? La dura experiencia ha enseñado al hombre a desconfiar. Él no posee tales reservas y recursos para permitirse perderlos en especulaciones espirituales. Es mejor no tentar lo ignorado. Alrededor solamente existen misterios que pueden contener infinitos peligros. Es mejor no salirse de los viejos y pequeños senderos, pero conocidos y seguros; es mejor desinteresarse por las grandes cosas, mucho más si se sabe que ellas no están hechas para el hombre común, para los que él no está preparado ni proporcionado. Esta puede ser la psicología del involucionado que se encierra en su egoísmo, pero es la única segura.

¡Pero qué liberación! El hombre está adaptado para esta vida terrena que es la suya, con sus alegrías y dolores y no quiere otra. ¿Qué necesidad hay de volar cuando no se sabe volar, cuando intentar es peligroso y no se tiene ningún deseo de hacerlo? El tan reprobado involucionado no sabría qué hacer con el paraíso de los místicos, con las glorias de los héroes, con los triunfos del genio. Estas vertiginosas ascensiones trastornarían su conciencia. Él sabe contentarse con alegrías mucho más pequeñas, seguras, al alcance de la mano y sin gran esfuerzo. Él dice: “Existe un límite para el conocimiento y para la conquista. Respetemos el límite, no nos arriesguemos, no malgastemos en suntuosidades y grandezas de superhombres; contentémonos, quedémonos en lo seguro; no anticipemos jamás nada basándonos en la fe”. ¿No son lindas estas palabras llenas de buen sentido?

¡Pero qué evolucionados y superhombres! Locuras. La humanidad está hecha de pequeñas almas, miopes, débiles, apegadas a las cosas pequeñas. Cada quien tiene lo suficiente con su pequeño drama que vivir, con su dolor que soportar, con su problema que resolver, con su destino que cumplir. Nadie siente en ningún momento la necesidad de llevar a su casa lo supernormal, el misterio, los fastidios y los peligros de las ascensiones espirituales. Está fuera de propósito proponer un esfuerzo evolutivo, un aumento de trabajo, el peso de los ideales, del deber, de la virtud. ¡Para evolucionar es necesario sufrir, y ya se sufre demasiado! ¡Pero qué sufrir! La vida quiere en cambio gozar. ¿Por qué se tiene que ir contra este que es su instinto fundamental? Cuando la vida ha alcanzado sus objetivos, ella se rehúsa a intentar nuevas vías y a realizar nuevos esfuerzos. El normal está satisfecho con su mundo, allí encuentra todo lo que desea y se burla de la evolución. ¿Pero, qué haría él después en un mundo sabio, en el cual le fuera eliminada su principal ocupación, en la cual encuentra su alegría, la de hallar al prójimo en la lucha para someterlo? ¿Qué haría él en un mundo mejor sin saber hacer nada mejor? Su miseria y bajeza, las

rivalidades y enfrentamientos son precisamente un ingrediente natural de su vida, forman parte de los equilibrios de ésta, y ciertas estúpidas resistencias le son necesarias. La liberación alteraría ese cierto orden que de algún modo se ha formado entre las fuerzas de su existencia en su plano. Incluso muchos pobres, arrancados de su miseria a la cual estaban habituados, perecieron con el mejoramiento. ¿Además, para evolucionar se necesita tanta voluntad, audacia, tenacidad, esfuerzo de inteligencia; y quién da al normal todo esto? ¿Pero cómo pretender ahora que estos escritos incendiarios sacudan al animal humano que por hábito milenario está curvado sobre la tierra donde está todo su alimento? Es natural que él no comprenda y lance lejos de sí estas cuestiones tan fastidiosas y vuelva a mirar hacia la tierra donde están todas sus alegrías de las cuales de hecho no pretende apartarse. El mundo del evolucionado es un superconcebible que no despierta en él ninguna resonancia, ningún deseo. Es inútil mostrar a un asno los cuadros de Rafael. Estos no le dicen nada, están fuera de su vida y él volverá. ¿Y para resucitar en el espíritu, algo tan lejano e incomprensible, el hombre tendría que afrontar el desgaste hasta la muerte del cuerpo que para él es toda la vida? Locuras.

¿Pero, cuando el evolucionado pretende escapar del dolor, realmente lo hace? ¿Mas cómo se escapará si su camino es el más espinoso, si está hecho completamente de renunciaciones y de dolores? ¿Y qué vida es la suya que se basa sobre la destrucción de todo lo que es humano? Se comienza no con un alejamiento, sino con un redoblarse del peso de los sacrificios. El dolor permanece, incluso aumenta, la evasión es un sueño, nadie se escapa. Se comienza mal y la cosa amenaza con terminar peor. ¿Cómo se puede pretender que la gente de buen sentido siga semejante camino? Pero es natural que nadie ni siquiera lo piense. Podrán ser ilusiones las de la Tierra, pero son ilusiones también las del Cielo, y entonces todo es lo mismo, y las unas valen lo mismo que las otras. El evolucionado dice que triunfa. ¿Pero realmente triunfa? La victoria ocurre después de la muerte, en el misterio, en un mundo muy problemático. ¿Y si, en cambio, él pierde? ¿Quién lo verifica y nos lo asegura? ¿Quién nos indemniza por los daños? ¡Qué lástima entonces el haberse sacrificado por nada! Al menos quien ha gozado, ha gozado y esto, aunque poco, nadie se lo puede quitar, ocurra lo que ocurra después en el futuro. ¡Así de intrincado es el problema de la vida! Nada existe que sea seguro. Tiene razón entonces el “epicúreo” al robar todas las alegrías que pueda de esta vida avara y amarga, al querer gozar rápidamente, suceda después lo que suceda. Existe una lógica, ¡y qué lógica!, en su filosofía. Tanto para el evolucionado, como para el involucionado, todo tiende después a resolverse en dolor. Aquella puede ser la alegría de un gozo robado. Pero dado que otro no nos es posible obtener y que una felicidad completa y eterna es inalcanzable, se hace lo que se puede. Al fin y al cabo todo es ilusión para todos. Si la evolución ofreciera rápidamente, en vez de una alegría lejana e hipotética del lado de allá de una barrera de mayor dolor, una alegría cercana y segura, sobre todo segura y sin aquella barrera, naturalmente todos correrían hacia allá. Mas, esa evolución va contra la naturaleza humana y sus instintos fundamentales. Es lógico que ella sea entonces evitada. Ella solamente ofrece esfuerzo y dolor. De estas mercedes nosotros tenemos ya lo suficiente. La naturaleza humana está constituida para dirigirse hacia la alegría.

¿Cómo se puede pretender que ande hacia una alegría que, al menos en sus primeros grados, está hecha de dolor? Esto es un contrasentido inaceptable. Es natural que el hombre encuentre la evolución extremadamente repugnante. No es culpa suya que el mundo haya sido construido de esta manera.

Además de todo esto fuimos hechos con estómago. ¿Por qué negarlo? Nuestras principales funciones son animales. El cuerpo, si lo tenemos es para que goce, no para atormentarlo y sofocarlo. Estaría bien si a fuerza de experimentar con este medio y sobre esta línea, un día nos cansemos y la humana insaciabilidad busque otras alegrías. ¡Pero, qué importa el mañana! Nosotros somos positivos y tenemos en consideración el hoy, y el hoy es así. ¿Qué nos importa si un día lejano viene un Reino de los Cielos donde impera el bien? Hoy vivimos en el reino de la Tierra donde impera el mal. Y ya que aquí estamos y no elegimos venir aquí, debemos aprender a saber vivir en este reino del mal. ¡Pero qué heroísmos se quiere pretender de estos hombres que no son más que estómagos ambulantes! La mayor parte de las personas, la parte sana y equilibrada de la sociedad, ni siquiera se plantea estos problemas. Ella es como Dios la hizo, carne que vegeta. Existe aquí, allá, más allá, una llamita de espíritu, pero ella es rápidamente utilizada con un buen sentido, para fines prácticos y utilitarios. ¡Si! Existen los ideales, pero existen precisamente porque son muy útiles para enmarañar a la gente. ¡Cuántos se hacen intérpretes y divulgadores de ellos con este objetivo! ¡Esto es lógico, así se justifica, en un mundo utilitario cual es el nuestro! Todo debe servir para dominar, y para esto los ideales son muy útiles. Es natural así que cada quien sostenga solamente aquel ideal en el cual hace bella figura y condene a los demás, dado que todo debe servir para sí y no para los demás. También es natural que de los principios del bien se haga estricta observancia y que los apliquen sobre todo los demás, que la aplicación de las virtudes comience siempre en ellos, para poderlos así pisotear mejor. Existen las religiones, dádivas del Cielo, para guiar a los hombres a la salvación. Pero en esta baja atmósfera terrena también ellas se han tenido que adaptar para poder sobrevivir, a la bajeza humana que aquí abajo, se quiera o no, es la medida de todas las cosas. No es conveniente destruir este acomodamiento que es el resultado de un trabajo milenario de muchas generaciones y que responde al fin no fácilmente alcanzable de hacer soportables en la Tierra las utopías del Cielo. Y no hablemos de muchos espiritualismos reducidos hoy a aristocrático deporte de moda, a remplazo erótico, a distracción de salón.

Vosotros idealistas, decís poseer la verdad y anuncias al mundo su verbo. ¿Pero, cuál verdad? Ella es algo muy distinto en los hechos. El mundo tiene la suya propia y es muy diferente. Ella en la Tierra se aplica de una forma muy simple: destruyendo a quien la contradiga y de ella disienta. La verdad es que quien vence tiene razón y quien pierde está errado. Tiene razón por el simple hecho de haber sabido con la fuerza imponer silencio al más débil. Éste ya no tiene voz, ya no puede hablar, es inútil entonces que él tenga un pensamiento propio. La vida discute destrozando. Hace callar estrangulando. Lógica estridente. Las proposiciones del razonamiento son un montón de golpes y las conclusiones se alcanzan aplastando al antagonista. Método persuasivo. El derecho de hacer la ley y dictar las normas corresponde al

vencedor, de él es derecho de hacer la verdad, a su modo, con ventaja y de imponerla. La única verdad importante en la Tierra es la del vencedor. Aquí no existen verdades absolutas, universales, solamente verdades parciales, relativas a los intereses de quien tiene medios para imponerlas. Están hechas por él y para él, y deben servir sólo para él. Esta puede ser la lógica de la bestia, pero el vencedor con cualquier medio, aquel que ha demostrado ser el más fuerte, es en verdad quien en la vida tiene razón. Él representa la verdad. ¿Por qué? Solamente porque ha vencido. Se le debe obediencia, le corresponde por derecho. Según la lógica animal del plano biológico humano, a él le corresponde establecer los valores. La vida busca al vencedor y a él le concede todo, porque ella todo lo espera de él. Biológicamente la verdad es la afirmación egoísta del propio yo. ¿Por qué se debe condenar y combatir el egoísmo en un universo por su naturaleza egocéntrico, en el cual todo tiene por jefe a Dios? ¿No está hecho el hombre a su imagen y semejanza? Pues bien, en su pequeñez, él lo imita. El hombre que a través de cualquier medio triunfa sobre todos los demás es el héroe, y debe ser deificado. Los vencidos deben besarle los pies. Esta es la ley de la Tierra. El derecho de tener razón y de hacer la verdad es para él, de modo egoísta y exclusivista, dios de la lucha y de la victoria, intransigente y celoso como el antiguo Dios de la Biblia. Una vez también el Dios único fue concebido así. Muy bien puede el hombre ser hecho así según las mismas leyes. Delante de él la vida se inclina y lo adora según el mismo único principio del más fuerte, principio que en la fase involutiva el hombre se aplicaba a sí mismo y a Dios, al que el hombre hace a su propia imagen y semejanza. Los más débiles, los vencidos son en verdad convencidos de que, en semejante mundo, el más fuerte, el vencedor, es el mejor, y en consecuencia posee y representa la verdad. Y también en nuestros tiempos, igualmente involucionados, el vencedor que se ha adueñado de la imprenta, de la radio y de todos los medios de divulgación del pensamiento, ya sea tan sólo por haber sabido hacer esto y por haber demostrado con ello ser el más fuerte y el más astuto, tiene la razón. Es suficiente esto para que él adquiera el derecho de lanzar las ideas que más le convengan, no importando si tienen un valor o un significado, y de fabricar así en las masas aquella verdad que se quiere, no importando si ésta es beneficiosa o perjudica. Las masas no tienen ideas propias, por sí mismas no comprenden y no distinguen ninguna verdad, está indiferentemente preparadas para aceptarlas todas, no importa si ellas son aparentes o superficiales; aceptarlas porque debajo está aquella real del vencedor, aquella que estas masas por instinto comprenden muy bien y por la cual le dan la razón, aquella que está debajo de todas las verdades y que es lo que las sostiene, vale decir, el hecho de que ella es la voz del más fuerte, de aquel que ha vencido. He allí la verdad.

Este es el mundo real, sólido, resistente y es una locura quererlo reformar. Si fue hecho así, esto es señal de que debe estar hecho así. Una prueba de esto es lo siguiente: que él no se deja cambiar. Él no puede darnos altruismo porque está construido sobre el egoísmo, no puede darnos paz porque se basa en la lucha, no puede darnos verdad porque está hecho de mentira. No pedimos a este mundo justicia porque allí reina la fuerza, ni le pedimos una economía justa porque allí los bienes van naturalmente a manos de los mayores ladrones. ¿Cómo pretender que allí haya

orden y disciplina si el mayor mérito consiste en rebelarse y oponerse? Este es el reino del mal. ¿Y dónde está el reino del bien? ¡Si! Que se consuma el justo en las vías del deber. Al fin y al cabo todo terminará en destrucción. Es inútil. Se trata de volar para volver a caer a tierra. Se buscan superaciones, la libertad, se quiere escapar de la prisión de la vida y se vuelve a caer siempre en ella. La vida es esta. Es inútil forcejear. No se puede ir más allá de sus límites. Ella es todo para nosotros. Solamente sabemos vivir de ella. ¡Idealismos piadosos y ridículos! Las grandes verdades no le sirven a nadie. La vida esconde su misterio. Ella actúa sin hablar, sin darnos explicaciones. Cuando quiere golpea, como quiera, sin decirnos el por qué. Es inútil pensar. No se avanza en nada. El pensamiento es una enfermedad del espíritu, el psiquismo del evolucionado es una hipertrofia patológica, un desequilibrio. Es necesario matar el espíritu, eliminar el ojo de la conciencia que nos fastidia con las exigencias morales y encuentra tantos males humanos, solamente para hacer que los sintamos más, sin saber darnos para ellos un remedio. Es inútil pretender poder y saber intervenir en un mundo de leyes fatales. Tiene razón nuestra civilización cuando tiende a convertirnos en estúpidos con la mecanización de la vida y a barbarizarnos completamente, científicamente, a través de todos los medios de la técnica y de la razón. El pensamiento se desenvuelve para hacerse al final providencialmente suicida. La inteligencia superior que nos lleva fuera de la realidad terrestre, no solamente no sirve, sino que es un peligro para la vida. Es preciso vencer en el plano material donde hoy está toda la vida. Triunfar en forma más elevada no tiene sentido; esto es inútil para quien tiene que vivir en la Tierra. Lo más importante es resolver primero nuestros problemas inmediatos, y después los del universo, los más lejanos. Éste debe estar en función de nosotros y no nosotros en función de él. Es mejor entonces no pensar, no mostrar, no descubrir. Al fin y al cabo los resultados de la ciencia sólo sirven para destruir. Es mejor gozar. Todo lo que existe vale solamente en cuanto sirve para nuestro placer. Las grandes cosas del espíritu están lejos. Las pequeñas cosas de la Tierra están cerca. En la práctica son más grandes éstas porque están cerca. Es necesario nutrirse, vivir y gozar de ellas. ¡Existen tantos medios para gozar y olvidar! Cuando tú que quieres ascender hayas gastado todas tus energías por el ideal y quedes en tierra abatido, él te abandonará, la vida se reirá en tu cara como corresponde a los vencidos, y te aplastará. Bestia eres y como bestia vuelves a la tierra. El grito de tu alma es vano. La vida se burla de tus evasiones. Y en la lucha entre la bestia y el ángel, puede suceder que en vez de matar el ángel a la bestia, la bestia mate al ángel.

Ya era hora de abandonar los sueños y de no engañar más al lector con utopías. Ya era hora de decir esta verdad más verdadera, que más allá de las palabras, está en los hechos. Las religiones, la cultura, la política, todas las actividades materiales y espirituales, individuales y sociales, todo es una mentira, un pretexto, un modo de camuflajear la lucha por la vida en busca de un único fin: el bienestar propio. Todas son astucias para enmascarar con un juego simulado el verdadero juego. Y los ideales forman parte del juego. Se forma de esta manera un consenso universal en el deseo de darlos a comprender, sin que esto se logre nunca. Un consenso en la mentira para la ventaja propia que de allí deriva se ha formado y esto es suficiente para construir la

base de muchas instituciones. Así autoridad y poder que en teoría deberían ser función y misión, en la realidad no son más que medios para oprimir. No se explicaría de otro modo cómo las posiciones de comando sean tan codiciadas y tan áspera lucha se sostenga para conquistarlas. Ciertamente no se hace esto por amor al prójimo. De esta forma la autoridad y el poder son muchas veces parasitarias, por cuanto quienes lo detentan se afanan en dar a entender que son útiles, protectores, productivos e insustituibles, precisamente porque solamente esto puede, haciéndolo aparecer como función y misión, justificar su posición. Si después los ocupantes del poder caen, la gente se sorprende al constatar cómo las cosas marchan igual también sin los insustituibles.

Así se predica la fe, la honestidad, el orden, la confianza, el sacrificio, el altruismo, porque todo esto es útil para el dominio. El ideal verdadero es el rebaño que se ordeña, el rebaño pasivo que se comanda con menos esfuerzo. El prójimo no es un hermano sino un enemigo. Al prójimo que más se ama es al más imbécil, al que más fácilmente se vence. ¡Cuál fraternidad y amor! La vida es rivalidad despiadada. Para obtener un puesto debo expulsar de allí al vecino. Al menos confesémoslo, no sigamos mintiendo, tengamos el coraje de jugar un juego al descubierto. Si Dios existe, él está en los Cielos. Ciertamente en la Tierra no está. Su orden, armonía y bondad no están aquí abajo. Él está lejos de nosotros y nosotros lejos de Él. Es preciso saber vivir sin Él. ¿Nos considera involucionados? Pues bien, este es nuestro orgullo. Somos bestias, pero fuertes y audaces como las bestias. Es con la fuerza que el hombre ha conquistado al mundo y no con la piedad. Seremos demonios, pero es también grande nuestra fuerza y bello este nuestro poder salvaje. Así es la vida a nuestro nivel y nosotros lo aceptamos. Y con alegría ponemos el pie sobre la cabeza del idealista que traicionado por sus sueños, cae a tierra extenuado. Tenemos el derecho, porque nuestro mundo donde vive, él es un vencido. Esta es la verdad. Hoy estamos en la época de la liquidación de los idealistas, liquidación de quien cree en cualquier cosa que no sea su propio despiadado egoísmo. Es inútil ser fuerte en el espíritu. Quien es débil en el plano animal, allí en la Tierra donde está la vida, es aplastado y suprimido. La destrucción material con la guerra, no es nada. Se debe realizar la más grande destrucción en las almas. Si existen locos que van en sentido contrario, constructivo, peor para ellos. Apenas estén cansados, los acabaremos. Quienes pretendan escapar de los límites biológicamente señalados del ataque y defensa para ventaja propia, para gravarse en cambio con el peso inútil del ideal, biológicamente pasivo, lujo inadmisible, van contra la vida y es justo que ésta los elimine.

La verdad de estas afirmaciones es evidente, mucho más que las elevadas construcciones de los volúmenes precedentes. Muchos lectores se regocijarán ahora al constatar el arrepentimiento del autor. Y podrán decir: finalmente ha comprendido que también él estaba equivocado. No es un espectáculo común el de un autor reo-confeso que reconoce su error. Y así de un solo golpe todo se ha derrumbado, del gran sueño no queda nada, la realidad de la vida ha retomado la iniciativa y ha hecho valer sus derechos, ha nivelado y trazado la superconstrucción intentada. Fue una

ilusión, una mentira. En fin, la locura no es una gran culpa. La ilusión lubrica la vida. Al fin y al cabo la Tierra es un lugar de traiciones. El hombre puede encontrarse en cuatro posiciones: la del vencedor que cree vencer; la del desgraciado que se pierde; la del imbécil que se contenta; la del evolucionado que se sacrifica. Pues bien, todas estas posiciones finalizan igualmente en una traición. Es natural que también el autor haya sido traicionado. Pero de esta forma ha descendido de los cielos a la comprensión de una realidad que antes se le escapaba, sobre la cual hoy él fundamenta su muy nueva concepción de la vida.

II

LA PERSONALIDAD OSCILANTE Y LA VISIÓN DE OTRAS VERDADES.

¿Qué significado tiene el capítulo anterior? ¿Qué ha ocurrido? ¿Arrepentimiento, evolución, contradicción? ¿Es tal vez otro autor el que habla? ¿Qué significa en el lógico desarrollo constructivo resultante de los anteriores volúmenes, esta tan distinta voz destructora que recuerda a Nietzsche y parece la del mal? Ella expresa una mentalidad que está en las antípodas de aquella de los escritos precedentes, una psicología de aquel que asciende, sino del hombre que se encierra en su egoísmo y todo lo ve en posición egocéntrica. ¿Y cómo entonces después de tanto caminar encontramos aquí aceptada y llevada a primer plano como verdadera la filosofía del involucionado?

Observemos el fenómeno. No podemos detenernos aquí a refutar las observaciones anteriores. Sólo el lector superficial podría ser persuadido por ellas. Sería suficiente con ahondar un poco las cuestiones para obtener panorámicas y soluciones distintas y más satisfactorias. Ellas son dadas a cada paso en los anteriores volúmenes de los cuales este es una continuación. El problema que ahora nos planteamos en cambio es el de explicar cómo el autor pudo poseer, aunque fuera por un momento, una verdad tan distinta a la suya habitual, cómo le pudieron parecer verdaderas por un instante las vías del descenso, en vez de aquellas de la ascensión en las cuales generalmente se mueve. Pues que, está muy claro, de que las páginas del capítulo precedente no son una ficción literaria, sino que fueron en verdad sentidas como realidad por quien aquí escribe. Debo también explicar que hablo de mí mismo en tercera persona porque me separo completamente de mi caso que estudio, de mí mismo observado apartado e independiente, como si el fenómeno ocurriera en otra persona. Para comprenderlo me es necesario saber cambiar de posición psicológica, observando las cosas desde distintos puntos de vista. Ahora, el problema es entender cómo una misma personalidad puede existir sucesivamente en distintos planos de lo concebible, asumir allí exacta conciencia y en consecuencia tener acceso a la visión de otras verdades. Para llegar a esto es necesario primero comprender el fenómeno de la personalidad oscilante.

Los fenómenos biológicos son rítmicos. La onda según la cual avanza la trayectoria de su desarrollo, se desenvuelve según vértices y descensos, según máximos y mínimos de intensidad, según períodos de actividad y de reposo. Esta es una ley de oscilación que ya vimos en el desarrollo y decadencia de las civilizaciones, en el nacimiento-juventud y senilidad-muerte del individuo, etc. Tratándose de un sistema de fuerzas equilibrado, debe haber allí proporción entre las dos fases que, si son opuestas, son también complementarias. Es natural entonces que al ser mayor la altura alcanzada por el vértice de la onda, sea también mayor la profundidad de su descenso. Ahora, las superiores realidades del espíritu solamente se pueden alcanzar en las horas de gracia en las cuales la vida oscila de tensión y potencial hasta tocar el punto más alto de la evolución alcanzada, vale decir, en el período de máxima intensidad psíquica, en el vértice de la onda; período después del cual debe seguir el descenso de la luz en las tinieblas, un precipitar de conciencia; el derrumbarse de todo un mundo. El ciclo completo es la resultante del período evolutivamente alto, de la afirmación, más el evolutivamente bajo, de la negación. Por lo demás la conciencia no es un fenómeno constante y, según el principio de dualidad que rige a la mayoría de los fenómenos, se compone de una fase lúcida y de una oscura, que se complementan mutuamente con funciones opuestas, la primera de intuición sintética, la segunda de elaboración analítica y de control.

Así, las grandes verdades e ideales representan una alta meta lejana, un anticipo de la evolución a ser alcanzado por encima de la realidad biológica en acto, representando más el futuro que el presente; y el canto del futuro es débil sonido en el presente. Para oírlo es preciso agudizar la audición psíquica, es necesario llevar nuestra conciencia hasta el alto potencial y alta frecuencia de onda, en la cual solamente se pueden percibir las grandes voces lejanas. Para anticipar el futuro biológico, para registrar la visión en el mundo espiritual del futuro, es preciso alcanzar la alta tensión nerviosa que quema y extenua. Solamente quien vive estos fenómenos puede comprender este dinamismo biológico y el ímpetu de sensaciones que ellos representan; las cuales sin embargo, si lo colman de entusiasmo dándole en la hora inspirativa el sentido de una inusitada plenitud de vida, lo dejan después destruido, como incinerado por el incendio vivido. No es el espíritu el que se cansa, la parte del ser que está en el ápice de la zona evolutiva ocupada, sino que es la parte orgánica, inferior, la que está situada en el fondo de dicha zona evolutiva. Cansancio por el trabajo de la catarsis que es más sensible allá donde la vida es abandonada abajo, en correspondencia con aquella que paralelamente es conquistada en lo alto. Pero el equilibrado dualismo del fenómeno no se efectúa solo en esta dirección. Por la misma ley de equilibrio y dualidad, aquel estado de hipertensión debe después compensarse en un estado de hipofunción, vale decir, el período de alto con el de bajo potencial. Así, a la alta tensión que a la larga quemaría el organismo físico, sigue un período de relajación y de reposo. Todo esto es lógico y según las leyes de la vida.

Un tipo normal es en general evolutivamente inerte y estático, en consecuencia equilibrado en su fase animal y no en fase de transformación intensa; no es lanzado hacia formas de vida más elevadas. Por lo tanto no experimenta oscilaciones y

desequilibrios que, si pueden parecer anormales, son los únicos creadores. El tipo corriente que no toca las alturas del espíritu, no puede tampoco caer en estos estados de depresión, que son todo menos patológicos. Sólo quien no ha comprendido el fenómeno, puede decir que lo sean. Para el hombre común las oscilaciones de la onda son muy leves, su conciencia se mantiene más o menos estática en el mismo nivel y por lo tanto su visión es constante, de una realidad que así le parece única y sin contradicciones. Su inteligencia no tiene oscilaciones entre lo supernormal y lo subnormal. Ella es para él casi exclusivamente el instrumento de la lucha por la vida y agota su función en la defensa del cuerpo. Él está armado para esta y no para las conquistas biológicas; está construido para conservarse cual es, más que para arriesgarse en las grandes aventuras de la evolución. Él es mediocrementemente inteligente, pero lo es, más o menos, constantemente, en todo momento. Él no se topa en las experiencias de sus sensaciones, con este fenómeno de oscilación debido a posiciones de transición y a tensiones creativas que están fuera de su campo biológico.

La verdad del capítulo anterior, es también una verdad, pero es exclusiva del mundo inferior de la Tierra. El autor la ha sentido real en una hora de baja tensión en la cual vivió en ese plano evolutivo. Esto está en las antípodas de las horas inspirativas en las cuales él ha podido en cambio sentir y registrar las superiores verdades del espíritu, aquellas que pertenecen al futuro de la evolución, expuestas en “La Gran Síntesis”. Ahora, si esta oscilación de potencial nervioso y psíquico no es ciertamente apta para ayudar en la lucha por la vida, sin embargo ella es condición necesaria para alcanzar planos evolutivos más altos, de los cuales los normales equilibrados en el plano son excluidos, al menos hasta que alcancen superaciones biológicas en el futuro. Si esta oscilación puede ser incluso dolorosa por el continuo sentido de tempestad que da a la vida, por el continuo amontonarse de creaciones y derrumbes, en un estado de elaboración ascensional que si quema las etapas de la evolución, quema también la vida orgánica, no obstante solamente de tal esfuerzo excepcional puede nacer la posibilidad, de otro modo muy lejana, de lograr diversísimas focalizaciones de la conciencia en distintos planos evolutivos, y por tanto la visión de otras verdades y la comparación entre ellas. Allá donde el hombre común está encerrado en la concepción de una sola verdad, limitada a su plano de vida con pocos elementos de juicio, en nuestro caso podemos obtener allí una vastísima gama.

Con el avanzar en la evolución estas ondulaciones en las cuales se acumulan los períodos de luz y de tiniebla, incluso conservando su amplitud, se elevan cada vez más, lo que permite alcanzar vértices cada vez más altos, avanzando así de conquista en conquista hacia verdades cada vez más vastas y profundas.

El pobre organismo físico sigue jadeando esta vertiginosa carrera de ascensión que se hace un poco cada vez más apretada, y también él así, debe sufrir su catarsis para adaptarse a las siempre menos exigencias de la vida impuestas por el espíritu. Pero ésta a su vez permite al espíritu avanzar siempre más, pues que teniendo que arrastrar consigo, un cuerpo al cual está ligado, éste, transformándose por dicha adaptación, se hace cada vez menos inepto para respirar en las altas atmósfera rarefactas y a la vida

de alto potencial. Quien aquí escribe habla de experiencias vividas, experimentalmente por él controladas cada día, pues que esta es la gran aventura biológica que forma el contenido de su vida. Sin embargo se trata de sensaciones y experiencias que no pueden ser transferidas de un hombre hacia otro hombre, y quien no se encuentra en esta posición evolutiva no puede atravesarlas. Por esto ellas escapan a la ciencia positiva de hoy.

Así se explica la contradicción entre la verdad expuesta arriba en el capítulo anterior y la que fue expuesta primero y después en estos escritos. La contradicción es producto del contraste entre posiciones distintas, lo que es algo tan natural que normalmente constituye la base de la percepción. Pero solamente así se pueden percibir verdades evolutivamente futuras, a las cuales la mayoría únicamente llegará en el futuro. Precisamente porque el autor no es estático en ningún plano, incluso en lo alto, su conciencia ha podido realizar la oscilación que lo ha llevado a la máxima depresión de la onda, vale decir, al plano de la conciencia terrena del hombre todavía en gran parte animal. Sin embargo, siendo esto para el autor solamente el punto más bajo de su oscilación, el fenómeno mismo lo lleva rápidamente a ascender a los planos más altos y a la sensación y afirmación de verdades superiores. Al lector ofrecemos precisamente, junto al análisis del fenómeno, el espectáculo de esta retoma ascensional de conciencia. Veremos de esta manera en el desenvolvimiento conceptual que sigue, lentamente reconstruirse la tensión y reaparecer cada vez más nítidas y cercanas las verdades del espíritu, de las cuales solamente había prescindido por un momentáneo colapso. El examen de este desarrollo constituye el esqueleto de este volumen, cuya marcha en consecuencia es ascensional. Éste resultará entonces una exposición de panorámicas progresivamente ascendentes, incluso si más adelante, agotado el estudio del fenómeno psicológico, no nos ocupamos ya de la causa que lo determina, sino sólo de poner en evidencia su resultado conceptual.

Veremos así una verdad continuamente en progreso, que se eleva poco a poco hasta un vértice en el cual contemplaremos en su conjunto al Creador y su Creación, para después volver a descender a los problemas particulares, de la síntesis al análisis. Esto porque la conciencia no puede mantenerse por mucho tiempo en la alta tensión de la síntesis máxima y debe después rebajarse para reposar en las menores visiones del análisis. En la ascensión el espíritu apunta hacia la unidad, hacia lo absoluto, por concepciones sintéticas. En el descenso él ve, más que el conjunto, lo particular, lo relativo, por concepción analítica. En el fondo, lo que hace es recorrer a lo largo de la escala de la evolución la vía de ida o de retorno que el ser recorre ascendiendo hacia Dios, o descendiendo de Él. En este caso particular que ahora estamos observando en este volumen, vemos reflejado el esquema de la estructura del universo, que confirma lo que muchas veces dijimos, que éste está constituido por esquemas únicos, de modo que el esquema máximo Dios-Universo, lo vemos reaparecer reproducido en cada caso menor y a toda altura. El crescendo conceptual que seguirá, solamente es entonces, la expresión de la más grande ley de la vida, que es la ascensión de todos los seres hacia Dios.

Pero si esta es la meta hacia la cual siempre se camina, por el mismo cambio de las panorámicas que se obtienen ascendiendo, podemos darnos cuenta de la relatividad de nuestra verdad. No quiere decir esto que no exista una verdad absoluta y que ella cambie a medida que progresamos. La verdad absoluta existe, lo que cambia es nuestra percepción de ella, es el aspecto subjetivo de aquel hecho objetivo. De esta forma en cada plano evolutivo que atravesamos encontramos una para nosotros relativa verdad distinta, dependiendo de nuestro punto de vista y de su variación. Estas verdades relativas parecen contradecirse, pero en cambio se complementan. Es preciso comprender bien este concepto de la relatividad de nuestras verdades, que están en función del punto de vista dado por nuestra posición a lo largo de la escala de la evolución. La verdad absoluta, total, completa, se nos escapa. Ella está en Dios y no en el hombre. Es la visión contemporánea de todos los puntos y posiciones a lo largo de la escala de la ascensión. El hombre situado en lo relativo solamente puede percibir una verdad particular y relativa, aproximativa y relativa, pero precisamente por esto, en movimiento en relación a la otra verdad absoluta e inmóvil. En consecuencia, el hombre sólo puede comprender por sucesivas aproximaciones a la misma única verdad que está únicamente en Dios.

Así cada plano tiene su verdad, la cual en su forma relativa, continuamente se rectifica y se perfecciona. De esta manera una forma que en un dado nivel puede ser justa, se hace injusta en uno superior. Los valores y por tanto los juicios en los varios planos son distintos. Quien es sabio en el plano de la materia, puede ser un insensato en el plano del espíritu y viceversa. Así un no-valor puede convertirse en un valor máximo y al contrario, según la altura evolutiva desde la cual se observa y el mundo al cual él se aplica. De esta forma se explica la evangélica inversión de valores. Lo que en la Tierra es dolor y derrota, más arriba puede significar redención y salvación. Evolucionando el valor de las cosas cambia, como cambia la verdad de la cual él depende. El cuerpo pertenece a un mundo; el espíritu a otro plano de vida. Ellos tienen dos verdades y leyes distintas. De allí el antagonismo que existe en nosotros, que cuando el espíritu es fuerte puede asumir una violencia tremenda. Son dos vidas en luchas, entre las cuales la más poderosa vence. En la mayor parte de los casos el espíritu duerme y, si se despierta, es al servicio del cuerpo. Pero en el caso contrario cuando el espíritu domina, nacen tempestades apocalípticas que el hombre común no imagina.

La psicología del capítulo anterior es la terrena, la del involucionado que ignora las leyes de la vida, que es ciego frente a las grandes armonías del universo, incapaz de aferrar las más grandes fuerzas que se le escapan, está encerrado en una pequeña verdad limitada al plano de evolución animal terrestre. Para poder hacer comparaciones y percibir una mayor porción de la verdad universal, el autor debía conocer también ésta, atravesándola completa, aunque fuera por un momento. Solamente ésta su posibilidad de ser consciente en planos evolutivos distintos, le puede permitir coligar las distintas verdades y llevar al plano humano, verdades propias de planos superiores, que en ese momento parecen erradas o utópicas. Con esto se puede ayudar a la evolución, anticipando verdades todavía hoy

evolutivamente lejanas, propias de un futuro biológico no alcanzado aún. Se puede así introducir el producto de la videncia de alto potencial, en las concepciones más turbias y menos operantes del plano de bajo potencial o de ceguera, en relación al de videncia.

Es natural que la verdad más baja resulte feroz e infernal vista desde un plano más alto, mientras puede parecer justa para quien por evolución y sensibilidad está proporcionado a esa ferocidad. Así se explica cómo la Tierra pueda parecer un infierno a los más evolucionados, y cómo desde la Tierra, el Cielo, pueda parecer una utopía. Y también se explica cómo la verdad inferior que parece tan verdadera en un plano, se derrumbe en lo absurdo a penas ella se lleve a un contacto con realidades superiores. ¿Y qué haría la primera por sí sola? Ella quedaría sin esperanza, sin futuro. Y este futuro está inevitablemente implícito en la instintiva insaciabilidad humana que expresa el impulso de la evolución y que quiere que tarde o temprano todo se supere. La ventaja está en saber encontrar el paso de la verdad inferior a la superior, y esta es la función y misión de los más evolucionados condenados a vivir en el infierno terrestre. Se trata de pasar a más elevadas formas mentales y solamente en esto puede consistir el progreso hacia civilizaciones más elevadas.

A medida que se evoluciona, la vida se hace más amplia y poderosa, se amplifican los horizontes de la conciencia y por tanto del dominio. El involucionado vive el día a día de las pequeñas cosas cercanas, imprevisor, impulsivo, sin conocimiento y sin sabiduría. El evolucionado domina la vida, sabe y calcula causas y efectos lejanos, es providente, reflexivo, tiene conocimiento y sabiduría. El campo de su conocimiento y por lo tanto de dominio, es mucho más vasto. Él siente, afronta y resuelve problemas de los cuales el involucionado no se ocupa. Este ni siquiera sospecha la presencia de un mundo inmenso que está más allá de su pequeña conciencia. Para él este mundo sólo existe como un germen que apenas se ha asomado, no conquistado todavía, perdido en lo inconcebible. Si bien él no comprende todo lo que el evolucionado hace y dice, no obstante éste tiene muchas cosas que decirle, porque ve donde el otro todavía no ve y está más adelantado en el camino de la evolución que todos debemos recorrer. Aunque extraña, incomprendida y despreciada, la palabra del evolucionado tiene el valor y el poder de una revelación, pues que manifiesta nuevas zonas del pensamiento del universo, lleva a la luz lo profundo y devela el misterio. Y el saber nos guía al poder. Conocer los por qué de la vida, poseer la solución de los problemas, actuar con orden en vez de al azar, orientados en vez de desorientados, representa una posición de gran ventaja incluso para los fines prácticos de la defensa y de la conquista. El involucionado que se apoya en la fuerza no sabe que el pensamiento es la mayor potencia, capaz de vencer aquella fuerza. Ésta de por sí es obtusa, es un desencadenamiento brutal sin rendimiento en el cual se pierde demasiado en errores y roces. Y la inteligencia la vence. El pensamiento es creativo, y por pertenecer a planos más altos, domina todo lo que está por debajo del él, porque evolutivamente es inferior. El poder que nosotros buscamos con tanto esfuerzo en la Tierra, viene a nosotros espontáneamente al saber ascender.

Así el evolucionado puede representar a favor de los involucionados una verdadera función biológica, anticipadora y creadora de valores. La vida lo produce con este objetivo y le confía esta función. De esta forma, si su sacrificio por la utopía puede parecer locura, es siempre un testimonio necesario para dar impulso a la vida. Y si ésta lo deja morir, es solamente para hacerlo fructificar. Así la vida salva su parte mejor y con ellos obtiene para sus fines universales el rendimiento mayor. En este su método de actuar se puede ver la importancia que ella le da a la evolución. Si ninguna posición es más creadora que la del macho, nadie se arriesga más que él a ser triturado. Y nadie es más macho que el evolucionado, que representa el poder ultra viril del pensamiento, la función creadora y directora colocada en la cabeza de la ascensión, sin la cual las otras dos grandes funciones de la vida, la conservación y la reproducción, quedarían estériles.

La evolución tiene sus heraldos que ella envía adelante más armados que los normales, porque ellos tientan lo ignorado a su riesgo y peligro. La naturaleza no los protege exteriormente, modificando para ellos su ambiente, sino que los abastece de lo necesario y los previene interiormente. La vida hace de ellos especialistas en funciones evolutivas, antenas investigadoras y anticipadoras. Con este objetivo ella produce pocos ejemplares de excepción, mientras mantiene a la mayoría prudentemente atrás, en lo más seguro. Ella luego los lanza en una lucha que no es aquella dada por la competencia recíproca entre hombre y hombre para la formación de cualidades humanas, sino que es una lucha directa contra el misterio y las fuerzas biológicas para avanzar conquistando campos inexplorados. Así el progreso avanza con la colaboración entre los más y los menos evolucionados. La vastedad y la profundidad de los problemas que el hombre se plantea y resuelve, la altura de los mundos con los cuales él llega a entrar en contacto y a vivir, son un índice de su grado de evolución. Lo que significa también el grado de autonomía, de poder, de seguridad y felicidad que el hombre ha alcanzado. La vida es siempre utilitaria, y el progreso, a pesar de costar esfuerzo y riesgos, debe traer una mejoría. La sabiduría y la cordura no son un fin en sí mismas, sino que son el medio para convertirse en patrones, dado que el poder y el dominio solamente pueden ser concedidos a quien sabe hacer buen uso de ello. Es de esta forma que la Ley quiere que la vida florezca.

Con la evolución el juego de la vida, de corto y miope, como lo es para el involucionado limitados a los planos inferiores, se transforma en un juego cada vez más amplio y complejo, de lejanas y vastas realizaciones. El hombre entonces pasa a vivir así en función de un cada vez más grande círculo de seres. Su esfera de acción se expande en el espacio y en el tiempo, descende cada vez más profundamente hacia la esencia de las cosas. El involucionado es impotente para vivir una vida tan amplia. Él solamente sabe utilizar los pocos elementos de los cuales dispone, y no más allá. Hasta que no asimile las muchas experiencias necesarias, no madurará para nuevas formas de vida y de ellas quedará excluido. Ignorando el complejo juego de las fuerzas de su destino y la técnica de su funcionamiento, él deberá aceptarlo sin comprenderlo ni prevenirlo, como inexorable hecho, mientras que quien sabe, de su destino es el patrón. Ignorando los hilos que coligan causas y efectos, no sabe

establecer aquellas conexiones que dan la explicación de tantos hechos y que a otros le permite prevenir. El hombre de hoy ignora la solución de los problemas fundamentales de la vida y con esto tiene muy pocos medios para defenderse del dolor, efecto de continuos errores. Así el dolor no es resuelto y eliminado, sino que de él se siembran continuamente nuevas causas. Entonces el hombre de hoy busca sus causas quien sabe donde, en los demás, hasta en Dios a quien califica de injusto, y no sabe que ellas están en él. Y así se crea alrededor un caos, pierde toda confianza en el orden del universo, en la bondad y sabiduría de las leyes de la vida, y busca refugio en la psicología de la ventaja inmediata. De allí resultan posiciones inestables porque son usurpadas, desequilibrios y derrumbes, ilusiones y dolores. La ventaja inmediata, el éxito rápido, lo que no fue primeramente ganado, sólo puede concluir en traición. De esta manera abajo hay cada vez más estridor de lucha, mientras en lo Alto la Ley expresa las grandes armonías de lo creado.

III

EXPERIENCIAS EN BIOLOGÍA TRASCENDENTAL

Después de haber sumariamente trazado en el anterior capítulo la dirección de nuestro camino y la vía ascensional que en este escrito, a semejanza del gran camino evolutivo del ser, nos proponemos seguir, antes de continuar, es necesario aquí completar los señalamientos hechos al principio con una más exacta documentación psicológica del fenómeno de la personalidad oscilante entre varios planos de evolución y de conciencia, con la visión de otras verdades. ¿Este salto del “yo” desde el vértice de la onda a las profundidades de sus depresiones y viceversa, este precipitarse desde un alto a un bajo potencial y el ascender en sentido inverso, más allá de la visión de los distintos planos de la verdad, qué sensaciones produce en quien vive el fenómeno y cómo ocurre, cómo se explica, qué significado biológico tiene él en la economía de la vida? Quien escribe aquí trata de documentar a través de su propia experiencia el extraño fenómeno por él vivido, profundizando así el complejo problema de la personalidad humana ya tratado, para lo cual remitimos al lector al final del anterior volumen: “La Nueva Civilización del III Milenio”. Podrá ver así mejor iluminado el fenómeno inspirativo por nosotros ya examinado en el volumen: “Las Noures”.

El mundo ideal que el evolucionado anticipa en sus visiones, no es una realidad que haya alcanzado su manifestación en nuestro ambiente terrestre. Aquí ese mundo superior sólo existe como espejismo, como utopía, en estado potencial de futura realización, como está el árbol en la semilla, vale decir, como estado de algo que podrá ser, pero que todavía no es. No existiendo en nuestro mundo como realidad concreta y objetiva, estas verdades superiores no son susceptibles de una exacta percepción y de experimentación. Esto las hace irreales, fantásticas, ilusorias. De hecho ellas en la Tierra son una imagen, una proyección de una realidad lejana, que

sin embargo es del todo objetiva en planos evolutivamente superiores y para quien sepa conscientemente alcanzarlos. Estas realidades espirituales pueden ser entonces exactamente percibidas y experimentadas, y esto en estados de conciencia de alto potencial. Entonces, aunque el observador queda en estas condiciones, es posible la exploración de ese mundo ignorado, así como es posible explorar con los sentidos comunes la realidad concreta de nuestro mundo terreno. Esto puede ser muy bien comprendido por todos, dado que no existe quien no sepa que todo lo que nos circunda asume una dada apariencia solamente en función de nuestros medios sensoriales y que, si cambian estos, puede cambiar del todo esta apariencia.

El método inspirativo o intuitivo aquí usado por quien escribe, como medio de investigación que le proporcionan sus cualidades de sensibilización por evolución, es precisamente lo que le permite alcanzar conscientemente planos superiores de vida y, en un estado supernormal de percepción, realizar observaciones, experimentos, críticas, registro de soluciones a los problemas planteados. Las mejores páginas de toda la Obra de la cual este volumen forma parte, fueron obtenidas con este método. Es verdad que él no puede ser usado por todos, como se puede hacer con los comunes medios de indagación. Pero se puede comprender la gran contribución que puede aportar al conocimiento un tan inusitado instrumento que por años ha sido metódicamente usado en una producción orgánica de conceptos, la cual será comprendida solamente cuando la Obra esté completa. Tratándose de un caso excepcional y no habiendo en verdad la ciencia resuelto estos problemas, este método fue confundido con la mediumnidad, con la ultrafania en trance, con el espiritismo, etc. Pero aquí no existen fenómenos físicos, ni de trance, y el transmisor se funde en colaboración con el receptor en una obra orgánica en la cual es afrontado científicamente el concebible humano, no obstante que sea en síntesis, para dar la orientación y la solución de los problemas más arduos y vitales.

No tiene nada de extraño que en tales condiciones especiales y con estos medios, se haya podido alcanzar el conocimiento de otros planos de vida donde es real y objetivo, no la materia sino el espíritu, y obtener la expresión de aquella realidad inmaterial que está dentro de todas las formas, que las rige y de la cual ellas no son más que la manifestación exterior. Es así que aquí lo imponderable emerge del misterio y, visto con los ojos del espíritu, asume la solidez con la cual la realidad concreta aparece al ojo común. Entonces la vida, percibida con otros medios, se revela distinta y cambia todo el significado y el aspecto de las cosas. Y entonces nuestro mundo, que a nosotros se nos presenta como realidad en comparación al espíritu que nos parece un sueño, se convierte en ilusión, al paso que aparece como realidad el mundo del espíritu.

Nosotros nos movemos, pues, entre dos realidades, cada una de las cuales parece ilusión si es observada desde un punto de vista diverso. Al final del volumen anterior: "La Nueva Civilización del III Milenio", describimos las dos vías que conducen a las dos realidades; la primera por directa percepción exterior; la segunda por inversa percepción interior. Las así llamadas creaciones del espíritu no son más que

percepciones de realidades evolutivamente más altas registradas por vía de esta percepción interior. De esta forma el genio en todos los campos, científico, así como en el artístico o místico, sin trance y con potencia y resultados que superan aquellos de la común ultrafania, nos muestra haber tenido contacto con realidades que no son de la Tierra. Y aquellos que aquí abajo tocamos con las manos, si son observados con el análisis penetrante de la ciencia moderna, se deshacen en lo imponderable. Veremos esto mejor en el Cap. XVII: “La Últimas Orientaciones de la Ciencia”. De modo que la estabilidad de la materia se reduce al final solamente a la estabilidad de los principios directivos abstractos que la regulan. Esto confirma el supuesto concepto de la completa relatividad de nuestro conocimiento, pues es obvio que los axiomas que ponemos en la base de su edificio están en función de nuestros medios sensoriales, son dados por un consenso derivante de la igualdad, o casi, de estos medios. Los seres se comprenden cuando y porque están hechos del mismo modo. De esta forma ellos no se comprenderían jamás. Ciertamente deberá existir una realidad última que sea objetiva en sí y por sí. Pero cuál ella sea en su absoluta objetividad, más allá de todas las formas, lo ignoramos. Esta última realidad verdadera que está más allá de todas las apariencias relativas, deberá al menos poseer todos los aspectos, cada uno objetivo, relativamente a los medios de observación, cuantas son las reacciones y reflejos que ellos puedan producir en todas las posibles formas de conciencia. ¿No vemos que en el momento que cambia nuestro estado físico y psíquico, el mismo hecho produce en nosotros resonancias distintas? ¿Y no lo juzgamos entonces como una realidad diversa? La absoluta realidad se nos escapa completamente. No somos más que viandantes en lo relativo, que caminamos allí sin pausa, sin llegar jamás a recorrerlo todo, para alcanzar lo Absoluto. Y mientras avanzando en nuestro camino evolutivo, el campo de nuestro relativo no cambie, no tendremos en él más que algunas oscilaciones para experimentar nuestra vida. Por lo tanto, verdades definitivas y estáticas son imposibles en la Tierra, mas solamente progresivas aproximaciones a un inconcebible absoluto, del cual sólo pueden aparecernos algunos puntos de referencias, pero al cual, caminando en lo relativo, tratamos de acercarnos cada vez más.

Las dos realidades, la exterior de la materia y la interior del espíritu, son los dos extremos del actual concebible humano, entre los cuales éste está encerrado y entre los cuales se mueve en ascensión o en descenso la observación de la personalidad oscilante que aquí estudiamos. Ya que por razones sensoriales la primera realidad de la materia es considerada la más verdadera, nos preguntamos: ¿en qué se convertiría la sociedad humana si se suprimieran las realidades inmateriales del mundo moral e ideal donde está el bien y el mal, el sentimiento, la fe, el pensamiento, el arte y la ciencia misma, todo esto producto de otro mundo que, no obstante de que se pierde en lo imponderable, no se pueden negar que se proyecta en manifestaciones tangibles también en nuestro mundo material? Los símbolos, los estandartes, las imágenes, veneradas representaciones de lo imponderable, no son creaciones o conversiones arbitrarias, sino que son señales y formas en las cuales la mayoría reconoce una realidad interior otro tanto verdadera. Si el consenso no se hubiera formado primero entorno a una sustancia interior, él no sería después posible alrededor de la forma

exterior que la representa. Ciertas afirmaciones de fe colectiva no son artificiales; ellas están más allá de todo poder humano de crearlos y mantenerlos y tienen una resistencia que muy a menudo falta a la realidad concreta. Podemos por ello hasta preguntarnos, si no será precisamente esta realidad interior que es relegada entre las ilusiones, la que plasma el mundo humano y a través de este también el físico. ¿No estará tal vez la más grande fuerza del ser en este íntimo imponderable “yo” que todo lo ansía plasmar y expresar de sí, sin límites, que si pudiera querría dar expresión de sí en todo el universo?

Era necesario con todo esto explicar cómo las afirmaciones ideales que vamos exponiendo responden, aunque parezcan utopía, a una potente y objetiva realidad interior. Es ésta la que por doquiera lo sostiene todo. Sin esta realidad interior que es el alma de las cosas, la forma crea como cosa muerta. La instintiva necesidad que impulsa a evolucionar, hace buscar también el involucionado esta realidad interior en las cosas, cuya existencia sólo ella justifica. En todos está radicado este instinto de buscar por doquiera una sustancia espiritual, y es repelido todo lo que por esta sustancia no se hace vivo y vital. Está en esto, y sólo en esto, la potencia de estos escritos. La base del consenso que se forma y siempre más se formará entorno a ellos, es dada por la alegría de muchas almas que se reencuentran en este mundo interior de donde brota la vida. Una fantasía, creación individual, no sostenida por una completa adherencia a la tanta más potente realidad interior, no encontraría eco, correspondencia en las almas y quedaría sin ser oída e incomprensible. El consenso, más allá de todo razonamiento, dado por el instinto que super-racionalmente siente que aquí no es un hombre que habla, sino que es la vida universal que responde. Es en este mundo interior que quien escribe se ha situado y hacia allí conduce a sus lectores. Y ellos inconscientemente vibran reconociéndose en muchas afirmaciones a sí mismos, vale decir, la misma propia vida que habla. Ellos sienten haber encontrado a quien sabe expresar la voz que sienten vagamente resonar también en ellos.

El organismo que realiza estas percepciones y registros es el espíritu, situado en el plano de la realidad interior, en el polo opuesto al cuerpo que está situado en la realidad sensorial exterior. Siendo el espíritu un organismo imponderable, su anatomía todavía se nos escapa. Podemos sin embargo sumariamente concebirlo como una unidad dinámica radiante, existente en una dimensión superior a las nuestras de espacio y tiempo. Se trata de un organismo de fuerzas equilibradas y jerárquicamente coordinadas, según leyes que podemos analógicamente deducir de aquellas que rigen el funcionamiento de la infinidad de los otros organismos del universo, incluyendo el físico-humano. Lo ignoto se puede siempre explorar asumiendo como segura hipótesis de trabajo aquella que nos es indicada por el principio de analogía, ya que el universo es unitario, está regido por esquemas únicos reconducibles a un tipo central único que se repite a todas las alturas evolutivas y en todas las formas y combinaciones posibles.

Hemos ya explicado en “La Gran Síntesis” la evolución de las dimensiones. Podemos así darnos cuenta en qué plano de existencia debemos buscar el espíritu. Su

característica principal es el dinamismo. Y esto es natural ya que la potencia aumenta ascendiendo de grado evolutivo. Esta unidad es vibrante. En esto está su vida, su modo de existir; en esto está el elemento fundamental de su individualidad. Es decir, el espíritu por su naturaleza es tele transmisor, tele receptor y definible no por su forma física, sino por una frecuencia de vibración y de un tipo y longitud de onda. En el futuro la personalidad humana no será individualizada por características somáticas sino psíquicas. La identidad de cada quien será expresada por un diagrama que indica el tipo, por trayectoria y frecuencia, de la onda individual. Un nuevo mundo de radiaciones que hoy no imaginamos, invadirá nuestra vida cotidiana. La posición del individuo será determinada por su tipo de vibración, resultante de los pensamientos y actos dominantes, y la convivencia social será en gran parte un problema de sintonía. Estos son los primeros pasos de la futura evolución humana. Nuestra existencia será siempre menos física y siempre más psíquica, nerviosa, espiritual. Se trata de una expansión inmensa de la personalidad humana que recuerda aquella del ser que de la inmovilidad de la planta alcanza la movilidad del animal, realizando así la posibilidad de infinitas nuevas experiencias, base de nuevas vastísimas ascensiones. El ser existe hasta allá donde llegan sus medios de percepción. Ampliando su campo con el convertirse cada vez más en espíritu, se alcanza así una inmensa expansión de la personalidad que igualmente agiganta su campo de acción y su poder de dominio. ¡Qué realidades, qué experiencias y con esto qué nuevos medios de ascensión podrá mañana realizar un ser que, más allá de sus actuales escasas posibilidades sensoriales, podrá alcanzar una tele percepción y una telecomunicación radiantes! Entones los actuales límites de lo concebible se ampliarán para dar lugar a formas de existencia hoy insospechadas. Los evolucionados que ya se encaminan por este lado, sienten su cuerpo más que como un medio de expansión y de experimentación, como un límite a la vida, como una prisión de la cual hay que escapar. La evolución en cada nivel representa para todos una expansión vital.

Tratemos de observar cada vez más a fondo en esta biología trascendental en la cual la misma vida del cuerpo gradualmente evoluciona en aquella del espíritu, siendo de ella el resultado y la meta. Podemos hacer esto disponiendo de los principios, de los medios y de los métodos arriba expuestos. Ciertamente que una tal catarsis biológica puede implicar como efecto colateral y secundario una turbación del equilibrio de la natural y mediocre: “mente sana y cuerpo sano”. Esto porque la transformación es con daño del cuerpo (atrofia), con ventaja para el espíritu (hipertrofia). Desequilibrio sin embargo, hecho para reequilibrarse gradualmente en equilibrios distintos, para alcanzar el superior equilibrio de una nueva fase evolutiva. Tratamos de dar la documentación experimental de estos fenómenos de biología trascendental, tal cual las vivió el autor. En el hombre tipo medio, el funcionamiento orgánico y psíquico se equilibran, y el diagrama del tipo de onda psíquica individual expresa una trayectoria y frecuencia medianas y casi constantes. La psiquis agota la mayor parte de sus funciones en actividades relativas a la vida física del cuerpo. La personalidad es estática, sin saltos evolutivos. En consecuencia, los planos de vida superiores están fuera tanto de su concebible, como de su experiencia. Pero luego que, por maduración, al término de largos períodos experimentales, cuando el registro y

asimilación de sus resultados están completados y hay saturación del dinamismo de allí resultante, en el campo dado por el organismo de fuerzas que el espíritu representa, apenas por maduración allí se llega, entonces se inicia un desplazamiento de equilibrio en esas fuerzas, por el cual el baricentro tiende a dislocarse evolutivamente más hacia lo Alto. Estos conceptos espaciales son una pura imagen, dado que el fenómeno ocurre en dimensiones superiores. Esencialmente debe tratarse de desplazamientos cinéticos de la sustancia, en los cuales ocurren esos registros de experiencias que después forman las cualidades adquiridas, ideas innatas e instintos, que luego se injertan en la personalidad como sus características que la individualizan. No entraremos aquí en el problema del cómo nosotros somos así, hijos de nuestros pensamientos y acciones en el pasado, ni en aquel ya tratado de nuestro destino que es su consecuencia.

Es entonces así que se inicia la hipertrofia psíquica encabezando la evolución para ese dado tipo. Hipertrofia porque la vida es un continuo experimentar que nutre al ser en sentido evolutivo, y con lo que se nutre acumula dinamismo, que debe por esto desarrollarse. Pero por el dualismo y equilibrio universales, en el polo opuesto, vale decir, en la cola de la evolución, debe efectuarse una correspondiente relajación en el metabolismo vital, una hipofuncionalidad tendiente a la atrofia de cualidades y órganos correspondientes que lo expresan. Todo esto será abandonado en el pasado, y de ello lo único que sobrevivirá serán escombros en el organismo físico y en el subconsciente. Veremos más adelante que el último elemento de la materia no es más que un paquetito de ondas que se puede reducir a una frecuencia ondulatoria, a una vibración. En consecuencia, es una onda la que puede formar la vida y los varios tipos biológicos. Entonces a cada salto de la personalidad hacia delante, hacia futuras formas cada vez más psíquicas, la onda individualizante conquista una frecuencia, un potencial (intensificación cinética y potencia dinámica) y con esto un vértice evolutivo siempre más alto. Mayor tensión biológica en este plano, a la cual corresponde una paralela depresión en el plano físico. El organismo físico sufre así en agonía de muerte, se desgasta ardiendo, pero resucita como organismo psíquico en un proceso que recuerda la histólisis del insecto. El fenómeno fue vivido por muchos pensadores, artistas, místicos y santos, que sin embargo no lo observaron de propósito introspectivamente, con psicología analítica y orientación científica moderna. Este concepto de muerte y resurrección, de sacrificio de la vida física por el triunfo de la vida espiritual, es fundamental en las religiones, especialmente en el Cristianismo. Si la humanidad lo ha sentido, esto prueba que tiene un significado biológico universal.

Ahora, si en este proceso la vida en el plano físico es sofocada, en el plano espiritual ella crece de manera triunfal. Esto es del todo lógico para quien conoce los métodos y la economía de la vida: compensación, equilibrio, siempre crear, no pedir una renuncia si no puede ser compensada con una conquista. Y es precisamente en los momentos de “gracia” en los cuales se alcanza en tal proceso la fase de hipertensión, con el máximo de frecuencia, que el sujeto puede percibir por intuición aquello de lo cual el equilibrado normal está impedido. Pero después, por las mismas leyes ya mencionadas, la vida debe retraerse de esas posiciones demasiado avanzadas que, si

persistieran, amenazarían su estructura definitivamente, y la retoma luego es posible, solamente después del reequilibrarse de las posiciones más abajo. Así la tensión debe volver a descender, no importa si debe ser retomada más tarde, y en estas oscilaciones se deben estabilizar por grados las nuevas posiciones inestables, después de haber asimilado experimentalmente todos los elementos constitutivos. Entretanto, por compensación debe ocurrir un derrumbe que es ignorado por el tipo normal; debe ocurrir un descenso proporcional al ascenso, a un nivel inferior al normal, una caída en una hipotensión, depresión o colapso, en la cual el sujeto es menos inteligente que el tipo medio. Él entonces parecerá un vencido en la lucha, y su caso, patológico. Pero no lo es frente a la vida, que luego lo retomará en un impulso todavía más potente, siempre más hacia lo Alto, mientras el normal permanece adormecido en su mediocridad. De los dos tipos solamente el primero es realmente el verdadero vencedor.

Así la evolución avanza hacia una progresiva expansión de la personalidad, por continuos ensayos y luego estabilizaciones en cada vez más altos niveles espirituales. La oscilación entre máximos y mínimos del concebible no es estéril, pues que ella no se repite jamás idéntica, sino que con cada vez toca un vértice más alto y desciende a una depresión menos baja. Y de esta manera todo el sistema avanza hacia formas de vida más elevadas. Sin embargo esta oscilación, si por un lado significa conquistas cada vez más vertiginosas, por otro lado está constituida por derrumbes pavorosos. Si tenemos los momentos de expansión paradisíaca, tenemos también aquellos de extravío y agonía. Quien vive el fenómeno siente este respiro evolutivo, de la personalidad en las dos fases inversas de expansión y de contracción de conciencia. Primero un dilatarse, casi una explosión del “yo” más allá de los comunes límites de la vida con una triunfal expansión de alegría. Después un abismarse, un precipitarse retrayéndose en las comunes formas de vida. Este retroceder involutivo es terrificante. La superconciencia alcanzada inicialmente parece desmenuzarse en cenizas. Esto llena al “yo” de una angustia sin nombre, derivada de la congoja por el gran bien perdido, como conocimiento, poder, libertad. Un llanto saludable, porque en él se anida el ansia creadora de nuevos impulsos y la necesidad imperiosa de realizarlos luego a cualquier precio.

Entonces purificado por este necesario dolor, transformado, liberado de las escorias, hecho digno de nuevas ascensiones, el “yo” resurge de sus cenizas para lanzarse cada vez más hacia lo Alto. En estas anulaciones y reconstrucciones del “yo”, consiste la elaboración evolutiva. Existe como una desintegración y reintegración de la personalidad. Muy a la ligera se define esto como patológico. Pero de esta forma nada se explica. Resulta muy extraño e incluso hasta deseable una patología con resultados creativos de tal magnitud. Sería como definir patológicos los dolores del parto. Queda el hecho de que la reintegración de personalidad ocurre regularmente y a un nivel siempre más alto. Para comprender sería necesario introducir en biología el concepto de evolución de las dimensiones. Pareciera incluso, que más allá de esta destructibilidad de superficie, existiera una profunda indestructibilidad de sustancia, vale decir, que el fenómeno obedece a una íntima e inagotable potencia creadora de

las cosas que está en Dios. Esta potencia es más poderosa que cualquier destrucción, que de ninguna manera la detiene y de la cual ella incluso se sirve para transformar al ser, a cada paso destruyendo lo viejo para reconstruir sobre sus cenizas lo nuevo. En el fondo de este respiro destructivo-creativo se siente la inmanencia de Dios continuamente presente y creador, se llega a un contacto sensible con su poder, ya que éste es el que directamente nos plasma. Solamente quien la ha experimentado, puede saber lo trastornante que es esta experiencia.

Así el alma avanza, entre los extremos de la alegría y del dolor. Se podría decir que al final de cada volumen ocurre para el autor una de estas destrucciones mayores; y que cada volumen nuevo suyo expresa su nueva resurrección y ascensión más hacia lo Alto. He allí que detrás del argumento conceptual de los más diversos temas, se esconde este fenómeno de su evolución espiritual, con la cual sus escritos están estrechamente conectados y de la cual son la consecuencia. De modo que, detrás de la exposición de los más variados problemas generales existe un fenómeno real, el de su particular metamorfosis que lo lleva de un plano biológico a uno más alto. Aquí la vida está realmente trabajando, aplicando a un caso particular sus leyes, para producir un tipo biológico según sus fines. De manera que nos encontramos frente a un fenómeno que la voluntad humana de terceros no puede desplazar. En consecuencia, toda dificultad interpuesta para la divulgación de estos libros y para su completa destrucción, representaría solamente daño para los lectores, pero muy poco para el autor, quien trabaja sobre todo en contacto con las leyes de la vida. Si él puede decirle a Dios que ha hecho todo lo posible para cumplir su misión, por lo demás no puede responder. Nadie puede impedirle que sacrifique su vida para este objetivo y con esto el cumplir su trabajo. Y esto significa realizar su transformación biológica y alcanzar, independientemente de cualquier ser humano, su más alto fin en la vida. Si esto constituye más que la transformación del ambiente, la evolución del “yo”, lo que importa es el esfuerzo realizado, mucho más que la realización alcanzada. Se podría decir que el éxito exterior es un producto secundario.

No parezcan extraños estos desfallecimientos de conciencia. Ésta no es nunca un estado fijo, estable, definitivo, mas es un fluctuar continuo de formaciones en evolución. Nosotros generalmente llamamos conciencia únicamente a su lado afirmativo, vale decir, su mitad positiva, olvidando que toda individualidad resulta compuesta por dos mitades inversas y complementarias. La conciencia completa tiene dos polos, ella es doble como lo es por ley de dualidad toda unidad, es decir, está formada no sólo por el consciente, sino también por el inconsciente. Así, si una parte del “yo” funciona como conciencia, otra parte debe existir y funcionar como inconsciencia, la cual es todo menos un estado de nulidad, es únicamente un funcionamiento inverso y complementario, subterráneo, de maduración y preparación, condicionante del otro. En la primera posición el “yo” trabaja activamente, proyectándose hacia el exterior, incidiendo sobre el ambiente y experimentando según las reacciones a éste. En la segunda posición el “yo” trabaja pasivamente, proyectándose hacia el interior, asimilando las experiencias e incidiendo sobre ellas. Esta elaboración ocurre en un estado que es de inconsciencia

en relación a la conciencia exteriormente activa; pero que es solamente una conciencia distinta, que parece así sólo porque es vista desde su otro polo, y viceversa. ¡Cuánta parte de nuestra vida transcurre con nuestro “yo” funcionando, como cuerpo y como espíritu, sin la intervención de la voluntad y de la conciencia! La mitad de nuestro tiempo la pasamos durmiendo, gran parte de nuestra existencia está sumergida en el olvido. ¡Cuánto de nuestra conciencia se ahonda en las tinieblas! Ella se apaga todas las noches, al final de cada día; sin embargo siempre resurge y se reconstituye desde sus mismas cenizas con los sepultados elementos del pasado. Todas las noches nos anulamos en el sueño y cada mañana nos reencontramos como éramos en la tarde. Así con cada muerte se anula la conciencia terrena en un sueño que no es más que una distinta y opuesta conciencia al negativo, y que con cada renacimiento reencontramos tal cual era antes de morir. Siempre el mismo ritmo. De esta manera la conciencia emerge y se ahonda, desde los cielos a los abismos y viceversa, oscila entre dos opuestos mundos para realizar trabajos complementarios. En sustancia, nada puede anularse. Todo continúa siempre viviendo y funcionando, trabajando y madurando. El recuerdo no es el único índice de una actividad pasada. Y cuando lo tenemos es tan imperfecto que prueba muy poco de los hechos. ¿Cómo se puede pretender entonces que la falta de un recuerdo preciso constituya una prueba contra nuestra existencia en vidas anteriores? ¿Cómo se puede pretender que más allá de un recuerdo intuitivo, que queda para quien sabe percibirlo en el espíritu, permanezca también un recuerdo cerebral y sensorial, cuando el cerebro y los órganos sensoriales están destruidos?

Es sorprendente observar el enorme trabajo que se realiza en los períodos de sueño y de reposo, en la fase negativa, en la inconsciencia, y cómo de éstos resurgimos cambiados. Debe existir aquí entonces, el otro ritmo de dos actividades opuestas. Mientras el “yo” está inmerso en el esfuerzo de luchar y experimentar, la Ley lo guía desde lejos dejándolo a merced de su esfuerzo. Pero cuando ha recorrido esta primera fase del fenómeno creativo, entonces es él quien se abandona a la Ley, la cual automáticamente cumple a su vez en él el trabajo de asimilación y maduración. Así por turno, rítmicamente, actúan en posiciones inversas y con funciones complementarias, la libre iniciativa del individuo y el sistema de principios y fuerzas de la Ley. La consciente actividad del primero libremente da el impulso inicial, que debe ser suyo, como suyas serán las consecuencias. La Ley después recorre este impulso, automáticamente se lo desarrolla y se lo hace reencontrar al despertarse, purificado de las escorias y de lo superfluo, destilado en lo esencial, de modo que él con este nuevo material hecho suyo y elaborado para él por la Ley, pueda retomar sobre estas nuevas bases y con estos nuevos medios, su nuevo camino. Así avanzamos, en parte por nuestro impulso y en parte arrastrados por las consecuencias de éste. De esta manera en la fase de inconsciencia se continúa y se avanza igual, porque es la Ley la que entonces interviene para madurar los gérmenes y las causas que nosotros colocamos. El ofuscamiento forma entonces parte del fenómeno de la conciencia y de su desarrollo, así como la sombra forma parte del fenómeno luz. Esto porque el ser está compuesto por el “ser y el no-ser”, y es, en cuanto puede no ser. La existencia es dada precisamente por estas oscilaciones entre las dos fases opuestas del

existir. La nada no es más que una posición invertida, y las dos posiciones se condicionan la una a la otra. Sin el ser no puede existir el no-ser, así como sin el no-ser no puede existir el ser.

Hemos con esto orientado nuestro caso en relación a la fenomenología universal, explicando así sobre bases amplias el fenómeno arriba expuesto de expansión y contracción de conciencia, y su marcha ondulatoria que estamos estudiando. De esta manera esta oscilación de personalidad se encuadra y se conecta con el funcionamiento universal y en él encuentra su significado y justificación. Este estudio nos demuestra que los derrumbes de conciencia son aparentes y que en realidad, en lo profundo del deshacerse, después de la destrucción del estado de gracia, la conciencia queda igualmente viva y operante, pero en una posición distinta. Se trata de un proceso evolutivo que progresa con un respiro rítmico, oscilante entre expansión y contracción, desde un alto hacia un bajo potencial y viceversa. Lo que es esfuerzo y actividad de ascensión se equilibra compensándose después con un correspondiente reposo o inercia. No deben entonces asustarnos estos derrumbes de conciencia, ya que sabemos que después ella se reconstituye cada vez más alto. El “yo” solamente puede morir en sentido relativo, como dada forma de conciencia, y únicamente para resurgir en otra. Las noches del “yo” son los días de su otra vida subterránea que también forma parte de su más grande vida que abarca estas oscilaciones del consciente al inconsciente. No temamos. Reencontraremos siempre en nosotros el fruto de nuestro pasado. Cuando un trabajo nos deje desfallecidos, abandonémonos confiados en la Ley. Ella entonces trabajará por nosotros. Es su turno. Ella es sabia y buena; es la expresión de Dios.

IV

UN CASO VIVIDO

Después de haber realizado la crítica poliédrica del fenómeno, concluyamos con la descripción de las sensaciones que él produce en el sujeto. Cuando se aproxima la fase de retoma de alto potencial, él es advertido como por un lejano estruendo de trueno en medio de una calma que preludia la tempestad. Ese estruendo le dice que se ha iniciado un trabajo interior, vale decir, que éste ha pasado a la fase latente en el inconsciente, a su fase actual en el consciente. Existe en esto algo que se asemeja al despertar de la vida en primavera después de su sueño invernal, es decir, un “quid” de apocalíptico que se siente brotar en lo relativo desde lo Absoluto. Se percibe entonces que algo actúa profundamente en nosotros, proveniente de las fuentes del ser. Es una génesis, una creación, es una nueva divina manifestación que viene a la luz. Se siente entonces que la vida, y en ella nuestro pobre ser, es un canal a través del cual el divino pensamiento se abre camino para su expresión, que nuestro pobre “yo” es un instrumento de algo vertiginoso que lo trasciende y que sin embargo quiere actuar a través de él. Y he allí que la mente se torna túrgida de conceptos. Es un florecer

interior, instintivo, irresistible, no preparado, no querido. Se acumula de esta manera poco a poco una mole de pensamiento, en la cual navegan visiones, problemas, soluciones y conexiones con el Todo, en una orquestación siempre más vasta y compleja. Así los simples motivos iniciales se dilatan entrelazándose en una cada vez más completa organización, los gérmenes conceptuales brotan y florecen a guisa de gemas y flores, el pensamiento se diferencia y se desarrolla como la multiplicación celular del embrión y, así creciendo, hace presión desde adentro para manifestarse a la luz a semejanza del feto maduro que quiere nacer. Este es el período de más intenso y fatigoso trabajo. La conciencia se lanza ávida sobre todos estos conceptos para registrarlos, pero ellos todavía se le escapan en su integridad. Las visiones son todavía fragmentarias y evanescentes. La mente no tiene aún la potencia de penetración dada por la frecuencia y persigue como en carrera afanosa este primer vertiginoso remolinear de pensamiento. Pues esta ascensión conceptual no asume siempre la misma forma: algunas veces es racional y científica, otras veces es mística, y emergen así las soluciones a los más variados problemas, de cualquier género, según lo que se le planteó al espíritu en los ciclos precedentes. Influyen también las estaciones. El otoño en nuestro caso es más apto para los trabajos racionales, así como la primavera lo es para la inspiración mística, culminante en el período pascual. El verano ardiente de sol es negativo para estos estados de alma, que igualmente le huyen al día para florecer en la noche, a altas horas de la noche.

Así la presión interior se hace cada vez más intensa. Ella quiere explotar asumiendo la forma de una exposición orgánica completa en su campo. Cada concepto tiene su rostro y su voz. El lector puede imaginarse una marea ascendente de un océano hecho por la mole de ilimitadas multitudes de rostros y por el estruendo de las infinitas voces de la vida. Ellas comienzan a hablar en voz baja, como el murmullo de la floresta, hecho de los susurros de infinidad de seres que se despiertan al sol en primavera. Y realmente el espíritu tiene la sensación de ser tocado por una radiación que ilumina, calienta y vivifica. Mas por grados, ese murmullo se va haciendo voz potente, y la radiación que calienta se hace calcinante. Todo poco a poco se agiganta, se levanta, se irgue delante imponente y amenazador. El ansia por seguir, por aferrarlo todo, para estrecharlo y mantenerlo como propio, se hace tensión en la cual el espíritu parece despedazarse. Este es el momento crítico de la ascensión, el de la transformación de potencial. El ser lo supera con agonía, sintiéndose preso y envuelto en un torbellino de fuerzas, como en un huracán que todo lo sacude violentamente. La conciencia es alterada porque se desplaza el centro vital hacia un plano más alto. Ella se siente presa en el torbellino de una vida cada vez más intensa. Es una sensación de vértigo y de espanto, como aquella de caer en un abismo de fuego.

Superado este punto crítico el “yo” se reencuentra a sí mismo en un plano más alto, donde ya no existe la agitación del cambio, sino solamente las grandes calmas de la alta potencialidad. Entonces el “yo” toma plena posesión de su nuevo estado, se reconoce tal cual era en el vértice del ciclo precedente, reencuentra su potencia y se lanza con ímpetu y alegría en el vórtice de la creación. Entonces el vértigo del estado de transición es superado. Todo problema es enfrentado y resuelto por visión, como

con un nuevo sentido de la verdad, el cual da la orientación en la organización universal y en consecuencia también en cada problema particular. Entonces la conciencia se asoma sin temblar sobre los abismos de lo infinito que ahora es su elemento natural con el cual está en plena sintonía. Ella entonces se siente dueña, se lanza allí en vuelo y en esta nueva atmósfera, como el avión que se aparta de la tierra, encuentra la calma poderosa de las altas velocidades y tensiones. Entonces la exposición conceptual brota calmada y alegre, limpia y vibrante, por escrito, en los grandes silencios de la noche. Estando todo ya completo en la elaboración interior, la redacción es un simple hecho mecánico. Todo se reduce a un registro de visiones conceptuales. En ellas la preparación cultural no sirve, ni los libros humanos, pues que se lee sólo en el gran libro de la vida, en el cual está escrito el pensamiento de Dios. Se trata de un trabajo absolutamente libre al cual son inaplicables las normas de los trabajos comunes, obligatorios y remunerados. La más grande obra creativa solamente se puede realizar más allá de los medios y leyes humanas.

Mientras el organismo espiritual arde así, el organismo físico modera su metabolismo, se acantona en calma, vive un régimen reducido, rechaza el alimento, mientras que el sueño no representa para él más que una continuación de la maduración de su pensamiento. El sueño prepara el pensamiento que en el estado de vigilia es registrado. Una vez formado este estado de ánimo en plena eficiencia, las distracciones exteriores no tienen el poder de detenerlo. Por muy tormentosas que sean, lo máximo que pueden lograr es retardar el parto espiritual, no detenerlo. De esta forma nacen los volúmenes, uno después del otro. El espíritu arde, pero no se quema. Sabe que el instante es precioso y que puede escapar. Sabe que si produce, así como la madre que cumple con los fines de la vida, se realiza su misión que lo valoriza, no obstante que su organismo físico en el incendio se consuma. No importa. Éste, para él, se convierte cada vez más en una escoria que hay que abandonar. El cuerpo no sigue completamente estas tensiones. Las exigencias materiales de la vida no disminuyen de hecho este su cotidiano martillar. Mientras que el principal actor de este drama se siente arrebatado en un trabajo conceptual que se convierte al final en oración y mística unión con Dios, el hombre común, sin comprender de esto nada, lo enfrenta con su psicología tendiente, según las leyes de su plano biológico, a hacerlo ejercitarse en la común forma de lucha por la vida. Ejercitación útil solamente para los fines de una selección animal. Se puede imaginar en qué actividad sin sentido se convierte para él ésta, que es sin embargo tan necesaria para hacer evolucionar a quien vive en el plano normal. No obstante, el sujeto debe pensar en defenderse de todos, debe escuchar a los ociosos, no dejarse robar, cuidarse de las astucias de los demás, trabajar para vivir, consumir sus energías oponiendo resistencia a quien está lleno de fuerzas porque no tiene nada que hacer, teniendo que luchar la vida banal de todos. Pero ni siquiera por esto se puede apagar aquella atmósfera de incendio. Mientras remolinea algún nuevo motivo arrastrando a la conciencia aturdida, delante de repentinos y abismales rasgos del infinito, abierto completamente y enceguecedor, también la pequeña ofensa del vecino que rasguña la epidermis puede asumir a ese estado de hipersensibilidad la potencia de un cataclismo. El centro de la vida del sujeto se ha desplazado y el “normal” cree encontrarse frente a un débil e incapaz,

sobre el cual entonces es fácil vencer. ¿Cómo no aprovechar tan agradable invitación para sacarle alguna ventaja? Desgraciadamente, para quien está en estos estados especiales, el espíritu está en el Cielo, pero el cuerpo todavía está en la Tierra con los pies en el fango. La posición está llena de riesgos y el contraste puede alcanzar el espasmo. Pero no hay otro camino si se quiere verdaderamente crear en la Tierra.

De la descripción expuesta arriba se comprende que el fenómeno inspirativo no es tan simple como se puede suponer. Ya lo he afrontado y descrito en “mi caso vivido” en el volumen: “Las Noures”. Y lejos de creer haber podido con esto concluir la compleja cuestión, he querido ahora volver sobre ella con una madurez distinta, para descubrir nuevos aspectos suyos. Era necesario por eso haber primero separado el problema de la personalidad humana y muchos otros a él conectados. Como se puede ver, aquí estamos muy lejos de aquel fenómeno que se llama “ultrafania”, y que simplemente se cree que se puede reducir a una recepción pasiva del sujeto en trance, receptor de pensamientos de una entidad transmisora. En nuestro caso no hay trance o pasividad alguna, más bien un estado de hiperconciencia y de hiperactividad espiritual, que es a lo único que se debe que el sujeto pueda acceder a planos más elevados de conciencia y entrar en comunicación con corrientes de pensamiento situadas en dimensiones superiores a la normal humana. Aquí, pues, no se trata de un contacto esporádico, limitado a unos pocos conceptos morales, sino de un contacto que retorna periódicamente para registrar sistemáticamente una visión orgánica del universo que abarca y orienta todo lo cognoscible humano. El fenómeno ultrafánico que algunos ven en este caso, sólo es entonces una particularidad. En la realidad existe algo muy distinto que exorbita del campo espirita de las comunicaciones medianímicas, es la catarsis biológica, fenómeno inmenso que toca toda la vida desde su polo físico a su polo espiritual, fenómeno del cual los medios y ultrafanos poco se ocupan y que por sus resultados más que a la ultrafania interesa a la ciencia, a las religiones y a la filosofía. Para el sujeto él no termina en la mediumnidad, sino en el misticismo, en las vías de la unión con Dios.

Y en verdad, ¿qué pretende la vida alcanzar a través de este fenómeno? Parece que el espíritu, ese nuevo imponderable organismo, chispa de Dios, en la cual Él se manifiesta a través de la evolución humana, la quiera continuar desde su fase orgánica, en su fase psíquica. Y pareciera que a un cierto grado de madurez biológica, este que es el resultado del funcionamiento del organismo físico y de su experiencia registrada en la psiquis, se convierte en hijo adulto, demasiado avanzado ya para poder expresarse en las formas de la animalidad. Entonces el espíritu, sintiéndose en el cuerpo más que en una cosa, en una prisión, intenta trascenderlo en sus manifestaciones supernormales, desbordándose de las limitadas vías de la percepción sensorial, al punto de librarse de ellas, casi apartándose de su viejo soporte corpóreo. He allí lo que sucede cuando el ser, recorrida toda la terrena fase de la animalidad humana, se asoma sobre el umbral de más altos planos de existencia. Las analizadas oscilaciones de personalidad, sólo son periódicas, rítmicas y graduales oscilaciones de adaptación a nuevas posiciones biológicas. De esta manera se explica el armazón ondulatorio y progresivo del transformismo evolutivo que hemos examinado. Se

comprende cómo la vida se retraiga de los vértices alcanzados, pero por toques de los mínimos cada vez menos bajos, para lanzarse hacia vértices cada vez más altos, después de haberse apoderado, a través de este volver a recorrerlos, de las posiciones atravesadas. Estas son las leyes de la vida y cada quien allí se encontrará en su momento, cuando llegue su hora y fase. En los grandes momentos de la vida, en los pasajes críticos, es el ritmo de la Ley que nos agarra y nosotros nada podemos hacer más que seguirla. Así el nacimiento y la muerte, el hambre y el amor, el crecimiento físico y la ascensión espiritual, tienen su ritmo y sus vueltas inevitables sobre las cuales no se puede mandar. Nuestro libre albedrío es una pequeña libertad encuadrada en una ley absoluta pero buena, que nos dirige solamente para imponernos nuestro bien que por ignorantes no sabemos encontrar. Ya que allí somos libres, debemos también vivir todos en el ámbito de la Ley de Dios.

Lo que le ocurre al cuerpo en estas transformaciones biológicas es fácil de imaginar. Por ley de equilibrio y justicia es necesario pagar la alegría de la nueva resurrección en el espíritu, con el dolor de una agonía de muerte en el cuerpo. Sin embargo, si abajo el cuerpo grita desesperado su lenta consumición, arriba el espíritu canta triunfante su más grande vida. La transformación debe convertir en secundario lo que hoy para el espíritu humano es el principal medio de su expresión, vale decir, el cuerpo. Los actuales medios sensoriales deben ser superados en una sensibilización que abra nuevos canales perceptivos y con esto el camino hacia nuevos contactos. Pero las leyes de la vida son benignas también con el cuerpo, por lo tanto jamás fuerzan el fenómeno; lo maduran sin quebrarlo, pues que el objetivo es transformar para crear y no matar. Las fuerzas de la vida saben realizar sabiamente estas profundas elaboraciones que desde el espíritu penetran hasta en el metabolismo celular, transformando su composición química y atómica, es decir, armónicamente en todo el complejo orgánico, desde el polo del espíritu al polo de la materia, estrechamente conectados y comunicantes. Si el espíritu es reducible en su más profunda sustancia a una estructura cinética, así como es reducible el organismo físico y la materia que lo componen, encontramos en esta fundamental estructura que es el común denominador al cual se puede reducir el ser de un polo al otro, la posibilidad del mencionado transformismo evolutivo. Así se comprende cómo a través de estas oscilaciones progresivas se pueda formar el organismo espiritual, hasta el punto de poderse regir al final como vida autónoma, independiente de su expresión física. Pero mientras tanto, el cuerpo es el vehículo necesario para alcanzar esta elaboración, cual instrumento de experimentación en el denso ambiente terrestre. Sin embargo su energía vital es absorbida a favor del espíritu. En otros términos, la íntima actividad cinética constitutiva se desplaza desde el cuerpo hacia el espíritu, se amodorra en el primer polo y se hace más férvida en el segundo. Es necesario que la reconstrucción vital ocurra contemporáneamente y paralelamente, de modo que en el conjunto no se produzca ninguna destrucción de vida, sino solamente desplazamiento como centro hacia el polo espíritu, al cual pertenece el futuro, dado que esta es la dirección de la evolución.

Este análisis íntimo del fenómeno explica el verdadero significado de la experiencia del místico que en la renuncia al mundo asciende hacia Dios, y la del genio, que en la alta tensión del espíritu desvela los misterios del ser. En este sentido, la virtud es realmente la muerte del “yo” inferior, y por eso repugna. El error está en concebirla solamente en este su opuesto negativo, mientras que su valor y alegría está en su opuesto positivo y creativo de expansión vital. Es justo que el “yo” se rebele a una virtud únicamente negativa, que destruye abajo sin construir arriba. Todo lo que destruye sin crear está en contra de la Ley de Dios. Jamás es lícito matar, si siquiera al “yo” inferior, a no ser como condición de la construcción del “yo” superior. La muerte sólo es admitida por la Ley como condición de un paralelo renacimiento. Ningún dolor es admitido a no ser para conquistar una alegría, ninguna limitación es aceptada a no ser para alcanzar una expansión. La virtud solamente negativa que destruye sin crear, transformada en persecución y odio a la vida, es un error biológico que se paga. Sólo es sana y saludable la virtud, que si bien sofoca una parte del ser, le desarrolla otra, mejor y más elevada. La vida es utilitaria y económica. Todo debe producir un valor en el bien que es alegría, y no una demolición en el mal y en el dolor. ¡Ay de aquél que con la renuncia se mate sin saber resucitar! La virtud sana y positiva es constructora y arde en el espíritu, dejando caer en el olvido los instintos inferiores, sin encarnizarse contra ellos, con el resultado de así reforzarlos por reacción. Primero construir y después dejar caer el resto, pues que los constructores nunca son destructores. Todo lo que toma el aspecto de persecución, incluso bajo el ropaje de odio hacia el mal, es malo. La vida debe ser incitada para elevarse, nunca agredida para suprimirla. Porque si es así ella se rebela, se adapta a la fuerza con la mentira, se mutila pero no cede, pues que ella no puede abandonar su forma, hasta que no posea una mejor.

Es un error muy difundido este de ver el lado muerte en el polo inferior, en vez de ver el lado-vida en el polo superior. De allí los escasos resultados espirituales de tantas prácticas de virtudes y de renunciaciones. El hombre que se reconstruye en el espíritu ve en cambio todo positivamente, no habla siempre de renunciaciones sino de conquistas. Así para él, como ejemplo, los tres votos franciscanos: pobreza, castidad y obediencia pierden todo sentido negativo para adquirir un sentido positivo. Vale decir, ya no son: no-riqueza, no-amor, no-comando y no-poder, sino que son: riqueza en Dios, amor en Dios, poder en Dios. Todo depende del hecho de que vemos las cosas más desde el punto de vista humano que desde el punto de vista superhumano, y del hecho de que, también en la virtud, únicamente sentimos la aflicción por la pérdida de los bienes y alegrías terrenales, a las cuales nuestra mente siempre continúa volviendo, en vez de mirar más hacia lo Alto para sentir la posesión de los bienes y alegrías superhumanos en el espíritu. Nuestra alma siempre se queda en la Tierra, cuando nosotros debemos salir de ella. Es necesario prestar atención en afirmarse en lo Alto, más que mutilarse abajo. Esto por sí solo no es suficiente, nos quita la vida sin devolvérsela. Ésta debe expandirse, no contraerse. No debemos declararnos pobres mirando siempre hacia las riquezas del mundo, sino que debemos declararnos ricos mirando hacia las riquezas de Dios. Se necesita marchar hacia la vida, no contra la vida; actuar en sentido positivo, no retirarse en sentido negativo. La verdadera virtud, antes que renuncia es

conquista. Si de ella hacemos una renuncia sin conquista, una privación que empobrece en vez de una adquisición que enriquece, haremos también de ella una maléfica fuerza antivital. En todo esto se puede ver el carácter activo y positivo de quien evoluciona. La acción negativa de la persecución y destrucción del “yo” inferior, le interesan mucho menos que la acción positiva de la creación del “yo” superior. Quien evoluciona se expande. La renuncia más que virtud como luz, es la sombra de la virtud. Es verdad que lo negativo es condición de lo positivo y que la conquista comienza donde termina la renuncia, y la alegría donde acaba el dolor. Pero no por esto se debe hacer del medio, el fin.

Concluamos el análisis de nuestro caso vivido observando las sensaciones del sujeto en el período de descenso. Cuando el estado de gracia se ha polarizado lo suficiente para permitir un registro orgánico, como por ejemplo un libro o parte de él, según el trabajo a realizar y el grado de resistencia del individuo, entonces la naturaleza ecónoma y prudente retrocede hacia los planos evolutivos inferiores, el potencial desciende, la frecuencia se modera y la vida se reequilibra más abajo. Se apaga entonces la chispa del pensamiento, todo languidece y se precipita en una agonía lenta, en un abatimiento de muerte. La vida se contrae retirándose a la retaguardia. Se despierta nuevamente la obtusa razón, miope y analítica. La fase de descenso involutivo es para el espíritu dolorosa, porque es un regreso a los límites, un aprisionarse de nuevo en lo contingente del cual primero se había evadido y que retorna ahora como patrón. Es un redescenso de todo el ser en la dura realidad de la materia. Fibra por fibra, vibraciones más groseras, más desarmónicas y violentas lo penetran, lo hieren, lo sofocan. Si tan alegre fue la sensación de ascender, igualmente dolorosas es ahora la sensación de descender. Estas son, en términos de sensación, los resultados experimentales del moverse verticalmente a lo largo de las dimensiones de los distintos planos evolutivos, sea en dirección evolutiva, ascendiendo, sea en dirección involutiva, descendiendo. Domina siempre un sentido de enorme tempestad en la cual remolinean, elevándose desde lo profundo, las fuerzas de la vida.

Este es el Getsemaní de quien aquí escribe. En la tempestad, ascender. Cada volumen es un grado, es una entre las series ascendentes de las visiones, que pareciera querer dar la escala al Cielo. Mundo desde el cual es después necesario dolorosamente precipitarse a la Tierra. Al final de cada sondeo en el misterio, la personalidad se derrumba y se deshace para reconstruirse para el siguiente, y así en adelante. De esta manera se marcha, como las olas del mar, como quiere la Ley, inevitablemente, como lo quiere la madurez, quien sabe durante cuanto tiempo preparada en el tiempo, por el propio destino. La personalidad se derrumba y se deshace. Sin embargo, necesita saberse mantener señora del fenómeno y no ser transformada en él, es necesario no perderse en el derrumbe e, inalterable externamente para que los demás no vean, saber continuar la normal vida de trabajo y de relaciones sociales con todos, pues que se sabe bien que ellos no pueden tener piedad con lo que no pueden comprender. Todo esto implica una fuerza de espíritu más que normal, pero se está entrenado para mucho más. Con el despertar en la Tierra, inmediatamente se reencuentra su realidad despiadada e infernal, y como único consuelo por tanto esfuerzo, el duro rostro de lo

contingente, la molestia de las necesidades materiales, el desprecio de quien reina en ese su plano, donde él es señor. Es preciso entonces aceptar que te consideren loco y que griten en cada uno de tres pensamientos y actos: “No es verdad”, porque solamente así la sucia realidad de materia de este otro, como él la quiere, puede ser verdad. Entonces con la mirada invocante, todavía ofuscado por las visiones del espíritu, es necesario mirar hacia las pequeñas cosas terrenales que quieren toda el alma para sí. Se siente entonces que se redobla el peso de la lucha por la vida, su estupidez para quien, superados sus fines selectivos, no le siente ya su significado. Se sufre ciegos y mudos sin la gran compensación del espíritu que primero escapa de la Tierra, victorioso en su evasión. Él ahora agoniza, solo, en un mundo extraño. Las puertas del Cielo se han cerrado. Los puentes para el retorno allá arriba, parecen cortados para siempre, sin esperanza. El fenómeno está cansado, el ciclo está ligado a su descenso que es ahora su ley, los impulsos ascensionales se han agotado. Ya no hay fuerzas para ascender. El momento de la gracia ha pasado y el Cielo quedó allá arriba, en lo Alto, lejos, apagado, inalcanzable.

Todo parece haber terminado para siempre. Sin embargo, allá arriba en el Cielo se dejó de sí mismo un jirón sangrante y se ha captado la voz de otros mundos de los cuales, por poco tiempo, se ha sido ciudadano. Esto es un puente, una unión, una llamada. Despuntará nuevamente la ascensión. Será difícil, pero el ser está desesperadamente ligado a esta su batalla, en la cual él se temple y se revela, en la cual está la vida. Se mastica entonces con rabia la gloria que el mundo ha querido dar como compensación. El destino sopla tremendamente sobre las cumbres, y entre las tempestades se siente la muerte. ¿Pero qué importa el dolor cuando él crea y desemboca en el Cielo? ¿Qué importa sufrir? Es necesario crear y la vida vale solamente en cuanto se crea. Urge lanzar la semilla. La vida da a cada quien su tarea y ¡ay de quien traiciona una misión! ¡Sembrar en la tempestad para aquellos que vendrán! Si el dolor golpea, esto es para que el espíritu esparza chispazos. Este es el drama. Quien ha llegado allá arriba, al Cielo, debe dar todo de sí mismo. Para él no existe la piedad, porque la piedad lo haría débil y vil, no existe ayuda, porque ésta lo haría negligente e inepto. Que él siga hacia delante, taciturno, cansado, solitario, desesperado. Es preciso que él sufra para que su alma cante. El trabajo debe ser su único refugio, la bondad su única venganza, la creación su liberación.

V

LA ECONOMÍA SUPERNORMAL

Las diversas verdades del autor, sucesivamente percibidas en sus oscilaciones de conciencia, no son un producto subjetivo, sino que tiene su propia existencia objetiva independiente de él, que lo único que hace es verlas según sus mutables capacidades. Ellas pertenecen simplemente a planos evolutivos distintos, y cada quien lee aquellas que puede según las condiciones de su receptividad. ¿Cuál es entonces la verdad

verdadera? Cada una es verdad relativamente a cada quien. La verdad absoluta es otra cosa, y más que la suma, debe ser la fusión orgánica de todas las posibles verdades relativas a los infinitos puntos de vista dadas por las infinitas posiciones del ser. Todo absoluto está naturalmente más allá del concebible humano, donde solamente pueden quedar fragmentos y aproximaciones progresivas dadas por el relativo grado de evolución. Que los hombres pertenezcan a verdades distintas según la naturaleza de cada quien, es un hecho demostrado por sus conflictos de cada día, que surgen todas las veces que un hombre con su verdad se enfrenta con el hombre de otra verdad. Y si se forman grupos humanos, esto se debe a la identidad o afinidad de la verdad, lo que significa igual y afín naturaleza o plano evolutivo. Cada quien se agrupa siempre con sus semejantes y con esto él revela su tipo biológico. El individuo común de hecho no tiene las posibilidades dadas por la personalidad oscilante, y se mantiene con escasas variantes más o menos en la misma verdad sin cambiar de tipo biológico.

Una buena parte de los hombres actuales representan una verdad que no es aquella ínfima de la absoluta animalidad humana involutiva, ni tampoco aquella del evolucionado del futuro. Muchos se encuentran en una posición mediana en la cual los dos extremos aparecen como al margen, uno abajo y otro arriba. El hombre se debate en una fase de transición en la cual se va lentamente realizando por evolución el paso de un tipo biológico y relativa verdad, a un tipo biológico y verdad superiores tendientes al modelo elevado. La característica del momento actual, es la de estar a caballo entre dos civilizaciones, una que muere y una que nace. De esto deriva un contraste entre elementos que se deshacen y otros que está en formación, efecto de la visión de una verdad que está por sumergirse en el subconsciente y de la visión de otra verdad que alborea en el superconsciente, que representa la formación de la nueva conciencia del porvenir. Hora de gran fervor en la obra creadora de la vida. Las dos posiciones están de frente y se desafían. La vieja verdad lucha para no morir, fuerte en las posiciones ya conquistadas, pero corroída por los siglos, responde cada vez menos a las nuevas necesidades del espíritu cada vez más exigente, por lo tanto biológicamente condenada. La verdad joven lucha por conquistar la vida en las conciencias, está joven y desprovista, pero fuerte con todos los recursos de los jóvenes, fresca y llena de empujes, destinada por ley de la vida a vencer, por su derecho de existir. Tenemos así como siempre, pero nunca tan viva como hoy, la lucha entre lo nuevo y lo viejo; tenemos una cantidad de formas petrificadas solamente explicables históricamente, un continuo trabajo de su desgaste realizado como siempre por las ideas nuevas, y el estado de formación de nuevas concepciones de la vida.

Observemos el choque entre las dos fuerzas antagónicas sobre el campo de batalla que es la conciencia humana en evolución; observemos el dinamismo de su transformación de una en la otra, este extraño paralelismo de impulsos acuciantes y recalcitrantes que, no obstante, luchando se abrazan porque la una es hija y la otra es la madre de la obra. Quien tiene oídos oye el poderoso martillar de la vida que late por explotar desde las incrustaciones del pasado que la envuelven, siente el estremecimiento de la génesis en la superación. Aunque una dada civilización caiga

en ruinas, la “civilización” jamás muere, porque como la vida, ella renace siempre en otro lugar y cada vez más grande. Y si actualmente triunfa la destrucción en el campo material y en el espiritual, esto es porque la vida está lanzando entre ellos las bases de más altas construcciones. A los ojos superficiales todo le parece un caos, porque productos de destrucción y gérmenes vitales son materialmente mezclados en conjunto. Pero cada uno de ellos tiene su ley y la sigue, sin que para cada quien ésta nunca se confunda con la de los otros. Si en la superficie la mayoría, temblando, ve sólo ruinas, quien siente profundamente ve resurrección. Entonces se regocija en su corazón. Su psicología es a priori, mientras que la común más bien es a posteriori, y tiembla después y no antes del desastre. Antes de la última guerra⁽¹⁾ pocos temían, y temen hoy por psicosis de consecuencia. Temblar después es trabajo inútil. Quien, en cambio, siente y sabe que este es el momento decisivo para los futuros milenios, en vez de hacer locuras para olvidar o perderse en el pesimismo, colabora con las fuerzas de la vida que como él quieren la salvación de todos. Él sabe bien que la vida no se puede detener y que ella siempre ha vencido en todas las guerras. El hombre común, aturdido por las voces de miles de verdades distintas en las cuales muchos se expresan a sí mismos, se extravía. Él es sensorial y por lo tanto para él es verdad aquello que hace más ruido, porque golpea más sus sentidos. Lo verdadero le parece pues inalcanzable, porque él lo único que encuentra es una danza infernal y caótica de contradicciones, y vive de imitaciones, ya que no sabe pensar por sí mismo. Pero la sustancia del vórtice es dada por leyes sabias, cada una de las cuales sabe bien alcanzar orgánicamente su meta. ¡Qué visión titánica representa, en cambio, el destino humano, cual es señalado en la evolución por las leyes de la vida! Las verdades que parecen utopía para las conciencias todavía inmaduras para ellos, existen y mañana serán de todos.

Para hacer comprender lo que hoy parece utopía, es decir, las formas de vida más altas, comencemos describiendo su economía, aquella que allí regula la distribución de los medios, de las fuerzas y preside el abastecimiento para la vida material, como es sentida por todos. Confrontemos esta nueva economía del todo distinta, con la nuestra actual. Observemos las dos economías y cómo ocurre el paso de una a la otra. Presumimos el conocimiento del capítulo sobre “La Divina Providencia”, desenvuelto en el anterior volumen: “La Nueva Civilización del III Milenio argumento que aquí retomamos para llevarlo más hacia delante. Ascendiendo evolutivamente aparece a la conciencia una verdad más alta, en la cual la economía se revela completamente distinta a la normal. En la Tierra los bienes, según la verdad inferior, se encuentran limitados, de modo que hacen necesaria y justifican una lucha continua y sin piedad para conseguirlos. Ascendiendo, en cambio, se ve que en realidad la limitación no existe para el hombre más que en su ambiente actual y esto por obra suya, en relación a él y solamente como consecuencia de su forma mental y modo de actuar. En el universo los bienes son infinitos y siempre más libremente accesibles a medida que el hombre progresa. Esto porque en la sabiduría de la Ley que todo lo rige es necesario que antes el hombre evolucione y dé prueba, con el

⁽¹⁾ Fecha en que se escribió el libro

conocimiento y sabiduría que le siguen, de ser capaz de hacer buen uso de las cosas y del poder, sin lo cual él no sería admitido a la libre disponibilidad, ya que podría no serle útil sino perjudicial. A un salvaje, una ley providente sólo puede concederle los medios mínimos proporcionados a su inconciencia, si no se quiere que él con su psicología lo destruya todo, incluso a sí mismo. Y el peligro de nuestra actual fase de transición está precisamente en esto: crecimiento con la ciencia en la disponibilidad de medios, y esto en manos de un hombre todavía no lo suficientemente sabio para saberlos usar bien. Mientras más involucionado sea el hombre, más todo poder debe quedar sepultado por su ignorancia; mientras más feroz sea, más pobre en medios será. Como en la salud y en la enfermedad, así también en la miseria, todo, antes que efecto, es causa situada dentro de nosotros. Somos nosotros quienes hacemos con nuestro egoísmo nuestra pobreza. Y viceversa, mientras más se evoluciona, menor se hace el peligro del mal uso y mayores pueden ser los poderes concedidos. Entonces la riqueza se hace siempre menos egoísta y exclusivista, más universal y gratuita. El límite para las tan codiciadas posesiones, por las cuales el mundo tanto se atormenta, es precisamente dado por nosotros. Somos nosotros los que hacemos con nuestro egoísmo nuestra pobreza. Quien ha comprendido esto, ha comprendido también la verdad superior que al involucionado le parece un absurdo, vale decir, que la riqueza se conquista no haciéndose uno rico y pobres los demás, sino haciendo ricos a los demás y pobres a nosotros. Comportándonos según el primer caso, fabricamos en vez de riqueza, pobreza.

Esta nueva y extraña economía, es muy distinta a la común, y resuelve seriamente el problema económico. Pero ella pertenece a un mundo que el hombre actual todavía no puede comprender. Se trata de la misma ley por la cual quien hace el mal a los demás se lo hace a sí mismo, y quien hace el bien a los demás se lo hace a sí mismo. El gran descubrimiento que la ciencia no imagina todavía que podrá hacer, es este de la presencia de una Ley universal que todo lo rige. Ley buena y justa. Es completamente estúpido y contrario al objetivo de alcanzar nuestra felicidad, el sistema de querer forzar las puertas. Esta Ley es el alma de todas las cosas, es el divino pensamiento que las rige a todas en admirable funcionamiento orgánico. Es necesaria una cantidad enorme de ignorancia para creer que aquel granito de arena que es el hombre, pueda asumir el mando de esta Ley. He allí la gran verdad que se descubre evolucionando. Para alcanzarla no hay otro camino que la ascensión. Lo demás no sirve. Es necesaria una inteligencia mucho más amplia que la racional; una inteligencia equilibrada desde el punto de partida, hecha no solamente de conocimiento sino de sabiduría, no sólo de saber sino del arte de saber hacer buen uso de ella, una inteligencia regida por el sentido moral de las cosas. El hombre actual que parte del apriorismo dogmático absoluto del “yo” que se hace centro del universo, invirtió su posición en el punto de partida, y así solamente puede alcanzar resultados invertidos. De tal modo que él no puede comprender algo tan fundamental y elemental, es decir, que para entrar no se debe tratar de derrumbar las puertas, porque entonces se nos cerrarán cada vez más sólidamente en la cara, sino que es necesario hacernos aptos y conformes, de modo que podamos entrar. En otros términos, siendo imposible transformar la Ley, lo que queda es transformarnos a

nosotros mismos. Entonces las puertas se abren de por sí y nos invitan a entrar como es nuestro derecho, y solamente así el justo deseo que no podía realizarse por error de método, puede ser satisfecho completamente. Sin embargo, frente a un problema de tan simple comprensión y ejecución, debemos asistir a la vista del hombre moderno que se quiebra la cabeza contra una muralla y que de la Tierra que podría ser un paraíso, hace un infierno. De esto se deduce la importancia que tiene el trabajo de disipar su ignorancia y de inducirlo a civilizarse.

Frente al cuadro terrorífico de tantos seres reducidos a la desesperación por la avaricia de disputarse medios y sustancias que en la Tierra abundan para todos, ¡qué maravilla representa la visión de esta Ley que todo lo sabe, y que es justa, buena y como tal, también cuando tratamos de hacernos mal y a ella rebelarnos, nos protege y nos salva! Sería suficiente uniformarse a ella que nos quiere salvos, libres y felices, para convertirnos en tales. ¡Cómo nos ama Dios que todo lo ha creado, a través de ella! Pensemos en cómo debe ser la perfección, si a través de inauditas locuras el hombre en sustancia no logra nunca destruir nada, sino que más bien, tratando de retroceder hacia el mal y el dolor, es obligado por fuerzas invisibles a avanzar hacia el bien y hacia su alegría. ¡Qué ímpetu siente quien ha comprendido la sabiduría y bondad de esta Ley, y qué pasión siente por uniformarse a sus dictámenes, lo que se puede decir también: hacer la voluntad de Dios! ¡Cuántos cuidados maternos nos son prodigados sin que lo veamos ni lo comprendamos, en todo momento! ¡Cuántas catástrofes nos ahorramos a cada paso, con qué ritmo de compensación, con qué armonía de equilibrios son musicalmente coordinadas para más altos y alegres fines, todas las disonancias y conflictos de la vida! ¡Cuántas ayudas no notadas, qué economía para ahorramos las fuerzas para un trabajo más útil! Si hay un despilfarro para la reproducción que llama a los seres al banquete nupcial, o para la lucha que quiere seleccionar al mejor, al más digno de su mundo animal, es porque esto representa la vía maestra sobre la cual la vida avanza, sobre la cual ella se lanza con una exhuberancia de medios que está bien justificada por la importancia del fin. Ella sabe muy bien ser rica, pero no por ellos es locamente pródiga, mas solamente cuando el fin a alcanzar lo amerita y lo requiere. ¡Pero cuánta economía, en cambio, en el hecho, por ejemplo, que deja al consciente sólo el esfuerzo de las nuevas construcciones, mientras confía a los automatismos del subconsciente la función de conservar para cada necesidad, sin esfuerzos de elaboraciones conscientes, en forma de instintos, el resultado del trabajo ya realizado y ya asimilado en sí mismo! Una ejemplificación así, nos llevaría demasiado lejos.

Como se ve, entonces, la visión de verdades más elevadas, propias de más altos planos de existencia, no es algo que esté lejos de nuestra realidad cotidiana, por el contrario, allí encuentran firmeza y seguridad. El hombre de hoy no ha comprendido que él fue creado para ser patrón y no siervo, y que bastaría saber ser patrón, para serlo. Pero él con su ignorancia se coloca en la posición que corresponde al inconsciente: la de siervo. No hay otro remedio que hacerle comprender cómo funciona la vida. Es necesario mostrarle que el mismo poder creador que Dios usó al crear el universo, y que está en el pensamiento, está también en el hombre que fue

creado a su imagen y semejanza. Así como Dios es la causa perenne del Todo, el hombre es la causa de su pequeño mundo, que él hace en sí y alrededor de sí, un infierno o un paraíso, como quiera. La habitual inversión de todas las cosas, lleva también aquí a ver la causa donde está el efecto, y viceversa. Es inútil encarnizarse contra los efectos, cuando no se saben manejar y remover las causas. Lo podemos ver en nuestra medicina, que solamente logra curar aparente y momentáneamente, por lo cual las enfermedades, mientras más son tratadas, más se renuevan. La razón es que se curan los efectos exteriores del mal y se dejan intactas las causas, las cuales son profundas, dependientes de la psicología, dirección y régimen de toda una vida, sobre la cual el médico, que llega cuando las cosas ya están hechas, incluso si pudiera penetrar en aquel campo, muy poco podría lograr, sobre todo como resultado estable. ¡Agreguemos a esto la guerra anti-microbiana! La salud no se improvisa con intervenciones inmediatas, sino que pide una preparación a largo plazo. ¿Qué puede curar a fondo una medicina materialista que ignora al espíritu, cuando todas las causas están precisamente en el espíritu, vale decir, en un campo que se le escapa? Del espíritu y su estructura hablamos en otra parte. El espíritu es causa y él constituye su cuerpo como su expresión, así como Dios constituyó el universo como su expresión. Por lo tanto, todo lo que le ocurre al cuerpo es el efecto de lo que ya estaba antes preparado en el espíritu, y la sanación duradera solamente se puede obtener sanando primero a éste. Y sanar al espíritu significa armonizarlo con el orden de la Ley, frente al cual el hombre en cambio, con su egoísmo rebelde, representa el impulso del desorden, origen de todos los males. Y estos él los siembra en su camino a manos llenas. ¿Qué se puede pretender cuando él, ávido de placeres, en vez de adherirse a las sabias leyes de la vida, trata de someterlas a su destino? Y aquí también, así como quien monopoliza los bienes, siembra miseria para sí mismo, y quien hace el mal a los demás para su beneficio, se lo hace a sí mismo, quien vive en desorden de espíritu debe sufrir las enfermedades físicas que son su consecuencia, y que después atormentan también al espíritu. Por lo tanto, la salud del cuerpo depende también, como todo, del saber armonizarnos con la sabiduría de la Ley que nos rige y nos guía.

La salud del cuerpo es producto de la armonía. Esto es lo que quiere la Ley y cuando nosotros nos rebelamos, entonces nos negamos a la armonía, vale decir, a la salud. He allí otra puerta que nosotros nos cerramos en la cara y que va hacia la alegría de vivir, alegría que la naturaleza quisiera muy bien darnos como pacto por nuestra comprensión y obediencia. Rebelión, como la de Lucifer el gran destructor, es nuestra culpa y la causa de nuestros dolores. El hombre está hecho para mandar, y todo lo que es inferior a él está hecho para obedecerlo. En cambio, nuestra gran desgracia consiste precisamente en esto, que las cosas muy raramente andan según nuestros deseos. ¿Pero por qué sucede, entonces, esto? Porque deseamos mal, deseamos contra la Ley que representa nuestro bien. Es justo y útil, entonces, que nosotros no seamos favorecidos. La Ley nos hace sufrir para salvarnos, constriñéndonos a comprender que hemos errado y qué es lo que, en cambio, deseamos hacer. ¿Cómo hacer comprender de otra manera a un ser que debe permanecer libre? El dolor es el único

razonamiento que todos comprenden. Y entonces es justo, lógico y forma parte de la perfección del Sistema, que todo marche al revés en el mundo de hoy.

¿Qué quiere hoy nuestra voluntad? ¿Qué deseos, este impulso constructor proveniente del espíritu, transmite para que se realice, a ese operario que es el subconsciente? Él es el animal que vive en el hombre y que es usado como bestia domesticado por el trabajo, como siervo, obediente ejecutor de las órdenes del espíritu iluminado y consciente. Pero, ¿es el espíritu quien en el hombre de hoy dirige con conocimiento y sabiduría, o es ese animal el que manda y pone a su servicio al espíritu? También todo aquí está invertido, como en todas partes. ¿Qué capacidad directiva puede tener la parte animal? ¿Qué puede ésta desear a no ser cosas materiales, por lo tanto ilusorias, caducas y mortales? ¿Qué puede tal jefe transmitir al subconsciente como motivaciones constructivas? Solamente motivaciones ilusorias, de decadencia y de muerte. He allí las enfermedades físicas y también los dolores morales. Estando esto contra la Ley y siendo por lo tanto dañinos para nosotros, la sabia Ley se apresura a destruirlo todo, demoliéndolo y finalmente liquidándolo negándole toda nutrición vital. Para nuestro bien, ella no puede proceder de otro modo. A fuerza de generar lo que es mortal, deberemos tanto, que después tendremos que sufrir las consecuencias de la destrucción, hasta que el espíritu inmortal un día comprenda que ha equivocado el camino y sepa encontrar uno nuevo, el mejor, el único bueno.

Cuando, en cambio, es el espíritu el que guía, entonces sus impulsos creadores se dirigen todos hacia las cosas inmortales, reales, eternas. Y cuando a este operario que es el subconsciente, sean transmitidas motivaciones de trabajo de este género, su construcción será en correspondencia, un efecto semejante a la causa. Y entonces la Ley ya no nos obstaculizará; ella misma nos tomará sobre sus alas para llevarnos hacia lo Alto, como ella lo desea. Así la muerte ya no será el fin del patrón, el “yo”, es decir, de todo, sino solamente el final de un siervo que nos deja, cansado del servicio realizado. No sólo desaparecen la enfermedad, el dolor, la miseria y la esclavitud, sino que seremos colmados por la alegría de vivir, que no consiste en la posesión, como en la loca psicología moderna se sostiene, sino en un equilibrio de todo el ser en cada aspecto y actividad en el más pleno acuerdo con el querer indestructible de la Ley. Entonces todo lo que vendrá a nuestro encuentro serán alegrías, riquezas, salud, amor, afectos, conocimiento, éxito. ¡Y pensar que los métodos modernos creen resolver la vida con una justicia económica contaminada en sus raíces por el método de la extorsión violenta, con una tal inversión del Evangelio! Pero, ¿qué no está invertido hoy, en tiempos de Satanás?

Esta es la realidad de la vida, la filosofía concluyente y convincente, sin oscuras elucubraciones acerca de particularidades y sin intelectualismos inútiles, la filosofía hecha para vivir. Es realmente conmovedor el espectáculo de esta pobre humanidad víctima de su ignorancia sobre las más elementales leyes de la vida. Se trata solamente de comprender el funcionamiento de un mecanismo. Es natural que un primitivo trate de abrir las puertas destruzándolas. Sin embargo, este es un sistema

desastroso, sobre todo para él. Quien ha visto verdades más elevadas, vale decir, el mecanismo según el cual estas puertas funcionan, con un ligero y hábil movimiento de dedos, gira la llave y entra. Así el hombre, tan justamente ávido de dominar y dirigir para convertirse en señor de todo, en vez de comenzar sabiendo comandarse a sí mismo, como la Ley impone, trata de comandar a los demás, excitando en ellos la resistencia y la rebelión. De esta manera sigue el único camino para no ser el señor de nadie. Desgraciadamente, con este pobre dominio, disputado, inseguro, siempre listo para derrumbarse, se tuvieron que contentar todos los emperadores del mundo, porque a quien ignora y viola la Ley nada puede ser concedido, a no ser lo peor. Los únicos imperios duraderos sólo pueden ser los del espíritu.

Se afirma que el espacio es curvo, que se cierra según una transmisión curvilínea de la luz, de la energía que retorna cíclicamente sobre sí misma. Esta hipótesis física nos puede dar la imagen del sistema de retorno de las fuerzas que el “yo”, centro genético, lanza cual fuente, por el cual todo “yo”, a semejanza de Dios, es centro de su universo en el cual cada efecto retorna a la causa. Se trata del único principio repetido en el plano físico y en el plano espiritual, por universal ley de analogía. Y también en Dios y su universo, todo, cada criatura, retorna al Creador. Así nosotros, como centros irradiantes, nos fabricamos nuestro ambiente, a nuestra imagen y semejanza, y nos hacemos nuestra atmósfera, como la hemos querido. Ella después nos ata, como nuestro inevitable destino. El pensamiento tiene en verdad poder creador. Todo el universo se basa sobre este principio. Pero potencia creativa solamente en cuanto y hasta que se marche según y no contra la Ley. De otro modo lo que se tiene es una potencia destructiva. El principio de destrucción representa únicamente el camino seguido por Satanás, inverso al seguido por Dios. Que el pensamiento, en bien o en mal, plasme las cosas hacia lo bello, el bien y la vida, o hacia lo feo, el mal y la muerte, lo vemos en nuestro organismo en el cual es evidente la construcción ideoplasmática, como por ejemplo en las impresiones maternas que pueden plasmarse en el feto. Que sea el espíritu el que se modela su cuerpo, lo vemos en el hecho de que una idea fuertemente sentida y constantemente vivida, se imprime en nuestro rostro que así termina por revelarse, bajo cualquier máscara. De esta manera la idea dominante se convierte en un carácter somático. Detrás de un impulso enérgico y tenaz del espíritu, incluso los huesos y los tejidos se plasman.

He allí en breves trazos lo que aparece cuando se alcanza la visión de verdades más elevadas. Despunta entonces una economía supernormal universal, que regula sabiamente la vida en todos los campos. En todo esto podemos ver lo mucho que está fuera del camino el mundo moderno en la búsqueda de la felicidad, y lo lejos que está de poder alcanzarla. Así se comprenden sus infinitas desgracias que, como dijimos, constituyen un fenómeno lógico y justo, en un organismo universal donde quiera y siempre perfecto. Solamente hay una fórmula para entrar en el reino de la alegría y es la del Evangelio: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”. Ella representa la rectificación divina de la inversión satánica. Pero, ¿qué puede comprender de esto nuestro mundo de hoy si él no sabe nada del funcionamiento orgánico del universo e ignora no solamente la estructura de la Ley, sino incluso su existencia? ¿Qué

podemos pretender, cuando el hombre moderno con su materialismo niega francamente el espíritu y, en vez de partir de él que es el principio genético, causa de todo, parte al revés, del mundo físico y del cuerpo, que sólo son efectos? ¿A qué conclusión puede llegar una ciencia así invertida, sino a una universal destrucción? Sin embargo, todo esto ya fue dicho hace mucho tiempo por la filosofía hindú, que es la más antigua y profunda que el hombre conoce. La moraleja está en que nuestro siglo se encuentra en un período de transición, el cual tiene la función de liquidar en una destrucción general actual pseudo-civilización, que fue construida al revés, es decir, basada en la materia en vez de basada en el espíritu; tiene la función de limpiar con esto el campo para una civilización nueva, corregida, vale decir, construida sobre el espíritu en vez de sobre la materia. Frente a esta nueva gran “Civilización del III Milenio”, la actual tiene únicamente la función de preparar la parte mecánica que pueda después proveer automáticamente la ejecución de los servicios materiales, de modo que el hombre pueda dedicarse a algo más importante. Resueltos los dos más grandes problemas que hoy nos perturban, como son la paz universal bajo un gobierno único y la justicia económica y social, problema que la Historia nos coloca para su eminente solución, el nuevo mundo podrá comenzar a utilizar, no para la destrucción con la guerra, sino para su propio beneficio, los resultados de la ciencia actual. Entonces, aprovechados estos, él podrá superar la lucha por las necesidades materiales, actualmente problema principal, para enfrentar luchas y problemas superiores propios de un más elevado nivel biológico, hoy no comprendido, donde domina no la materia sino la gran potencia del espíritu.

El mundo de hoy escogió el camino en dirección descendente, hacia lo relativo y lo particular, en vez de escoger hacia la unidad. Por eso el saber es divergente, la ciencia es analítica, la concepción de la vida es materialista, se exaltan no los valores centrales genéticos del ser, sino los periféricos de la forma, y por esto el conocimiento está rodeado por miles de efectos sin ser capaz de penetrar las causas. Así todo se construye a la inversa, el trabajo se hace contraproducente, el construir viene a ser destrucción y todo se pulveriza en las manos de pseudo-constructores. Es verdad que en el fondo de la obra del hombre existe la obra de la Ley que está preparando la corrección salvadora. Pero mientras tanto el mundo camina al revés. Se vive en una atmósfera trituradora. El tiempo, es decir, el límite, de vehículo y medio se ha convertido de señor, en tirano. Todo se secciona, se fracciona, se subdivide. La idea de la superación del tiempo con la velocidad es una locura. De tiempo no se puede escapar, él no se supera apresurando el paso, sino viviendo fuera del tiempo, sin moverse ya en el espacio. Son muy escasas las superaciones del tiempo que nos proporciona la velocidad: consiste en pequeños desplazamientos de relaciones, mientras que el tiempo se mantiene y con él, el límite. Un cierto ensanchamiento de horizontes, pero el espíritu queda siempre encerrado en una prisión, que tan sólo es un poco más amplia. Pequeñas expresiones que no pueden saciar el ansia de infinito que existe en el alma. ¡Jamás ha faltado tanto el tiempo como ahora que se dispone de tan rápidos medios de comunicación! Nuestra ansiosa carrera sin paz que llamamos dinamismo, no es una victoria sino una derrota, no es nuestra fuerza sino nuestra debilidad. La exaltamos como nuestra virtud y potencia, y es nuestro defecto e

inferioridad. Nos encerramos en un sistema inusitado en el cual mientras más se corre menos se llega, que en vez de ayudarnos, nos oprime. Y el preciosísimo tiempo allí se tritura y pulveriza en miles de cosas, sin llegar a una conclusión. ¿Qué felicidad ha construido esta continua carrera? Nuestra era huye de las ideas centrales, sintéticas, unitarias. Quien se coloca en la circunferencia es obligado por su misma posición a una afanosa carrera continua para dominar solamente una parte de aquello que, quien está situado en el centro, domina sin siquiera moverse. De allí nuestra necesidad de correr. Pero es siempre un correr periférico que no alcanza la meta. Los inmóviles sabios orientales reclinados en sus monasterios del Tíbet, pueden muy bien mirar con piedad nuestra turbulenta sociedad, que encima del edificio de sus conquistas ve asomarse el suicidio atómico. Y entre tanto, la carrera del “tiempo es dinero” es su castigo. La presencia de nuestro error es revelada por nuestra ansiedad. Quien ha encontrado no busca. La molestia y la prisa son índice de vacío interior, de hambre de espíritu, de amenazadoras carencias. Las más altas verdades sacian a fondo, su comprensión de la calma, lo que es un índice seguro para reconocerlas. Nosotros nos encontramos, en cambio, dentro de una danza de filosofías, de relativas interpretaciones de la vida. Sus principios fundamentales, entre tanto, no cambian, son eternamente idénticas, están por encima del vano perseguir y buscar soluciones. La continua necesidad de verdad es la primera característica de nuestra posición periférica y relativa. Sin embargo, también el hombre actual debe vivir y recorrer su fase biológica. ¿Qué otra cosa podemos hoy esperar de él? Su tiempo llegará. Cada cosa está siempre perfectamente en su lugar.

Surge espontánea en nuestra mente, en este punto, la pregunta del cómo es posible para evolucionar, el paso de la nuestra a una fase más elevada y la conexión en uno mejor de nuestro mundo invertido, para sanarlo de sus errores. No se puede negar que también nuestra normal economía también tiene sus leyes y equilibrios. ¿Cómo se puede demoler la premisa axiomática del egocentrismo que, si existe, esto es porque él tiene su función? ¿Cómo se puede pasar de la economía egoísta del “do ut des”, a la economía altruista del “ama a tu prójimo como a ti mismo”? Ciertamente es que a primera vista parece muy extraño, tan fuera de nuestra psicología está, este sistema de obtener las cosas no enfrentándolas para agarrarlas, sino dejándolas venir espontáneamente a nosotros. Esto es muy extraño, sin embargo, esta es una realidad experimental que se verifica para todos aquellos que se asoman, más allá del límite de nuestro plano de evolución, en otros superiores. ¿Y quien puede negar una realidad experimental, quién puede negar los hechos de los cuales la ciencia también se ha hecho esclava, sólo porque quien no ha llegado hasta allí, no ve nada, y no pudiendo comprender, niega? Si puedo hablar extensamente sobre esta economía supernormal, es porque durante mucho tiempo he experimentado con ella. Me limito a indicar a mis semejantes las observaciones objetivas, por mí controladas racionalmente, hechas explorando su realidad poco accesible. Pero es cierto que para quien las alcanza, ellas poseen la potencia de las cosas más cercanas, actuales y concretas, tanto que de ellas puede depender también lo contingente de toda nuestra propia vida.

El paso de la economía normal a la supernormal se hace posible y comprensible, cuando se ha llegado a sentir que la esencia de la vida y de lo creado es el Amor. Él es la más grande fuerza del universo, aquella que lo dirige y al final todo lo vence (v. cap. XV y XVI: “Dios y Universo”). Dado esto, es lógico que el Amor abra todas las puertas, y que por el contrario, el egoísmo las cierre. Es una comprobación en los hechos, para quien ve, que esta es la mecánica del sistema. Para poder entonces alcanzar las infinitas riquezas de las cuales lo creado se desborda, es necesario pasar por las vías del Amor. He allí que el Evangelio puede ser también el más seguro método para enriquecerse. ¡Y con qué riquezas! No se quiere decir con esto, que en un mundo de justos todos estarían bien como consecuencia de la honestidad de todos. El fenómeno es personal y los resultados son accesibles en cualquier mundo. La riqueza no nos viene solamente por los efectos que el sistema produciría si es colectivamente aplicado, sino que nos viene porque el individuo particular ha puesto en movimiento algunas recónditas fuerzas de la vida que lo compensan y lo premian, pues que él camina según la Ley que es Amor. Resumiendo, el cálculo económico no es el resultado de intercambios de medios entre los hombres, sino de fuerzas entre el individuo particular y la vida. El propio semejante aquí no tiene cabida, y si entra es como medio a menudo inconsciente, maniobrado por esas fuerzas. La conversación aquí no se hace con el hombre sino con Dios, en base a las propias acciones y al real medio propio.

Se trata de una economía superior que dista de la normal, como el cálculo infinitesimal de la aritmética elemental. La vida funciona con los principios de las varias economías según los planos de evolución. Mientras más alto se asciende, más ella actúa según la divina ley de la creación que es el Amor. Mientras más se asciende, más el rudimentario principio de equilibrio del “do ut des” se torna completo, pasando de la ley del talión, a la ley del altruismo, dos grados de justicia distintos. El universo está regido por principios dados y fijos. Ellos representan la vía sobre la cual los seres pueden caminar como quieran, pero la vía está trazada. Somos libres, pero obtendremos en proporción a lo que hayamos dado. Mientras más egoísta y separatistamente usemos lo que nos es dado por las fuentes de la vida, es decir, contra la ley de Amor que todo lo rige, mayor será la contracción de las fuerzas que regulan la distribución de los bienes. Mientras más egoísta sea el individuo particular, más se restringirá el canal, tendiendo a cerrarse, hasta que la fuente ya no brote y toda ayuda sea negada. En este sistema los bienes solamente nos pueden llegar en la medida de nuestra capacidad de producción, en la medida dada por lo que merecemos. Es difícil experimentar esto en nuestro presuroso mundo, porque el mérito no se conquista en un instante, sino con la larga preparación. Esto depende, como en el caso de la salud, del tipo biológico y del régimen constante de acción. Por la misma ley de Amor, un trabajo hecho solamente para obtener un pago, vale decir, egoístamente, es mucho menos creativo y vital que el trabajo fecundado por el Amor que le aumenta su potencia genética y le disminuye el esfuerzo, hasta que en los planos más elevados, él se hace libre y alegre acto creativo que refleja el divino acto de la creación. Es nuestra involución la que hace del trabajo una condena, una fatiga, una esclavitud. Ascendiendo, todo se libera, se aligera en la alegría, se potencializa al mismo tiempo en su rendimiento. Y la ascensión se realiza en el Amor.

La dificultad para comenzar este nuevo método, viene dada por un empeoramiento en el esfuerzo, que ya es mucho en un bajo plano de evolución. Mientras más abajo se está, más pobre y gravado se es, y más necesario y fuerte es el esfuerzo para liberarse. Solamente hay que iniciar el trabajo con paz y tenacidad. La evolución no se fuerza y no se precipita. Ella es una lenta marcha de resistencia. Al principio se teme una nueva limitación y el egoísmo se rebela. ¿Pero los nudos se sueltan continuando apretándolos, o por el contrario, aflojándolos siguiendo el camino inverso? Solamente invirtiendo el camino de la involución se puede evolucionar. Al principio somos desviados por la ilusión que nos hace tener un empeoramiento de las condiciones. Pero si se observa claramente, se sabría que el egoísmo de hecho en nada sufre, pues que la vida es siempre utilitaria y quiere nuestro bien. El sistema es en verdad ventajoso. Los obtusos responderán que ellos no se dejan engañar por estos aparentes y capciosos razonamientos, y seguirán pobres y fatigados siervos de lo que han podido agarrar. En ese plano es muy difícil comprender el Evangelio cuando dice: “Pensad en las cosas del espíritu y lo demás os será dado por añadidura”. Entre tanto, una cosa que parece tan absurda, puede dar testimonio de que para mí fue experimentalmente verdadera. Somos hijos de Dios, nuestro padre amoroso. Él, infinitamente rico, nos proveerá de todo, si nosotros estamos con él. Sus arcas no tienen límites y siempre están llenas; la llave para abrirlas es el Amor, y todo ser puede llegar hasta allí proporcionalmente. Mientras más se ama y más se da, más las arcas se abren y más se puede agarrar. Mientras menos se ame y menos se dé, menos ellas se abren y menos se puede agarrar. Con la avidez y la fuerza ellas no se abren, sino que se cierran y nada se puede tomar. Pues que la vida frente al egoísmo y a la violencia se contrae, se defiende y se niega.

El camino para salir de toda limitación está únicamente en el comenzar progresivamente una serie de acciones positivas en dirección altruista, vale decir, expansionista. Es el camino de los santos. La mayoría se retraen asustados. Así ocurrió también al joven que le preguntó a Cristo qué tenía él que hacer para convertirse en perfecto. Y Cristo le respondió: “Si vis perfectus esse, vade, vende universa”⁽¹⁾; y él se retiró triste, sin aceptar. Y de esta forma los caminos de las más grandes riquezas se cierran. Y muy difícil es quebrar el cerco de las uniones terrenales en cadena, para lo cual es necesaria una energía poco común. Estamos abajo, y sólo si tenemos la fuerza para ascender por nosotros mismos, podremos ver la luz y saborear la felicidad. Estamos abajo, y el mundo busca en cambio confort descendiendo todavía más abajo, creándose así nuevos dolores, encerrándose de esta forma siempre más en el límite de la involución y en la prisión del egoísmo. Mas, la salida está en el lado opuesto. El hombre debe tentar y sufrir todavía mucho para encontrarla. Es ley que solamente se pueda ascender hacia la felicidad, a través del sacrificio y el Amor, los grandes principios sobre los cuales se apoya el universo. Desgraciadamente, esto no se sabe y no se quiere hacer. Y entonces, en la espera para aprender a ascender, quedan en la Tierra la pena y la miseria, herencia propia de este

⁽¹⁾) “Si quieres ser perfecto, ve y vendes todo lo que tienes”. (Matheo, 19, 21)

plano de vida. El único remedio está en saber y querer hacer el esfuerzo para salir de allí. Esta es la estructura del sistema. Si no queremos ascender, permaneceremos en el dolor y la miseria, como es justo en un universo perfecto.

VI

LUCHA Y SELECCIÓN

Hemos ya dicho que las distintas verdades vistas por el autor, debido al fenómeno de la personalidad oscilante, no son un producto subjetivo suyo a él limitado, sino que ellos tienen una propia existencia subjetiva independiente de él, vale decir, correspondientes a los distintos planos evolutivos de la vida, representando así una universal realidad biológica. De esta manera, el caso personal se ha ampliado en un significado mucho más vasto que interesa a toda la vida. Las distintas verdades se nos presentan así como la expresión de las diversas fases evolutivas o planos de existencia. De ellas hemos visto algunos aspectos generales en el capítulo anterior, describiendo sus características, las condiciones de nuestro mundo actual y la técnica para el paso a fases superiores. Observémoslas ahora más de cerca, desde un punto de vista más particularmente biológico, en relación a las teorías actualmente vigentes en este campo. En sustancia, lo que hacemos es excavar cada vez más a fondo en el gran problema de la ascensión humana, aquel que contiene la solución de todos los problemas. Con esto ya se delinea el ritmo ascensional de este volumen que, partiendo del infierno humano y subhumano, nos quiere llevar, haciéndonos sentir todo el contraste, al paraíso superhumano y divino. El estudio psicológico particular donde comenzamos nuestro movimiento, solamente nos ha servido de motivo inicial para la descripción de esta ascensión universal. Es natural que para poder hablar con conocimiento de este fenómeno, el autor ha debido primero experimentarlo en su caso particular, que sin embargo es de todos, es un momento de la universal ley de la vida. Tratemos de penetrar el pensamiento directivo que guía nuestra evolución.

La interpretación que actualmente domina en este campo, nos proviene del materialismo todavía imperante, el cual ha visto las cosas a su modo. Punto de vista relativo desde un dado plano de evolución, por lo tanto, idea destinada a ser superada. Idea en cambio actualmente aceptada por la psicología corriente como verdadera y definitiva. Es bueno observar hasta que punto ella corresponde al verdadero pensamiento directivo de la vida. Comencemos por observar que, mientras la forma mental dominante continúa moviéndose por inercia en la dirección materialista, proveniente de la orientación científica del último siglo, y esto hasta sus últimas consecuencias prácticas, el más reciente pensamiento directivo de la ciencia la ha llevado mucho más allá, a lo profundo, la visión de la materia con la nueva química atómica y física cuántica, y aquella concepción materialista ha quedado primitiva y superficial. Ella ha sido llevada por la ciencia más moderna, según sus más recientes orientaciones, tan cerca al espiritualismo, que en último análisis ya casi no se sabe

distinguir aquella concepción de este espiritualismo. Pero de esto nos ocuparemos más adelante. De manera que el materialismo representa el tipo de conocimiento científico de nuestro tiempo, y no más. Pero la dirección, incluso si abajo en las masas continúa imperturbable, en lo Alto, en el elevado pensamiento directivo, ya se está invirtiendo. Así, por ley biológica, es lanzado el impulso que, propagándose después como siempre, invertirá la ruta del pensamiento moderno, llevándolo hacia una nueva civilización de tipo opuesto. No se tratará, por cierto, del espiritualismo de hoy, vago y no demostrado, sino de un espiritualismo que probará y aplicará lo que ahora es solamente fe o teoría filosófica.

En biología el materialismo de Darwin ha visto la evolución de las formas físicas o efectos, sin imaginar la presencia de una evolución del espíritu o causa de aquellas formas. Arriba hablamos de esta tendencia a la inversión de todo en nuestra fase actual. De esta forma, precisamente, se han visto las cosas al revés: la causa en lo que es sólo un efecto, vale decir, en la forma. Según esta orientación la evolución se realiza a través de la técnica de la lucha por la vida y la selección del más fuerte. El “más fuerte” que en la Filosofía lo vemos reaparecer en el superhombre de Nietzsche. Todo esto es verdad, pero solamente en el plano biológico animal, en un mundo inferior al cual nadie puede impedirle al hombre pertenecer. Pero esto ya no es verdadero, apenas evolutivamente se ascienda. Resumiendo, cuando se habla de esta inmensa cosa que es la vida, es necesario distinguir y precisar a qué biología nos referimos, pues que cada plano evolutivo tiene la suya propia con sus propias leyes que no son las de los otros planos. Ahora, la biología normal humana, si es vida desde el punto de vista de una biología supernormal, puede parecer completamente un error de perspectiva, y viceversa. Y aquí podemos aplicar el concepto de las verdades relativas, para las cuales las teorías del materialismo sirven y valen por su biología, y no más allá. Ahora, no se puede comprender el pensamiento directivo de la vida observando uno solo de sus momentos, relativo a una sola fase. Tanto es así, que aquella evolutivamente superior nos espera, es nuestro mañana, y nosotros recorremos la actual precisamente para prepararnos para la sucesiva.

¿Cómo se comporta la vida en el plano animal y humano? Ella abre de par en par las puertas de la reproducción y lanza hacia fuera individuos en gran abundancia. En el plano animal ellos no están completamente juntos en la fase orgánica colectiva, por lo tanto no saben hermanarse en organismos colectivos y colaborar en unidades superiores. Esto está demasiado alto para ellos y representa el porvenir. Ellos deben prepararse allí a través de infinitos recíprocos contactos que en un principio son choques sangrientos. Apenas nacidos, ellos se convierten rápidamente en rivales y enemigos, y los motivos psicológicos dados por su forma mental no faltan: el espacio vital, la exuberancia de energía, el instinto de invadir y someter para expandirse, la natural insaciabilidad del deseo, la conquista de los bienes para vivir, de la hembra para reproducirse. He allí súbitamente la lucha. Es la mecánica del sistema. Basta mirar alrededor para verla funcionar automáticamente, en lo pequeño y en lo grande, en el grupito de muchachos que de repente litigan entre sí, hasta los pueblos siempre

en guerra. Esta, antes que en el comando de los gobiernos, está en los instintos de los hombres, sin lo cual nadie podría imponerla.

El primer paso es la producción de seres, el segundo la lucha, y el tercero es la selección. El resultado final es la evolución; su objetivo es la ascensión hacia el bien y la felicidad. Es una sucesión de finalidades, de proposiciones en un razonamiento. Cada una aislada no tendría significado. He allí por qué hemos titulado este capítulo coligando las dos palabras: lucha y selección. La primera es condición de la segunda. Dado que la vida trabaja siempre con inteligencia y según un objetivo a alcanzar, ella ofrece rápidamente a estos seres, como finalidad evolutiva a la cual tiende porque ello lleva hacia su bien, un trabajo proporcionado a sus capacidades y sensibilidad; género de trabajo que sería inútil, absurdo, destructor e insoportable en planos de vida superiores. La vida da, pues, rápidamente una ocupación digna de ellas a estos seres del plano animal y humano, maniobrándolos a través de sus instintos, a los cuales ellos obedecen creyendo obedecerse a sí mismos. La vida nos hace siempre trabajar para hacernos ascender. Es verdad que para quien está más alto, esa selección animal puede parecer un trabajo bestial. Pero una actividad más refinada y compleja, el ser de ese plano no la sabría realizar y no estaría proporcionada a su capacidad. Se trata en verdad de la selección del más fuerte como es hoy entendida, una selección animal en la cual es necesario todavía usar y desarrollar los sentidos y la inteligencia. En ese plano el trabajo colectivo orgánico y las conquistas espirituales son inconcebibles. Pero en nuestro mundo ya la lucha se está transformando de muscular y física en nerviosa, aunque ella todavía es feroz. Progreso ya visible. La forma de lucha es el índice del propio plano evolutivo. Dime cómo y por qué luchas, y te diré quien eres. La lucha, condición de conquista, no se extingue jamás en la vida. Pero en ella cambian con el evolucionar de la forma, los objetivos y las realizaciones.

Actualmente en nuestro mundo se comienza a comprender, lo que no se hacía en el pasado, lo absurdo de tal género de lucha animal, que solamente sabe alcanzar sus fines lanzando a los hombres los unos contra los otros para matarse y para destruir todo lo que es más útil y costoso, y esto por la selección. La actual impopularidad de la guerra demuestra que hoy el hombre se encamina a superar la fase animal. En efecto, un estado de cosas no se puede percibir, cuando se está fundido en él en un todo homogéneo, sino únicamente cuando se comienza a emerger, diferenciándose de él. Hoy se comienza en verdad a comprender vagamente, sin todavía saber llevar a la práctica las lógicas consecuencias, lo absurdo de este perenne odiarse los unos a los otros, lo antivital que es este no terminar jamás de castigarse mutuamente, que es lo que en verdad hace de la vida una condena. Esta es generada e inflingida por el hombre, no por un Dios vengativo. Actualmente el hombre se ha sensibilizado lo suficiente para comenzar a sentir, que de ahora en adelante es inaceptable este tipo de lucha y selección animal. Más civilizadas formas de existencia inevitablemente lo esperan. El más se desarrolla del menos. Así como al principio, la propiedad era hija del hurto, así como la primera forma de organización social fue dada por el imperio del patrón sobre el siervo, como para llegar a la sociedad de los estados se partió de los imperialismos esclavistas, dominadores de los pueblos, como al conocimiento se

ha llegado partiendo del terror al daño propio y a la ciencia de la necesidad utilitaria, así no es de maravillarse, si a un nuevo tipo de lucha y selección se llega partiendo del actual, por muy bestial que éste sea. No debemos, pues, escandalizarnos si la vida sabe alcanzar sus fines evolutivos también a través de todas las bellaquerías humanas.

Tratemos de comprender el verdadero significado de este método para hacernos evolucionar, usado por la vida con la lucha y la selección. ¿A qué tiende en verdad este triunfo del más fuerte? ¿Se trata aquí, más que de una ley de todas las fases biológicas, sólo de aquella limitada a un dado plano inferior? ¿Cuáles son los fines de la más grande biología universal? ¿Se propone ella en verdad hacer triunfar a este tipo del “más fuerte” que puede ser también el más prepotente e injusto, o, más bien es esta una fase de transición admisible únicamente en planos inferiores, mientras el objetivo de la vida es el de crear un tipo biológico del todo distinto?

La ley de la más grande biología universal es que la lucha en cada plano es un medio de construcción de la conciencia, una forma de actividad impuesta al ser por sus instintos, por el ambiente y por la Ley que domina todo esto, para llegar a través de la experimentación al desarrollo de cualidades siempre más espirituales. Es natural que en planos inferiores el trabajo y las cualidades sean de carácter inferior. Pero todo tiende a alcanzar trabajos y cualidades superiores. En los animales y en el hombre inferior la lucha servirá para el refinamiento de los sentidos y para el desarrollo egoísta de la inteligencia utilitaria. Pero en el hombre superior ella servirá para el triunfo de una idea y se transformará en una colaboración cual instrumento consciente de la Ley. Es también lógico que en el plano animal las experiencias, los contactos y las reacciones al ambiente, deban asumir una forma brutal y violenta, pues que en una forma más refinada el ser todavía no sensibilizado por evolución, no percibiría nada. La lucha parece brutal y violenta a quien está más alto, pero no a quien está a ese nivel. Todo está proporcionado por la divina sabiduría de la Ley. De esta forma, el animal y el hombre inferior sólo son feroces para el evolucionado. Para sí mismo ellos están equilibrados en su plano y solamente ven el fin a alcanzar y no la ferocidad del medio que únicamente desde un más alto punto de vista se muestra ofensivo para otras leyes que el inferior ignora. Así el salvaje no se siente salvaje, ni el delincuente se siente verdadero delincuente. No obstante, también estos seres deben evolucionar. Para ellos todavía son necesarias experiencias muy duras, aquellas que para el evolucionado serían cataclismos mortales. De esta forma los grandes dolores que dominan en la Tierra están proporcionados a la insensibilidad humana, y esto lo prueba el hecho de que la mayoría ama esta vida tan miserable. Quien está más adelantado no la puede aceptar como placer, sino solamente en otro sentido completamente diferente, es decir, como expiación, deber y misión.

La vida no se propone, pues, en nada, como último fin el triunfo de los más bajos campeones de la raza. Esto lo puede creer solamente el materialismo y su filosofía. El triunfo del más fuerte en este sentido puede ser en los primeros grados del camino ascensional, pero la vía de los triunfos es larga y lleva lejos. La lucha asume en lo Alto otras formas y otros objetivos muy distintos, vale decir, la formación de un ser,

no más fuerte porque es un más violento dominador, sino más poderoso porque es más inteligente, sabio, por lo tanto justo y bueno. Él entonces, como veremos, penetrará en el funcionamiento de la Ley como conocimiento y como actividad, poniendo en movimiento nuevas fuerzas y pudiendo alcanzar riquezas inmensas antes ignoradas. Él es poderoso, algo muy distinto a un débil y fracasado como lo juzga el hombre inferior que toma siempre a la bondad como debilidad. Entonces su lucha y experiencias asumen un carácter del todo distinto. La forma de lucha de los planos inferiores, aquella de la tortura del hombre, del ataque y la defensa, le es ahorrada porque es superada. Entonces la vida se armoniza y la Ley misma comienza a defender al hombre que a ella se ha adherido, ahorrándole este duro trabajo para él ahora inútil y que, sin embargo, es fundamental y necesaria ocupación para los inferiores. Es lógico que el trabajo útil impuesto a tipos biológicos tan distintos, deba ser distinto. Es lógico que apenas se supera el nivel de vida vito por el materialismo, el campeón visto por Nietzsche en su superhombre, se convierta en un delincuente, en un salvaje rey de salvajes, en un ser anti-social destructor de la unidad, disgregante y antivital.

El Evangelio que es constructivo, nos indica, en cambio, un tipo biológico muy distinto. Su inversión de valores no significa más que el paso de un plano inferior a un superior nivel biológico. En esto consiste la gran “Buena Nueva”, vale decir, el anuncio que para el mundo ha llegado hoy la hora de la gran transformación evolutiva que lo llevará a una nueva civilización, la de un nuevo tipo humano. El Evangelio ha afrontado directamente la ley del plano animal contraponiéndole otra ley, de un plano superior, en la cual por evolución, la primera inevitablemente deberá convertirse. Esto lo ha hecho con el “Sermón de la Montaña”, que es la inversión de los valores humanos en otros opuestos, en el cual los vencidos aparecen como vencedores y los débiles como fuertes. He allí la más grande biología que el materialismo no ha visto. He allí que de esta manera, de la fase donde el arbitrio de la absoluta voluntad del vencedor da el derecho de permitírsele todo porque es el vencedor, porque a él como tal le corresponde hacer la ley, se llega allá donde, en cambio, esto es injusticia condenada por la Ley, al único patrón, en cuya armonía solamente es lícito vivir. En el primer caso el ser es dejado únicamente a sus fuerzas, para que sufra por los errores que cometerá, y así llegue a comprender y aprender. Pero conquistada con este trabajo la conciencia, él percibe que vive en un Todo orgánico, bueno y sabio, y que la violencia no sirve ya para nada, no para triunfar sino para fracasar. Entonces la vida, encuadrada en el orden divino, se convierte en otra cosa, de infierno se convierte en paraíso.

Sigamos interrogando el pensamiento directivo de la vida, cual él funciona en la realidad biológica. Es un hecho verídico de que la naturaleza no se opone a la generación de los débiles y de los enfermos. Trata de remediar sus defectos para salvarlos, fortaleciéndolos como puede, pero no se opone a su nacimiento. De así venir al mundo una gran cantidad de infelices, enfermos de mente y de cuerpo. Después ella los deja luchar y sufrir. ¿Por qué? Si el objetivo principal de la vida fuera la selección del más fuerte, aquí ese fin estaría completamente frustrado y la

naturaleza estaría en contradicción. Luego vemos cuán sabia y benévola protectora ella es. ¿Por qué los deja entonces debatirse en el dolor? Si la vida, entonces, así se comporta, dado que jamás actúa locamente y no está acostumbrada a fracasar, esto significa que su fin es otro muy distinto, que no es la selección del más fuerte, con el abandono de los demás. La naturaleza no se parcializa y no abandona jamás a nadie. El objetivo es la formación de la conciencia, enriqueciéndola con todas las posibles cualidades a través de todas las posibles experiencias. El fracaso del débil y del enfermo, de los vencidos de la vida, no puede interpretarse entonces en verdad, como una derrota, sino como una útil posición de trabajo para la adquisición de preciosas nuevas cualidades, de las cuales el vencedor, en cambio, dada su posición distinta, es excluido. Entonces, el objetivo de la vida solamente en un caso particular, es el de la formación del más fuerte y prepotente. En las grandes líneas la vida quiere crear un ser cada vez más experto, más complejo, más orgánico, más sabio, y esto incluso a través de la debilidad, de la derrota, del dolor. Ellas no son, pues, un fracaso y una pérdida de la vida, como cree el materialismo, sino una de las muchas vías para experimentar y un medio de conquista. Si no fuera así, la vida, que es también tan fuerte, sabia y buena, sería vencida, sería estúpida y cruel al permitir la generación de los fracasados. Ella, en cambio, no se opone a esto. ¡Y son tantos! Somos entonces nosotros los que no hemos comprendido a la naturaleza y no es que la naturaleza no alcance sus fines. Mientras más seamos capaces de comprender, más encontraremos en el universo un organismo perfecto. Decir lo contrario significa no haber comprendido nada.

Cada plano de existencia tiene sus leyes y desde uno inferior no se puede comprender y juzgar al superior, mientras que desde los planos más altos, los más bajos son comprendidos y juzgados como feroces y salvajes. Tenemos así una serie de niveles evolutivos, de los cuales cada uno tiene su verdad relativa que con ellos evoluciona cada vez más hacia lo Alto. Por lo tanto, planos y verdades en evolución. Este es el movimiento de las formas de lo concebible en lo relativo para ascender, acercándose cada vez más a lo Absoluto. El más puede comprender y juzgar al menos, pero no al revés. Sobre todos los planos impera la Ley única de los infinitos aspectos de las verdades, relativas cada una a un dado grado de desarrollo o fase evolutiva en continua transformación progresiva. Todos los medios que existen son usados siempre en proporción a la naturaleza del ser. El método de la selección del más fuerte únicamente representa un caso, un grado, una ley, una verdad relativa. Después la fase se supera y se pasa a un orden de formaciones y adquisiciones distintas, con otros métodos más evolucionados de distinto carácter, proporcionados a un diverso tipo de vida. Los experimentos pueden ser los más disparatados. La naturaleza no tiene límites de medios y de ambientes; la adquisición de cualidades en el desarrollo de la conciencia debe ser infinitamente múltiple.

De esta manera el ser se mueve guiado por la Ley a lo largo de canales señalados por una red de principios para todos los niveles, encontrando siempre a cada paso el trabajo adaptado para él. ¿Cómo podría orientarse y guiarse en el universo, siendo él ignorante de todo? Él no está jamás ni solo ni abandonado. Sin esta inmanencia de

Dios el ser estaría perdido. También los golpes adversos tienen su significado útil y constructivo, la protección existe siempre incluso en el fondo del aparente abandono y la salvación está en lo hondo de cualquier derrota. En todo ser existe la vida que en él se defiende a sí misma. Todo, incluso el mal y el dolor, es en sus manos instrumento de ascensión. La vida es fuerza positiva, siempre constructiva también a través de la destrucción. Ella quiere educarnos siempre para hacernos ascender, incluso a través del fracaso. Todo es sano y saludable, todo es siempre perfecto, tendiente a lo mejor por la vía del mínimo medio, con el mínimo esfuerzo y el máximo resultado. Nuestro humano punto de vista es demasiado limitado para permitirnos comprender y juzgar. La vida sabe salvarnos incluso a través de la muerte. Nosotros queremos imponerle nuestros pequeños fines inmediatos y ella trabaja previsoramente por fines lejanos que no vemos, con una sabia jerarquía de objetivos de los cuales, nosotros miopes, no vislumbramos más que los cercanos. Pero ella es justa. Cada dolor es pagado, cada esfuerzo compensado, cada experiencia nos enriquece, cada trabajo es premiado. Si somos algo hoy, es porque la vida nos ha impuesto primero que lo ganemos con nuestro trabajo. Ella quiere y debe formar al ser. Y también cuando azota, lo hace por el bien nuestro. Con esto Dios está siempre presente en cada cosa y en nosotros. La profunda conciencia de su constante presencia en todas las cosas y en nosotros, sea nuestro más grande confort y nuestra fuerza.

La palabra vida no expresa un concepto genérico y abstracto, sino una realidad que vive, goza y sufre a través de nosotros. Cada vibración nuestra nos trasciende y pertenece a algo mucho más grande que nosotros, con lo cual estamos en continua comunicación y que es un organismo inmenso y perfecto, complejo y sabio. La vida auto castigándose, se corrige a través de nosotros y así se protege. También tuyas son nuestras alegrías y nuestros dolores. En nuestro plano y ambiente nosotros somos la vida, como lo es cada ser en el suyo: un caso particular del infinito existir. Nosotros somos su expresión particular concretizada en una dada forma, expresión de principios y fuerzas universales. ¡Qué profundas raíces tiene, entonces, en lo infinito cada ser! Nosotros somos la expresión exterior de una fuente inagotable que está en lo íntimo y que todo alimenta y rige. Si en la periferia donde nosotros estamos como forma, es caducidad y muerte, en lo íntimo del ser los poderes genéticos de renovación son infinitos e inagotables. Evolucionando, él se aproxima cada vez más a la riqueza de esta fuente y de ella puede disfrutar. Así se explica cómo la economía supernormal sea mucho más rica que la normal, como hemos visto. El secreto para enriquecerse está, entonces, en saber convertirse en vivo cada vez más en lo profundo, acercándonos cada vez más a la fuente, Dios. He allí qué potente significado vital puede esta palabra asumir para quien más ha avanzado sobre las vías de la evolución. Es en esas profundidades que con estos escritos aquí tratamos de despertar la vida. Es por esto que aquí se insiste siempre en el evolucionar, en la ascensión hacia Dios y con tanta pasión se habla de ello, pues que este es en verdad el problema de los problemas y con esto todo se resuelve. Existe en verdad una vía para eliminar el dolor, para conquistar conocimiento y sabiduría, riqueza y poder, y es marchar hacia Dios. ¡Si el mundo comprendiera el significado de estas palabras y

supiera llevarlas a la práctica! Sin embargo, él pasa cerca de todo esto sin comprenderlo, como un salvaje que mira sin comprenderlo, hacia el más precioso instrumento científico y lo destruye por no saber qué hacer con él. La ignorancia es la muralla más difícil de superar para alcanzar la felicidad.

De esta manera la vida funciona por impulsos interiores lanzando sus fuerzas desde lo íntimo del ser. Dios no actúa desde fuera, sino desde dentro del ser, a través de él que es el instrumento de su manifestación. Así la vida no nos defiende desde fuera sino desde dentro, partiendo del centro y alcanzando la periferia a través de nosotros, no modificándonos el ambiente sino abasteciéndonos desde lo interno, haciéndonos adquirir cualidades y defendiéndonos otorgándonos poderes de resistencia. Nuestra vida debemos conocerla, nuestras fuerzas conquistarlas. Las fuentes son inagotables, pero debemos marchar hacia ellas y obtener con medios que debemos conquistar. Con esto la Ley quiere instruirnos. Ella exige nuestra colaboración también si es trabajo, pero en esto la Ley nos ayuda, nos indica, reaccionando a nuestro error al darnos dolor, cual es el verdadero camino, no nos arrastra gratuitamente, mas nos fuerza a robustecer las piernas, en vez de hacernos perezosos convirtiéndonos en incapaces al suprimirnos los obstáculos, que están allí precisamente para que nosotros aprendamos a superarlos. He allí el por qué de la dura lucha por la vida y por qué el vencedor es premiado. Hacia más arriba del plano animal-humano, distinta será la lucha y el tipo de vencedor, pero él siempre es premiado. Así también es para el que conquiste con el dominio terreno, como lo es para el genio con el dominio del pensamiento, y para el santo con el amor de Dios.

VII

EL MÁS FUERTE

Si más en lo Alto existen leyes superiores, esto no quita que la de la lucha por la selección del más fuerte, sea la ley verdadera y vigente en el plano animal-humano. Limitada a este campo inferior y relativamente a él, la formación de tal tipo biológico puede allí representar el objetivo de la vida, pues que nada mejor se puede esperar de un ser que está inmaduro para más altas expresiones. Para poder después pasar mejor a la ascensión hacia planos más elevados, tratemos de focalizar nuestra observación sobre el plano animal-humano que más cerca de nosotros está. Podremos así delinear el fenómeno de la ascensión espiritual también desde un punto de vista biológico y ver a cuál tipo distintamente fuerte la vida quiere llegar a los niveles más altos. Cada plano evolutivo produce su modelo u obra maestra. El reino mineral produce los cristales geoméricamente perfectos, el reino vegetal produce la flor y el magnífico árbol, el reino animal produce la bestia ágil y fuerte, el reino humano produce al héroe conductor de pueblos, el reino superhumano produce al genio y al santo. Así cada fase alcanza su objetivo, desembocando después en la sucesiva para alcanzar allí uno más alto y así en adelante, ascendiendo así poco a poco los grados de la

evolución que únicamente representa la gradual exterior manifestación de Dios, la progresiva realización de su pensamiento en su universo. Cada nuevo impulso ascensional solamente se puede tomar desde la base a la cual se ha llegado primero y donde nos hemos consolidado. De esta manera toda forma es el resultado del pasado y de las precedentes conquistas que resume, y no se puede ascender a la sucesiva sin haber completado, elaborado y asimilado las anteriores. Así la construcción continúa más allá del genio y del santo, límites máximos de nuestro actual concebible de perfección. Es siempre la vida la que se enriquece a través de miríadas de experiencias en las individualidades que la personifican. Lo que es de la vida es nuestro y estamos hechos de todo lo que vivimos. ¿Cómo puede de otra manera conquistarse conciencia, sino a través de las propias experiencias?

¡Qué inmensa dilatación de horizontes es este vivir en esta más grande vida, ilimitada en el tiempo y en las formas! ¡Qué sentido profundo le da este concepto de un desenvolvimiento guiado por una ley sabia, hacia una meta radiante, incluso si ella está hoy más allá de nuestro concebible! ¡Qué conquista hace así con nosotros la vida y qué indestructible patrimonio ella se construye! ¡Qué alegría es pensar que en cualquier posición, de victoria o de derrota, cada uno de nosotros jamás pierde nada, mas trabaja siempre útilmente para la construcción de sí mismo! ¡Qué gigantesco edificio es un alma! Nada jamás ocurre inútilmente, todo queda indestructible, tiene su peso, sus consecuencias, es útil para algo, cada dolor nos enriquece de una conciencia mayor! Y a medida que ascendemos nos cambiamos y cambia para nosotros la vida. ¿Qué nos puede robar la vejez y la muerte, cuando nosotros tenemos un alma inmortal en ascensión? ¿Qué importa la crucifixión lacerante, si después la ascensión nos hace gloriosos? Muchos deliran sobre el fin de la humanidad. La Tierra podrá ser el féretro de su cuerpo pero no de su espíritu. Extinguiéndose el sol, nuestro planeta no podrá ya hospedar nuestra vida de hoy. Pero ésta ya no tendrá necesidad de ese soporte físico porque la humanidad habrá alcanzado otra vida más elevada, fruto de la presente, y la vivirá en un nuevo ambiente más adaptado. Entonces todos los avances terrenales de nuestra civilización humana serán sólo productos de deshecho, dejados a mundos inferiores para que ellos los utilicen en su plano, como ocurre para todo cadáver en descomposición. Y nuestra humanidad será siempre viva y joven, expresada en formas más altas y más felices.

¿En qué se convierte, frente a tan vasta visión nuestra pequeña biología con sus fines limitados a su fase y relativos modelos? ¿En qué se convierte, en la biología universal, nuestro “más fuerte” obtenido por la lucha y selección? El más fuerte en esta biología lo es en un sentido completamente distinto y ese tipo se forma a través de una lucha y una selección bien diversas. La más grande lucha no es contra el propio semejante para someterlo, pobre emersión de un bruto entre brutos, sino que es para la conquista de cualidades superiores de sabiduría y sensatez, decisiva emersión de la animalidad y de la ignorancia. El más fuerte en esta biología universal es el más evolucionado que está en verdad mejor dotado, porque es más rico en cualidades para vencer las batallas por la lucha por la vida. Él vence siempre mejor que el involucionado, que tiene la mente obtusa, aunque es materialmente fuerte. Los

grandes monstruos paleontológicos, como el brontosauro, etc., aunque gigantescos, perecieron por su estupidez, mientras que sobrevivieron animales mucho más pequeños y menos fuertes, pero más inteligentes. El hombre está a la cabeza. Es lógico que la vida dé la victoria al más evolucionado que representa su mejor producto. Y él se la merece, porque por más largo tiempo lo ha demostrado y sufrido y, como tal, es el más rico en experiencias y cualidades. La vida es siempre económica y justa. Más hacia arriba vence el hombre del espíritu más potente, no el hombre del cuerpo más fuerte. Frente a su dinamismo de alto potencial, la brutalidad es solamente estúpida destrucción. ¿Qué puede la ferocidad contra un explosivo? Es lindo observar la lucha apocalíptica entre el ángel y el bruto. Ella no es más que un momento de la más grande lucha entre la luz y las tinieblas, entre Dios y Satanás. Y Dios y la luz vencen.

A cualquier nivel la vida exalta y hace triunfar al mejor en relación a su ambiente. Así ella obedece a su campeón, vencedor en su propio plano. De esta manera, en los límites de éste y relativamente a sus propias capacidades, él es admitido en la colaboración con la Ley en la dirección de fenómenos, porque como campeón él transmite confianza. El tipo físico domina sólo la materia, el dinámico la energía, el tipo espiritual domina el espíritu. Jerarquía de poder y de dominio; pues que en el fondo, el más fuerte es el que está más alto en la evolución, porque entre todos es el que más manda. Él actúa en las causas profundas de las cuales después todo deriva, actúa con el espíritu que dirige la energía, y a través de ésta, concluye en la materia incidiendo sobre ella con la acción. El primitivo que cree sólo en la fuerza no puede comprender que la justicia, aunque triunfe más tarde, vence más a fondo que la astucia, que la inteligencia y la bondad vencen a la larga sobre cualquier violencia, que una idea, cuando responde a una función biológica, es más poderosa que un explosivo. El más fuerte en sentido materialista debe comprender que es tal solamente en su campo animal-humano y que, más allá de éste, él es un débil y un inepto. Pasando de un plano a otro las posiciones se invierten. Esto nos lo demuestra el Evangelio, que también es una escuela de fuertes, pero de una fuerza diferente. Por eso los vencedores con la violencia se apegan desesperadamente a ella, porque saben que despojados de ese medio, del cual los más evolucionados no tienen necesidad para luchar, están perdidos. Ascendiendo, los vencedores se convierten en vencidos. Y así ocurre con los jueces frente a los mártires por ellos condenados. En un plano más alto los inferiores tiemblan al aventurarse, porque allí se sienten desarmados. Y entonces se desahogan sobre los más evolucionados golpeándolos por el lado material. Pero éstos son invulnerables en su plano espiritual donde triunfan. Esta es la historia de todos los mártires, hasta el más grande, Cristo.

Todo esto obedece a leyes que permanecen iguales a distancia de milenios y de un lado al otro del mundo. Ellas vuelven a aplicarse todas las veces que el ser se encuentre en un dado grado de evolución. La ascensión se presenta para todos libre, pero cuando se la quiere recorrer, tiene sus pasajes obligatorios. Cada actitud nuestra, cualquiera ella sea, nos liga siempre a un sistema del cual después es necesario agotar y absorber todos los elementos componentes, hasta las últimas consecuencias. Así,

quien se empeña sobre el plano de la fuerza, en verdad al principio tiene la ventaja de ver que todo se le permite: lo lícito y lo ilícito, lo justo y lo injusto. Y así él se puede reír de todas las leyes morales del plano evolutivo superior. Y todo marcha bien mientras él tiene la fuerza, su único apoyo. Pero una vez colocado sobre este terreno, si él pierde éste su único apoyo, para él no puede haber piedad. Entonces la justicia que él ha violado, le hará pagar todo lo que con la fuerza injustamente quiso tomar. La caída de tantos “grandes” de la Tierra nos muestra lo peligroso que es usar este método, que está siempre listo para traicionarnos. La astucia es fuerza de carácter psíquico, pero igualmente intenta oprimir, por lo tanto está sujeta a las mismas leyes. Cuando después de mucho andar la mentira es descubierta, para el astuto ya no hay más piedad, y entonces él la paga por todos. Cada quien está ligado a su sistema. Pero el más sólido es el de la sinceridad y de la bondad, el único para construir establemente, sin anticipaciones a crédito que después habría que pagar. Entonces se soporta la violencia y la astucia, y simplemente se deja que el mundo saboree. Éste entonces ve en el justo condenado, al mártir, pues que la ley está escrita en el alma humana que, quiéralo o no, tiene el sentido del bien y del mal. Principios verdaderos en lo pequeño y en lo grande, desde el más humilde individuo, a los pueblos y naciones.

Existe una invisible jerarquía de seres y valores, un orden que nadie lo puede subvertir. Aunque inerme y condenado al martirio pueda en la Tierra parecer el evolucionado, él pertenece siempre a un plano de vida superior, del cual ninguna condena terrenal podrá jamás apartarlo. Cada quien está ligado a las leyes de su sistema, incluso el evolucionado que por él al final es exaltado. La jerarquía es inviolable. Los varios reinos, mineral, vegetal, animal, humano, superhumano, están sobrepuestos como los pisos de un edificio, y cada uno se eleva sobre el otro dominándolo. Este es el equilibrio de la inmensa construcción del universo. Por lo tanto, hay derecho a la obediencia de los inferiores, como deber de obediencia hacia los superiores. Al comando están ligados los pesos y las responsabilidades de la dirección. En él, entonces, nunca hay arbitrariedad y abuso, sino siempre función y misión. La Ley es un régimen de justicia. Cada quien gravita según su propio peso específico en su propio plano evolutivo, es decir, según sus propias cualidades y real valor se encuentra viviendo en la posición que se merece, en consecuencia, en el sistema de fuerzas por ventajas y deberes a él proporcionado y adaptado.

Para ascender a un plano biológico superior es necesario primero haber recorrido y asimilado las experiencias de los planos inferiores, haber resuelto los problemas que en ellos nos atormentan. A este respecto muchos economistas afirman que no es posible educar a los pueblos para un más evolucionado nivel de vida, si no se resuelve primero el problema de las necesidades materiales. Se afirma, como ya señalamos arriba (Introducción), que bajo el tormento de éstas, no se puede pensar en el espíritu. El hecho de haber el hombre moderno encuadrado la cuestión en estos términos, revela su miopía, es decir, significa no haber comprendido cual es el fin de la vida, vale decir, la evolución. El error está en haber exagerado la importancia del problema económico y en creer que su solución significa resolver todo el problema

de la vida, que es mucho más vasta que aquel del estómago. Y entonces nos preguntamos: ¿qué cosa sabrá hacer de su bienestar un hombre que, habiendo resuelto el problema económico y encontrándose satisfecho en todas las necesidades materiales, por haber pensado siempre en esto y no saber pensar en otra cosa, no tiene ninguna preparación para un género de vida superior? He allí, pues, el peligro, ya en otra parte notado. No es lícito ignorar los fines de la vida y limitarse a los del estómago. La vida no puede detenerse allí y, si acepta esa meta, esto es para subordinarla a un fin más alto. Nuestro mundo materialista se detiene en esa etapa, ignorando el resto y sacrificándolo todo por ella. ¡Ay de los que traicionen los grandes fines evolutivos de la vida! Ella quiere ascender, no quiere, entonces, en verdad crear un grado involucionado, sino un evolucionado, no importa si flaco. Resumiendo, para la vida el problema de nuestro bienestar es secundario frente al de nuestra ascensión, mientras que el hombre ha invertido los términos, haciendo principal el secundario y secundario el principal. Y entonces sucederá que si el hombre no está preventivamente educado para saber hacer buen uso, para actividades más elevadas, de la abundancia de los bienes, del tiempo libre y de las energías que han quedado disponibles, proporcionados por la disminución de las necesidades de trabajo, entonces el más alto nivel de vida se reducirá solamente a multiplicar sus defectos, excitando con ello la avidez de gozar, la avaricia de poseer, el ocio total. Entonces el nuevo poder del bienestar, para un tipo para él sin preparación, en vez de en ventaja se puede resolver en perjuicio. ¿No es pueril creer que se pueda saciar solamente con un más equánime distribución de los bienes, la insaciabilidad humana? En el fondo del alma de quien más grita hoy contra la injusticia social, no está el ansia de la equidad, sino la de colocarse en el lugar de los ricos actuales para imitar de forma mucho peor sus proezas.

Existe otro peligro, y es que el bienestar material adormece al espíritu, calma la lucha, lo que hace entonces detener la evolución, vale decir, nos aleja de ese saludable esfuerzo que es el medio para alcanzar los más altos fines de la vida. ¿Qué cosa han hecho históricamente todas las clases sociales que han asegurado su bienestar, sino podrirse hasta la ruina? No es suficiente, pues, para evolucionar, solamente la solución del problema económico, como sostienen las modernas teorías igualitarias. Nadie niega su importancia. Pero es necesario comprender que esto “por sí solo” alcanza una muy pobre solución, si no se le acompaña con una paralela educación y preparación espiritual, para saber vivir en condiciones mejores haciendo de ellas buen uso. Sea, entonces, también bienvenida la justicia social y la elevación económica de las clases menos favorecidas. Pero tómese en cuenta, que si esto no es compensado por un paralelo progreso moral e intelectual, todo esto puede llevar a una ruina mayor que la miseria actual, que tantas cosas puede hacerse perdonar, que después en condiciones mejores serían imperdonables. Y hoy es precisamente esta sabiduría la que falta, cuando los bienes no son medios para fines más altos, sino solamente un fin en sí mismos y por ese motivo de destrucción y de odio. ¿Qué real ventaja evolutiva puede traer a este tipo humano el bienestar económico? ¿Para qué sirve mejorar económicamente, cuando se es inmaduro para hacer de esto un medio para progresar hacia planos de vida más altos?

Los objetivos de la vida están por encima de las teorías humanas. Ellas quieren llevar a la humanidad hacia el espíritu donde hay mayor poder y felicidad, y no hacer de ella un rebaño de muy bien pastados animales. Todas las leyes humanas en cada campo deben existir sólo en función y, por tanto, en relación a dichos objetivos de la vida. Es necesario comprender sus planes y seguirlos, si no se quiere quedar derrotado. Mientras en la Tierra los hombres luchan por monopolizarlo todo egoístamente, la vida se mantiene siempre universal. Ninguna clase o individuo puede vencer solo por sí mismo. La vida ya es colectiva desde hace mucho tiempo. Si los más evolucionados pueden alcanzar la fuente, es porque ellos deben irradiar para los demás. La justicia social que tanto hoy se busca, ya existe en la vida. Todo está proporcionado: esfuerzo, méritos, poderes. Quien no es digno, usurpa o abusa, recae en los planos inferiores donde más se sirve y es excluido de los planos superiores donde más se comanda. El vencedor debe pagar su victoria a favor del vencido, que debe ser pagado por su derrota. Después de realizar la justicia (en ese plano) de hacer triunfar al más fuerte, la vida realiza la de ayudar al más débil. Todo es armonía en el conjunto, todo está equilibrado con justicia. Las derrotas son compensadas, así como las victorias son utilizadas, la fuerza es exprimida y la debilidad excitada, y cada quien expuesto según la posición dada por su naturaleza, pues es ésta la que establece y atrae los asaltos. La naturaleza, nunca mala madre, compensará al siervo a expensas del patrón y al débil a expensas del fuerte. Éste, mejor dotado, creyendo dominar, le hará a aquel el servicio de guiarlo. Y si el débil deberá servir al patrón, éste será el educador del siervo. Las barreras sociales son pasajeros artificios humanos, allá donde la vida tiende a la unidad y, más allá de los antagonismos, tiende a la simbiosis. En la realidad el patrón no comanda y el siervo sólo depende formalmente, mas ellos conviven influenciándose mutuamente, adaptándose el uno al otro; vencedor y vencido no hacen más que cumplir las funciones complementarias por las cuales cada uno tiene su compensación. El dominador con el bienestar se destruye, y el siervo en su dura posición se hace astuto y aprende a traicionarlo. Así algunos pueblos son más inteligentes porque se han hecho astutos a través de milenios de servidumbre. De esta manera en cualquier posición que nosotros estemos, la vida nos hace maestros y alumnos, el uno del otro. En lo hondo de todas las disensiones y competencias sociales, la vida ya ha establecido sus armonías, las hace funcionar y las aplica. Cada elemento influye en el otro y cada quien termina dando lo que tiene. Quien cree comandar sirve a los siervos, y quien cree servir, se hace servir de los patrones. El más fuerte no puede dejar de irradiar y de expandirse en los demás; el más débil, por ser más pobre, absorbe. Así el más fuerte, ligándose al más débil, le permite vivir. Todo se reduce a una universal convivencia en la cual cada quien, según su naturaleza, realiza fines distintos, con objetivos complementarios, formando la única gran orquesta de la vida. No hay posición que no se compense de cualquier modo del peso que la grava. Así el explotado explota como puede al explotador, y en una red de revanchas, todo se reduce a intercambios fraternales. De esta manera la vida utiliza todas sus células y, se quiera o no, en la convivencia en el mismo ambiente, hace a todos los seres hermanos.

¿Cuál es la suerte y la función de los débiles en su economía? El número es su fuerza. La naturaleza así lo protege. Por esto ellos se reúnen en grupos para apoyarse los unos a los otros. Ellos se sienten seguros únicamente entre las filas de sus iguales. Aislados están perdidos. No saben pensar y actuar por sí solos, sino que piensan y actúan colectivamente; como si fueran contruidos en serie, vibran en paralelo. Desprovistos de cualquier autonomía, ellos sólo saben funcionar por imitación. Para saber pensar y actuar por sí mismos, es necesario tener una personalidad. Las masas van así como rebaños, en busca de pastores. Y la sociedad tiene ya sus hombres-guía y sus normas-guía: instituciones y jefes, leyes y costumbres, civiles, religiosas, en cada campo. El fuerte no vive en la grey. Él emerge y se aísla. La masa de los débiles es necesaria para proporcionar al fuerte el material sobre el cual trabajar; pero un trabajar que sirve para que se cumpla, para todos, los fines de la vida. Todo se reduce a una distribución de funciones. De esta forma el pueblo tiene necesidad de jefes, así como los jefes tienen necesidad del pueblo, los inteligentes tienen necesidad de los ignorantes a quienes enseñar, y estos de aquellos para aprender, los buenos de los malvados para ayudar, y estas de aquellas para evolucionar.

Estos seres se combaten, sin embargo, no pueden vivir por sí solos. Ellos luchan para conocerse, chocan para combinarse, para encontrar la fórmula de su simbiosis. Y si no es posible encontrarla, la adaptación sabe en general encontrarla, y entonces el más fuerte destruye al más débil y lo sustituye en la vida. Si esto parece cruel y despiadado, es a este sistema que la naturaleza debe su fuerza en los planos inferiores. De esta manera cada ser tiene su natural enemigo según su naturaleza, y en él su continuo examinador. “Dime contra quién luchas y te diré quien eres”. Los grandes seres son solitarios. Ellos no aceptan la lucha por las pequeñas cosas terrenales y no es con ella que se ligan a sus semejantes, sino solamente por misión de bien. Ellos no agreden al débil, sino que sienten piedad hacia ellos. El débil tiene siempre la ventaja de ser menos odiado, pues que no se odia lo inferior que se puede dominar, que obedece y no obstaculiza. Se odia, en cambio, a quien siendo más fuerte, representa una amenaza, y en consecuencia es temido. En la naturaleza, cada asalto en el fondo tiene una defensa. Todo ser es llevado a agredir a quien representa para él un peligro. Cuando la simbiosis no es posible, entonces uno de los dos debe perecer, vale decir, debe perecer el menos dotado. Así la vida alcanza sus fines selectivos en el plano animal-humano. Ella elimina a los ineptos. Si esto parece feroz visto desde planos más altos, no lo es en relación a aquel donde ocurre y a la sensibilidad de los seres que toca. Lo que justifica la vida es la función. Si se cae ésta, aquella es inútil. De esta manera las células imperfectas del gran organismo son sacrificadas en beneficio de la perfección de las otras. Esta es la condición del triunfo final.

Esta es la sabiduría de la vida. Así, lo que es destructivo, en el fondo es creativo, y lo que es negativo asume un valor positivo. Esta es la armonía del conjunto. Y en el caso particular, el individuo inepto sólo es destruido en la forma, mientras que el principio espiritual reencuentra la vida en una forma más adaptada. Solamente es eliminado del ambiente para él menos proficuo. La vida sigue aquí su lógico método

general para la eliminación de los valores ficticios y las pasividades. De esta manera ella permite que en el desorden de las revoluciones afloran, en el desajuste de los marcos sociales, también los estratos inferiores. Entonces la Historia, momento de la biología social, entra en crisis. La vida trata, entonces, de superarla para salir de ella, como ocurre en la enfermedad, más fuerte e inmunizada. Son esos los momentos en los cuales los microbios patógenos, que tanto en patología orgánica como en patología social son los involucrados de los planos inferiores, prosperan solamente porque han encontrado el ambiente más adaptado, el de la descomposición. Microbios sociales que únicamente afloran en las horas patológicas de las revoluciones. Después, ellas son rechazadas hacia los bajos fondos biológicos, su ambiente natural, porque es hacia el propio plano de vida que todo ser termina siempre por caer, por peso específico, equilibrio y sintonía. Así los hijos del desorden son después retomados en el ciclo de fuerzas de su mundo, pues que nadie puede resistir por mucho tiempo fuera de su propio elemento. Las posiciones ficticias que no corresponden a los valores reales, rápidamente se derrumban. Así los vencedores de las revoluciones muy raramente son aquellos que las han realizado, y después se restablece un orden distinto del cual ellos son expulsados. Si en un principio las revoluciones son destructivas y entonces la vida moviliza sus bajos fondos, adaptados para la destrucción, agotada esta su función, la vida se desembaraza de estos elementos ahora inútiles, para llamar a la acción a los más evolucionados. Ocurre así como un proceso de decantación o depósito por el cual las unidades más groseras y de mayor peso específico gravitan hacia abajo, retornando allí por estar capacitados para funciones inferiores.

Semejantemente la guerra es el gran catalizador, es decir, representa la acción decisiva en la química de los pueblos. Todo esto lo hace la vida para volver a los valores efectivos y para garantizarse la eficiente función de cada quien. Examen periódico de todo, individuos, castas, pueblos, leyes, instituciones, religiones, para desbrozar, deshojar, liquidar, dejando sólo lo útil y lo bueno. Con estos medios la vida trabaja para sacudirse de encima las escorias, las incrustaciones, las superestructuras que le estorban el camino. Se poda el árbol social, obra en la cual todos colaboran a su turno. El pensador deja la idea, el hombre de acción la toma y la aplica, las masas la fijan. Ellas no sienten analítica y racionalmente, sino que intuyen por instinto, en lo hondo del cual es la vida la que habla. Los guía la psiquis de su núcleo vital. Los débiles amontonados en grupo sienten cuál es la verdad que puede cumplir la función biológica de ayudarlos y salvarlos, y a ella se apegan. Tal es, por ejemplo, la materna y protectora función biológica de las religiones, a las cuales más que todo se agarran los débiles en busca de ayuda, los desheredados, los vencidos, para superar el dolor, esperando y creyendo. He allí el rebaño en conjunto, compacto y sectario. Pocos son los fuertes capaces de dar, en vez de pedir. La mayoría busca apoyo, una defensa de la vida, y todo lo que allí ella provee cumple una función biológica.

Lo que hemos observado en una rápida visión, no son más que algunos aspectos de la infinita sabiduría de la vida. Ampliar los principios arriba expuestos a ulteriores

consecuencias, nos llevaría ahora demasiado lejos del camino aquí emprendido, el de las ascensiones humanas.

VIII

LA METAMORFOSIS.

Después de haber examinado la selección en el plano animal-humano, observémosla en los planos más altos. Afrontemos ahora el problema que más de cerca interesa al naciente tipo biológico del futuro, vale decir, el problema de esta profunda transformación que lleva al ser humano desde su actual nivel biológico, a uno evolutivamente superior. Procuremos observar el fenómeno de la metamorfosis del involucionado en evolucionado, explorando las inusitadas vías de la futura biología supernormal. Daremos, así, un nuevo paso hacia delante, avanzando cada vez más por el camino ascensional del ser. Podremos de esta manera progresar paralelamente hacia verdades siempre más vastas y profundas. Aquí la ya expuesta experiencia particular de un caso vivido, se convierte en visión de las leyes generales del fenómeno. Completaremos por visión las normas que regulan el desarrollo del ser en esta nueva fase de evolución, alejándonos cada vez más del plano humano actual. Mundo supernormal que no se puede explorar experimentalmente con el método objetivo, mas sólo por visión interior, con el método de la intuición. A ésta es necesario atenerse, dado que el campo es inaccesible a la investigación racional. El mundo del espíritu no se puede explorar con instrumentos materiales, sino solamente con medios espirituales. Para el ser no sensibilizado, incapaz de concebir los conceptos que se siguen y de obtener su visión por intuición, lo único que podemos hacer es exponer el resultado racional sin otra posibilidad de control. Como prueba se puede ofrecer la concordancia de todos los fenómenos observados en estos volúmenes y que convergen hacia las conclusiones en ellas expuestos. Cuando todo cuadra y lógicamente todo se explica, la razón puede quedar satisfecha.

El problema de la evolución del ser humano nos lleva fuera del campo dominado por la biología normal, al centro de otra biología que domina un campo más elevado. Hemos dicho que ella cambia con el ascender de grado evolutivo. No es de maravillarse si, en un universo en continua ascensión, la utopía de hoy pueda representar la realidad de mañana. El hecho es común en la historia de la vida. Tratemos de comprender la estructura del tipo humano del futuro y las leyes de la nueva biología supernormal en la cual él se mueve. Mientras el hombre actual es individualizado prevalentemente por características físicas, el hombre del futuro lo será por características psíquicas. Confrontando las dos biologías que son evolutivamente contiguas y comunicantes, podemos decir que aquello que hoy es psíquico, asumirá mañana el valor y la precisión anatómica de lo que hoy es somático. Pues que mientras actualmente el hombre es considerado por la ciencia

prevalentemente como organismo animal, mañana será considerado como organismo espiritual.

¿Cómo ocurre la creación de nuevas formas de vida? La existencia es debida a un continuo recambio e intercambio, vale decir, a un movimiento, lo que implica una dirección, significa camino evolutivo. En lo íntimo de toda forma existe la perenne inmanencia del pensamiento de Dios que impulsa al ser a recorrer ese camino. La forma define y precisa cada una de sus sucesivas posiciones y, para no inmovilizarla, es caduca y al mismo tiempo susceptible de continua renovación. Este perpetuo morir y renacer de todas las cosas, es lo que hace posible el transformismo evolutivo, de otra manera imposible. Así el existir es un devenir, pero ascensional, un relativo, pero siempre en evolución. Lo que hace presión desde lo interno para manifestarse en la forma, su expresión, es el pensamiento de Dios que progresivamente quiere realizarse. Es evidente lo que la vida nos dice, esto es, que esta expresión que nos da forma a nosotros y a todo lo que existe, va de la material a la espiritual, y más allá. De modo que con la evolución esa forma se hace cada vez menos concreta y cada vez más abstracta, convirtiéndose así en expresión cada vez más transparente del íntimo pensamiento creador y haciéndose cada vez más semejante a él. Hemos ya visto en los precedentes escritos, cómo ocurre el desarrollo de la personalidad por expansión de conciencia, por fuerza de la continua experiencia que es el fruto de la vida. Esta es la contraparte expresada por la colaboración humana, que con su esfuerzo sigue el íntimo divino impulso creativo.

La ciencia se pregunta si la función crea el órgano, o el órgano crea la función. Recordemos que el órgano es forma caduca, formado, sostenido y transformado continuamente por la función que es la actividad en la cual gradualmente se expresa el íntimo pensamiento creador. Lo que existe realmente en la vida no es la forma, sino la trayectoria de un devenir. Es en este devenir que el íntimo impulso del pensamiento creador, en el cual el ser con su deseo repite en pequeño el gesto de Dios, intenta el primer esbozo del órgano. Cada acto, expresión de aquel pensamiento, es rápidamente recibido por las resistencias del ambiente, es repetido si tiene éxito, y con esto fijado y desenvuelto en el desarrollo del órgano, su medio. Cada actual formación de la vida no es más que una repetición de actos iniciales que han tenido éxito, confirmados por la práctica, consolidados en órganos estabilizados, los cuales se mantienen hasta que no se evolucione más allá, hacia la formación de otros nuevos. Planteado así, es la función la que crea al órgano, pero no se puede negar que es después el órgano el que permite a la función fijarse y actuar sobre él para transformarlo, perfeccionarlo y desarrollarlo hasta el punto de alcanzar la superación de aquella forma y de utilizar su funcionamiento para hacer de ella una nueva. Entonces es de nuevo la función la que se crea un órgano cada vez más perfecto, y así en adelante. Pero a esto ella no hubiera podido llegar, si primero no hubiera podido manifestarse y actuar a través del órgano ya formado. De esta manera, todo está encadenado por continuación en un lento transformismo, y los dos medios de expresión, vale decir, el órgano y la función, se apuntalan mutuamente para llegar al mismo fin de evolucionar. Pues que cada función tiende a formarse un órgano cada

vez más complejo y perfecto, y cada órgano permite la expresión a una función cada vez más compleja y perfecta. Recíprocamente causa y efecto, órgano y función, son como dos piernas sobre las cuales avanza la evolución.

Si ahora esta va hacia el espíritu que sabemos representa un grado mayor de libertad, conocimiento, poder y expansión, es lógico que el íntimo impulso creador tienda, a través de la susodicha mecánica evolutiva, a transformar el organismo físico en organismo espiritual; y esto a través de un funcionamiento que de físico, expresado por órganos materiales, tiende a hacerse cada vez más espiritual, expresado por órganos inmateriales. Ya en el actual grado de evolución el hombre comienza a representar un funcionamiento que se hace cada vez más nervioso y psíquico. He allí la fase de transformación del viejo organismo físico y de formación de un nuevo organismo espiritual, y esto por grados hasta que este último, fijándose en nuevas formas, se haya construido los medios y los órganos para una suya actividad superior. La palabra alma es genérica y el espíritu no es una cantidad constante, sino un edificio en construcción. El tipo biológico del futuro puede representar, frente al actual, una hipertrofia psíquica, una elefantiasis espiritual, una hipersensibilización, una dilatación de conciencia y de conocimiento, actualmente inconcebibles. Si confrontamos la creciente funcionalidad cerebral e intelectual moderna con la del hombre prehistórico, podremos muy bien imaginarnos en qué se convertirá ella en el futuro, continuando sobre esta vía. Nadie puede negar las nuevas condiciones de vida del hombre moderno en un ambiente de velocidad y de máquinas. Y nadie podrá impedir que estas condiciones de vida, que son un desarrollo del pasado, continúen desarrollándose en el futuro e influyendo cada vez más sobre el género de experiencias y por lo tanto de funciones, que llenarán nuestra vida del mañana. Estas funciones, tenazmente aplicadas al organismo actual por larga repetición, no pueden dejar de transformarlo para crearse un organismo nuevo, más apto para su ejecución. He allí que, con la mecánica evolutiva oscilante entre órgano y función, se llega al nuevo tipo biológico de carácter prevalentemente espiritual, no ya físico.

Aquí nos proponemos observar este fenómeno, concibiéndolo no idealmente, sino biológicamente. Es decir, queremos ver el espíritu no como vaga aspiración, sino encuadrado en la biología supernormal del futuro. Se trata de una nueva biología del espíritu, con sus leyes, en la cual el hombre se prepara a entrar. Ya dijimos en otro lugar que la humanidad actual, frente a este su nuevo plano evolutivo, psíquicamente se encuentra en su fase paleontológica de inciertas formaciones y precipitados esbozos. Es la fase de los ensayos y tentativas. Construcciones espirituales monstruosas, que tratan de fijarse en la aprobación de la experiencia. Ellas representan un primer funcionamiento desordenado que se está plasmando su órgano, la conciencia, hoy rudimentaria. El fenómeno es solicitado por el íntimo impulso creador, es madurado por todas las construcciones anteriormente realizadas, potencializado por todas las conquistas ya hechas. Los experimentos sociales, artísticos, bélicos, intelectuales, etc. de hoy, representan también el ejercicio de nuevas funciones psíquicas tendientes a formarse órganos espirituales nuevos, derivándolos de esos rudimentarios hoy poseídos.

Se trata de una verdadera gran encrucijada de la evolución, que quiere llevar a la humanidad a un más elevado plano de vida, la cual así desplaza su centro de gravedad. Jamás período histórico fue tan intenso y activo en el transformarse, y así se explica la destrucción imperante y el universal dinamismo de nuestro tiempo. La mayoría solamente tiene el sentido del derrumbe, pero en el fondo de éste por ley de vida existe siempre la resurrección. Si la civilización europea está muriendo, como todo lo que muere, ella deja una semilla, y toda filiación repite la vida precedente en un grado más elevado. Por cada brote suyo hay un imperceptible desplazamiento en un ciclo mayor. Y como el fruto se aparta del árbol cuando está maduro, y el hijo de la madre apenas ha crecido, así como el nuevo órgano se aparta del viejo que abandona apenas la función ha madurado y se ha fijado, así la nueva civilización del espíritu se apartará de la vieja civilización materialista que caerá abandonada como algo inútil. Cada vida es un ciclo que se renueva y se dilata en el siguiente. Y así como la vida ha recorrido y superado el ciclo mineral, vegetal, luego el animal y finalmente el humano, ahora por la misma Ley que por esta vía así la ha lanzado, ella debe recorrer el ciclo sucesivo, el superhumano del espiritual. Y como en el desarrollo el ciclo mineral está en relación al vegetal, éste al animal y éste al animal, así el humano está al superhumano, que de él se distancia en un ciclo más alto, progresando con el mismo ritmo de ascensión y desarrollo. El espíritu, fruto de la experiencia a través del organismo material, tenderá a apartarse cada vez más de la materia en cuyo seno se ha elaborado, para formarse órganos de expresión más adaptados a su nueva estatura, más refinados para las nuevas funciones. Esta es la gran metamorfosis de los futuros milenios.

Siendo esta metamorfosis una revolución biológica, es natural que ella ocurra en una atmósfera de destrucción y de renovación. A la cabeza están los ideales y quienes los profesan, en la cola los instintos animales y los involucionados que los viven. Tales son las fuerzas biológicas en contraste. Estas actividades que hacen nuestra vida, representan las varias funciones formadoras de órganos. La materia, fuerte por sus formaciones del pasado resiste, pero el espíritu ya funciona y esto significa que ya está en acción el proceso de formación de los nuevos órganos de su expresión. El recambio de la vida es la asimilación de los frutos de su continua experimentación, no se puede detener. El mineral ha alcanzado la construcción de su edificio geoméricamente orientado, la planta ha conquistado la sensibilidad y el recambio, el animal el movimiento y el instinto, el hombre la inteligencia y el dominio. Así el superhombre alcanzará con la intuición el conocimiento y la sabiduría. La progresión en potencia y liberación es evidente, y el fruto no puede ser más que la continuación del pasado sobre la misma línea de desarrollo.

En la metamorfosis evolutiva el nuevo hombre espiritual debe tomar el lugar del actual hombre animal. Las experiencias de su vida se hacen cada vez más psíquicas y siempre menos físicas. La nueva función ya ha comenzado y sus experiencias en el nuevo campo no pueden dejar de desarrollar el medio apto que los exprese y los fije. Este nuevo género de actividad se difunde cada vez más y se hace más profundo en la raza humana. El resultado de esto es que se destilan siempre nuevas cualidades en lo

imponderable, que así mañana se volverá completamente del dominio humano. De esta manera los nuevos órganos inmateriales se desarrollan y potencializan hasta elevarse a forma autónoma y, en su coordinación, hasta constituir un organismo, hacia el cual desde el plano material se transferirá el centro del sistema de fuerzas de la vida humana. Así la función psíquica, derivada por la generada por el funcionamiento orgánico y por la lucha por la vida animal, se hace dominante y determinante de un organismo distinto, derivado del primero. De modo que el físico, en función del cual primero existía la psiquis, se convierte de principal en secundario, y termina viviendo en función del psíquico, convertido en dominante. Mientras que actualmente el espíritu es para la mayoría un rudimentario anticipo de evolución, y mientras el cuerpo es toda su vida, mañana toda la vida estará en el espíritu y el cuerpo solamente representará un apéndice que ha quedado en la cola de la evolución, residuo del pasado en proceso de lenta atrofia. Un día, como sucede hoy con algunos órganos, todo el actual organismo humano será una sobrevivencia atávica, un residuo de formas vividas y superadas que el ser se prepara a abandonar definitivamente en los más bajos grados de la evolución. Entonces el hombre vivirá en plena biología supernormal. A esta conclusión nos lleva toda la lógica del sistema.

En el estado actual el hombre está en fase de transición entre las dos biología: animal y espiritual. Esto corresponde al universal transformismo físico-dinámico-psíquico. En un primer momento la psiquis, producto del funcionamiento orgánico, está al servicio de éste. En un segundo tiempo, cuando aquel producto elaborado por la vida orgánica se ha convertido en adulto, entonces el equilibrio del sistema de fuerzas constitutivo del ser se desplaza y todo comienza a gravitar hacia la otra orilla. Entonces el cuerpo del patrón se convierte en siervo, de fin en medio y su actividad, en vez de subordinar hacia sí al espíritu, como en el tipo corriente, se subordina al espíritu, como en los más evolucionados. Esto desplaza todos los valores de salud y enfermedad, de bienestar, de vida y de muerte. Las viejas fuerzas de la vida quedan pero vacías del contenido normal y con un significado del todo distinto. Entonces ellos deben ceder el paso a las nuevas formas. de aquí un contraste fatigoso, pero creativo. Deben ocurrir, entonces, profundas transformaciones en la íntima estructura cinética de la sustancia orgánica, para registrar y fijar los resultados de un metabolismo diversamente orientado hacia nuevas formas biológicas: las espirituales. Todas las energías y los recursos de la forma física, deben ser cedidos a la otra que nace; todas las cualidades ya adquiridas deben ser puestas en servicio y orientadas para su nuevo desarrollo. La vieja parte de “sí mismos” debe donarse a la nueva para su crecimiento, pues que sin muerte no puede existir resurrección, sin renuncia no puede existir ninguna conquista.

Es una extraña sensación sentirse renacer en otro plano de vida con recursos y poderes distintos. Cae, entonces, el concepto de la pequeña breve vida humana y nos sentimos vivir en una inmensa vida eterna. El sentido fundamental de gozosa expansión propio de todo desarrollo, nos dice que estamos sobre la vía maestra de la evolución. El sentido de felicidad creciente nos dice que no nos equivocamos. El nuevo sentido de orientación que nos da conciencia y sabiduría, nos dice que cada

vez más nos acercamos a Dios. Es extraño y maravilloso sentirse cambiar, morir para revivir en nuevas dimensiones, más allá del espacio y el tiempo, sentir que la propia vida física se atrofia, se contrae, para ceder su potencia a cualquier otra parte del “yo”, que todavía no se conoce y que se escapa en lo imponderable. Pareciera que la vida física desaparece, absorbida por la voracidad del espíritu. Si el cuerpo pasa a un segundo plano y parece agonizar, el es sin embargo sostenido, pero no ya por fuentes orgánicas sino espirituales. Profundos cambios deben ocurrir en el recambio y en la asimilación para pasar de la normal del alimento, a aquella de las energías cósmicas, debiendo la íntima estructura del metabolismo celular transformarse toda. Pero las leyes de la vida saben sabiamente guiar estas revoluciones de las fuerzas biológicas y las saben conducir a buen término.

Entonces se comienza a ver al mundo con ojos distintos, tornándose de naturaleza diversa el contacto con el ambiente, pero apareciendo de éste nuevos aspectos, psíquicos más que físicos. Así los contactos y las experiencias se espiritualizan, los intercambios y abastecimientos dinámicos según nuevas vías radiantes que no son ya las del alimento. La sensibilidad que expresa el grado de expansión vital y que nos ofrece sus medios, iniciada con el ingreso del reino mineral en el vegetal y acentuándose en el mundo animal y humano, se desarrolla hasta transformar al organismo en una unidad vibrante. El evolucionado es un sensibilizado. Es un abrirse de nuevas puertas, una caída de diafragmas que permite comunicar y recibir. Entonces, más allá del límite del espacio y del tiempo, el mundo se hace inmenso. Se entra luego en el dominio de las nuevas leyes, de un funcionamiento orgánico y de una química cuyos elementos componentes son fuerzas-pensamiento, se entra en un mundo dócil y plástico en el cual la concepción tiene potencia creativa. Es en verdad una gran revolución pasar de la biología normal a la supernormal. La química del metabolismo de alto potencial propia del extremo superior llamado espíritu, debe gradualmente introducirse y colocarse en el lugar de la química del metabolismo de bajo potencial propia del extremo evolutivo inferior dado por el organismo físico, que es así como quemado por una lenta combustión de una potencia y de un ritmo de vida demasiado fuertes para sus medios y estructura. El cuerpo de esta forma adelgaza, se convierte en un haz de nervios, pero de un dinamismo y resistencia al trabajo y a las enfermedades, superiores al normal. Pareciera que la vida trata ahora al organismo físico como a una inútil sobrevivencia atávica o producto de deshecho, a ser eliminado en forma de cenizas. Ciertamente es que la química del espíritu deberá basarse en leyes analógicas a las de la química inorgánica y orgánica, y como la química atómica recuerda la dinámica astronómica, así la química del espíritu deberá recordar la estructura de los sistemas de fuerzas según las cuales a menudo se organiza la energía. Un primer contacto entre el extremo psíquico y el extremo físico-humano, lo hallamos en la influencia que tiene sobre la asimilación y el recambio un estado psíquico del sujeto, tanto, que, si se prolonga, puede incidir en la estructura orgánica y alterarla. Esto prueba que es posible por parte de la psiquis una influencia transformadora sobre la estructura de la célula.

Como se ve, la catarsis espiritual no es solamente fenómeno de alma, sino que para ser completo, debe acometer a todo el ser humano hasta su otro plano físico con el cual es comunicante. Las dos biologíaes están en contacto, representando dos planos evolutivos contiguos e intercambian entre sí sus productos. Ahora, en la práctica podemos tener metamorfosis muy diversas, sea por grado de evolución, como por el particular tipo biológico que las vive, como cualidades a ser adquiridas. ¡Qué distinto contenido puede, entonces, adquirir para los distintos individuos la metamorfosis! En cada caso, sin embargo, como velocidad, el transformismo es siempre gradual, se diluye en el tiempo, de modo que permita los íntimos desplazamientos cinéticos necesarios y la sustitución de las nuevas por las viejas trayectorias. Y no todos evolucionan a la misma velocidad. Todo está siempre proporcionado a los recursos disponibles y a la madurez alcanzada. Todo sucede con orden, de modo que los equilibrios sean desplazados y no destruidos. Se trata de instituir nuevos circuitos de fuerzas, lanzar unos puentes y suprimir otros, abrir y cerrar pasajes, disecando o alimentando, atrofiando o desarrollando este o aquel punto, vibración o corriente. Trabajo complejo en el cual lo único que hay que hacer es confiarse a la sabia dirección de la Ley. La vida que sabe, protege en estos profundos trabajos evolutivos a la criatura que inexperta se aventura en lo inexplorado.

Velocidad del transformismo significa intensidad de elaboración, la cual no puede superar un dado límite relativo. La evolución tiene un ritmo que no se puede forzar. Pueden así ser necesarias también pausas y reposos, incluso momentáneos retrocesos, para que la evolución no se convierta en destrucción. Problema vasto y complejo este de la ascensión espiritual, pues que implica una biología en la cual lo imponderable psicológico y moral, se hace fuerza determinante. Ciertas concepciones absolutistas de un ascetismo no iluminado, pueden, en vez de ayudar, perjudicar el proceso evolutivo. Éste representa una maduración de todo el ser, por lo tanto, también del cuerpo que no es inútilmente perseguido y oprimido como un enemigo, sino tratado como un aliado colaborador en la ardua obra constructiva. Los dos polos son comunicantes y todo impulso no considerado puede generar dañinas reacciones. Ninguno de los dos extremos puede trabajar por sí solo, sino siempre en función del otro. Se trata de una sabia distribución de trabajo. Es necesaria la proporción y el equilibrio a cada paso, por lo cual el desequilibrio que el transformismo implica debe ser encuadrado en el equilibrio general del sistema. Es necesario saber dosificar el esfuerzo evolutivo en relación a los recursos de los cuales la vida en el caso particular dispone. Que la ascensión sea una metódica y consciente conquista y no una loca aventura. Evolucionar significa revolucionar los equilibrios de la vida, lo que, si se hace mal, se puede resolver en vez de en progreso, en retroceso. Para incidir en el alma, es necesario más perseverancia y disciplina, que ímpetu precipitado y desordenado. Es preciso tener en cuenta que la evolución espiritual no es solamente un hecho moral, sino que ella acomete todo el organismo, también lo físico, con el cual es necesario hacer las cuentas; y también hay que tomar en cuenta que el fenómeno se desenvuelve entre dos biologíaes.

Es muy difícil tener un concepto exacto y completo de “virtud”, especialmente en el caso particular de las aplicaciones prácticas. En cualquier modo ella debe ser siempre una ayuda y no una ofensa a la vida, una actividad positiva y constructiva, y no prevalentemente negativa y destructiva. Recordemos que Dios es siempre constructivo y que el trabajo de destrucción se le deja a Satanás que lo representa. Todo lo que es destructivo y que expresa el principio satánico del mal, por lo tanto, no puede venir de Dios. No hagamos de la virtud, en la lucha por la vida, un medio para oprimir y vencer al prójimo. Por otro lado, suministrar ideales demasiado elevados y absolutos, significaría ofrecer un alimento no asimilable. Es por esta desproporción entre ideal y hombre, que nacen las degradaciones de los principios por adaptación, como muy a menudo vemos. Entonces en vez de elevar al hombre al nivel del espíritu, se rebaja al espíritu al nivel del hombre. En consecuencia en vez de una efectiva colaboración entre los dos, nace la lucha y el roce, la destrucción y la deformación. Es debido a la forzosa imposición de la virtud, que nace en tantos inmaduros el acomodamiento y la mentira.

La evolución es mudamiento profundo que requiere de infinitas experiencias, incluso las malas, las del error y del dolor, realizadas tanto en el espíritu como en el cuerpo. Para que la vida que debe vivirse no se rebele con razón, antes que destruirla abajo, es necesario desarrollarla en lo Alto. Antes que sofocación en el cuerpo, la ascensión espiritual debe ser expansión en el espíritu. Sólo entonces la vida se lanzará por otra parte y el resto, convertida en inútil, caerá por sí mismo. ¡Ay de aquel que le dé a la práctica de la virtud un contenido negativo, en vez de positivo! La vida no se puede destruir, eso es ir contra la Ley de Dios, es un suicidio. Si quisiéramos quitar antes que dar, ella reaccionará reforzándose abajo para no morir, y obtendremos por reacción el efecto contrario, vale decir, involución. Es preciso tener siempre en cuenta a qué tipo biológico un ideal es aplicado. Así se explica cómo en la práctica todo ideal representa una afirmación teórica que pide el cien por ciento, sabiendo que no recogerá más que el uno. Es la naturaleza de las masas la que establece la dosificación para la asimilación de los principios predicados, a los cuales, por tanto, no se le puede echar la culpa por la falta de aplicación, la cual depende del terreno sobre el cual cae la semilla. Es necesario recordar que la evolución es una gran transformación y que la vida económica sabe el esfuerzo y el riesgo que esto representa para ella. La vida, entonces, avanza lenta y prudente, casi explorando el ignoto futuro con desconfianza, solamente arriesgando, de las energías acumuladas para vivir, lo superfluo, exponiendo a los peligros de lo nuevo únicamente a algunos pioneros de la evolución, dejando al grueso atrás, en lo más seguro, para aprobar y seguir a los pioneros sólo cuando ellos hayan aceptado por sí solos, con riesgo y dolor propio, la forma futura. Sólo entonces ésta puede ser seguida por los demás, porque solamente ahora ella inspira confianza. Y solamente entonces los pioneros son glorificados, porque han sido utilizados por la vida.

Podemos, pues, encontrarnos con diversísimas velocidades de transformismo evolutivo, desde las rapidísimas del superhombre ya lanzado que recorre a grandes pasos su camino, a las más limitadas y lentas de los normales, que funcionan en serie,

en masa. La vida no puede acceder a los planos superiores de la evolución, si no ha primero recorrido los anteriores y no se ha consolidado en ellos. Es la vida, y con ella el pensamiento de Dios, la que perfecciona su manifestación, evolucionando la forma en la cual se expresa. Pero también las masas conocen las crisis evolutivas, los derrumbes y las reconstrucciones; la Historia tiene también para ellas su desenvolvimiento y metamorfosis. He aquí como todo esto ocurre. La fecundidad de la vida es tal que produce en exuberancia, más allá de las necesidades de su continuación. Apenas, en los períodos de paz, hay tregua en la lucha viril, destructora y constructora, el elemento negativo o femenino, productos, protector y conservador de la vida, trabaja y produce en su campo que es la acumulación del material. Entonces se verifica de repente una sobreproducción que no solamente repara todas las pérdidas pasadas, sino que acumula material biológico en abundancia. Apenas se ha formado una suficiente reserva, elaborada hasta un dado grado de evolución, entonces la vida, como ya ha hecho en el mundo mineral para llegar al vegetal, en éste para llegar al animal y en éste para llegar al plano humano, puede en su economía arriesgarse al sacrificio de este material que excede al que se necesita, para objetivos no ya de conservación, sino de evolución. Entonces la vida quema este su combustible y lo consume en revoluciones, es decir, lo emplea para alimentar un esfuerzo excepcional de ascensión, destruyendo al mismo tiempo con las revoluciones sus construcciones biológicas menos selectas y dejando sobrevivir en las cenizas del incendio, tipos biológicos más seleccionados, adaptados para más altas formas de vida. Completado el ciclo de la paz y de la construcción de sus productos, entra en acción el principio positivo, masculino, destructor y creador, cuya función es la de utilizar el combustible acumulado, quemándolo para renovar y hacer evolucionar las formas de la vida. De esta manera en las revoluciones se realiza la metamorfosis de los pueblos. Pero ellos solamente pueden ocurrir después de períodos de preparación, de paz, y requieren otro tanto después, para elaborar y fijar los resultados alcanzados con las revoluciones. Entre tanto, se acumula nuevo material de reserva o combustible para quemar, para nuevos desplazamientos evolutivos, y así en adelante. De esta manera de metamorfosis en metamorfosis, también los pueblos avanzan.

Este proceso forma parte del sistema creativo en el cual Dios perpetuamente está presente y actúa, manifestándose en la forma. Así la producción exuberante como cantidad, pero de cualidad inferior, se destila en su equivalente, menor como cantidad, pero de cualidad superior, en un plano biológico más elevado. De esta forma aumenta el potencial de la expresión, porque el valor pasa de un gran número de ejemplares de escasa estimación, a un número más exiguo, pero de mayor potencia y más elevado grado evolutivo. Tal es el ritmo de la ascensión de los pueblos y de las civilizaciones. Primero paz, trabajo, desarrollo demográfico, construcción material y espiritual, vale decir, expansión en sentido horizontal, sobre la superficie del propio plano evolutivo. Después esa formación horizontal es utilizada para su único objetivo posible, es decir, para una formación vertical. Entonces la primera se desbarata, y de lo que queda porque es más resistente y vital, se hace un edificio elevado, es decir, en dirección evolutiva, en potencia. Utilizando los resultados del ciclo precedente se

toma el impulso para uno nuevo, pudiendo así llegar mucho más alto, usando sólo el valor intrínseco y la potencia de las conquistas hechas, sin cargar consigo el peso de los particulares elementos determinantes. De esta manera, de revolución en revolución camina la Historia y evoluciona la vida. Así por alternabilidad mutua entre paz y guerra, entre períodos de legalidad que representan la fase de estabilización y asimilación, y períodos de ilegalidad que representan la transformación, avanzan los pueblos. Ambas fases necesarias y complementarias, ellas son como un respirar de dos tiempos, el respiro de la Historia. Ellas no son más que las dos inversas posiciones, una positiva y la otra negativa, de la misma perenne actividad creativa de Dios en la humanidad.

En el seno de estos movimientos de masa, los individuos particulares siguen ciclos individuales. Está el que se detiene, el que avanza, el que retrocede, el que procede lento y el que quema las etapas, cada uno según su naturaleza y condiciones. Pero es siempre por revoluciones o metamorfosis que se accede a formas de vida más altas, es siempre por el mismo incendio que se asciende, tanto el individuo particular como las masas. Cuando en un plano se ha experimentado lo suficiente, habiéndose absorbido todos sus recursos, entonces el ser, saturado de ese orden de fuerzas, se transforma y aborda un plano más elevado para experimentar allí otras formas de vida y poder así continuar, con nuevos elementos, su construcción; y así en adelante. Observando el proceso de las metamorfosis de lo humano en lo superhumano, hemos así delineado la trayectoria de los grandes ritmos de la evolución, vale decir, de las oscilaciones periódicas de ese gran respiro creativo de Dios. Hemos podido así ver algunos aspectos de la técnica de la creación, que es continua. Es como contemplar la ascensión de una escalera, de la cual cada grado es un plano de evolución. El pie del ser que sube se posa sobre uno de ellos, allí se asienta, y sólo después de estar consolidada su posición, puede dar el impulso para subir al grado sucesivo. La ascensión de un grado representa una revolución, la formación de una nueva civilización para los pueblos, la metamorfosis para el individuo particular. Pero completado el esfuerzo y la ascensión, así como los pueblos se acomodan en las nuevas posiciones para fijarlas, así también el individuo particular reposa en ellas, para retomar después, como hace el pie que sube, un nuevo impulso hacia un grado más alto. Los grados superados son abandonados abajo como formas de vida ahora inútiles, pero los superiores, por el hecho de que los dominan, en síntesis los resumen y los contienen a todos. De esta forma nada se pierde y la conquista continúa.

Viven en este movimiento dos procesos paralelos: uno de destrucción en la cola y uno de construcción en la cabeza, a semejanza de un gusano que avanzara desintegrándose por un lado, para reintegrarse por el otro. Así él, aunque progresando queda entero, mientras se cambia, pues que readquiere en una nueva forma lo que pierde. En sustancia nada se crea y nada se destruye, mas todo se elabora. En el hombre que asciende hay siempre algo que se deja y algo que se adquiere, en un movimiento paralelo y proporcionado que lo desplaza hacia lo Alto. Esta técnica es igual para todos, en cada nivel, relativa al paso de cada quien, sea él involucrado o

evolucionado, sea que avance inconscientemente sólo como célula en función de una masa, sea como autónomo y consciente, auto dirigiéndose.

Evolucionar es el motivo dominante en éste y en los otros volúmenes, observados en todos los aspectos y niveles de nuestro concebible. En otro lugar lo hemos visto como fenómeno inspirativo, psicológico, místico, filosófico. Aquí hemos querido observarlo como fenómeno biológico. Cuando un primitivo ha resuelto el problema del hombre y de la reproducción, él está saciado de conquistas. Otros quieren algo más: honores, poder, riquezas. Otros todavía más: la cultura y el bien colectivo. En fin, otros muchísimo más: la visión del universo y el amor de Dios. Pero todos aligeran el paso para alcanzar cualquier cosa, y cada quien en esto revela quién es, pues que sólo se puede desear y conquistar según nuestra propia naturaleza. Así existen trabajos y conquistas fundamentales para algunos, que para otros están en lo inconcebible. Hay cosas tremendas para las cuales el inferior no tiene la misma resonancia; existen necesidades espirituales como las del conocimiento que para otros son fundamentales, y que para el primitivo no tienen sentido, mientras que para él son fundamentales aquellas del cuerpo. Él está sordo y ciego frente a las más grandes alegrías, tempestades y creaciones del espíritu. Cada quien está encerrado en su propio concebible, en las dimensiones de su propio plano evolutivo, está limitado a su propia forma mental que define su naturaleza. Lo que está más allá del propio nivel, lo latente que todavía no se ha desarrollado, representa la nada. Es la estructura de nuestra conciencia la que establece los confines del "yo". La verdadera servidumbre es dada por estos límites; la verdadera libertad consiste sólo en superarlos. Todo ser está encerrado en los confines dados por el propio tipo biológico. Es inútil abrirle las puertas. Si él no está maduro, no sabrá salir. Es inútil mostrarle nuevos mundos. Él no tiene ojos para verlos. Es inútil ofrecerle un nuevo alimento. Él no sabe digerirlo. Es inútil decírselo todo en los libros. Él no sabe leerlos. Él está completamente preso en las experiencias de su plano. Hasta que no haya recorrido todo el camino necesario, un paso después del otro, no podrá llegar a aquel dado grado de evolución, de libertad y de potencia.

En la actual fase evolutiva humana, hora histórica de grandes transformaciones, los dos tipos biológicos pertenecientes a las dos biología, la normal y la supernormal, están de frente. El segundo, si bien raro, ya existe para multiplicarse, y ellas pueden ser medidas en la lucha por la vida. A primera vista, puede parecer que sea el primitivo, el más simple y menos sensibilizado, el menos vulnerable, aquel que tiene mayores probabilidades de salvación. Pero no es así. Él se mueve por tentativas en las tinieblas de su ignorancia y, fuera de los problemas inmediatos, no sabe resolver otros. El evolucionado es autónomo, auto dirigente en relación al funcionamiento orgánico del universo que él conoce. Sus previsiones y defensas, pues, llegan mucho más lejos. La inteligencia es una gran fuerza en la lucha por la vida, la sabiduría una fuerza todavía mayor. El primitivo es estúpido. Su violencia puede triunfar en el momento, pero pierde en el juego más largo y complejo del cual está hecha la vida. Él debe sufrir las reacciones de leyes que no conoce y que locamente viola para su perjuicio, cosa que el evolucionado que sabe, se cuida bien de no hacer. Quien sabe

funcionar en armonía con el Todo, se arriesga mucho menos a errar y a sufrir. Las victorias del primitivo son inmediatas, pero efímeras. Afirmaciones, defensas y conquistas, todo no puede superar los confines del propio plano, los cuales son cada vez más angostos a medida que más abajo se desciende, y siempre más amplios mientras más alto se asciende. Las manos del ser evolucionado llegan mucho más lejos. Estamos inexorablemente ligados a nuestra propia naturaleza, resultado de nuestro pasado, y se recae siempre en los límites del propio plano. Ninguna libertad humana puede dar la verdadera libertad, la cual sólo se puede conquistar a través de la propia transformación. Las verdaderas prisiones que encierran a los hombres, las cadenas que los tienen esclavizados, ligados a dados puntos fijos, son sus instintos, que siempre allí lo vuelven a llevar. Las verdaderas murallas que limitan la ciudad del “yo”, son imponderables, sin embargo inviolables. Todos allí están inexorablemente encerrados dentro, y no lo ven. Ni siquiera sospechan que de allí se puede salir, y van gritando ¡libertad!, una libertad que quiere decir derecho a obedecer a los propios instintos, es decir, de mantener las cadenas de la propia esclavitud. Así todos obedecen, incluso el que cree ser un rebelde, a la Ley que a todos, no importa si lo saben o no, mantiene encuadrados en su orden. Para moverse libres y autónomos, lo único que hay que hacer es conocerla y después seguirla. Para hacerse siempre más libres y autónomos, para derribar las invisibles murallas que rodean la ciudad del “yo” y tumbar las puertas que la encierran, lo único que hay que hacer es comprender la Ley, armonizarse en su funcionamiento viviéndolo, no hay más que ascender evolutivamente, realizando nuestra propia metamorfosis.

IX

LA TÉCNICA DE LA EVOLUCIÓN

Hemos iniciado este volumen partiendo de la psicología del involucionado. Desde este punto se inició nuestra ascensión, pero vista primero limitadamente en relación a un simple caso vivido, experimentalmente observado. Después, para formar el impulso hacia una ascensión más amplia, hemos dilatado la observación a todo el plano inferior de la animalidad, para ver sus leyes de lucha y selección para la producción de su tipo de “más fuerte”, según la biología de su plano. En fin, en el capítulo anterior, para pasar al plano más alto y su biología, hemos focalizado la observación del fenómeno de la metamorfosis de lo humano en superhumano, pero no ya como primero, para un individuo particular aislado, sino extendiendo su estudio hasta ver las leyes generales del fenómeno que lo regulan para todos. Llegados a este punto, podemos extender nuestro examen a la más íntima técnica del más vasto fenómeno, el de toda la evolución. Es maravilloso observar el método según el cual él funciona y se realiza, pues que él expresa la técnica del proceso de la creación, el sistema con el cual se cumple la perenne acción creadora de Dios. El cual, por lo tanto, más allá de ser trascendente, es también inmanente y está presente, como pensamiento que cada vez más perfectamente se expresa en la forma que evoluciona,

en la cual él se manifiesta. También esto, lo hemos tomado de visiones percibidas por intuiciones. Ellas así se hacen cada vez más amplias y profundas, a medida que el argumento se desarrolla haciéndonos ascender de plano en plano. Esto nos llevará a comprender el espíritu y su estructura. Del hecho de que estas concepciones son obtenidas no por análisis con el método racional-objetivo, sino por síntesis con el método de la intuición, deriva su fuerza, según la cual ellas son aquí presentadas. Mientras la mente moderna se demora en la investigación de lo particular y en la infinita casuística, aquí se concibe por grandes líneas de orientación, marchando así directo a la solución de los problemas y a las raíces de los fenómenos, mostrando su funcionamiento sustancial. Siendo así, nuestra expansión no puede asumir, según la actual forma mental objetiva, la forma periférica adherente a los efectos, sino que es central, adherente a las causas. Las deducciones, las aplicaciones al caso particular, el íntimo e incommunicable control experimental que el autor hizo por sí mismo, para hacerlo después cualquiera en sí, y para sí.

El anterior examen de la metamorfosis humana o catarsis físico-espiritual, nos ha llevado de lleno al fenómeno de la evolución, de cuya técnica nos proponemos ahora profundizar la observación. Debemos aquí presumir el conocimiento del problema de la personalidad humana tratado en el precedente volumen: “La Nueva Civilización del III Milenio”. Se trata de desarrollar aquí esos conceptos, especialmente en relación con la evolución. Hemos visto que espíritu y cuerpo son dos extremos de un mismo organismo; los polos inversos de una misma unidad. Las características del cuerpo son físicas, las del espíritu psíquicas. Por un lado, cualidades materiales sensorialmente ponderables; por el otro lado, cualidades inmateriales imponderables. Esto por el universal principio de dualidad y por ley general de equilibrio, simetría y complementariedad, por la cual toda individualidad es una unidad equilibrada y simétrica hecha de dos unidades inversas y complementarias. Estas dos partes del único organismos se dividen, según su naturaleza, el trabajo y las funciones de la vida, opuestas y ambas necesarias. De esta forma el dinamismo biológico, base de la evolución, se divide en dos. El cuerpo trabaja con lo externo, en una forma de actividad periférica y sensoria; se ocupa entonces, del registro de las experiencias y de la transmisión al centro que es el otro polo del ser. El espíritu que es íntimo, central y sensitivo, es el punto de llegada de esta actividad. Él trabaja en lo íntimo, en una forma inversa que completa la primera, que por sí sola no tendría finalidad. Él elabora y fija los registros que le son transmitidos, los asimila transformándolos así en material constructivo de la personalidad. Solamente así la vida física asume un significado y una meta, la cual es la evolución, que significa continua conquista de la vida.

Los dos términos son necesarios el uno al otro: el cuerpo como instrumento del espíritu, y el espíritu en cuanto da significado, valor y dirección a la vida del cuerpo. La colaboración es posible porque los dos términos y sus labores son opuestos y, si son rivales, solamente valen mientras están ligados para complementarse. Estos principios generales definen rápidamente la estructura del complejo humano, en lo íntimo del cual podemos así ya ver cómo funciona el dinamismo biológico del cual

surge la ascensión evolutiva. Tenemos, entonces, dos campos opuestos de fuerzas que, como en el amor o en el odio, que es amor a lo negativo, se abrazan para sobrepujarse, apenas uno de los dos sea menos fuerte. Sin embargo, como en los dos sexos, ninguno puede obrar aislado. El espíritu por sí solo no tendría expresión y contactos sobre el plano físico que, aun siendo ilusorio, a través de la ilusión de los sentidos transmite a la conciencia las experiencias que en su campo son muy reales y necesarias para su formación. Sin el espíritu al cuerpo le faltaría todo el dinamismo animador y no sería más que un cadáver. Como siempre, todo trabajo genético solamente puede ocurrir por acoplamiento de dos términos contrarios.

¿En qué relación están los dos términos? Ellos están en relación de causa y efecto, abrazados en colaboración, si bien son dos momentos contrarios. El motor, el principio centralizador, el “yo uno”, siempre “yo uno” a través de sus continuas transformaciones, es el espíritu, intuitivo y sintético. Su medio y expresión es el cuerpo, inmerso en lo múltiple, relativo y contingente, constreñido a un continuo recambio y renovación para suplir su caducidad, hecho de un continuo devenir, y sensorialmente analítico. Es precisamente esta contradicción la que los obliga a unirse para complementarse. Por lo tanto, es un error considerar al hombre solamente como espíritu ignorando y despreciando al cuerpo como hacen algunos espiritualistas y místicos, y también considerar al hombre únicamente como cuerpo, ignorando y despreciando al espíritu, como hacen los materialistas. La vida no es jamás unilateral, no equilibrada, asimétrica. Y si existe contraste entre los dos términos, esto es con una finalidad constructiva, es una lucha que debe resolverse con la evolución. Si para el normal rige la áurea norma: “Mens sana in corpore sano”, para quien vive la metamorfosis biológica, la lucha es necesaria entre espíritu y cuerpo para llegar a la victoria del primero y a la superación de la vida del segundo.

La biología actual se detiene en el cuerpo, es decir, en el efecto y no penetra las causas que están en otra biología, trascendental o del espíritu. Así la ciencia no va más allá de aquella que es la forma material, la expresión en el mundo físico. Sin embargo, siendo el cuerpo una proyección del espíritu, avanzando cada vez más en la observación hacia la íntima estructura de las cosas, la ciencia no podrá dejar de encontrarse con el espíritu. El cuerpo existe en cuanto tiene una causa en sí que lo expresa y revela, así como el universo físico expresa y revela el divino pensamiento que lo anima. El cuerpo es la manifestación del espíritu, así como lo creado es la manifestación de Dios. Ahora, si en el hombre el espíritu que es causa precede al efecto o forma que lo plasma a su imagen y semejanza, el efecto a su vez reacciona y se convierte en causa, y sus efectos después inciden en el espíritu, los cuales a su vez después se convierten en causa, y así en adelante. Ya vimos esto a propósito del órgano y la función. La vida del cuerpo es un medio de experimentación que elabora al espíritu, pero podemos también decir que es la potencia del espíritu la que elabora por sí misma al cuerpo. Si es verdad que el espíritu se sirve del cuerpo para almacenar los resultados experimentales de lo externo hecho de tenaces resistencias, él también los trasciende y en su seno, los transforma en cualidades del “yo” y en valores espirituales. Estos valores espirituales modifican así la estructura del campo

de fuerzas de la personalidad y del dinamismo causal, que lanzará corrientes siempre diversamente plasmadoras de la forma, haciendo de esta manera evolucionar también a ésta como consecuencia de su misma evolución. De esta forma pasando de la causa al efecto, y de ésta así modificada pasando de nuevo al efecto para modificarlo también, como ocurre por acción y reacción entre órgano y función, y viceversa, con este proceso lentamente se ejecuta la transformación evolutiva. Los dos impulsos contrarios continúan así moviéndose el uno hacia el otro, invirtiendo sus posiciones a cada paso, pero siempre enlazadas en una cadena que es continua y que forma un mismo camino evolutivo. Si en su íntimo la estructura del fenómeno es oscilante entre dos polos opuestos que van y vienen, y viceversa, en su conjunto representa una ascensión constante en la cual el ritmo interior desaparece.

Así el dinamismo de la vida parte desde el polo positivo que es el espíritu, activo, y como corriente positiva va hacia el polo negativo, que es el cuerpo por su naturaleza pasivo. De aquí esa corriente animadora retorna en forma negativa al polo positivo, cerrando el circuito, y así en adelante. La carne quiere conservarse y engordar. Es femenina y quiere la génesis de la carne. El espíritu quiere renovar y ascender. Es masculino y quiere la génesis del espíritu. La primera representa una expansión horizontal, la segunda una vertical. De esta manera arriba de la escala, a la cabeza del camino evolutivo está siempre el espíritu, mientras en el fondo de la escala, en la cola de dicho camino evolutivo, está la masa perezosa de los cuerpos. El mundo físico está subordinado al espiritual, como inferior debe ser su siervo, y lo sigue hasta el final en su ascensión, por él arrastrado. Solo, se pudriría en la abundancia. La iniciativa de todo movimiento está en el espíritu, sin embargo, éste es una consecuencia de aquello que el cuerpo dio como respuesta a la anterior iniciativa del espíritu, la cual fue aprobada por el medio físico, siendo por él puesta en contacto con el ambiente. Ya vimos cómo órgano y función colaboran, sin que se pueda decir quien de los dos en el desarrollo preceda al otro. El órgano está en el cuerpo, la función en el espíritu, y ellos colaboran para el mismo fin de hacer al hombre. A través de esta alternada vicisitud, ocurren las mutaciones, las variaciones del individuo así como de la especie, fijándose primero en lo imponderable y después en la forma física que lo expresa. Así la adaptación es psíquica y orgánica al mismo tiempo, estando las dos formas conectadas. La evolución comienza en el espíritu, después el cuerpo debe seguirla, no importando que él esté siempre en la cola de este camino.

Esta es la técnica de la evolución. Ella resulta de dos movimientos en dos opuestas direcciones. El dinamismo del espíritu gravita hacia lo interno, excava hacia la sustancia, hacia lo infinito, lo eterno, lo absoluto, hacia la esencia de Dios. El dinamismo del cuerpo gravita hacia lo externo y explora la forma, lo finito, lo caduco, lo relativo, la manifestación de Dios. Quien ha comprendido cuál es la estructura del universo, sabe que él está constituido por un esquema único que se repite a todas las alturas evolutivas y en todas sus dimensiones. Le parece entonces lógico que en el complejo humano, espíritu-cuerpo, se repita el modelo del complejo universal, o unidad dada por una copia de opuestos complementarios, en la cual Dios y Universo, trascendencia e inmanencia se equilibran. La vida y su elaboración evolutivas son dadas por el continuo intercambio dinámico entre los dos campos de

fuerzas. Cada uno de los dos es a su vez activo y reactivo. El dinamismo circulante entre ellos invierte su signo a cada paso. Así se cierra el ciclo, y el dualismo reencuentra la unidad en un único circuito. Por períodos inversos el trabajo es continuo porque, cuando él es activo en forma positiva en la vida exterior, diurna, entonces él está en calma en forma negativa propia de la vida interior, nocturna, y viceversa. Positivo y negativo son dos posiciones relativas que se invierten y se convierten en negativo y positivo, de modo que existe siempre un positivo en acción. Así, trabajando alternativamente espíritu y cuerpo, la actividad es continua, aunque sea con funciones inversas.

Una primera excitación que desplaza los equilibrios en un campo con todas sus consecuencias, proviene del campo opuesto. De esta forma los choques ambientales a través de los medios señoriales continuamente bombardean al espíritu, lo que significa que los impulsos del ambiente tratan de penetrar e injertarse en su sistema dinámico que, aún ofreciendo resistencia a las deformaciones, registra y se adapta, y así fija en su estructura cinética nuevas trayectorias, vale decir, asimila nuevas cualidades. A su vez el sistema dinámico constituyente del espíritu bombardea con su haz de fuerzas, al sistema atómico-molecular-celular constituyente del cuerpo, el cual aún resistiéndose a las deformaciones, registra y se adapta, y así fija en su estructura cinética nuevas trayectorias, vale decir, asume en el mundo de la ilusión sensorial, nuevas formas orgánicas. Veremos más adelante, en el capítulo XVII: “Las Últimas Orientaciones de la Ciencia”, que la materia se reduce a una onda sin substrato material, es decir, a aquel dinamismo al cual puede reducirse también el espíritu. Encontrado este común denominador entre espíritu y materia, esta interacción entre espíritu y cuerpo, es también científicamente posible y aceptable. De esta manera, trabajando en dos campos distintos, el espíritu construye al cuerpo, y el cuerpo sirve para construir al espíritu.

Ahora, ¿cómo pueden los impulsos provenientes del sistema dinámico espíritu, investir las fuerzas del sistema dinámico cuerpo? Para que los dos campos puedan comunicarse, es necesario que ellos puedan entrar en contacto, lo que en el mundo dinámico significa vibración al unísono, sintonía. Debiendo las fuerzas injertarse la una a la otra y fundirse, esto solamente ocurrir allá donde ellas alcanzan la misma frecuencia, un igual número de períodos, a semejanza de dos centrales eléctricos que quisiéramos poner en paralelo. Ahora, la escalada evolutiva se podría dinámicamente expresar con un paso de la onda larga a la corta, de la baja a la alta frecuencia y potencial. Entonces los dos sistemas dinámicos, espíritu y cuerpo, solamente podrán comunicarse, allá en la escala evolutiva donde ellos sean contiguos, vale decir, tengan la misma frecuencia, el mismo potencial, los mismos períodos y amplitud de onda; es decir, se podría decir, en las zonas más bajas del espíritu, en sus estratos más involucionados, y en las máximas alturas del organismo físico, es decir, en sus estratos más evolucionados. Lo que significa que el contacto solamente puede ocurrir en el sistema nervioso central, que representa las células más evolucionadas, es decir, la zona orgánicamente más elevada y a un mismo tiempo espiritualmente más baja,

ya que es la primera materialización de aquel organismo imponderable, radiante y receptor que es el espíritu.

Todo esto es posible cuando se sabe que el universo, cual se presenta a nuestros medios sensoriales con su solidez física, es realmente aparente. Lo que arriba hemos expuesto se torna concebible, cuando se sabe que la sustancia de la materia no está representada por algún substrato en sentido físico-concreto, mas solamente por trayectorias y relaciones reducibles a energía, y ésta a conceptos abstractos. De este modo queda demostrada la equivalencia materia-energía-espíritu, afirmada en estos escritos. Así como la materia puede reducirse a energía y a pensamiento, inversamente es lógico que el pensamiento se pueda reducir a energía y a materia, es decir, que él sea creador de todas las formas, primero las dinámicas y después las físicas. Así se comprende cómo el solo pensamiento de Dios haya podido construir un universo, cuya verdadera solidez no está en la materia, sino que está toda en la constancia e inviolabilidad de las leyes que lo gobiernan, vale decir, en principios abstractos. Si la ciencia puede ofrecernos ya muchos elementos para demostrar la equivalencia del mundo físico, dinámico y psíquico, en dirección ascendente, quien conozca los grandes esquemas del universo, debe ser de la opinión de que el ciclo deba completarse equilibrándose en su segunda mitad, y por tanto deba cerrarse recorriendo el opuesto camino en dirección descendente. Ésta es dada por la equivalencia inversa, vale decir, pensamiento-energía-materia, movimiento trifásico que sintetiza la técnica constructiva de nuestro universo.

Todo lo que existe es, como forma, la resultante de una dada disposición cinética, reducible a un puro movimiento, común denominador de todas las cosas, dado por la energía que es pensamiento en acción. Ciertamente es que para comprender la sustancia de ellas, es necesario penetrarlas más allá de la ilusión sensoria. Solamente así, reduciendo el fenómeno del ser a su funcionamiento cinético, es posible comprender cómo las experiencias en el ambiente obtenidas por medio de los canales sensoriales, puedan modificar y enriquecer de cualidades al espíritu, modificando y enriqueciendo las trayectorias de su sistema cinético; y es posible concebir también cómo estas cualidades o íntimas trayectorias, puedan después modificar las del sistema cinético constituyente de la sustancia de la cual el organismo corpóreo no es más que la resultante perceptible por nuestros medios sensoriales. La mecánica de la evolución se basa en este intercambio y asimilación de fuerzas, vale decir, registro y conservación de trayectorias en la estructura cinética de los dos sistemas dinámicos que son el cuerpo y el espíritu. Sobre la escala evolutiva ellos representan los dos extremos, el mínimo y el máximo de la zona ocupada por el hombre, el cual no sólo se comunica con todas las vibraciones de todo lo que existe en esta zona, sino que con el extremo máximo entra en contacto con la zona superior, y con el extremo mínimo con la inferior. En el circuito de fuerzas entran así las experiencias y registros provenientes del contacto con el mundo inferior al propio, así como los provenientes del mundo superior. De esta manera el ser puede, según sus capacidades, asomarse sobre los mundos inferiores de la materia, como también anticipar los superiores del espíritu.

Para poder hacer el análisis del fenómeno evolutivo en cada caso particular, sería necesario conocer la trayectoria de cada fuerza entre las tantas en movimiento en el ambiente, que viene a penetrar y a injertarse en el sistema dinámico del espíritu. Sería preciso después conocer de qué trayectorias está constituido este sistema, la resistencia que sus fuerzas oponen, las afinidades que presentan con los nuevos impulsos sobreañadidos, las reacciones que éstas ofrecen, para llegar así a calcular cuál será la resultante de tal encuentro, el último término residual de la batalla, el cual representará el nuevo impulso asimilado en el “yo”, es decir, la nueva cualidad por éste adquirida.

Cierto es que nuestra personalidad representa un organismo dinámico ya constituido, resultado del susodicho trabajo de experimentación y asimilación realizada en el pasado, el cual expresa su actual fase de maduración y grado evolutivo. Representa la actual naturaleza del ser, efecto de todo lo que por él fue vivido y que ahora se ha fijado en el sistema de fuerzas, inevitablemente tendiente por inercia a continuar el camino en la dirección establecida por la trayectoria ya iniciada. Esto representa, pues, también el destino individual, y como una voluntad suya de realizarse cual él fue querido. Estamos en la fase en la cual las anteriores causas se coagularon en efectos, los cuales son causas a su vez tendientes a nuevos efectos. Todo esto forma las cualidades que se fijan en el “yo”, constituyentes de la estructura de su sistema de fuerzas, resultado de todas las trayectorias transmitidas y asimiladas en el pasado. El circuito, sin embargo, está siempre abierto y cada nueva experiencia o contacto, por medio del cuerpo y de los sentidos, con el mundo externo, representa la posibilidad de la introducción y asimilación de impulsos y trayectorias nuevas. Estamos aquí en otra fase, de libre escogencia y de formación del “yo”, por la cual se puede corregir el pasado iniciando nuevas direcciones. Es necesario, sin embargo, injertar todo esto sobre el pasado, es decir, sobre las viejas causas que ahora se han convertido en efectos inevitables y como tales, agentes de nuevas causas. En otros términos, en la introducción de nuevos impulsos y trayectorias, es necesario tener en cuenta la naturaleza y resistencia de los anteriores impulsos y trayectorias ya estabilizadas en el “yo”, a las cuales las nuevas deben sobreponerse para fundirse. Resumiendo, se puede sembrar lo que se quiera en el propio ser, pero es preciso tener en cuenta la naturaleza del terreno sobre el cual se siembra, es decir, toda la estructura del ser mismo, porque de esto dependerá, y no sólo de la siembra, lo que después nacerá.

De esta manera la evolución es gradual, libre y está ligada al mismo tiempo, a un juego de fuerzas reguladas a cada paso por reacciones y equilibrios, según principios establecidos por la Ley. Aquí no es posible decir algo más además de estos principios generales, sin embargo, estos son suficientes para orientar el problema y las investigaciones en este campo. La cuestión es saber conocer la estructura de estos sistemas. Ellos pueden ser considerados como dinámicos y por esto he hablado de fuerzas; y como cinéticos, y por esto he hablado de trayectorias. Profundizar más el argumento nos haría perder el hilo de la exposición; además, el método de la intuición aquí usado no es apto para la investigación analítica que, por otra parte, cualquiera puede racionalmente realizar en base a esta orientación. Colocados estos

principios generales, es fácil extraer de ellos muchas consecuencias y controlar su adherencia a la realidad.

Es muy probable que por analogía, el organismo físico-espiritual del hombre esté constituido, a semejanza del sistema atómico o del sistema solar planetario, por un campo de fuerzas central, positivo y activo, alrededor del cual funciona en dependencia un campo de fuerzas periférico, negativo y pasivo, vale decir, de naturaleza, posición y signo opuesto. Los dos campos se influyen mutuamente. Es innegable que el ser esté en continuo contacto con el ambiente del cual recibe infinitas impresiones, las cuales tienden a penetrar en la conciencia y a formarla con la experiencia de las cosas. Satisface a nuestra mente el pensar que nada de cuanto se vive se pierde, sino que todo se registra en nosotros y sobrevive al derrumbe de lo contingente, en la forma de nuestras cualidades adquiridas como nosotros quisimos. Sólo así la vida tiene en cada caso un significado y un valor útil, en un cuadro en el cual todo, incluso el dolor y las derrotas tienen su significado y rendimiento. Es satisfecho también, así, nuestro instinto y el de la vida, de siempre crecer y expandirse, porque el espíritu se torna una unidad en continuo desarrollo, sin límites. Todo entonces, y sólo entonces, se hace satisfactorio, lógico y justo: porque se sabe que todo es efecto de lo que nosotros hicimos y que todo se puede remediar en el futuro. Entonces se comprende porqué es necesaria la prueba de la vida terrena en la materia, para que el espíritu pueda evolucionar.

Esta transformación de fuerzas y trayectorias en el sistema espíritu, debe producir una aceleración de frecuencia y proporcionado acortamiento de onda, y con esto una elevación de potencial, lo que significa una potencialización del espíritu, una armonización que lleva a un rendimiento mayor. A esto se llega a través del intercambio y la lucha, que son en cualquier parte elementos genéticos. Parece que el espíritu puede así almacenar en síntesis los resultados de la experiencia, los valores, los totales de las operaciones realizadas por análisis, en lo particular, por su organismo externo. Parece que este sistema periférico que funciona como tentáculo, deba alcanzar en un cierto punto una saturación de vibraciones que lo obliga a verter lo que ya no puede contener, en el complementario sistema de fuerzas interior, el cual tenga precisamente la función de transportar a un más alto plano evolutivo, sin sensibles añadiduras de forma, sólo la sustancia destilada de lo que se ha adquirido. El sistema de fuerzas de más bajo potencial que constituye al cuerpo, por estar más adaptado para entrar en contacto con el mundo inferior externo, parece que eleva aquel potencial con la introducción de fuerzas del ambiente, y esto hasta el punto que, no pudiendo su sistema ya soportarlo, él lo transmite al superior sistema espíritu. Esto es bien admisible cuando se ha comprendido la íntima sustancia cinética de todas las formas y cómo en el universo dinámico, en cada punto radiante y receptor, ninguna de ellas se puede aislar y todas son comunicantes. Así también el cuerpo es necesario en cuanto funciona como transformador de potencial entre lo externo y lo interno, que directamente, sin este intermedio, no podrían comunicarse. El organismo físico es, pues, un puente entre el espíritu y el mundo, y sus medios sensoriales no son más que canales de comunicación para que los dos puedan entrar en contacto. Sin estos

canales ninguna relación sería posible. Sólo así las variaciones y choques ambientales pueden llegar de la periferia al centro.

¿A qué cosa, entonces, se reduce finalmente la evolución? A una distinta disposición cinética de la misma sustancia, la cual en último análisis no es más que el pensamiento de Dios. Es esta distinta disposición cinética la que constituye todas las formas que, si son reales como sustancia hecha de pensamiento, son ilusiones como forma sensorialmente concebida. Existe una sola realidad a la cual todo al final se reduce en el universo, y es el pensamiento de Dios. Espíritu y cuerpo no son más que pensamiento, más o menos evolucionado, es decir, más o menos puro y libre de las formas. Pues que la evolución consiste precisamente en la purificación de este pensamiento, es decir, en el retorno de todas las mutables formas efecto, a la inmutable causa de todas las cosas. Esto significa la gradual liberación de todas las formas, vestidas del pensamiento, para que quede solamente el puro pensamiento de Dios. Y solamente puede ser a través de la elaboración de la forma corpórea en la cual el espíritu existe, que éste se puede liberar de ella. A él le corresponde el esfuerzo de hacer evolucionar consigo a esa materia con la cual él está casado. Esto porque el universo está unidamente compacto y nada existe que pueda destruirlo; no es pues posible librarse de la forma destruyéndola, sino solamente haciéndola progresar hacia lo Alto.

El gran respiro del universo es, entonces, de dos tiempos: 1º) Creación, fase en la cual el puro divino pensamiento se manifiesta vistiéndose de forma y fracciona su unidad en lo caduco, en lo múltiple y relativo, es decir, involución. 2º) Evolución, fase de retorno en la cual ese pensamiento se libera de la forma y reconstituye su unidad en lo Eterno y Absoluto.

X

EL PENSAMIENTO CREATIVO

Cuanto hemos dicho hasta ahora no representa más que una rendija que en mi mente se va abriendo hacia el infinito en forma de progresivas visiones, que voy registrando por escrito para que ellas no queden solamente para mí. Me doy cuenta que, especialmente en nuestro tiempo racionalista, este es un extraño modo de afrontar lo ignorado, con un tan inusitado método de investigación: la intuición. Me he preguntado si él es pura fantasía, y a qué ignoto misterio de la personalidad humana él corresponda. Aún cuando lo he analizado con la crítica más demoledora, ese método se mantiene como un hecho, sea por sus productos racionalmente orgánicos, sea por la progresiva profundidad de las visiones que de él resultan. Sin que yo conozca de ciencia, ellas corresponden a los últimos resultados de ésta. Por falta de puntos de referencia según los cuales encuadrar este caso, él fue entendido como ultrafania (v. Introducción a la III Trilogía y el volumen: Las Noures). Pero cada

quien puede ver lo lejos que estamos aquí del acostumbrado mensaje de contenido moral, que jamás hasta ahora, incluso en los mejores casos, se asumió la tarea, ni por vastedad ni por profundidad, de producir un trabajo orgánico que alcanzara y orientara todo lo concebible humano.

La actual generación se ha hecho muy audaz en la forma de afrontar lo ignoto, que es asediado por todos lados y con todos los medios. Con esto la ignorancia no ha sido destruida, únicamente se le ha empujado más hacia atrás. Sin embargo, algún paso se ha dado hacia la unificación de todas las ciencias, hacia una sola ley y hacia un solo pensamiento, el pensamiento de Dios. Este ataque cerrado debe llevar al gran descubrimiento del III milenio: el de los poderes del espíritu, poderes verdaderamente creativos. Ahora me pregunto, ¿por qué junto al asalto puesto en movimiento contra lo ignorado por los científicos armados de ultramicroscopios a condensación de Wilson y de todos para bombardear electrones a alto potencial, no deba ser admitido un paralelo ataque puesto en movimiento por otras vías superracionales y súper sensoriales por parte de individuos sensibilizados en los cuales pareciera que la misteriosa personalidad humana hubiera encontrado medios perceptivos todavía más penetrantes y de un orden distinto? ¿Por qué se debe rechazar a priori este nuevo método de investigación? Sus resultados son aquí ofrecidos al público, fijados en volúmenes. No son de carácter analítico sino sintético, y son complementarios a los racionales de la ciencia en cuanto sirven, no tanto para ahondar en un argumento individual y particular, sino para orientarse en el conjunto, pareciendo hechos para ofrecer un producto paralelo al dado por la ciencia y capaz de completarlo. ¿Y quién puede decir que, si el análisis sensorial de la física mecánica de una vez, se está haciendo hoy, a través de la teoría de la relatividad y la mecánica cuántica, ondulatoria y estadística, cada vez más abstracta hasta fundirse con lo trascendental, la ciencia del mañana no sea abordable más que por medio de una matemática trascendental intuitiva? Hoy todo se espiritualiza, sin que de ello nos demos cuenta, mientras que el materialismo que se derrumba, por el hecho de que nos aturde con el fracaso de su caída, parezca triunfar. No nos damos cuenta que en el fondo de todo, incluso de la materia, está el espíritu y que es inevitable que, con el progresar de la ciencia, se llegue al descubrimiento de esto. Si el progreso es inevitable y la estructura de la materia es en sustancia espiritual, es imposible impedir que ocurra la conjugación entre el campo de la ciencia y de la materia, con el del espíritu, y que la unidad fundamental de todo lo que existe, no sea finalmente comprendida por el hombre.

Hemos visto que existen más niveles evolutivos de existencia y que a cada uno de ellos corresponde una ley distinta, una diversa expresión de la única Ley universal. El universo está, así, constituido jerárquicamente como un edificio en el cual cada plano de existencia se apoya en el inferior, dominándolo. Y de un plano al otro el ser pasa por aquella metamorfosis o catarsis evolutiva cuya mecánica ya hemos observado. De esta manera a cada plano corresponde una verdad distinta que es su ley, y el ser evoluciona ascendiendo de una verdad inferior a una superior, tal como en todos sus conceptos y valores. También vimos que de la biología animal se pasa a una biología

trascendental del espíritu, y que de la economía de la justicia mecánica del “do ut des”, se pasa a la economía supernormal basada sobre el principio evangélico del “ama a tu prójimo como a ti mismo”, por la cual quien roba, se roba a sí mismo, y quien da a los demás, se da a sí mismo. Es así que de la mecánica clásica gravitacional, penetrando ahora la ciencia en el mundo submicroscópico, se pasa a una mecánica atómica en la cual las leyes de la primera no son ya válidas, sino que son sobrepasados en un orden de leyes distintas gravitacionales. ¿Qué maravilla será, entonces, si por evolución de la personalidad humana, primer instrumento de observación, se pasa del método sensorial-racional y experimental-inductivo, a una trascendental técnica de pensamiento en la cual funciona el superconsciente con resultados no ya analíticos, sino sintéticos? ¿No es ésta, como ocurre con la ciencia, una más profunda penetración desde el mundo de los efectos ilusorios, a aquel de las causas; no es un acercarse al plano de la realidad y de la sustancia? ¿Y no será así posible resolver problemas insolubles con otros métodos y alcanzar conceptos de otro modo inalcanzables? Como hoy, evolucionando, se va al encuentro de nuevas verdades, a una nueva biología y economía, se va al encuentro de nuevas concepciones sociales y formas de organización colectivas y a nuevas formas mentales en todos los campos, así es lógico que se vaya al encuentro también de nuevos métodos de investigación hijos de la distinta estructura psicológica del nuevo tipo biológico que actualmente la evolución se dispone a producir. Estos son los resultados grandiosos de ese fenómeno de ascensión humana que aquí estamos estudiando. Por eso podemos comprender su importancia y lo mucho que él hoy interesa a la vida del mundo.

Sólo pocos hoy en día comienzan a darse cuenta de la gran revolución incruenta y silenciosa que se está realizando en el mundo por obra de los tenaces impulsos de la evolución creadora, que llevan a la vida actualmente a un plano más alto. Las revoluciones políticas, demográficas y económicas actúan en la superficie, son muy rumorosas y visibles, pero de mínimas consecuencias, en comparación con estas otras revoluciones cuyos efectos serán tanto más grandes, mientras ellas sean tanto más profundas. La ciencia, que llegó al electrón, al protón y al neutrón, se pregunta si estas son corpúsculos o pura vibración. En un cierto punto no se sabe ya si lo que observamos es materia o energía. Mañana nos encontraremos en el caso en que no sabremos ya si lo que observamos es energía o pensamiento, el cual podrá ser individualizable por longitud de onda y frecuencia. Y entonces encontraremos que en el fondo existe una equivalencia de sustancia, cuya materia, energía y espíritu pueden fundirse y comunicarse. Comprenderemos cómo todo puede estar formado por el poder creativo del pensamiento, el pensamiento de Dios. “En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Todo fue hecho por su intermedio; y sin Él nada se hubiera hecho de todo lo que existe”. Así al cero absoluto, es decir a 273°c bajo cero, todos los movimientos de las moléculas cesan y la materia misma pierde con esto su volumen, vale decir, estaría reducida a la nada. De esta nada, entonces, solamente un estado cinético suyo la podría sacar, un dinamismo que tiene puentes de comunicación con el mundo del espíritu. He allí, por tanto, que es concebible en este sentido una creación de la nada, derivada de un puro

pensamiento. He allí que el método de la intuición nos acerca a la solución de los más grandes misterios.

Voy así recorriendo, junto al lector que me sigue, a través de cortes progresivos, la descripción de la estructura del universo. Yo mismo sin investigación racional, asisto a la visión como se me abre delante. Me veo suspendido entre los planos de existencia superiores que irradian bondad, poder y conocimiento, y los planos inferiores en los cuales todo va involucionando, precipitándose en lo negativo, la bondad en maldad, el poder en impotencia, el conocimiento en ignorancia. Existen en mí, así como en mis semejantes, un sistema de organismos conectados en cadena que van desde el reino mineral (sistema óseo), al reino vegetal, (sistema vegetativo), al reino animal (sistema muscular-nervioso), al reino humano (sistema cerebro-psíquico), al reino super-humano) (sistema imponderable del espíritu en dimensiones híper espaciales). Cada uno de estos organismos emite la voz de su reino y esto me da el sentido de la jerarquía viviente de los planos del ser, entre límites más allá de los cuales todo se pierde en lo inconcebible. Con el fenómeno de la personalidad oscilante, el “yo” puede percibir desde el extremo de la materia al extremo del espíritu, las verdades relativas a cada plano. De ello se deduce, debido al sentido de la jerarquía, el dominio de cada plano sobre el inferior, y por tanto, del poder creativo del pensamiento y de las grandes consecuencias en cada plano del propio tipo de actividad espiritual.

En el SATAPATHABRAHAMA se dice: “Del deseo depende la naturaleza del hombre. Tal es su deseo, tal es su voluntad; tal es su voluntad, tales sus obras; tales son sus obras, tal es la existencia que lo espera”. El pensamiento es creativo en el hombre en todos los planos inferiores al espíritu, como lo fue el pensamiento de Dios al crear el universo. Es con este pensamiento en principio libre y fluido, que nosotros definimos en nosotros la materia, es decir, las formas orgánicas, y más hacia lo Alto, nuestro después fatal destino. En el pensamiento está la causa de todo, de la salud o de la enfermedad, de la riqueza o de la pobreza, de la alegría o del dolor. En todo caso nosotros somos herederos solamente de nosotros mismos, vale decir, de aquello que fuimos, quisimos e hicimos. El microbio sólo nos ataca cuando encuentra debilidad y, por lo tanto, vulnerabilidad orgánica; la pobreza sólo nos llega cuando encuentra incapacidad y pereza, porque los capaces y activos jamás son pobres; el dolor nos asalta cuando encuentra errores morales que curar. Cualquier pensamiento nuestro se escribe en la estructura del sistema de nuestros organismos conectados en cadena, generando así en cada plano posiciones provistas y poderosas, o bien puntos débiles y con esto predisposiciones para todo ataque. Ellos son el punto vulnerable donde la vida siempre golpea. Quien se ha convertido en tarado, debe pagar no por venganza de la Ley, sino que él se cure y se fortalezca. Todo es espiritual antes que material. Y el universal principio de causa y efecto nos dice que todo aparece por derivación y filiación. Se comprende así cómo Cristo, después de haber curado a los enfermos les decía: “Ve y no peques más”. Lo que significa no deber ya violar la Ley, sino queremos sentir las consecuencias de esto en lo físico. Materia y espíritu son mundos comunicantes, conectados y todo se escribe en los archivos del alma, y lo

que allí se escribe tarde o temprano debe alcanzar también al cuerpo y allí manifestarse. Así todo se paga y todo se recoge. Buda enseñó a sus discípulos: “Como los árboles son distintos según la variedad de sus semillas, así el destino de los hombres es distinto según la diversidad de sus obras de las cuales sufren los efectos”. Y también: “Lo que somos es la consecuencia de lo que hemos pensado”. Más tarde San Pablo diría: “Lo que el hombre sembró, eso mismo cosechará”. Y dijo: “Dios da al hombre según sus obras, y hace encontrar a cada quien según su camino”.

XI

LIBRE ALBEDRÍO Y DETERMINISMO

Quien llega a penetrar en el mundo de las causas y descubre allí la sustancia de las cosas, queda aturdido por la maravillosa perfección con la cual todo armónicamente funciona, desde el plano de la materia (equilibrio) al plano del espíritu (Justicia). Sin embargo, el hombre común puede levantar muchas dudas en relación a la libertad de la siembra por parte del espíritu, por lo cual después todo depende de nosotros, hasta las últimas consecuencias. La filosofía se debate entre los dos escollos, el determinismo y el libre albedrío, sin saberse decir exclusivamente por ninguno de los dos. El problema es soluble sólo teniendo en cuenta a la evolución, que desplaza a la vida a lo largo de varios planos de existencia, y a las leyes en cada uno de ellos imperante, por las cuales el determinismo propio de la materia evoluciona en la libertad propia del espíritu, y viceversa. La libertad es concedida al conocimiento, a la conciencia y a la sabiduría; el camino forzado está ligado a la ignorancia, a la inconciencia capaz del abuso. Por lo tanto, determinismo y libre albedrío solamente representan los dos extremos de la escala evolutiva que el hombre recorre, la cual partiendo de la materia, alcanza al espíritu.

Ya vimos en el cap. XIII “Problemas Últimos”, del volumen: “La Nueva Civilización del III Milenio”, que, evolucionando se va cada vez más hacia la libertad propia del espíritu, aumentando con ello también el conocimiento, y esta siempre mayor libertad se resuelve en una siempre mayor adherencia a la Ley. Y vimos que, si se involuciona se va cada vez más hacia el determinismo propio de la materia, y se pierde con esto libertad y conocimiento; igualmente de este lado se tiende a una posición cada vez menos libre y más determinística. La tendencia en ambos lados, tanto del lado de la ascensión como del lado del descenso, es que la libertad se resuelva en determinismo. Esta parece una característica de la fase experimental de la evolución, casi un paréntesis en el universal determinismo de la Ley. Pero los dos determinismos, el positivo del ser consciente que pierde espontáneamente su libertad porque se funde en la voluntad de la Ley de Dios, y el negativo del ser inconsciente que la pierde forzosamente anonadado cual rebelde a la Ley de Dios, están en las antípodas, dos fase extremas igualmente resolutivas, pero en posiciones opuestas. De manera que, como suspendido entre estos dos extremos en un universo determinístico, el ser oscila

dentro de un campo de relativa libertad limitado a las necesidades de sus experiencias formativas de su personalidad. Por encima de sí, evolutivamente más alto, él tiene el determinismo del evolucionado que, habiendo comprendido toda la sabiduría de la Ley, por el principio del mínimo medio y mayor rendimiento, no puede hacer más que uniformarse a ella. Debajo de sí, evolutivamente más bajo, el ser tiene el determinismo de la materia que, no sabiendo nada de la Ley, no puede ni sabe hacer otra cosa que obedecerla ciegamente, arrastrado por ella.

Es así que, no obstante que el deseo humano de libertad sea ilimitado, él encuentra límites a cada paso. El primer límite al libre albedrío es nuestra ignorancia. Volvamos a la duda de la cual partimos. ¿Cómo escoger cuando no se conoce? Por lo menos todo está limitado al pequeño campo del conocimiento humano. Aún conociendo el principio de causalidad, no puedo saber cuál será el efecto preciso de una dada motivación mía. Por mucho que yo prevea y calcule, no podré jamás conocer con exactitud dónde, a partir de aquel mi primer impulso, iré a terminar, tantos otros ignorados impulsos actúan siempre sobre la determinación de los efectos.

Un segundo límite es dado por el determinístico desarrollo impuesto por el principio de causalidad. Cada estado precedente, madurando tiende inevitablemente a producir un efecto consecuente; lo que es conocido y existe tiene que desarrollarse en la forma en la cual fue generado y a lo cual está ligado, y una fuerza una vez lanzada no puede detenerse hasta su conclusión. De todo esto ningún libre albedrío puede escapar. Por lo tanto, nos liga todo el pasado, lo que fuimos y lo que hicimos. Lo que sembramos debemos recoger. Esto es lo que forma la base determinística e inevitable de la vida, lo que llamamos destino, lo que nosotros mismos en el pasado ligamos y que hoy reaparece a nosotros unido como férrea necesidad.

Un tercer límite es dado por el determinismo de la ley de las cosas materiales. El ambiente representa un haz de impulsos exteriores y extraños al “yo” actuante, los cuales van inexorablemente por su camino, incluso si le cierran la vía o le imponen desviaciones, atravesándosele en su trayectoria.

Lo que queda libre de estas uniones constituye el libre albedrío. Es cierto, sin embargo, que el “yo” representa un impulso autónomo, incluso si al manifestarse él deba sufrir rápidamente tantas limitaciones. ¿Pero, qué puede hacer una fuerza en acción entre tanta fuerzas también en acción, a no ser actuar, resentirse y reaccionar combinándose con ellas? Sin embargo, nadie le puede impedir al humano libre impulso originario el dejar en la acción su propia huella, aunque después ella deba desenvolverse y ser torcida por los límites que asedian su libre desarrollo. Todo acto nuestro queda indudablemente individualizado con características fundamentales por aquel primer libre impulso que, entonces, continuará acompañándolo hasta el fondo, no importando que después cualquier cosa intervenga para desviarlo. Algo semejante ocurre en la formación de los cristales, que mantienen su tipo incluso obstaculizados por el ambiente. De esta forma, de las originarias características de cada acto nuestro dependerá también la naturaleza de las fuerzas que son atraídos y de las reacciones

excitadas, de modo que de esas características nada se pierde, aún si después vienen a ser alteradas. Resumiendo, hay una lucha de fuerzas y la más fuerte vence. Si nuestra voluntad fuera en verdad poderosa e iluminada, entonces el libre albedrío podrá vencer sobre todo. Como podemos ver, esta no es una cuestión abstracta sobre la libertad, sino también de poder.

Si reflexionamos un poco, veremos que estos límites son providenciales, queridos por una Ley sabia que todo lo guía hacia el bien. Si el primer impulso del humano libre albedrío ha sido lanzado según el orden de las cosas, él será encuadrado en este orden como en su natural elemento, y con esto encontrará todas las vías abiertas para su desarrollo. Si, en cambio, este primer impulso ha sido lanzado contra el orden de las cosas, él será confortado por fuerzas que tratarán de corregirlo, sometiéndolo y llevándolo a aquel orden. Esto significa un proceso de corrección del orden. Será doloroso pero es un beneficio y una salvación por el camino del bien, que está establecido que debe inevitablemente triunfar. Es necesario comprender que todo está inteligentemente regido por una Ley sabia, y que ser reconducido a ella, incluso por las vías del dolor, significa la salvación. Esa central genética que es nuestra libre voluntad, no puede, no debe por nuestro bien, producir impulsos de desorden en el orden universal y, si los produce por su ignorancia, deben ser corregidos y reconducidos al orden. No se puede permitir que ellos inviertan el orden universal. Si el hombre en esta su libre génesis de actos repite el gesto creador de Dios, este gesto debe ser disciplinado para colaborar en el plano de la creación y no para tender a invertirlo. He allí porqué estos límites y uniones del libre arbitrio son saludables. Él, pues, ha de ser siempre entendido en función del orden universal que no es posible violar, y jamás como arbitrio desordenado y absoluto.

Como se ve el problema está conectado con otros, como aquel del timbre y de la potencia de nuestro querer (impulso originario), el de la inflexibilidad del orden de la Ley, en fin, el que de esto deriva, el de la responsabilidad y consecuencias. Ciertamente es que el gesto creador del hombre que repite en pequeño el principio de la creación, puede asumir en su libertad también la forma de rebelión, de anti-Ley y de anti-Dios. Si la potencia del querer de la criatura es grande, entonces grande se hace también el conflicto con la inflexibilidad de la Ley y de allí surge una lucha en la cual ésta vence y el rebelde, si no cambia, queda autodestruido. Y aquí el problema se coliga con el del bien y del mal y su solución final, como ya lo tratamos en otra parte. Ahora, colocados los dos términos, libre voluntad humana y universal Ley inflexible, y la posibilidad de un conflicto entre ellos, he allí que de esto deriva la responsabilidad humana, por la cual, si esa libertad ofende a la Ley, ésta corrige sus consecuencias. Dicha responsabilidad deriva del principio de orden y de las reacciones de la Ley al desorden, lo que lleva a sanciones. Responsabilidad proporcionada a la libertad, vale decir, a la posibilidad de violación. Pero si la libertad es bien usada, no en contra sino según la Ley, entonces la responsabilidad no lleva jamás a reacciones dolorosas. No puede ser de otro modo en la lógica del sistema.

Un ejemplo. El primer momento de la acción es el deseo y la motivación. El uno es dado por mi temperamento, la otra está limitada por mi conocimiento. Sin embargo, dentro de los límites de este determinismo dado por un pasado del cual derivó, y dentro de los de mi conocimiento, yo soy libre. Escogeré en ese ámbito un dado tipo de fuerza y tal la lanzaré en una dada dirección. Si esta escogencia deriva de mis antecedentes, de ella a su vez dependen todas las consecuencias. Mi responsabilidad cubrirá el campo de todo este interés compuesto. Y esto es justo, ya que, si todo hoy deriva como consecuencia de precedentes a las cuales el efecto está ligado por el principio de causalidad, esos precedentes fueron siempre en su inicio libremente queridos. Hemos con esto determinado los límites de la responsabilidad los cuales, aún en la forma de interés compuesto, no van más allá de lo que fue libremente querido. Interviene, entonces, el determinismo del ambiente con la influencia de sus impulsos. Ocurrirá el encuentro y la resultante será dada por la naturaleza y potencia de mi impulso, y por la naturaleza y potencia de los impulsos del ambiente, todo combinado en conjunto. Toda fuerza tiende a seguir el desarrollo de su trayectoria según su potencia y naturaleza, y todas interfieren, se combinan, y lo único que queda es la resultante en todos sus encuentros. El desarrollo es siempre en todas partes disciplinado por la Ley que férreamente encuadra en el universal determinismo toda oscilación del caso individual, la cual solamente es admitida por la necesidad de las experiencias indispensables para la formación de la conciencia. Así la ignorancia de quien lanza el primer impulso está prevista en el sistema, y si ella lleva hacia el desorden y hacia el mal, rápidamente es corregida con el dolor que enseña, educa y restablece el orden. De esta manera se elimina la ignorancia del ser que ha marchado hacia su mal sin saberlo. Él escogerá después las mejores vías del bien, cada vez más, a medida que a través de esta escuela crece su conciencia.

Es así que evolucionando aumenta la posibilidad de libremente actuar sin perjuicio, es decir, según la Ley. Mientras más aumenta con la ascensión el poder y el conocimiento, más aumenta la libertad, que se siente en verdad que es una cualidad del espíritu y no de la materia. Pero se trata de una libertad consciente, por lo tanto espontáneamente adherente a la Ley, por la cual la evolución consiste en pasar del determinismo físico de los mundos inferiores, al determinismo espiritual de los mundos superiores, y esto a través de una oscilación llamada libre albedrío, permitida con fines educativos. Si se involucionan, se retrocede hacia un determinismo cada vez más férreo, de reacciones siempre más enérgicas, más adecuadas a la ignorancia e insensibilidad del involucionado que así puede ser sacudido con golpes proporcionalmente violentos, y que solamente por ellos puede ser inducido a evolucionar. De hecho, si el hombre actual encarna en la materia, esto es porque él allí encuentra las resistencias bien duras a él adaptadas, para que en ellos pueda ejercitarse y templarse. De allí se sigue el cotidiano contraste, por todos bien conocido, entre aspiraciones e ilusiones en un ambiente rebelde a dejarse vencer. De esto se comprende la enorme ventaja, para llegar a la alegría y evitar el dolor, que representa conquistar conciencia de la Ley, para saber después llevarla a la práctica, viviendo. Por eso en estos escritos se machaca tanto sobre este punto, que es el problema fundamental de la vida y el único remedio para todos los males. Quien ha comprendido ya no hace el mal, y con esto se libera del dolor. He allí la solución de

todos los problemas. El hombre está destinado al dominio, pero se necesita que primero aprenda a comandar.

Se comprende, entonces, como con el conocimiento aumenta la responsabilidad y con el poder el tamaño de los efectos del error. Pero con esto aumenta también lo ilógico de realizar el mal, su absurdo, que lo hace siempre menos posible, porque ascendiendo cada vez más se sabe que él lleva al dolor, y el instinto de la alegría está escrito en el ser. De modo que este aumento de responsabilidad, que podría producir efectos desastrosos para el involucrado que se dedicará al mal, en la práctica no es peligroso, porque es balanceado por el conocimiento que todo lo guía e ilumina. Con éste el hombre comprende la bondad de la Ley y su propio interés en seguirla, convirtiéndose así en vez de antagonista de Dios, cada vez más su colaborador. Este es el sistema de la Ley que de esta manera a todos atrae hacia Dios. Dada esta estructura, esto es inevitable. De esta forma el ser pasa del determinismo coactivo e inconsciente de la materia, al determinismo libre y consciente de la Ley de Dios, que impera y triunfa en todas partes. En el fondo reina siempre lo absoluto, y el determinismo que lo expresa no hace más que cambiar de forma. El ser que evoluciona en conocimiento, tiende automáticamente a limitar en sí la mayor libertad que de ello resulta, y en vez de servirse de ella para caer en la anarquía, reorganiza sus actos libres según la Ley. Es así que el mayor poder y libertad conectados al conocimiento, no se resuelven en desorden, sino en un cada vez más elevado orden. Todo se reduce, pues, al paso de un determinismo colectivo e inconsciente, como le conviene a quien no sabe, a un determinismo libre y consciente, como le conviene a quien sabe. Entonces el ser libremente hace propia, siguiéndola, la voluntad de Dios.

El sistema es tan perfecto, que la libertad jamás puede traer desorden, pues que ella nace siempre en proporción al conocimiento. Apenas la libertad es usada más allá de éste, nace el error y, por lo tanto, el dolor que lleva al individuo a la Ley y así, automáticamente e inevitablemente, toda libertad de la que se abuse, es mutilada y reconducida a los más restringidos límites anteriores. Pero con esta experiencia de dolor, el conocimiento se dilatará, permitiendo un amplificarse de la libertad, que permanecerá dilatada si no se hace mal uso de ella, renegando del conocimiento adquirido. El sistema de fuerzas, con sus sabias reacciones, constituye la guía y contiene la escala automática de la evolución.

La libertad como es comúnmente entendida, como arbitrio, sin conocimiento, no puede llevar más que al error y al dolor, por lo tanto, a su pérdida automática. Muchos buscan la libertad en el abuso y en la licencia. Su ignorancia los hace caer en la trampa. La Ley de Dios los espera a su paso. Los espera el error, el dolor y la pérdida de libertad. El mejoramiento esperado se resuelve en ilusión. En la Ley no se asciende con la fuerza sino con el mérito; inútil es imponerse cuando no se sabe actuar. La Ley no se ve, ella escapa al ignorante, pero no se puede engañar. Por lo tanto, el rebelde está destinado a recaer en el dolor para aprender. Así lo quiere la Ley en su bondad, que lo rechaza hacia su plano por su bien. El orden siempre vence. Cualquiera que sea la fuerza y la maldad humana, la justicia triunfa. Satanás, el

rebelde, está confinado a su infierno. Toda libertad desproporcionada, peligrosa para el ser porque es superior a su conocimiento, rápidamente le es retirada. Satanás puede solamente donde Dios quiera, es esclavo del mal y es ignorante frente al Cielo. Apenas el ser abusa de la libertad, es llevado por su mismo error de nuevo al trabajo de la experiencia, para que a través de esta única vía pueda subir el camino del conocimiento y de la libertad. ¡Cuántos dolores podrían ahorrarse los involucrados, si conocieran este simple mecanismo de la Ley! ¡Y cuánta bondad y sabiduría ella demuestra al constreñir azotando al hombre, para que ascienda hacia su bien y su felicidad! ¡Cuánta sabiduría en el quitar a los inferiores una libertad que, sin conocimiento, sería para ellos un peligro! Es saludable que quien va en contra de la Ley, incluso si cree dominar, sólo tenga en sus manos ilusiones. Negar libertad a los inconscientes, significa salvarlos del peligro de un demasiado grave abuso, por lo tanto de un desastroso error y de un terrible dolor. Hay en esto también una admirable economía dinámica. Una nueva libertad es concedida solamente cuando el ser por exuberancia de fuerzas puede permitirse ese riesgo, es decir, puede, después de un período de bienestar, afrontar nuevos dolores constructivos (guerras y revoluciones), cuando, en suma, tiene un margen de fuerzas suficientes como para someterse al duro trabajo de experimentar para conquistar nueva conciencia.

Esta nueva concepción del libre albedrío, entendida como limitada oscilación de la actividad del ser en un universo absolutamente todo determinístico, nos permite comprender los últimos resultados de la ciencia. El problema del libre albedrío y del determinismo se puede plantear, y la estructura unitaria y analógica nos lo permite, también en la más moderna física estadística y cuántica. Establecido el paralelismo entre el mundo espiritual y el material, podemos decir que a la libertad de acción del hombre en el seno de las leyes que lo gobiernan, corresponde la libertad de movimiento de los elementos individuales componentes en el mundo de la física atómica. En ambos casos se trata de una oscilación en campo limitado, de una libertad relativa que desaparece en el determinismo apenas la observación sea llevada del caso particular (observación submicroscópica), al de la unidad colectiva del cual él forma parte (observación macroscópica). He allí que en cada caso el libre albedrío, propiedad del elemento individual, está encerrado en un determinismo macroscópico que aparece rápidamente apenas desde las pequeñas diferencias individuales se suba hasta tomar en consideración las características comunes que reúnen en una sola ley a todos los elementos componentes. Esta es la Ley de los grandes números, propia de la masa y no del individuo, revelada estadísticamente. Así se explica cómo bajo el determinismo de la vieja física mecanicista clásica se esconde un aparente libre desorden. El ser, libremente dejado a su experiencia, es retomado en el orden del determinismo, en un plano más alto. Así por ejemplo, cada quien corre a su manera, pero todos corren. De las hojas de un árbol no hay dos idénticas, pero todas son del mismo tipo, modelo y principio. He allí que la oscilación individual no puede jamás alterar el determinismo de la Ley, en el cual toda libertad del individuo particular queda siempre encuadrada.

Todo esto significa que si en la naturaleza individual están escritas pequeñas diferencias en la aplicación y formulación de la Ley general que es determinística, no obstante, en el individuo particular está escrita, mucho más profundo, también la sustancia de esta Ley que a todos reconduce hacia ella a través de las características en el ser dominantes, que la expresan. Ahora, por el principio de las unidades colectivas, estando las individualidades del ser jerárquicamente ordenadas, con los grupos jerárquicamente lo están también las relativas leyes de plano en plano de existencia, de modo que el libre campo de oscilación de cada caso es siempre relativo a la unidad individual. Se entiende que a cualquier nivel ésta es individual frente a la unidad colectiva del plano superior, mientras es colectiva frente a la unidad individual del plano inferior. Libertad que está siempre encuadrada en el determinismo de la unidad superior, y que es libre sólo en cuanto es inferior elemento componente de otra unidad superior, que respecto a la inferior es siempre determinística. Esta es la ley del grupo, mientras que libre es la del individuo. Así con cada unificación ocurre un reordenamiento determinístico, y cada ascensión hacia Dios constituye una más adherente adhesión a su absoluta voluntad.

Se teje así, poco a poco, la trama que forma ese gran organismo que es el universo. Así como el electrón es el elemento componente de átomo, el átomo de la molécula, la molécula de la célula, la célula de los tejidos y éstos del organismo, igualmente el pensamiento de un individuo en la sociedad humana es el elemento de un más vasto pensamiento colectivo, en el cual se suman las características psicológicas dominantes en los componentes. Tenemos, entonces, una masa humana que siente con un solo pensamiento y una sola psiquis, y mucho más determinísticamente que en el caso del individuo particular. Una observación macroscópica nos daría los resultados determinísticos de la psicología colectiva, mientras que una microscópica nos daría los resultados libres de la psicología individual. Se puede, entonces, observar con distinta amplitud de visión no solamente la materia, sino cualquier otra unidad colectiva, obteniendo con esto los mismos resultados, vale decir: libre e ilimitada oscilación en el caso individual de la unidad inferior, y determinismo en el caso colectivo de la unidad superior. Esto según su estructura jerárquica, en cada nivel evolutivo, para todas las unidades.

Comprendidos estos principios, cada quien podrá controlarlos en los hechos y extraer sus consecuencias. Aplicando los conceptos sobre el libre albedrío a la estructura de la materia, hemos podido conciliar, como arriba señalamos, el determinismo de la vieja física mecanicista clásica, con la indisciplinada irregularidad de acción que se nos presenta en el fondo de la materia, según la moderna física estadística y cuántica. Hemos podido comprender igualmente, cómo se puede pasar de un campo de fuerzas regulado según el principio del libre albedrío, a uno regulado por el determinismo. Con esto hemos desarrollado estos dos conceptos ya señalados en “La Gran Síntesis”, en el cap. LXVI: “Hacia las Supremas Ascensiones Biológicas” (v. pág. 229-230, III edic.). Hemos también desarrollado el cap. XXIV: “Nuestro Libre Destino”, del volumen: “La Nueva Civilización del III Milenio”.

Una última consecuencia que nos toca de cerca. Hemos dicho que uno de los límites de nuestro libre albedrío es el principio de causalidad, por el cual nuestro pasado nos liga y lo que sembramos debemos recoger (segunda limitación). Dado que cada momento es el efecto del anterior, así como es causa del siguiente, nosotros no somos solamente libres como causa, sino que estamos también ligados como efecto. Esta es, en nuestra vida, una zona de determinismo. Ahora, esta su manifestación a través de los instintos que representan las cualidades, en bien o en mal, adquiridas en el pasado con nuestra propia experiencia. La parte de la vida más sujeta a funcionar por instinto, la menos reflexiva, es la primera, es decir, la juventud. Entonces se puede decir que en la primera mitad de la vida el hombre mayormente obedece inevitablemente a las consecuencias del pasado, que él no está en capacidad de iniciar lanzamientos de nuevos impulsos. De modo que, mientras en la juventud espontánea o irreflexiva se actúa impulsivamente, como efecto del pasado, solamente aplicando los resultados o totales del cierre de balance de la vida anterior, en la madurez más consciente y reflexiva se actúa mayormente como causa nueva, sembrando para nuestro futuro, más que sufriendo las consecuencias del pasado; se actúa corrigiendo las trayectorias e iniciando el lanzamiento de nuevos impulsos causales. Las acciones de esta segunda mitad de la vida, obedecen, entonces, en su gran mayoría, al libre albedrío, mientras que los de la primera mitad obedecen al determinismo.

Como confirmación de todo esto, podemos encontrar formas analógicas correspondientes en el plano físico. El individuo recibe por herencia y adopta un organismo al cual su personalidad espiritual ha sido atraída por afinidad, pero que es el resultado de la evolución biológica, ahora una especie de determinismo orgánico hereditario, vale decir, un organismo físico ya fijado en una forma, así como en otro plano está su destino que expresa su pasado. Entonces, como en el caso expuesto arriba, también aquí el individuo sufre esta forma física hereditaria en la primera parte de su vida, a menos que la transforme con la continua presión de su espíritu, por la cual sus ideas dominantes terminarían imprimiéndose en la carne, expresándose en características somáticas. Así como es corregido, según como la nueva vida quiere, el anterior resultado espiritual ahora fijado en destino, es corregido también el anterior resultado material fijado en el organismo físico. Siempre y por todas partes, paralelismos y analogías. De modo que en la vida, así como una voluntad de bien puede corregir un destino adverso, así puede corregir también una triste fisionomía, haciendo trasparecer en ella finalmente la belleza interior, si ésta en verdad existe, y viceversa. La nueva vida, sea espiritual o física, se implanta directamente sobre las consecuencias de la anterior, y es lógico que la nueva sea la continuación directa de la vieja, según un mismo y continuo desarrollo de fuerzas. Así la madurez, incluso recogiendo fijadas en el período actual de existencia las consecuencias de la precedente, puede, en la plenitud de sus fuerzas y de la conciencia adquirida, corregirlas mejor, sea guiándolas, o sea sobreponiendo en ellas iniciativas nuevas. Se podría llegar así al concepto de que la masa biológica, vale decir, los cuerpos o formas de la vida, es un material biológico evolucionante común, que progresivamente es elaborado por todos los “yo” que, sucesivamente vistiendo con él sus vidas, lo asumen como forma de su manifestación. Y esto expresaría la acción

evolucionadora del espíritu sobre la materia y la razón de que tenga que desposarse con ella en la vida física, porque el espíritu está a la cabeza y todo consigo lo debe hacerse ascender hacia Dios. Todo aparece justo y lógico cuando se comprende la estructura del sistema universal y se sustituye la limitada concepción de la vida breve encerrada entre nacimiento y muerte, por la más vasta de una vida eterna.

Concluyendo esta visión, antes de pasar a otras, el libre albedrío se nos presenta, entonces, como una pequeña irregularidad que no viola el determinismo universal. Es en su seno y encuadrada en su ámbito, que es admitida esta limitada anomalía propia de la imperfección que debe todavía alcanzar la perfección, y que a través de la incertidumbre de la experiencia, la va buscando. Existen dos mundos, el absoluto y el relativo, el perfecto y el imperfecto. Pareciera que el determinismo propio del primero se resquebraja en el segundo para finalidades contingentes y transitorias, superados los cuales él se reunifica en el determinismo mismo. El libre arbitrio domina la zona de las formaciones y después se detiene, que corresponde a la zona de la conciencia que es también la de las formaciones, encerradas también ellas en el inconsciente humano, subconsciente abajo, superconsciente arriba, pero siempre inconsciente, vale decir, abandonado a la sabiduría de la Ley.

En forma semejante lo infinito, verdadera dimensión universal, se acerca a nuestra mente, se deja percibir y medir haciéndose de nuestro dominio por el trecho limitado de lo finito, para después escapar de nuevo como infinito por el lado opuesto de donde ha venido. Lo finito, como la conciencia humana que en el fondo, frente a la sabiduría de Dios es inconsciencia, como el libre albedrío, entonces no son más que nuestra dimensión transitoria y relativa frente a la verdadera, en la cual ella está encerrada y en la cual todo recae y se completa. Ellas solamente representan la dimensión límite frente a la dimensión sin límite que es el infinito, la conciencia de la Ley o sabiduría de Dios, el determinismo. Por un lado el límite y por el otro el sin límite. Nuestra perspectiva parte del límite y el lado opuesto se nos presenta como negativo, un sin-límite. Sólo sabemos concebir lo infinito a lo negativo, como un no-finito. De esta manera la conciencia humana sólo sabe concebir en el límite. Ella representa un punto de conocimiento que, frente a una infinita sabiduría divina, es ignorancia, así como lo finito es siempre inadecuado frente a lo infinito. Lo verdadero, a semejanza de los aspectos observados, proviniendo de lo infinito de la intuición, se detiene delante de nosotros en una sección suya, en nuestro pequeño campo racional que analiza sus pormenores, sin poder de síntesis. Abajo y arriba de lo racional está la intuición; abajo la intuición axiomática de las premisas; arriba la intuición sintético-conclusiva del genio. Ella pertenece al segundo mundo, al mundo de lo infinito, de la conciencia de la Ley, del determinismo, de lo absoluto, de Dios.

XII

EQUILIBRIOS

“La gloria del aquél que todo lo mueve por el universo, penetra y resplandece en una partes más y en otras menos”

En nuestra ascensión, tratamos ahora por otras vías de acercarnos cada vez más a la concepción de Dios y del universo, que en breve deberemos afrontar; concepción que siento aproximarse y que vamos preparando y madurando en nuestro pensamiento. Estamos bien lejos de la verdad del primer capítulo.

El hombre normal no tiene idea sobre en qué universo de maravillosos equilibrios él vive. Cree que las armonías del orden divino se encuentran solamente en lo alto de los cielos, en el así llamado paraíso. No. Ese orden, expresión de Dios, está por todas partes, incluso en el infierno terrestre. El hombre lo tiene, pues, enteramente alrededor de sí, también en las pequeñas cosas de su mundo, incluso en medio de las duras necesidades de lo contingente. Es verdad que la mayoría humana es involucionada, por lo tanto no sabe nada de este orden divino, de su belleza, de la riqueza que él representa, del poder que contiene el conocerlo y saber armonizarse con él. Esa mayoría involucionada, entonces, lo que más trata de hacer es violar continuamente este orden. Pero esto solamente la perjudica a ella y no al orden, que tiene en su perfección esta característica: la de volverse automáticamente a reconstruir cada vez que sea violado. Así el hombre está activamente ocupado en buscarse sin descanso sólo su propio daño y dolor. Pero esto es necesario, para que él, también quedando libre, aprenda. Y de esta forma, en la sabiduría divina el desorden querido por la inconciencia humana se resuelve en un más elevado orden futuro, y el dolor que de aquel desorden se sigue, se convierte en un medio de ascensión hacia una felicidad más completa. Cierto es que el hombre actual no se imagina que en el universo una riqueza, poder y felicidad inmensas están al alcance de su mano. Está excluido de ellas por su involución que es ignorancia, y para conocer es necesario evolucionar, es decir, luchar y sufrir. La mente que sabe colocar cada cosa en su lugar en el aparente caos humano, verá, en cambio, un diseño maravilloso del cual él forma parte, verá que todo es lógico y está ordenado hacia el bien, por muy tristes que puedan ser las condiciones del individuo y del momento. El evolucionado ve las metas de todo, y el íntimo y tenaz reconstruirse del orden, a despecho del desorden victorioso solamente en lo exterior, en la superficie, relativo y transitorio. Por lo tanto optimismo, un optimismo de hierro, con bases de granito dadas por un profundo conocimiento científico de la vida y sus leyes, optimismo en todo caso, incluso cuando las cosas van mal, incluso frente a la triste constatación de que cualquier descubrimiento científico y progreso en el conocimiento, es empleado por el hombre primeramente para hacer el mal. Pues que la Ley quiere que aquel que hace el mal

involucione, tienda a hundirse cada vez en la ignorancia y en el dolor, hasta la auto destrucción. Y quiere que quien hace el bien evolucione, tienda a subir hacia una siempre mayor sabiduría y felicidad, hasta la fusión con Dios. No obstante las infernales apariencias de algunos mundos como la Tierra, todo es orden, todo está bien, está hecho para la felicidad de los buenos y para el triunfo de la justicia. Quien quiera, esté donde esté, puede siempre salvarse. Quien comprende, irrumpe en un cántico de amor y gratitud hacia Dios y bendice siempre la vida.

Es de este orden que queremos aquí ahora ocuparnos, no en los lejanos planos celestiales considerados de poca utilidad porque están muy lejos, sino en sus reflejos terrenales, en su funcionamiento entre nosotros los humanos, en sus consecuencias y aplicaciones prácticas. Solamente así podremos ser comprendidos. Ley general en el universo es el principio de dualidad, por el cual toda unidad o individualidad del ser es doble, vale decir, dividida y sin embargo soldada en su íntimo en dos mitades contrarias, inversas y complementarias, que se combaten o se buscan, se excluyen o se completan y, en la oposición de los términos opuestos y contrastantes, se constituye en sistema equilibrado, es decir, en unidad e individuo. Ley ya demostrada en otros de mis escritos. Pero hay algo más. Los dos elementos del dualismo que constituyen toda individualidad, no asumen sólo la forma estática, de equilibrio estable, sino también la forma dinámica de un sistema de fuerzas, por lo cual los dos términos no están simplemente contrapuestos en equilibrio, sino que uno de ellos, de valor positivo, se coloca en el centro del sistema y uno o más elementos de signo opuesto o valor negativo, giran a su alrededor disponiéndose en la periferia. El número de éstas es variable en relación a su potencial dinámico y al del elemento central. Mientras más potente es éste, al que denominaremos núcleo, mayor es su capacidad de irradiar y por lo tanto el poder de dirigir un mayor número de elementos satelitales. Paralelamente, mientras menor es la amplitud o capacidad negativa de recibir carga positiva desde el núcleo por parte de los elementos satelitales, mucho mayor es el número de ellos que el sistema puede soportar. Esto porque cada uno de los dos términos se coloca en el sistema en relación con el otro y, por la estabilidad y equilibrio de esto, ellos deben proporcionarse.

Vamos a la práctica, observando como se realiza este principio sobre todo en nuestra realidad. Comencemos por el caso máximo. Todo el universo es doble. Dios, principio espiritual, positivo, está en el centro; la forma- materia, negativa, está en la periferia. Por un lado el motor, activo, creativo, por el otro la manifestación, pasiva, creada, efecto de aquella causa. Los dos términos tienen características opuestas. Dios es el Espíritu, lo Absoluto, lo inmóvil, lo inmutable, el pensamiento directivo, el que manda. El universo que vemos es la forma, lo relativo, lo móvil, lo caduco, la expresión, la obediencia a la Ley. Trascendencia e inmanencia no son más que los dos términos opuestos de un par en el que ellos se unen en estrecha unidad, ligados en el mismo sistema en indivisible monismo. Este esquema único hace eco y se repite en todo el universo, hasta su última pulverización; cada fenómeno es un devenir ligado al par causa-efecto. De esta forma todo pensamiento o acto, según su naturaleza

contiene en sí sus consecuencias. El efecto gira alrededor de su causa hasta el agotamiento de ésta en él.

Casos menores. El sol, núcleo del sistema solar, verdadero macho en su harem, tiene nueve mujeres representadas en sus nueve planetas. Ellas lo siguen obedientes en toda su carrera a través de la galaxia. El mundo atómico está regulado por los mismos principios. Entorno al elemento central del átomo (núcleo), de carga eléctrica positiva, rotan electrones de carga eléctrica negativa, tantos como el elemento central pueda dirigir. Tenemos así en el microcosmos atómico un verdadero sistema planetario en el cual el núcleo representa al sol. Y cada sistema planetario no es más que un átomo de una química astronómica del macrocosmos. En la Tierra tenemos 92 elementos o cuerpos simples que van desde el Hidrógeno (H) al Uranio (U); unidad atómica en la cual el número de los electrones que rotan alrededor del núcleo, asciende desde 1 en el H a 92 en el U. esto quiere decir que el núcleo del H representa un potencial capaz de dirigir un solo planeta y el U de dirigir a 92.

En el mundo orgánico. La distinción sexual, antes de llegar a sus manifestaciones somáticas y psíquicas, existe en la célula, y precisamente según los susodichos principios. La célula es un microcosmos formado como un sistema planetario en el cual el centro está constituido por el núcleo, elemento positivo, masculino, y la periferia, cohorte o harem electrónico está constituido por el protoplasma, elemento negativo y femenino. Los dos dinamismos son inversos y complementarios, recíprocamente contrarios y equilibrados. Llegamos así a las aplicaciones prácticas que más interesan al lector.

La salud, la resistencia orgánica, que tanta parte representan en la lucha por la vida, dependen en gran medida del equilibrio entre núcleo y protoplasma. Por el susodicho principio, dado su inverso dinamismo, ellos representan funciones inversas y complementarias. El núcleo es activo, por lo tanto dinamizante al punto que, si no encuentra en su otra mitad el elemento contrario para funcionar compensadora y equilibradamente, se hace destructivo. Él tiende a transformarlo todo en energía y por esto a quemar el material orgánico; es el verdadero motor de la vida y agente de la evolución, el catalizador, el principio del devenir y de la transformación. Tiende a disolver, a consumir, y si no es frenado, a quemar y destruir. Su acción es oxidante y disolvente de la materia nutritiva acumulada por el protoplasma, para reducirla a energía. Es, en suma, el Dios animador de la célula y, por lo tanto, de la vida, representando la función de la combustión y del recambio, la función del gobierno y del comando. Así como el sol rige, guía y hace avanzar a sus planetas, al núcleo le corresponde la tarea de la dirección y de la ascensión. Esa función completamente masculina y divinamente creativa recuerda y repite en un plano más alto el motivo de la génesis de la energía por desintegración atómica que se verifica en las más complejas formas de individuación química. Como el sol, el núcleo arde, calienta y arrastra consigo a todo el sistema, comanda y se entrega, irradia y sostiene. Representa y reproduce en proporción a su potencia el esquema general del universo, esquema que es único en todas partes; refleja y repite en su plano las funciones

directivas del principio general del cosmos, que según la misma y única ley (monismo), retorne en todos los sistemas menores componentes hasta la infinitesimal ramificación, las cuales, a su vez, hermanándose por reagrupaciones graduales y progresivas según la ley de las unidades múltiples colectivas, tendiendo todos hacia el centro, para reencontrarse y recomponerse allí en unidad.

¿Qué hace el protoplasma por su lado? Lógicamente sus características y funciones deben ser opuestas. ¡Qué problema, si el principio de innovación no estuviera balanceado por el principio de conservación! No nos sorprenda reencontrar en la estructura de la célula los principios contrastantes del misoneísmo y del progreso propios de la vida social. Para quien ha comprendido la unidad del universo, son lógicas y verídicas estas relaciones entre la estructura de la célula y los movimientos colectivos y eventos históricos, que también derivan de la íntima constitución del ser humano. Es más, solamente así se puede en verdad comprender la Historia. Por lo tanto, todo el poder del protoplasma es constructivo de material orgánico, restituyente de las pérdidas, proveedor de combustible para arder. Tiende al ahorro, a la conservación, a acumular las sustancias orgánicas, a almacenar reservas nutritivas, en suma, a engordar. El protoplasma es la hembra que sirve al macho, para que éste con el material recogido por ella pueda, a través del poder óxido-reductor del núcleo, es decir, las oxidaciones realizadas por él como núcleo, crear la energía vital. Reencontramos aquí un momento del fisio-dinamo-psiquismo universal. El núcleo está encargado de crear energía destruyendo materia, es en su plano y sistema el agente del transformismo fenoménico universal, en el cual la sustancia asume formas distintas. Paralela a esta función, el protoplasma es toda sustancia para plasmar, a la espera de recibir impresiones para conservarlas (misoneísmo), en comparación con el agente transformador es el material de la vida, por lo tanto, está hecho enteramente para la construcción y reintegración de éste, para llenar todas las pérdidas que en él se realizan por acción del incendio del núcleo.

Esta es la base del metabolismo orgánico. La vida se basa sobre estos principios. La misma agricultura está sujeta a estas leyes. La semilla es el núcleo, principio activo; la tierra representa el protoplasma, el principio pasivo, acumulados de los materiales que la semilla toma en circulación en su sistema. Hay un recambio en el terreno, regulado por las plantas que en él viven. El cultivo intensivo basado en el abono químico ha alterado, destruyendo la flora bacteriana, este recambio, por lo cual, o se abastece nuevamente de esta flora a la tierra, o se la deja reposar para darle tiempo de reconstruir dicha flora y de recuperar así los materiales nutritivos de los cuales la explotación intensiva la ha empobrecido, o tendremos una producción agrícola progresivamente menor.

En el metabolismo orgánico el protoplasma trabaja, entonces, para el núcleo, pero de él recibe la energía para trabajar para él. La hembra es la sierva del macho, pero de él recibe guía y defensa. Si los dos impulsos contrarios no se compensaran y equilibraran, y luchando el uno contra el otro no se compenetraran y combinaran, terminando así con la colaboración, sería el fin. El núcleo, por sí solo, quemaría todo el material en energía; el protoplasma, por sí solo, cristalizaría la célula sofocando

con sus reservas al núcleo y, paralizando así cada vez más función disolvente y reductora, lo pudriría todo, insensiblemente, en la más grande inercia. En el primer caso tendríamos un recambio demasiado violento y con esto, el rápido agotarse del capital de la célula, de las reservas protoplasmáticas, por lo tanto, el derrumbe del sistema orgánico y la muerte por consumición. En el segundo caso tendremos una reducción del potencial vital de la célula, por lo tanto un recambio lento y una actividad celular orgánica reducida. Esto produciría excesivas e insoportables escorias en el recambio, auto-intoxicación, vale decir, prepararía el terreno orgánico donde fructificaría y prosperaría los microbios. De allí se seguirían el desarrollo de enfermedades infecciosas, la disfunción de los órganos, en fin, la muerte, como en el otro caso.

Podemos ver en esto, cómo nosotros tenemos en casa, mejor dicho, en nuestro mismo cuerpo, aquellos lejanísimos equilibrios cósmicos por los cuales no nos interesamos porque parecen muy lejanos. Tenemos en nosotros y representamos, como todas las cosas, el mismo esquema del universo. Y el orden está en nosotros y en todas las cosas, y a este orden debemos nosotros y todas las cosas la existencia. En la admirable distribución de funciones de la economía de la naturaleza, le corresponde al principio masculino la acción de precipitar, neutralizar y expulsar tóxicos, toxinas, a todo enemigo, todo residuo del recambio. A él está confiada la lucha por la defensa orgánica. Por esto los temperamentos nerviosamente fuertes, de más alto potencial nervioso, tienen mayor resistencia orgánica. Pero, qué calamidad si su función no fuera frenada y balanceada por el principio opuesto. Hemos visto lo que sucede apenas los dos procesos celulares de síntesis y reducción no se equilibran. También nuestro metabolismo orgánico es una lucha, pero una lucha equilibrada. El principio de dualidad y el esquema de este sistema de fuerzas centradas y periféricas, son una ley universal. Es esta universalidad la que da a toda manifestación del ser la forma de lucha. Se comprende así cómo el hombre no puede hacer nada a no ser en forma de lucha, y cómo toda actividad asuma y solamente pueda asumir esta forma. Esto nos indica la imposibilidad y lo absurdo de querer eximirse del esfuerzo de medirse con nuestro propio antagonista, y cómo todo ser tenga naturalmente, según su naturaleza, el suyo propio. Así se explica cómo sin lucha la vida se extingue. La génesis de las defensas y de la fuerza que nos robustece, está en la lucha. Cada quien, según lo que es, tiene su paralelo y proporcionado antagonista, que lo atrae y con el cual debe medirse, para que se forme rápidamente la jerarquía del que comanda y del que obedece según su valor, para que siempre por todas partes las fuerzas se dispongan naturalmente según el mencionado esquema sideral atómico. Esta es la ley del cosmos. No hay otro camino, entonces, que hacerse fuerte y previsor, como la lucha quiere convertirnos. O luchar, y luchando hacerse fuertes para vencer; o servir, sufrir, adaptarse, y en último caso morir.

Este diálogo sobre el núcleo y el protoplasma, no es más que el diálogo del sexo, es decir, del macho y de la hembra. Y también este es un equilibrio cósmico que tenemos en nosotros. No es al azar, sino con armonía y obediencia a este esquema universal, que el macho y la hembra tienen dadas características y se distribuyen

diversas funciones. No es al azar, sino según la lógica y la sabia economía de la vida, que el macho está capacitado para la guerra y la hembra para la reproducción, que el primero mata para crear, y la segunda genera y acumula para que él pueda matar y destruir para crear. Esto demuestra que la vida no es un fin en sí misma, sino un medio para evolucionar. Y si el primero es innovador hasta la destrucción, y la segunda es conservadora hasta la extinción por inercia, la divina sabiduría las ha colocado juntas con el propósito de que se compensen. Una humanidad toda de hombres se mataría en la lucha; una humanidad toda de mujeres se apagaría en el estancamiento. Ninguno de los dos principios sabría vivir y podría sobrevivir por sí solo. Y henos aquí entre las paredes domésticas. El hombre trabaja afuera y lleva a la casa el fruto de su trabajo; la mujer trabaja en la casa y elabora ese fruto, en los alimentos, en los cuidados y en la crianza de los hijos. Este es el modelo según el esquema de la vida. La mujer trabajadora, empleada, activa políticamente, que lucha contra el hombre, es un aborto moderno, va contra la naturaleza. Que el planeta se convierta en sol, el electrón se coloque en el centro del átomo, que el protoplasma se convierta en núcleo, es patológico, es subversión. Pero hay compensaciones también aquí, y el equilibrio está a salvo. El siglo actual en que las mujeres son machos, debe compensar el 1.700, en el cual los machos con pelucas y empolvados eran mujeres. Pero esto pasará y se retornará al romanticismo, y entonces dará risa la actual mujer-macho, como hoy da risa el macho-mujer del 1.700. Todo se equilibra.

También la colectividad tiene sus formas de vida masculina y femenina. En los períodos de gran esfuerzo innovador y evolutivo, todo se dinamiza y se convierte en macho, incluso la hembra. En los períodos de estancamiento en el bienestar, en los cuales se recoge el fruto del esfuerzo precedente y se asimilan y fijan sus resultados, todo se armoniza, se embellece, se refina y se convierte en femenino, incluso el macho. Mientras primero todo era fuerte pero tosco, después todo se perfecciona, se hace gentil, pero también se debilita. Primero las guerras y revoluciones, la voluntad y la conquista, después en la paz, las artes, la belleza y el amor. De esta manera se alternan, como el día y la noche, el trabajo y el reposo, creación y asimilación, y con trabajo alternado, cada uno reposando mientras el otro trabaja, avanzan el espíritu y la materia. El continuo alternarse de los dos períodos históricos, el clásico y el romántico, responden precisamente a la ley del dualismo universal que reencontramos en los dos sexos. Se trata de desequilibrios sucesivos, necesarios para el movimiento evolutivo, los cuales, sin embargo, compensándose siempre se equilibran. El mundo está dividido hoy en este sentido. Por un lado un totalitarismo tiránico, revolucionario, guerrero, pobre y conquistador; por el otro lado las democracias libres, pacíficas, que tienen abundancia y son acumuladoras. Por un lado el principio comunista para tomar; por el otro lado el principio capitalista para conservar.

Ahora, considerada en posición de equilibrio y no en fase de transición, la vida de la mujer es por su naturaleza reflexiva, es decir, busca todos sus motivos en el macho en función del cual, como verdadero satélite, vive y funciona. Esta es su posición natural, su equilibrio al cual ella tiende siempre naturalmente a retornar. Sólo al

macho la naturaleza da la iniciativa. Al satélite femenino le corresponde la obediencia. Y si transitoriamente, arrastrados por el prevalecer del impulso opuesto, el macho se adapta a funcionar como hembra y viceversa, esto es siempre en posición de reemplazo. El desplazamiento es accidental y transitorio. La verdadera mujer ama, el verdadero hombre conquista. A la cabeza de la evolución está el macho y detrás siguen los satélites. En la punta del tren está la máquina locomotora y no los vagones, que en cambio, se hacen arrastrar. Dado que existen tantas formas de evolución y tan distintas alturas, el progreso depende de lo que pueda comprender este macho. Si él está todavía involucionado, hará sólo la lucha del animal para la selección del más fuerte, del tipo animal. Si él está evolucionado, hará una lucha más inteligente y civilizada, para la selección de un tipo biológico más elevado. Pero en todo caso, la mujer lo único que pide es injertarse en el sistema del macho, seguir pasiva al elemento activo. Cuando quiere hacerse activa, queda naturalmente desfasada y, no estando por su naturaleza pasiva para esta función y lucha, viene a encontrarse en condiciones de inferioridad y se lleva naturalmente lo peor. Si es mujer no puede funcionar como núcleo. Esto es por ley innato, y lo es hasta en las profundidades celulares de su organismo. El hecho de que sea escaso el poder oxidante de sus células, y por lo tanto, reducido el volumen de energía que allí brota, constituye una carencia natural, insuprimible, hasta en sus últimas consecuencias, incluso en los planos superiores de la psiquis. Por eso la mujer, esencialmente protoplasmática, tiene necesidad de completarse pidiendo el poder dinamizante al principio nuclear masculino.

Henos aquí con nuevas y para nosotros más cercanas aplicaciones del principio de equilibrio universal. ¿Cómo compensa la hembra sus reducidas capacidades metabólicas, cómo vivifica su recambio que es todo ahorrador, cómo hacen para recargarse de energía sus células acumuladoras? ¿Cómo puede comunicarse con el principio opuesto para recargarse? Y viceversa, ¿cómo puede en ella aquel principio opuesto descargarse? ¿Y cuál es el principio regulador de estos intercambios de opuestos recursos y cargas? Es evidente que los dos opuestos principios, el positivo y el negativo, para poderse recíprocamente compensar y con esto formar el equilibrio, deben ser comunicantes. Veamos cómo ocurre esto. En el mundo orgánico son las hormonas las que más o menos excitan y por lo tanto regulan el metabolismo y también la actividad funcional de cada órgano. Estas hormonas son producto de las varias glándulas con secreción interna, pero sobre todo de los ovarios y de los testículos. Los primeros producen las hormonas ováricas aptas para excitar la función de reintegración y construcción orgánica; los segundos producen hormonas de gran poder oxidatorio, dinamizante. La atracción sexual se da, por una parte por la carencia, y de la otra, por la abundancia de estas hormonas, y viceversa para las de tipo opuesto. Para alcanzar, a través de la compensación, el equilibrio, ellas tienden naturalmente al intercambio. Reencontramos aquí también, en las leyes del amor, el principio universal de equilibrio que todo lo rige, y en ellas reencontramos también el balancearse de la demanda y de la oferta, que es la base de nuestros intercambios y de la ciencia económica. Para cada quien, según sexo y tipo, consiste en adquirir los elementos necesarios que a cada quien le faltan, de quien tiene un exceso y los

entrega a quien de ellos tiene carencia. Solamente así cada quien puede alcanzar una justa regulación del propio recambio y todas las funciones vitales que de allí se siguen. Únicamente así los dos desequilibrios se reequilibran y las recíprocas carencias se calman y satisfacen. Entre iguales (mismo sexo) o semejantes (misma familia) no hay atracción, sino repulsión o indiferencia. Es el intercambio, entonces, que a través del acto sexual, en el cual ocurre la absorción, el que permite a cada quien de los dos sexos el descargarse del propio tipo de hormonas superfluas y de abastecerse de las hormonas de tipo y acción opuesta. Es a través del intercambio sexual que la célula logra meter agua en el vino y el vino en el agua, según su naturaleza y necesidades, y así regular su metabolismo, su vitalidad y funcionamiento orgánico. No hay espacio aquí para exponer particularmente cómo este intercambio ocurre. Sea suficiente hacer notar las relaciones entre un no inteligente uso del sexo y las alteraciones del recambio, y cómo por exceso o por deficiencia se pueda llegar a acumulaciones de escorias, o autointoxicaciones y, por lo tanto, a debilidad y vulnerabilidad orgánica que, sumándose a la hereditarietà, vienen a constituir gran parte de esas carencias y predisposiciones al asalto microbiano, que representa la actual delicia del mundo. Todo hecho, incluso una enfermedad infecciosa, está siempre conectado a sus más lejanas raíces.

Los errores, los abusos, en todo campo, es lógico, precisamente por esta ley de equilibrio, que se pague. De cualquier naturaleza ellos sean, justamente porque son desequilibrios, deben reequilibrarse. Y se reequilibran laboriosamente, sanando nuestra propia desarmonía con nuestro esfuerzo. Aquella es dolor, este es esfuerzo y dolor. Este gran maestro de la vida que es el dolor, todo lo sana y nos hace comprender. Esta es la medicina en el orden divino. Ella es amarga pero es justa y nos cura. Y nada es más creativo que un dolor comprendido. Por dondequiera que lancemos la mirada encontramos orden y equilibrio. En estos ejemplos tomados al azar, hemos visto siempre ejecutarse el esquema universal de las fuerzas antagónicas y complementarias, del problema máximo que parece el más lejano, al sexual que está más cerca de nosotros. Solamente así encuadrados en los esquemas universales se pueden comprender los problemas particulares.

Expongamos una última aplicación en el campo espiritual. Todo conductor en cualquier campo que él actúe, es siempre un núcleo alrededor del cual giran los discípulos, los súbditos, ejércitos, imitadores, clientes, etc. En toda manifestación colectiva, social, política, religiosa, económica, intelectual, también las fuerzas espirituales se disponen rápidamente según el acostumbrado esquema de núcleo central y de electrones periféricos rotativos alrededor a semejanza de un sistema planetario. El conductor, a semejanza del sol, arrastra tras de sí su corte de satélites. El esquema de distribución de fuerzas en el sistema del átomo, de la célula, como en el solar, es el mismo también en los sistemas políticos en los cuales se ordena la sociedad humana. Los pueblos giran alrededor de su gobierno. Los dos son opuestos y complementarios; en el ámbito de las naciones ellos luchan entre sí, pero forman la nación que es una unidad. Para que el sistema de fuerzas pueda formarse, es necesario que los dos términos estén recíprocamente proporcionados y sean

cualitativamente afines, de otro modo el equilibrio y la simbiosis no se forma o se descompagina. Por eso los pueblos tienen los gobiernos que se merecen y viceversa. En el gran organismo colectivo, nueva unidad biológica del futuro, hoy en formación, el pueblo representa el protoplasma, la masa demográfica acumuladora de carne y de bienes. Los jefes son el núcleo que todo lo mueve y dinamiza, pero que está también listo para quemarlo todo por el progreso en las guerras y en las revoluciones. Como tales los dos términos se condicionan, se frenan, se equilibran mutuamente. Después de un esfuerzo bélico o revolucionario, los pueblos se rehúsan al movimiento innovador y se concentran, agotado el esfuerzo expansionista, en la función de acumular. Jefes y masas funcionan subordinadamente y, como macho y hembra, no se sabe quien manda más. Algunas veces los pueblos mandan y los jefes, de hecho, obedecen. Quien guía a la Historia no son, entonces, ni los unos ni los otros, sino las leyes de la vida que los guía a todos. No hay voluntad humana que pueda hacernos salir de estos equilibrios y de este orden. En lo interno de cada unidad siempre hay lucha y contraste, todo “yo” (núcleo) está abrazado a su contradicción, y mientras más fuerte es, mayor es su atracción y más numerosa es la corte de sus satélites, que son sus secuaces y a la vez sus enemigos. Al vencedor, de parte de todos el homenaje de la hembra al macho. Y el homenaje de la vida a su más válido principio, positivo, dinamizante, al cual es confiada la evolución. Quien vence es rey. Así es la ley en cualquier campo.

Como hemos visto, todo gira entonces alrededor de un centro. Dios, centro máximo, se refleja en infinitos centros menores, hacia abajo, hasta lo infinitesimal. De esta forma toda individualidad refleja su imagen y él, en verdad, está presente por todas partes, hasta en el último grano del polvo del universo. El más absoluto monismo se expresa en el repetirse del idéntico esquema, en todos los grados y planos del ser, en todas las alturas de la evolución. El hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios, y en Dios el universo dice “yo”, aunque fragmentándose en infinitas formas. Es en su propio “yo”, que está en todo lo que es, que el ser reencuentra su centro absoluto y eterno, su divinidad, momento y reflejo de la Divinidad suprema, no importa cuáles y cuántas formas caducas él deba asumir en el tiempo. Al decir que la forma está en la periferia y el principio animador en el centro, significa que la forma gira alrededor de la sustancia, la creación alrededor del creador, la materia alrededor del espíritu, la manifestación alrededor del ser, el efecto alrededor de la causa, lo relativo alrededor de lo absoluto, lo móvil en torno a lo inmóvil, lo caduco entorno a lo eterno, la obediencia alrededor del comando de la Ley de Dios. Es tan universal este esquema del ser, que Dios mismo lo representa y en esta forma se nos manifiesta. Él tiene su término opuesto y complementario en Satanás que lo combate; sin embargo, él también gira alrededor de Dios, el único motor, y por él es arrastrado. Satanás es el mal, es la negación que solamente puede existir en función del bien, de la afirmación. Así el mal gira alrededor del bien y el error en torno a la verdad. Ellos se condicionan mutuamente. El mal es la condición de la afirmación del bien, y el bien es la condición de la negación y destrucción del mal. El bien, la verdad, están en el centro, en la sustancia, en Dios; el mal, el error, están en la periferia, en la forma, en Satanás. El dualismo que conlleva división y lucha, está en la base del universo. Él es dolor,

pero es también posibilidad de movimiento y de ascensión. Él se nos presenta como una fractura, pero el universo, con la evolución que va de Satanás a Dios, tiende a volver a sanar. Vemos así que Dios se ha dolorosamente fragmentado para dar vida, en un acto supremo de amor, en una infinidad de seres que, por su naturaleza, como verdaderos satélites, solamente pueden girar a su alrededor, siempre atraídos y anhelantes de fundirse en él, de caer en su propio sol. El mismo Satanás, en el opuesto extremo periférico, solamente puede existir en función de Dios. Si le quitamos a Satanás a Dios, ¿qué negaría Satanás? Si le quitamos al mal el bien, ¿qué destruiría el mal? Satanás está unido a Dios por su misma existencia, y solamente puede existir como ejecutor de la Ley de Dios. Es ella la que ha confiado a Satanás la tarea negativa de la resistencia, es ella la que manda, la que lo encuadra en su orden, lo constriñe a sus fines. En el fondo, Satanás es el siervo de Dios, como el mal es el siervo del bien. Aunque sea a la inversa, en forma de odio y rebelión, Satanás es siempre un satélite ligado a su sol que es su razón de existir.

Una última aclaración antes de concluir. Si el sistema de fuerzas está equilibrado según el esquema ya mencionado, ¿cómo puede él permitir el transformismo de la evolución? En realidad, los dos impulsos opuestos jamás se compensan exactamente y el equilibrio nunca es perfecto. En este caso se tendría un estancamiento. El equilibrio, en cambio, es oscilante y de esto nace el movimiento. Entre los dos principios jamás hay una compensación perfecta, sino que siempre existe una carencia que jamás se calma y satisface, que invoca entonces a su término complementario, al que persigue siempre sin jamás alcanzarlo. Esto que podría parecer un dolor y una condena, es en cambio, la base del movimiento y de la evolución. Lo que parece un mal es un bien, porque representa una infinita posibilidad de sanación. La congénita insatisfacción humana, esa dosis de descontento que queda en lo hondo de todo goce, está allí para indicarnos que él no es jamás el último término de la saciedad y que otro existe más adelante, y que es necesario, entonces, ascender hacia una felicidad cada vez mayor. Si fuéramos felices como se sueña y estuviéramos saciados de todo como se quisiera, entonces todo se detendría. En el momento en el cual los dos opuestos se junten completamente, la compensación estaría completa y estable, y todas las carencias y lagunas estarían colmadas; en ese momento cesaría el movimiento, la vida, la ascensión, todo. Un pequeño desequilibrio es necesario en el sistema, pero también éste es dosificado para alcanzar los objetivos para los cuales existe. Si el sistema de fuerzas se rige y “es”, en cuanto es equilibrio, como unidad estática, él se mueve y puede transformarse en cuanto es en una dada proporción también desequilibrio (unidad dinámica). Proporción regulada también ella, residuo dosificado en relación a los impulsos del sistema.

Una consecuencia para concluir. En nuestro mundo todo es carente, incompleto, pero existe al mismo tiempo todo lo que hace falta para colmar la carencia y completar lo incompleto. Es suficiente buscarlo. La solicitud está hecha, entonces, en gran parte para ser satisfecha, menos un residuo de carencia no colmado, que forma ese desequilibrio y movimiento necesario para evolucionar. Del completamiento nacería

la felicidad, que es la resultante de la armonía. Pero dado que ésta no se alcanza jamás del todo, mas está siempre en formación, igual es para la felicidad. Por lo tanto, si todo existe y es suficiente encontrarlo, el camino para llenar, si no todas al menos gran parte de nuestras carencias, está abierto. Es la vía de los intercambios. De allí su necesidad y utilidad. Todos necesitan algo que recibir, pero tienen también algo que dar. Buscar es encontrar. El intercambio responde a los principios de equilibrio y armonía que rigen el universo. Intercambios de todo género, agrícolas, económicos, intelectuales, orgánicos. El aislamiento egoísta mata. El intercambio es genético. Es a través de él que la vida se abastece y reconstituye de sus pérdidas. El principio utilitario corresponde, en este caso, a un principio de hermandad y de solidaridad. El método evangélico responde, pues, a la gran ley de equilibrio universal y expresa una insuprimible necesidad biológica. Sinergismo cósmico, divino monismo del Todo. Todos tenemos necesidad del prójimo, y quien no lo ama por ello sufre las consecuencias. Para recibir es necesario dar, e ilimitadamente recibirá quien ilimitadamente ha dado. De un modo o de otro todos se buscan para fusionarse. Y cuando se odian y se combaten, esto es porque ellos se buscan sin todavía conocerse, para llegar a conocerse; pero no conociéndose todavía no saben fusionarse, porque no han encontrado la sintonía, es decir, la nota común de la simbiosis. También los dos sexos luchan para llegar a fusionarse. La vida es regida por el amor, y el odio no es más que amor malogrado. En la lucha cuerpo a cuerpo, como en el amor, se termina igualmente abrazado y con espasmo. La ley del odio es la misma ley del amor, aunque sea a lo negativo, con corriente invertida, pero el principio es uno. Todo gira al derecho y al revés, alrededor de un mismo centro y, cualquiera que sea la dirección de su rotar, tiende y quiere por ley divina, sea por las vías del amor positivo o las del amor negativo, unificarse en Dios.

XIII

EVASIONES

Continuemos, aunque por otras vías, la ascensión de la materia al espíritu, que nos lleva hacia Dios.

Que nuestro mundo actual se hace cada vez más infernal, es algo que todos comprenden. Lo sabemos por nuestra dura experiencia. Si los pocos que están bien reposan satisfechos, quien está incómodo se agita en busca de una posición mejor que lo libere de su sufrimiento. Los que ofrecen remedios, entonces, pululan por la ley de la demanda y de la oferta, ya que los remedios son un producto solicitado. Florece así, en los tiempos difíciles la industria del remedio, y esto mucho más, mientras más abunden los males, pues que mientras más abundantes sean ellos, más serán los clientes, y más lucrativa será la industria. Se sabe que las medicinas no curan, pero esto no impide que las farmacias estén a reventar. Hacia donde quiera que miremos, un océano de lamentos de parte de todos. Los vencedores y los ricos no están exentos de esto, pues que si los pobres sufren, ellos tiemblan. Y los remedios no son más que

habladurías. El mal permanece y el escape del dolor parece imposible. ¿Estaremos, entonces, encerrados sin posibilidad de salvación en nuestra propia prisión? Y como el pájaro en su jaula, el hombre cada vez más se debate en busca de evasión. ¿Dónde está la salida, la vía de escape? Los que ofrecen los remedios indican muchas y dicen: ella está aquí, o ella está allá. Pero la jaula permanece y nosotros dentro golpeamos las alas contra los barrotes del dolor, hasta la desesperación.

¡Escapar! Anhelos irrefrenables de libertad, sueño supremo de quien sufre, palabra de orden de hoy, espasmo del hombre encerrado en el infierno terrestre. Cada quien según su filosofía, en la cual según su naturaleza se expresa a sí mismo, intenta su forma de evasión. Intentemos también nosotros la nuestra. Ella será muy distinta a las otras, parecerá una utopía, pero al menos por algunos minutos sentiremos, en vez del continuo acusarse y agredirse incluso en nombre de Cristo, una palabra de paz y de amor, oiremos en vez del caótico infernal concierto humano, las armonías de la música divina, veremos aplacarse el odio en un amor superior dirigido a todas las criaturas. Para nosotros se trata de una realidad científicamente posible. Pero para quien no puede comprender y habla de utopías, ¿no será también agradable evadirse en un sueño tan bello?

Existen dos modos de evadirse del propio plano de vida y condiciones inherentes: o descendiendo, o ascendiendo. La primera vía es fácil pero traicionera; ofrece primero lo dulce y deja para después lo amargo, pareciera regalar y lo que está dando es un anticipo que después es necesario pagar. El mundo actual es necio y prefiere ésta que es la vía del placer. Quien es tonto, es justo que sufra hasta que aprenda. Así lo quiere la Ley, para que él ascienda. Existe también la otra vía, la más difícil, que ofrece primero lo amargo y deja para después lo dulce, una vía en la cual primero se paga y después se cobra. Probemos esta segunda vía de evasión. Ella nos lleva hacia el paraíso. En vez de rompernos las alas contra las paredes del infierno terrestre, dirijámoslas hacia lo Alto. Por este lado la jaula está abierta y la fuga es posible. Huyamos por esta parte y observemos qué ocurre allá en lo Alto, en el paraíso de los más evolucionados que han superado las formas de vida humanas terrestres. La puerta está abierta y es inaccesible solamente para quien no sabe sufrir. Sus barrotes invisibles son dados por las fuerzas de las cuales se compone ese organismo dinámico que constituye la personalidad humana. Nosotros estamos limitados al encierro, solamente por las fuerzas de las cuales estamos constituidos. Sería suficiente poderse cambiar y aparecería para todos un universo de maravillas. ¡Saberse cambiar! Y esto es problema absolutamente individual, en el cual somos independientes del ambiente humano. ¡Independientes! Pero no somos independientes de aquello que nosotros somos. He allí el problema. La jaula no es la Tierra o la vida, somos nosotros, es nuestra naturaleza la que establece nuestra forma de vida. Bastaría saberse cambiar y la evasión estaría lista y garantizada. Problema individual, de destino que cada quien se fabrica por sí mismo con sus propias obras. Imaginemos, entonces, que escapamos de la Tierra por las vías de la ascensión. Dejemos que para los demás que todavía no saben hacerlo, esto parezca un sueño. Para nosotros es una realidad vivida y por esto podemos explicarla. ¿Cómo se huye? ¿Hacia donde? Hacia Dios que es el centro de

la felicidad y del amor. ¿Pero, dónde está Dios? Dios está en todas partes, pero más se manifiesta y más perceptible se hace, cuanto más se avanza hacia el centro. ¿Y cómo se avanza hacia el centro? Evolucionando. El centro está en lo íntimo de las cosas, en lo íntimo de nosotros. La evolución se realiza transfiriendo la zona consciente y activa de nuestra vida de la periferia hacia el centro, marchando desde el extremo del Todo que se llama inmanencia, el extremo que se llama trascendencia. En el anterior capítulo “Equilibrios”, vimos cómo lo creado rota alrededor del Creador y cómo este sistema de esquema rotatorio es el esquema general del universo, desde el átomo a los sistemas solares, desde la célula a los sexos y a los fenómenos de psicología colectiva. Dios está en el centro. Todo gira alrededor de él, sea como materia, como energía, o como espíritu y, según que como tal esté más o menos evolucionado y, por lo tanto, más o menos cercano a él, es también más o menos vivo, consciente, feliz. La fragmentación en lo relativo, el egoísmo, lo caduco, el odio, el dolor, están en la periferia y disminuyen a medida que nos acercamos al centro, hacia el cual andando se hace cada vez más manifiesta la unidad, la fraternidad, la incorruptibilidad, el amor, la felicidad.

Precisemos. Trascendencia e inmanencia son percibidas por el hombre actual como contrapuestas. Así de ellas hacen dos tesis enemigas. En general cuando los hombres luchan alrededor de un concepto, esto es porque ellos se colocan en posiciones distintas, cada uno en un extremo diverso de la misma unidad, de modo que solamente perciben éste. Esto ocurre porque ellos están en la periferia, y mientras más lo están, más el Todo se les presenta dividido, porque mucho más ellos están inmersos en lo relativo. Por esto, la intuición que lleva a la síntesis está más cerca del centro-Dios que la razón analítica. Nuestra ciencia de la materia es periférica, es por su naturaleza divergente y, como hoy ocurre, tiende a la especialización, es decir, a fragmentarse y dispersarse cada vez más en lo relativo. Por eso, ella fue considerada por los hombres del espíritu como luciferina, vale decir, portadora de luz satánica. Y de hecho, ella ha demostrado una pseudo-acción constructiva, que en realidad resulta en destrucción. He allí porqué ella fue entendida como una pseudo-luz, tendiente a oscurecer y confundir, como está tan bien expresado en el cuento bíblico de la Torre de Babel.

Quien, entonces, ve a Dios como manifestación periférica sostiene la inmanencia; quien lo ve como causa central sostiene la trascendencia. En realidad, causa y efecto están en la una y en la otra, y viceversa. Ambos juicios tienen razón, sin embargo, en nombre de la misma verdad ellos se acusan y se contrastan. Es su relatividad y posición periférica involucionada la que hace que ellos perciban la unidad como doble y dividida. Si evolutivamente se asciende, se ve más profundo y la relatividad y división propias de nuestro plano de vida poco a poco desaparecen. Entonces trascendencia e inmanencia se revelan como dos polos del mismo binomio. Entonces aparece y se comprende el universal principio de dualidad y la contradicción cae. La ascensión lleva a una continua pacificación de contrarios, a una progresiva unificación de los fragmentos de nuestro relativo. Entonces el Todo aparece como uno, pero sólo en su íntimo, si bien que dividido en dos partes inversas y

complementarias que se contraponen solamente para formar una unidad. Contraposición, pues, no para dividirse como antes, sino para equilibrarse y por lo tanto acoplarse. He allí un primer paso hacia la unificación.

Pero si se sigue ascendiendo, es decir, se anda hacia el centro Dios, se ve todavía más profundo. El binomio Dios-universo, entonces, no aparece ya sólo como un par unido en inseparable monismo, sino que se convierte en un único sistema de fuerzas en el cual la inmanencia gira alrededor de la trascendencia y ambas son parte integrante en el esquema de la misma unidad, no importando si al observar las cosas colocándose en el centro, todo pueda parecer trascendencia, y observándolas colocándose en la periferia, todo pueda parecer inmanencia. Entonces la creación se nos presenta no solamente ya como elemento complementario del Creador, sino que es el Creador mismo visto en su posición y desde un punto de vista distinto, periférico en vez de central.

Todo gira, pues, alrededor del su centro-Dios, todo gravita hacia él y todo es su manifestación, sin la cual Dios no tendría en el universo, forma o cuerpo. Como en el hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios, en la cual la materia viste al espíritu. El cuerpo también en el hombre es caduco, siempre mutable, es forma, expresión, manifestación periférica. En el centro está la fuente de la vida, de toda energía y riqueza, fuente que como el alma o el sol irradia, y así todo lo nutre y sostiene pulverizándose y dispersándose en la periferia. El cuerpo es de hecho un metabolismo, un devenir continuo, mientras que nosotros sentimos que el “yo” se mantiene constante en medio del cambio continuo de todos sus vestidos o cuerpos. El “yo” es central en el sistema, el cuerpo es periférico y cada uno de los dos tiene en sí las características propias de su posición, como en el universo. Las varias formas que nosotros revestimos rotan alrededor de nuestro espíritu. Este es, en el pequeño sistema de la personalidad humana, lo que es Dios en el universo, es decir, el centro, la sustancia, el motor. Esto responde al principio monista de los esquemas del universo de tipo único y a la señalada afirmación de que el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios, y que en todas las cosas Dios se refleja, de modo que en todas las cosas nosotros lo encontramos. Y como Dios en el universo, así en el hombre el “yo” es el centro y está en cada punto de su sistema, en todo lugar de su ser, hasta en la última prolongación de su forma periférica. El “yo”, trátase de Dios o del hombre, está según el mismo esquema, presente y activo en todo momento de su manifestación, que cual su emanación, es toda él mismo. Centro y periferia de esta forma están unidos y compenetrados el uno en el otro, tanto que el primero está todo en el otro, y viceversa. En este sentido se pudo decir en otro lugar (La Gran Síntesis) que “Dios es la creación”, que “todo debe volver a entrar en la Divinidad”, que “Dios es también el universo físico”. Como Dios se mantiene inmutable en el centro de su universo que siempre cambia de forma, así el “yo” humano se mantiene constante en el centro de su ser físico que también cambia y se renueva a través de sus formas distintas. Este es el esquema del sistema central-periférico, único en nuestro universo y que encontramos repetido a todas las alturas y tamaños.

La evolución se hace posible por esta estructura del sistema, por el cual a un continuo rotar o metabolismo periférico, corresponde un paralelo poder central. Del hecho de que el “yo” humano pueda continuamente cambiar de traje en sus cuerpos, nace la posibilidad de su elaboración a través de sus experiencias. El incesante batir de la experiencia de la vida a través de continuos choques y dolores, este golpear sin tregua sobre nuestra envoltura corpórea, tiene el poder de despertar la divina chispa que en nosotros yace adormecida. Ocurre así que el propio punto consciente y activo de vida se transfiere cada vez más de la periferia hacia el centro, progresando hacia lo íntimo, en lo profundo del ser, alejándose de esta manera poco a poco de lo relativo periférico de la manifestación o forma, y ascendiendo hacia Dios, hacia el centro que está en lo profundo. He allí en qué consiste el proceso evolutivo. Él puede describirse como un subir hacia lo alto, en cuanto que se asciende hacia la perfección y el poder, o como un descender hacia lo profundo, en cuanto que la vida se aleja de la forma hacia su íntimo, o como un progresivo despertar de lo latente que está en nosotros, o también como un andar de la vida de la materia al espíritu, vale decir, un desmaterializarse, un evaporarse de su forma. Pero se comprende que estos no son más que varios modos de ver y de describir varios aspectos el mismo fenómeno.

Está precisamente en este evaporarse de la forma el secreto de nuestra evasión, de la liberación del dolor, de la ignorancia y del error del cual él es hijo, está el secreto para llegar al alejamiento de todo de este océano de lamentos que es precisamente la característica de las zonas periféricas en las cuales nosotros los humanos vivimos. Como se puede ver, se trata de problemas vitales también para aquellos que en todo esto sólo ven utopías. Problemas que aquí son presentados y resueltos con plena lógica y en armonía con el funcionamiento orgánico del universo. Las soluciones aisladas del Todo, jamás son verdaderas soluciones. Pero precisemos todavía más. Nosotros los humanos, como criaturas rotamos, según el mencionado esquema dinámico, alrededor del Creador. Pero no estamos encerrados por esto en un determinado radio de rotación, sino que evolucionando, vale decir, potencializando nuestro “yo” y desmaterializando en proporción su vestido corpóreo, enriqueciendo nuestra personalidad de conocimiento y sabiduría, cualidades y sensibilidad, a través de nuestras experiencias corpóreas, en fin, transformándonos en bien, podemos ir a rotar cada vez más cerca del divino centro, hecho que implica el abrirse completamente de de infinitas nuevas posibilidades. Es con esta transformación evolutiva que nosotros podemos dejar abajo, en los planos inferiores de vida, siempre más infernales en la medida que más se desciende hacia abajo, todo el desorden, el mal y el dolor que los caracteriza. Pues que existen infiernos todavía peores que el terrestre, lugar del penas en el cual solamente los seres inferiores pueden encontrar una felicidad a ellos proporcionada.

Evolucionando podemos emigrar siempre en cuerpos más libres de los pesos y dolores propios de la materia, en cuerpos menos caducos e imperfectos, en formas de conciencia menos prisioneras de lo relativo, menos segregadas del Todo por el egoísmo, en formas de vida menos oprimidas por el odio y menos sofocadas por las tinieblas de la ignorancia. Rotar siempre más cerca de Dios significa sensibilizarse y

potencializarse, enriquecerse y satisfacerse, significa hacernos cada vez más videntes, vibrantes, dinámicos, resistentes, luminosos y felices. Por esta vía la evolución nos lleva cada vez más cerca de Dios. El ser pasa gradualmente de un plano de vida al otro. Los varios niveles biológicos que nosotros conocemos, que van del mineral al genio, no son más que círculos concéntricos de rotación alrededor de Dios, grados que el ser evolucionando poco a poco va ascendiendo. No se trata de movimientos espaciales, sino de una íntima transformación del ser, de un movimiento interno del Todo, por el cual se realiza la progresiva reabsorción en Dios de su manifestación. El sol que ha lanzado a su alrededor por un impulso centrífugo a sus planetas, los vuelve a atraer hacia sí por un impulso centrípeto. Dios es el sol que desde el centro del universo atrae hacia sí todo el universo, y de esta manera lo dirige. Y el universo al igual que los planetas, tiende a recaer sobre el sol, continuamente restringiendo obedientemente a la fuerza de atracción sus órbitas de rotación. Un mismo principio lo rige todo. He allí la evolución. De esta manera el ser va del cuerpo al “yo”, de lo externo donde reina Satanás, a lo interno donde reina Dios, de la forma materia al espíritu-Dios. Por eso ya se dijo que el Reino de Dios está dentro de nosotros. Esto lo podríamos definir como un despertar porque nada se crea y nada se destruye, y fundamentalmente la evolución no es más que un despertar de lo que está latente en nosotros, de lo divino que existe en nosotros, pero dormido en el fondo de la oscura cárcel del cuerpo, encerrado en los sentidos. Todo debe brotar, abrirse, florecer en la vida, también esta divina chispa que existe en nosotros y en todas las cosas, y que anima todo el universo.

El estar ligado el hombre actual a las tormentosas condiciones de su mundo, solamente se lo debe a su involucionada naturaleza. Él está prisionero en el fondo de una cárcel oscura y no sospecha las infinitas posibilidades de la vida, el rey que él es como ciudadano de lo infinito, de qué maravilloso organismo de fuerzas él forma parte, qué concierto de perfecciones es el universo en el cual él vive. Está ciego, le faltan los sentidos para ver todo esto; su miopía, su relatividad lo hacen perderse en el dédalo del análisis y, si se le cuenta y explica todo esto, no comprende y vuelve a mirar hacia las pequeñas y tristes cosas cercanas con las cuales forma todo su mundo. Incapaz de evadirse, dobla la cabeza bajo el peso de su vida tormentosa o se rebela y maldice lanzando nueva leña a las llamas de su infierno de odios. ¡Oh! ¡Si pudiera imaginarse la riqueza, el poder, la felicidad que alcanza quien, logrando despertarse en lo profundo, descubre y encuentra su divina naturaleza! ¡Qué espectáculo apocalíptico ver derrumbarse alrededor los muros de la cárcel, qué sensación trastornante la de la expansión en lo infinito, qué triunfo la evasión de la Tierra, la liberación del dolor y de la muerte, la conquista de la conciencia de nuestra propia eternidad! Las tan pregonadas libertades terrenas no son más que habladurías e ilusiones.

He allí que aparece la visión del paraíso. Observemos. Incluso si el cuerpo permanece en la Tierra, el espíritu puede evadirse. Él se siente, entonces, arrebatado en éxtasis en la contemplación de las maravillas del orden divino. El infernal rechinar de dientes, el caótico luchar y odiarse, el choque de todos contra todos y el inmenso

dolor que esto genera, todo eso queda allá abajo, lejos en la Tierra, como el fragor y la hediondez de las grandes ciudades queda lejos de las cimas de las montañas. ¡Cuánta pureza allá, qué armonía, qué concierto de vibraciones, qué música de divinos equilibrios, qué comprensión y cuánto amor entre los seres! Entonces, incluso si el cuerpo sufre en la Tierra, el espíritu casi desprendiéndose de él, se regocija en un mundo más alto. Miríadas de criaturas de cuerpos sutiles y resplandecientes, organismos espirituales hechos de un dinamismo vibrante de infinitas vibraciones por nosotros ignoradas, a través de una sensibilidad ilimitada que se desborda más allá de las angostas puertas de los sentidos terrenales, reciben y reflejan, absorben y emanan a su vez, como centros radiantes, la radiación que les llega de Dios. Todas las criaturas se armonizan por resonancia y sintonía en un ilimitado concierto, donde todo es vida, movimiento, y cada movimiento se coordina y armoniza en la ley de Dios en un goce intensísimo. En la inmensa sinfonía estos seres se disponen en círculos concéntricos alrededor de Dios, más o menos cerca y resplandeciente según su mayor o menor perfección y su capacidad de absorber y emanar la luz divina. Y estos círculos rotan vertiginosamente en un orden inmóvil, cantan y brillan de infinitas radiaciones en el infinito océano vibrante. Sus trayectorias son dulces armonías, su vibración es amor. Estas criaturas arden con el ansia de evolucionar, es decir, de restringir las órbitas y acercarse cada vez más a Dios, ansiosas de precipitarse y fundirse en aquel Centro. Y Dios desde el centro atrae e irradia, llama y acerca hacia sí con sus radiaciones de amor a sus criaturas, y las criaturas responden, y el coloquio es un abrazo que se hace cada vez más estrecho y el canto es una música cada vez más potente y perfecta.

Todo ser conoce la Ley y solamente piensa en seguirla. Todo es armónico. Ninguna rebelión o violación. He allí la gran belleza. Todo ser sabe su camino en la Ley porque tiene conciencia del Todo, de su posición en el Todo, de lo que él es y deberá ser. La violación, el error, la culpa están lejos. Y sabiendo su camino, cada ser sabe ordenadamente moverse según la Ley en armonía con los demás, unificándose con ellos en fraternal ayuda y amor. Todo esto allí es natural, lógico, espontáneo. Los caóticos impulsos de la vida, finalmente allí se han coordinado. La vida se hace cada vez más infernal, cuanto más el ser es impulsado y mantenido por su imperfección en la periferia, pues que mientras más nos alejamos de Dios, más aumenta el desorden, el choque y el dolor. La Ley y sus fuerzas están en todas partes, y en todas partes Dios está presente. Es un coordinarse, su reordenarse en la armonía divina lo que forma el paraíso. Aquí esos caóticos impulsos se han convertido en un canto divino, en una música universal que todo lo satura de alegría sobrehumana. Por eso el paraíso es descrito con expresiones musicales. Se trata, efectivamente, de una progresiva armonización del dinamismo universal, de una musicalidad que se hace cada vez más completa, profunda y perfecta a medida que nos acercamos al centro. Nuestras creaciones artísticas y musicales no son más que las primeras aproximaciones a esta armonización. Son en verdad poca cosa, y sin embargo, ya nos arrebatan hacia lo Alto, dándonos apenas una idea de la divina contemplación de los ángeles.

Mientras más el alma está evolucionada, más comprende y goza de estas armonías, junto a las cuales el involucionado pasa sin comprender y sin gozar. De esta forma la producción musical de un siglo es el primer índice de su grado de evolución, y nada como la salvaje música moderna expresa tan bien el tremendo descenso involutivo de nuestro tiempo. El pensamiento dominante en cada período histórico, lo colorea todo en cada una de sus manifestaciones, social, artística, filosófica, moral y también material. Mientras en el infierno terrestre el odio, la desconfianza, la inseguridad, el dolor, son la atmósfera natural, allá arriba, en aquellos más elevados planos de vida, el amor, la confianza, la seguridad, representan la dominante vibración del ambiente. Allá los seres no se golpean, no se hieren como recíprocos demonios, causante el uno del dolor del otro. Cada ser, ya que es consciente del funcionamiento del Todo, espontáneamente se coloca según su naturaleza en su justa posición, aquella que naturalmente, sin lucha, es la mejor y de mayor rendimiento en bien y felicidad, para él y para los demás. La criatura ve el ojo de Dios que la mira, siente su presencia que todo lo guía, siente su voluntad que todo lo mueve. Sabe que esta es la perfecta, y su alegría está en querer aquello que Dios quiere. Ya no existe la distancia que descompone el orden en el caos, ofusca y hace opaca esta comprensión y comunión de voluntades entre la criatura y el Creador. Han caído los diafragmas que dividían la unidad, esos diafragmas, causa de todos nuestros males, que son la ignorancia, la inconciencia, el error, la culpa.

He allí, apenas señalado, un esbozo del paraíso. Existe, sin embargo, muchísimas. Pero lo demás la palabra humana no sabe expresarlo. El resto lo llevamos encerrado en nosotros mismos como un tesoro, y no se le ha dicho al mundo de hoy. Ésta, brevemente, es la visión. Después de aparecer en todo su esplendor ella se apaga y el alma arrebatada se precipita hacia abajo en el cuerpo, en la Tierra, en esta Tierra opaca tan lejana del centro, donde la luz de Dios apenas si ilumina las tinieblas profundas. Se precipita hacia abajo para recordar todavía que es posible evadirse y que aquella que hemos visto es la vía de escape del infierno terrestre. Se precipita hacia abajo, a la Tierra donde incluso en nombre de Dios los hombres están divididos, se combaten y se odian; donde también en el nombre de su misma justicia ellos se roban y se matan; en la Tierra, donde todo está prostituido por la materia y arde el infierno querido por el hombre, donde todo es falso y hasta el mismo santo nombre de Dios se convierte en mentira.

XIV

INFIERNO Y PARAÍSO

Parece éste un argumento cuaresmal. Él puede ser, en cambio, un argumento científico, si por ciencia entendemos un conocimiento más amplio y profundo de aquel abarcado por la ciencia moderna. Si la concepción “dantesca” ha arrastrado durante siglos tantas generaciones llenándolas de admiración, si en correspondencia a

aquella concepción existe un consenso en el mundo expresado de varios modos en las distintas religiones, si estas cosas que parecen sueños han tenido la fuerza de convencer a tantos pueblos por tantos siglos, esto significa que ellas saben representar algo biológicamente verdadero y real, incluso si no son visibles y no han sido probadas con los métodos de la ciencia actual. Se trata, evidentemente, de una biología que no es la de hoy, limitada a las especies que ha vivido o que viven en el planeta, sino de una más amplia biología sub-animal y superhumana, biología también espiritual y trascendental, que la ciencia todavía no conoce. La existencia de mundos, seres y condiciones de vida inferiores o superiores a nuestro ambiente por nosotros conocido, es algo instintivamente sentido por todos los pueblos y tiempos. La universalidad de esta intuición no puede dejar de tener un significado. ¿Quiénes son estos ciudadanos del universo, cuya presencia quien sabe dónde y cómo, nosotros vagamente intuimos? ¿Cuáles son sus formas de vida?

La hipótesis astronómica de la pluralidad de los mundos habitados, si es extremadamente lógica y probable, no es suficiente para concluir la cuestión, pues que una biología completa debe comprender no solamente las formas materialmente organizadas sobre el plano físico, sino aquellas inmaterialmente organizadas sobre el plano dinámico y psíquico-espiritual. En el sistema del universo es lógico que la vida continúe por debajo y por encima del plano por nosotros conocido y en el cual vivimos. El mismo principio de la evolución nos indica que deben existir en el universo seres más evolucionados y otros más evolucionados que nosotros. Y que ese principio sea universal nadie lo duda. Nosotros lo encontramos por todas partes en nuestro mundo fenoménico y, dado que constatamos que todo también es analógico, vale decir, funciona monásticamente, por esquemas únicos y simples repetidos a innumerables alturas y combinaciones, debemos concluir por la universalidad del principio de evolución, que él se realiza también allá donde no podemos experimentalmente constatar. El concepto de marcha ascensional implica que allí deban existir formas de vida e individuos que están más adelantadas que nosotros en el camino evolutivo, es decir más alto, y formas de vida e individuos que están más atrás que nosotros, más abajo. La evolución, sinónimo de progreso, menos para los desorientados presa del pesimismo, es un hecho evidente. En todas las especies, sea ésta vegetal, animal o humana, constatamos que allí existen individuos de tipo biológico más avanzado y otros de tipo más atrasado. Pero aquí se trata de descubrir con el método de la intuición, dado que el objeto escapa a la observación sensorial experimental, cuáles son estas formas de vida sub y superhumanas. No es posible observar la estructura de organismos cuya constitución celular y recambio se basan en una química atómica dada por otras relaciones distinta de las de la nuestra, ni es posible definir la anatomía de aquellos organismos de fuerzas, receptores y radiantes, que se llaman espíritus, organismos vibrantes, cuyo recambio y funcionamiento vital ocurren en un plano prevalentemente dinámico y de una física distinta a la nuestra. Debemos aquí contentarnos con algunas observaciones generales como orientación.

El hombre ha llamado siempre paraíso a ese estado biológico en el cual existen los seres más progresados, e infierno aquel en que están los menos progresados. En términos modernos se podría decir: paraíso, el mundo de los evolucionados, e

infierno, el mundo de los involucionados. En verdad la escala es infinita y las posiciones no son absolutas, sino relativas a cada quien, por lo cual el paraíso es aquel ambiente de vida más amplio y feliz que está biológicamente más alto, e infinito aquel mundo más áspero y atormentado que está relativamente más bajo. Algo semejante vemos ya en pequeño en la Tierra con el ennoblecimiento de las costumbres apenas se puede elevar el tenor de vida por el mejoramiento de las condiciones económicas. En los animales lo vemos en el domesticamiento, y en las plantas con el cultivo, por lo cual constatamos la pérdida de las características de ferocidad e instrumentos de agresión que prevalecen en el estado salvaje. Pero también aquí todo es relativo, es cuestión de posición en relación al ambiente y al propio grado evolutivo, al punto de partida y de llegada a lo largo de la escala evolutiva.

Nuestra ciencia ignora lo que existe biológicamente por encima y por debajo de nuestro plano de vida. Este concepto de diferentes planos de vida es una directa consecuencia del concepto de evolución. Si se admite éste, se debe también admitir aquel. Ahora, es evidente cómo para la solución de estos problemas trascendentales, el conocimiento que nuestra ciencia nos ofrece, de un solo plano de vida, no puede ser suficiente. Ni puede serlo para satisfacer la racional forma mental moderna, el conocimiento empírico de las filosofías, o el instintivo-intuitivo de las religiones. Dado que las revelaciones de éstas no son precisas, lo único que queda para la exploración científica de lo trascendental es la investigación por intuición, la cual en algunos sujetos sensibilizados por evolución y a un mismo tiempo racionalmente disciplinados, puede adquirir valor de método científico. Solamente así lo trascendental puede ser sometido a la observación y se puede entrar y penetrar en el mundo del espíritu con métodos objetivos. El hombre del mañana ciertamente comprenderá estas afirmaciones, pero difícilmente los comprenderá el hombre medio de hoy, que no encuentra en sí nada que los convalide, no habiendo por evolución alcanzado el grado de sensibilidad necesario.

Hablar en este sentido de infierno y paraíso no significa hablar de cosas lejanas que no tengan relación con nosotros, o de argumentos de fe la cual se puede no creer. Se trata de nuestro futuro biológico individual y colectivo que no es una quimera; se trata de la selección de la vía de la ascensión o de la vía del descenso que conducen a nuestra alegría o a nuestro dolor. Se trata de preparar el mañana que nos espera y de comprender cómo prepararlo en bien en vez de en mal, para nuestra utilidad o para nuestro perjuicio. Y para comprender, es preciso resolver también este particular problema en el seno de la fenomenología universal, en relación y en función de la cual él se desenvuelve. Es necesario darse cuenta que las leyes sobre las cuales nosotros basamos nuestra vida son relativas a nuestro ambiente terrestre, por lo tanto, son consideradas válidas sólo en él y en relación a él, y que ellas pueden no ser ya verdaderas en otros ambientes donde pueden regir otras. Ciertamente es que estando todo conectado y siendo los planos de vida contiguos, allí deben existir también afinidades y analogías que sirvan de puntos de paso que puedan permitir el transformismo de la evolución y la comunicación, tanto en ascenso como en descenso, de un plano al otro;

cosas que en una escala menor constatamos también en el seno del plano biológico terrestre, es decir, un paso de las formas inferiores a las superiores, y viceversa. Los seres no están jamás encerrados en un plano de vida, en un dado nivel evolutivo, ya que para que se realice la gran marcha evolutiva del universo es necesario que ellos puedan desplazarse hacia arriba y hacia abajo, puedan emigrar siempre hacia nuevas patrias, gradualmente, en correspondencia a las experiencias adquiridas, a los valores conquistados, al peso específico y a la destilación espiritual alcanzadas, según la responsabilidad, la conciencia, el mérito, la perfección madurada, para recoger según la justicia el fruto de lo que se ha sembrado.

Establecida la relatividad de nuestra biología, admitiendo también que ella está conectada por analogía con la biología universal, debemos aceptar que sus leyes se relacionan solamente y particularmente con nuestro ambiente terrestre. En este sentido debemos entender la ley aquí vigente de la lucha por la selección del más fuerte, vale decir, no debemos dar a este principio un valor universal, sino sólo relativo al ambiente humano todavía prevalentemente animal. Si aquí esta ley puede tener su función evolutiva, y esto en proporción al bajo grado del ser al cual ella se aplica, en planos superiores todo esto puede parecer, en cambio, una infernal actividad destructiva, ilógica y bestial, tendiente al retroceso en vez de al progreso. Y así para todas las expresiones de nuestra vida, como las formas de amor, de reproducción, de nutrición, actividades, actividades regidas no por el conocimiento sino por los instintos, y así en adelante.

Pero se puede constatar una diferencia de desarrollo evolutivo en nuestro mismo mundo humano. Aunque el grueso de las masas sociales está formado por individuos de la misma conformación psíquica, más o menos con los mismos instintos y necesidades, tanto así que en el conjunto resultan prácticamente casi iguales, como las ovejas, constituidas en series como las bicicletas, sin embargo, por encima y por debajo de esta zona media y mediocre en la cual la vida poco a poco estabiliza sus equilibrios, emerge o se hunde un número de casos fuera de serie, que se hace cada vez más exiguo cuanto más ascendemos hacia lo Alto o descendemos hacia abajo. Si bien la mayoría tiende a funcionar por imitación y a marchar en manada, (bien lo saben los gobernantes) a los bordes de esto existe siempre un número exiguo de más evolucionados que la media o de involucionados, incapaces los unos y los otros de encuadrarse en ella, sea por exceso o por carencia. Más debajo de la media está el bruto, el delincuente; más arriba está el genio y el santo. El primer tipo representa una forma de vida inferior a la cual todavía pertenece, y se encuentra en la Tierra en un ambiente para él superior, un paraíso, lugar de alegrías. El segundo representa una forma de vida superior desde la cual ha descendido a la Tierra, para él un infierno, lugar de dolores. Pero si el primero se encuentra bien y se lanza a gozar, él representa un peso que los demás deben arrastrar, una resistencia en el camino de la evolución. Los otros deben cargar con el esfuerzo de su educación y las repercusiones de sus errores. Por el contrario, si el segundo se encuentra mal y está obligado a sufrir, él representa un motor que arrastra a los demás, un impulso sobre el camino de la evolución. Él carga con el esfuerzo de la educación de los demás y las repercusiones

de sus errores. La vida que siente todo esto, expresa su juicio a través del sentimiento popular, haciendo del primero alguien detestable, odioso, al que se evita, el involucionado; y admirado, amado y buscado el segundo, el evolucionado. La veneración de las masas por los santos no es impuesta por alguna autoridad, sino que es expresión de leyes biológicas que hablan a través del instinto, y hablan fuerte, ya que ninguna autoridad podría crear tan universales consensos; estas leyes biológicas hablan claro porque saben muy bien lo necesario que es este tipo biológico del evolucionado para los objetivos de la evolución, hacia lo cual converge todo el dinamismo de la vida. Aún sabiendo la suprema función a la que este tipo responde, ella lo fustiga con la incomprensión y con el dolor, porque así lo fortalece y lo afina; y si él triunfa, después lo exalta sin restricciones.

¡Qué triste suerte espera en la Tierra a estos pobres caídos desde mundos superiores al nuestro, pero qué gran función biológica ellos representan y qué misión ellos cumplen! Son verdaderamente la sal de la vida. Como seres pertenecientes a formas más progresadas, representan un organismo prevalentemente espiritual y secundariamente físico, mientras que los así llamados “sus semejantes”, representan un organismo prevalentemente físico con secundarias funciones espirituales al servicio de aquél. En el normal domina el cuerpo, en el evolucionado domina el espíritu. Mientras la mayoría tiende a holgazanear en las funciones animales de la carne, él arde y se entrega. Si las fuerzas de la vida no lo protegieran, él sería explotado por todos, empobrecería hasta la muerte o quedaría quemado en su incendio. Solamente Dios protege al evolucionado, no los hombres. La notoria pobreza de los genios nos prueba que en la Tierra los servicios materiales son mucho más apreciados, y por lo tanto buscados y compensados, que los servicios espirituales. Esto prueba que el tipo dominante no es el evolucionado, sino el semi-evolucionado o el involucionado. El super-hombre es un ángel que ha descendido a la Tierra para trabajar, luchar y sufrir. Los demás se hacen arrastrar por sus esfuerzos, explotan sus obras, le chupan la sangre, se nutren de él. Pero para la vida la explotación es también absorción y ambas se hacen más intensas después de su muerte, cuando él ya no es un rival humano y, por estar muerto, ya no puede defenderse. Entonces la vida bebe ávidamente la sangre de sus mártires y el dolor de sus genios. Los hombres entonces se apoderan de ellos con la glorificación, se nutren con la narración de los tormentos que ellos mismos les causaron, gozan con la patética novela de esos dramas, y no contentos todavía con esto, tienen también la desfachatez de llorar sobre sus desventuras, de los cuales jamás se ocuparon a tiempo, y de levantarles monumentos, para sustento y como estandarte de sus propias ambiciones.

He allí, pues, que en la Tierra ángeles y demonios, paraíso e infierno están de frente. Estos ejemplares a nosotros más cercanos, para los cuales es posible la vida y su trabajo en la Tierra, nos indican la existencia y las características de los planos más evolucionados en relación a nosotros, que no pueden, en consecuencia, darnos representantes para nuestra observación en la Tierra, no estando ellos proporcionados a sus condiciones de ambiente. El involucionado representa la primera prolongación

hacia debajo de nuestro plano, el evolucionado la primera hacia arriba. Pero ellos se prolongan por ambos lados. Representan respectivamente nuestro pasado y nuestro futuro biológico. Esta, del infierno y del paraíso, es, pues, también nuestra historia. Y basándonos en la observación de las formas somáticas y psíquicas de los tipos evolutivos con exceso o carencia que encontramos en la Tierra, acentuando sus caracteres, podemos llegar a una aproximativa representación de las notas dominantes de los tipos biológicos verdaderamente inferiores y superiores, vale decir, de las criaturas demoníacas de los ambientes llamados infiernos, y de las criaturas angelicales de los ambientes llamados paraísos.

Por un lado el bruto. De una potencia toda física, rico de atributos animales y de las características somáticas y psíquicas de la bestia, él se nos presenta como el demonio macizo en la estructura material, provisto de pelaje, garras, cola, cuernos, con los caninos y la mandíbula devoradora desarrollados, y todos los medios de agresión. Psíquicamente a todo esto corresponden los instintos más sanguinarios, egoístas y feroces, paralelos a una proporcionada obtusidad mental, correspondiente a un alma todavía cerrada a los grandes problemas del conocimiento y sorda a las vibraciones de lo infinito. Por otro lado, el tipo biológico del superhombre se presenta con características somáticas y psíquicas opuestas. De una potencia toda espiritual, rica de los inmateriales atributos psíquicos del ángel, él se nos presenta como un organismo dinámico sensibilizado y radiante, receptor y transmisor, vibrante en el océano infinito de las radiaciones de la más alta vida del universo. Psíquicamente a todo esto corresponden los sentimientos más armónicos, altruistas y refinados, paralelos a una proporcionada luminosidad de intelecto, correspondientes a un alma que si está abierta a los grandes problemas del conocimiento y se despertó a las vibraciones de lo infinito. Los caracteres son naturalmente opuestos, precisamente porque la vida se mueve en direcciones opuestas.

El arte, las religiones, el instinto, ya han intuido la realidad de estas formas que escapan a la observación directa de nuestra ciencia, y así nos las describen. En estas descripciones hace eco el terror dejado impreso en nuestro subconsciente por el contacto espantoso con seres feroces inferiores, sembradores de dolores; y vibra el presentimiento en nuestro superconsciente, por el acercarse de la vida a formas superiores y por la presencia invisible, pero real, junto a nosotros, de seres elevados y buenos, sembradores de bien. Así la escala de la evolución se continúa hacia arriba y hacia abajo, en estas inversas direcciones, acentuando cada vez más dichos caracteres, hasta y más allá de los límites de lo imaginable. Ciertamente es que una biología para ser completa, debe comprender también la del demonio y la del ángel, pero esto no se puede pretender con nuestra ciencia actual, dados sus medios de investigación y orientación. Ella solamente conoce la biología animal del involucionado terrestre y la del semi-evolucionado. Podría comenzar a ocuparse de la biología del evolucionado, que bajo la forma del genio o del santo a veces aparece entre los hombres. Comprender científicamente al superhombre, en vez de relegarlo entre los anormales sólo porque está fuera de serie y de encuadrarlo en lo patológico, significaría comenzar a penetrar en esa biología trascendental que es la biología del futuro.

En la Tierra viven materialmente vecinos, pero espiritualmente alejados, seres relativamente involucionados y evolucionados. Esto por necesidad de recíproca elaboración. Con el hombre la evolución entra en un plano de diferenciación espiritual, la cual ya no es expresada orgánicamente por formas físicas, y por lo tanto, no es materialmente visible y manifiesta. Como tal ella escapa a la evaluación sensorial, aun constituyendo fuertes diferencias en aquel nuevo organismo espiritual, dinámico y radiante ya mencionado, que en el hombre medio comienza su construcción con la formación de la psiquis. Comienza, entonces, ya en nuestro plano humano a existir esta biología trascendental, si bien todavía escondida en lo íntimo del ser, ocupada en una maduración subterránea, pero no por ello menos preparada para explotar, apenas madure. Lo que nosotros vemos en nuestro mundo, no corresponde a esta realidad espiritual más profunda. La estructura orgánica o la posición social, nada nos dice de ella. La riqueza, el barniz de la educación y de la cultura, la máscara civil o forma de mentira bajo la cual el individuo se esconde debido a la lucha por la vida, no cuentan. Bajo todas estas apariencias que los hombres adoran darlas a entender como verdaderas, hay una realidad natural interior dada por el grado de evolución alcanzado por el individuo a lo largo de la escala biológica.

Ahora, lo que revela al hombre, lo que lo da a conocer no es lo que él dice, sino lo que hace. Es observando su verdadera conducta que nosotros podemos mirar detrás de las escenas de la comedia que él representa en la vida y ver la realidad. No interesa tanto, entonces, escuchar las ideas profesadas, como observar el método con el cual ellas son vividas. Entonces veremos que, independientemente de todos los programas, teorías o tipo de fe que se profese, la nota característica que revela al involucionado es el espíritu de agresión y de mentira, y lo que revela al evolucionado es el espíritu de altruismo y de sinceridad. En los hechos ellos están en las antípodas. También el primero sostiene los más altos principios de justicia y de bondad, pero él comienza siempre por sus derechos y por los deberes de los demás; no piensa, en absoluto, que se pueda corregir al vecino primero que todo con el propio ejemplo y sacrificio; es llevado, pues, a aplicar el bien emprendiendo la guerra contra el prójimo por las vías de la lucha hasta llegar al odio, y no por las vías del ejemplo, del sacrificio y del amor. Cuando encontramos estos métodos, bajo cualquier creencia, podemos decir con toda seguridad que se trata de involucionados. Esto, tanto para los individuos como para las naciones. Saltar sobre el cuello del vecino para despedazarlo, creer sólo en los ejércitos y en las bombas atómicas, este es el real modo de actuar hoy en el mundo, esta es la actual psicología dominante, que revela cuán involucionada está nuestra humanidad. Las teorías son palabras y no cuentan. En los hechos los imperialismos son todos iguales. Todos usan el mismo método, por lo tanto están en el mismo nivel biológico. Involucionado quiere decir inferior, infernal.

Ahora, el problema actual para el mundo no es el de continuar el milenarismo juego de vencedor y vencido, de invadir y someter, del patrón y el siervo, sino el de evolucionar desde el actual plano del involucionado, al plano del evolucionado que

vive con métodos distintos. Hoy estamos en el reino de la bestia. Es muy natural que el mal y el dolor formen la atmósfera de este reino. Dado lo que el hombre es, no puede suceder de otra manera. Todo esto no es más que la expresión de su real grado evolutivo. Cuando se concibe la autoridad no como función y misión, sino como ventaja personal y medio de explotación, cuando se usa la riqueza de forma egoísta y no como servicio social, cuando cada clase y cada pueblo basan su posición en la conquista y en el abuso, y no en el equilibrio, entonces todo se convierte en agresión y después en destrucción, y el universal grito por la justicia, por la culpa del hombre, será un vano invocar. ¿Para qué sirve hacer distinción entre conductores y súbditos, si los unos son dignos de los otros; entre vencedores y vencidos, si al fin y al cabo la corriente es única y nos arrastra a todos? Los jefes, que son los que más creen mandar, son más prisioneros del sistema que todos y están obligados a seguirlo sin posibilidad de evasión, hasta el final. La vida tiene una lógica despiadada dada por un férreo concatenamiento causal, iniciado el cual, de cualquier orden que él sea, ya no es posible escapar, hasta sus últimas consecuencias. Y al final del concatenamiento del actual sistema del involucionado hay una proposición terrible también para él: la destrucción universal. No se trata hoy de continuar queriendo resarcir sin nunca lograrlo, una serie de errores y abusos que son de todos, ya que así las cuentas nunca se saldan. Se trata de cambiar radicalmente todos, el sistema. Esta es la ley de nuestra hora histórica. Quien no comprenda, perecerá.

Como podemos ver, no tenemos que ir muy lejos para buscar los motivos dominantes en el ambiente infernal, ya que ellos nos son colocados bajo los ojos por el reino humano del involucionado. El dolor es la nota dominante en estos mundos inferiores. Él está en relación directa con el grado involutivo, por lo tanto periférico, en consecuencia caótico, del ambiente. Si observamos bien, en el infierno el dolor es causado por los mismos condenados. En estos mundos alejados del centro la divina potencia central no interviene enviando agentes propios. Su acción, en estos ambientes de tinieblas y tristezas, es del todo negativa y consiste en el retraerse, en negarse, dejando al ser en la atmósfera que él se quiso formar. Para subir al paraíso, es necesario que cada quien evolucionando se haga una atmósfera mejor, con su propio esfuerzo. Dejad a los involucionados solos y ellos harán rápidamente un infierno. Dejad a los evolucionados solos y ellos harán rápidamente un paraíso. En los primeros, la distancia del centro hace que la unidad del Todo se quiebre en el egoísmo, el orden se descomponga en el desorden, de modo que las relaciones colectivas son sobre todo de agresión y de odio. He allí que, allá donde Dios está lejos, como el Sol del planeta Neptuno, es natural que su luz llegue apenas sensible; y su luz significa inteligencia, conciencia, amor, orden, armonía, felicidad. Entonces cualquier ser se convierte en un demonio. Lejos de sus orígenes, la vida se contrae. En vez de expandirse, fértil, ella se hace estéril, hostil, feroz, como la de lo que retoña entre las rocas. Sólo producen espinas. Toda dulzura y belleza desaparece. El mal triunfa y es llevado por la Ley a su mismo autocastigo, es llevado a un infligir en sus propias carnes el aguijón de la ofensa para la defensa. La tendencia periférica del universo es, en el mal, un dolor cada vez más intenso, hasta la autodestrucción. He allí la génesis y el significado de lo que en nuestro planeta se denomina lucha por la

vida y selección del más fuerte. Este concepto desarrollado ahora en dirección involutiva, nos lleva al superhombre de NIETZSCHE, que es el verdadero tipo biológico del super bruto, el rey campeón de un mundo de demonios. Es por eso que la Reina Isabel de Inglaterra, ligada al sistema de su mundo, es “obligada” a hacer matar a su real hermana María Estuardo, y exclama: “Aut fer aut feri; ne feriare feri”. (Es necesario golpear para no ser golpeados; si no golpeas serás golpeado). Cada vida y posición es dominada por su sistema. Cada juego tiene sus reglas, y con ellas es necesario jugar hasta el final.

He allí, pues, lo que ocurre en la periferia. A medida que el ser se aleja del Centro-Dios, por la gravitación con la cual el universo es mantenido compacto en un organismo unitario, comienza y se acentúa cada vez más la dispersión por fragmentación en lo particular. Siempre más débilmente sostenidos por el poder central, las células del organismo no funcionan ya orgánicamente en conjunto acordes y coordinadas, sino que comienzan a luchar las unas contra las otras. Entonces en lugar del único Centro-Dios, se forman infinitos centros infinitesimales que tratan de suplantarlos. He allí la rebelión luciferina. Comienza la disgregación. Cada célula no es ya la compañera que colabora con la compañera, sino la rival que agrede a su rival. Todo comienza a deshacerse, marcha hacia la destrucción. El ser es libre de seguir una o la otra vía: la gran marcha ascensional de los seres representada por la evolución, según la tendencia centrípeta del universo que va hacia Dios, o la vía del descenso, representada por la involución, según la opuesta tendencia centrífuga que se aleja de Dios. Entonces Dios se niega a quien lo niega, y esto significa la muerte. Cortadas y lanzadas fuera de la fuente que todo lo alimenta, los seres se convierten en enemigos, sin abastecimiento y desgastados por una lucha continua, deben perecer. Con este proceso automático de autodestrucción, Dios logra en la periferia, lejos de sí, la eliminación del mal, es decir, de aquella parte del universo que sigue la vía negativa que se aleja de él. Reencontramos también aquí la íntima estructura dualística del sistema monástico del universo. En el caso límite, el mal absoluto coincide con la nada y el bien absoluto coincide con Dios. Satanás niega y al que toca lo destruye. El que vive de destrucción, sólo se puede alimentar consumiéndose. Él es muy ávido, porque es demasiado pobre. Dios es muy generoso, porque es demasiado rico. Y así con relación a las criaturas que tiende hacia un lado o hacia el otro. La plenitud de Dios es el “ser”, la plenitud de Satanás es el “no ser”.

Podemos observar esta disgregación periférica también en nuestro mundo, apenas un poder político central pierde su potencia que rige a un pueblo compacto. Se multiplican, entonces, las pérdidas, es decir, las divisiones y las luchas intestinales. Pero en cada caso, aún cuando el ser quiera alejarse del centro y perderse, la divina justicia se mantiene perfecta por todas partes, porque en cualquier posición que él quiera encontrarse, todo ser tiene siempre lo que merece. Quien desciende va hacia la ignorancia, hacia el error y, por lo tanto, hacia el dolor. La verdad misma se alcanza y se posee en relación a la unidad, está conectada a la armonización, es un producto de la evolución y se encuentra marchando hacia el Centro. Es armonizándose con el orden divino que se descubre la verdad, mucho más que a través de la observación

experimental. He allí toda nuestra historia. Quien sube y quien desciende, cada uno de ellos lo que siembra es lo que recoge. Si obrando bien nos encontramos en el orden divino, avanzaremos hacia mundos más armónicos, y por lo tanto, más felices; si obramos mal nos alejaremos del orden divino, retrocederemos hacia mundos inferiores, más lejos de Dios, donde la lucha es más feroz y, en consecuencia, el dolor más agudo. Si descendemos hacia abajo, tendremos como compañeros a los demonios; si ascendemos hacia lo Alto, tendremos por compañeros a los ángeles, y de esto dependerá nuestro estado de tormento o de alegría. Sin embargo, aunque lejos de Dios nosotros queramos hundirnos, él siempre nos llamará a través de las miles de voces de la vida, siempre un rayo suyo nos llegará como una invitación para que volvamos a subir, pues que libre y nuestro debe ser el esfuerzo, como nuestro será el resultado. Está el que acepta y el que se rebela. Todo lo que pensamos y hacemos queda indeleblemente escrito, y con ello construimos nosotros mismos nuestro destino. Lo que está escrito se puede corregir con agregados y rectificaciones en dirección contraria, pero no se elimina. El presente, una vez que se convierte en pasado, no puede ser cambiado ni siquiera por Dios. Esto es ley y no capricho como el hombre puede creer. Todo hombre tiene en sus manos este material fluido del presente, que se escurre siempre como un hilo y poco a poco se va solidificando. Así se puede construir hacia lo Alto o destruir hacia abajo. Todo hombre en el libro de su vida traza con sus manos su camino, que va hacia el infierno o hacia el paraíso.

Observemos, para concluir, cómo se irradia la luz divina desde el Centro a la periferia, qué vías ella, por un estupendo milagro de amor, sigue para alcanzar también esos mundos inferiores que parecen abandonados por Dios, y no lo están. ¿Cuál es el canal que el Centro sigue para hacer llegar su radiación vital hasta los mundos inferiores? ¿Cuáles son sus operarios colaboradores de su potencia que, llevándola lejos, frenan el disgregarse periférico, retomando al ser que se pierde en la fuga, manteniendo así, a pesar de todo, compacto el universo? Estos operarios, emisarios de Dios, son los evolucionados. En todos los mundos hay un continuo descenso de seres superiores a él, que bajan desde esferas más altas, sacrificándose en una vida de martirios entre seres para ellos demoníacos y, soportando infinitos dolores, enseñan, educan, revela, dan testimonio de Dios. ¡De Cristo hacia abajo, cuántos profetas, genios, héroes, mártires, han llevado a la Tierra la voz de los Cielos! Muchos se escandalizan como de un inútil martirio. ¿Pero cómo se puede proclamar en la Tierra una verdad sin martirio? ¿No son la agresión y la ferocidad las características de los mundos involucionados? Mas este es precisamente el estupendo milagro del amor: que mientras los involucionados asaltan por ciego egoísmo, los evolucionados se sacrifican por iluminado amor. La vida nos dice que el recambio es genético. Esto porque él deriva del amor, y Dios es Amor. Pero si la fecundación de la carne ocurre por las vías de la carne, la fecundación del espíritu ocurre por las vías del espíritu. Mientras más se desciende hacia abajo, más la vida se contrae en una dura cáscara de egoísmo que no abre las puertas al amor. Abajo el “yo” se encierra en sí mismo y allí queda aprisionado. En lo Alto el “yo” se abre y se expande. El primero recibe cada vez menos de la fuente central, el segundo recibe cada vez más. ¡Ay entonces de aquellos que siguen una virtud negativa, dirigida únicamente a

sofocar el amor, en vez de elevarlo! Virtud significa sobre todo afirmación, mucho más que negación. Ésta pertenece a Satanás, aquella a Dios.

La vida tiene necesidad no solamente de fecundación de la carne, sino también de la fecundación del espíritu. La primera forma la masa, la segunda le da el alma. Cuerpo y espíritu, involucionado y evolucionado, son como hembra y macho, complementarios. Por ello se atraen. En el camino de la evolución, el crecimiento de la carne no es más que un medio para el crecimiento en el espíritu. La carne tiene sus límites y solamente el espíritu puede ayudarla a superarlos. El espíritu es un rayo vivificante. La carne es débil, el espíritu es poderoso. De esta manera la fecundación espiritual se sobrepone por otras vías a la fecundación orgánica, la eleva y la completa. Los dos términos de la fecundación espiritual no son macho y hembra, sino evolucionado e involucionado. Aquel es el fecundador, de signo positivo. Éste es el fecundado, de signo negativo. Como la semilla y la tierra, ellos tienen necesidad el uno del otro. Uno es rico porque está más cerca de Dios y por lo tanto, da al otro que es pobre, porque está más lejos de Dios, y recibe, no obstante que masacra a su benefactor. Esta es su forma de acercarse al prójimo. Él recibe, conserva, asimila para volver a germinar según la semilla fecundadora. Se explican así tantas frases del Evangelio. He allí algún otro elemento de biología trascendental. Los dos términos opuestos, entonces, se atraen. Los inferiores son atraídos por los superiores, y naturalmente, según su propia forma negativa de destrucción. El involucionado mata a sus profetas para después venerarlos. Del otro lado los superiores son atraídos por los inferiores, y naturalmente, según su propia forma positiva de construcción. El evolucionado se sacrifica por los hombres para mejorarlos. Los unos y los otros se expresan en forma de bien o de mal, cuales ellos son. He allí el misterio de amor que tiene el universo por las infinitas conexiones entre los seres, sea cuando él se manifiesta positivamente como amor, que negativamente como odio. De esta manera el martirio es ley de amor para los superiores, cuya superioridad en la divina economía del universo no es ociosa, sino más bien, por justicia, cargada de deberes. Sólo así se puede comprender a Cristo.

Se abre delante de nuestros ojos la visión del orden divino, que se convierte en un canto de amor y de bondad también en los reinos inferiores de las tinieblas y del mal. He allí la búsqueda afanosa de la ovejita extraviada, del pecador con preferencia a los justos que ya están salvados. ¡Qué orquestación de abrazos por el universo en todas las direcciones y alturas! ¡Qué real fraternización realiza el amor de Dios, incluso allá donde pareciera que sólo reina el odio! ¡Qué continuo descenso de ángeles a los mundos inferiores, en busca de las oscurecidas criaturas hermanos para iluminarlos! ¡Y qué alegría en el cumplimiento de estas misiones, incluso en el martirio! ¡Qué regocijo para los ángeles de Dios el ser los mensajeros de su amor! En nuestro bajo mundo se admira y se exalta el dinamismo del macho actual, dinamismo involucionado, ciego y destructivo, sembrador de dolores. ¿Sabe él acaso, cuánto sacrificio de seres más evolucionado será necesario para educar y elevar este su dinamismo, para hacerlo constructivo, es decir, sembrador de alegrías? ¡Qué encuentro tan desgarrador, pero qué centellas de él se generan! El inferior goza del

dolor de los demás como si fuera su victoria, y lo busca con indiferencia. El superior toma el dolor de los demás como algo propio, y lo sufre en sí mismo. ¿Qué importa? Él sufre en la luz del amor divino. ¡Qué distintos son el dolor del mártir que ve su fruto y es confortado por la comunión con Dios, que le llega de este martirio, y el dolor ciego y desesperado que nace, no de un acercarse a las fuentes de la vida, sino de un alejarse de ellas! ¡Qué distancia entre un dolor bendito cargado de amor y un dolor maldito cargado de odio! El hombre más evolucionado del mañana comprenderá el infierno que el hombre involucionado de hoy hace de su Tierra. Es necesario ascender al paraíso. Estamos en el umbral de una nueva civilización. La lucha es apocalíptica, pero rayos poderosos se proyectan sobre nosotros. Desde los mundos superiores, infinitos seres nos miran.

XV

DIOS Y UNIVERSO (Parte I)

Después de las precedentes visiones parciales seguidas por nosotros para aproximarnos cada vez más al problema central, afrontemos ahora la visión del misterio central: Dios y Universo.

Para llegar a una definición de Dios, es necesario partir de algunos conceptos que, por su evidencia y común aceptación, se pueden asumir como axiomáticos. Aceptamos, entonces, como demostrado que el hombre es un ser inteligente capaz de comprender algunos conceptos; que el universo es un funcionamiento orgánico dirigido por un “quid” inteligente, que todo se desenvuelve según el principio de causalidad por el cual el efecto está proporcionado y es de la misma naturaleza que la causa que en él se manifiesta; que en correspondencia al principio de causa y efecto, existe un dualismo universal por el cual se puede contraponer relativo y absoluto, finito e infinito, y todo lo semejante.

Querer llegar a una definición de Dios significa reconocer en el universo que el hombre percibe y concibe, un principio causal único que todo lo rige armónicamente. No pudiendo ascender a la causa invisible más que por los efectos perceptibles, debemos primero constatar que el efecto expresa no un estado caótico sino un orden, por el cual todo depende de un centro, por lo cual el evidente devenir de todas las cosas tiene un significado y una meta lógica.

Establecido esto, podemos decir que llegar a una comprensión del concepto de Dios, significa que del polo relativo o finito donde está el hombre, alcanzamos el polo infinito o absoluto donde está Dios. El hombre, con el universo que lo circunda, es efecto. Ahora, para poder reconstruir desde el efecto la causa, es necesario poder observarlo todo, es decir, en el infinito del espacio y del tiempo. Por lo tanto, el

hombre no tiene los medios para poder concebir la naturaleza de la causa, ya que procede con el método inductivo, el de la observación de los efectos. El hombre, entonces, no puede definir a Dios. No puede hacerlo, ya que el mismo concepto de definir pertenece a su mundo finito que no es el infinito, por lo cual el querer definir a Dios, vale decir, lo infinito, es una contradicción y un absurdo. Lo infinito no se puede definir. Dios no es definible. Lo infinito no se puede limitar en particulares atributos, sin con esto mutilarlo. Cualquier definición de Dios, entonces, solamente puede ser una mutilación. ¿Y qué puede saber sobre Dios, un ser como el hombre, cuyas concepciones, incluso las más abstractas, fueron alcanzadas a través de generalizaciones de cogniciones adquiridos por necesidades materiales y no son más que un producto destilado de percepciones, un resultado sensorial, un derivado más o menos cercano al modo de concebir que resulta de los medios de observación y de juicio dados por la naturaleza y por el organismo humano?

¿Qué representan, entonces, las tantas definiciones de Dios dadas por el hombre? Ellas no expresan lo inexpresable Dios, lo indefinible infinito, mas expresan el concepto relativo que de Dios el hombre se hace según lo que él es, es decir, nos revela su naturaleza, su tipo biológico, la maduración espiritual alcanzada, su poder de concepción. En sus definiciones el hombre no define a Dios, mas se define a sí mismo en relación a un infinito, del cual nos muestra las varias aproximaciones realizadas en su concebible. De allí se sigue, que cada definición de Dios es relativa a cada quien, y en el devenir de cada quien es mutable y progresiva. En la Tierra encontramos, de hecho, infinitas definiciones de Dios y ninguna concluyente y definitiva, todas evolucionantes en lo relativo, sin fin. La estructura de lo relativo es de tal manera, que él solamente puede existir en el movimiento. La vida de forma inmóvil, podrá ciertamente estar en el polo opuesto del dualismo, en lo Absoluto. Pero en nuestro finito de criaturas, el detenerse, incluso en lo conceptual, es muerte. Y muerte sólo puede significar inevitable destrucción del detenerse, para volver a entrar en el movimiento-vida.

Cuando un hombre, entonces, se propone definir a Dios, él no define a Dios, mas establece y expresa su posición frente al punto de referencia Dios. Por lo tanto su concepto será relativo y más o menos avanzado, según su evolución. Con esto cada quien se coloca frente a todos los demás conceptos relativos o definiciones de Dios dadas por otros hombres, y con ellas puede tener consenso o disensión, según la posición psicológica de cada uno. Consideran solamente las perspectivas tomadas desde la misma posición. Es evidente que, como de un infinito se pueden tomar visuales desde infinitos puntos de vista, así las definiciones de Dios pueden ser infinitas. Las discusiones sobre este argumento no tienen relación, pues, con Dios, sino solamente con los hombres según el concepto que de Dios cada quien logra formarse. De hecho, estas definiciones se hacen con atributos humanos llevados a lo superlativo, lo que expresa más bien una ingenua tentativa de parte del hombre de crearse para sí una idea de Dios, una representación según el propio concebible, vale decir, hecha a propia imagen y semejanza. ¿Y qué otra cosa se puede pedir al hombre, más allá de los elementos de juicio que él posee en su concebible? Y esto es

lógico y justo. El error está únicamente en el querer dar un valor absoluto a estas definiciones. Esto es verídico para los individuos, para las religiones, para los pueblos, pues que todo inevitablemente camina.

Llegar al concepto de Dios significa haber resuelto el problema del conocimiento, dominar la visión del universo. Y como es progresivo e inalcanzable completamente el conocimiento, así es progresivo e inalcanzable el concepto de Dios. Y mucho de aquello en lo cual los hombres concuerdan en este sentido, es más bien intuitivo y por lo tanto axiomático, en vez de racional y demostrado. Es por una universal tendencia instintiva, que tenemos necesidad de pensar en Dios como perfección, como poder, armonía, justicia y bondad. Nosotros tenemos una instintiva necesidad de encontrar en Dios la causa última que todo lo explique, un inmóvil donde pueda encontrar razón y reposo la incesante inestabilidad de todas las cosas, encontrar el elemento complementario de nuestro relativo, que le complete la deficiencia que nosotros sentimos. Así, Dios se siente más como aspiración y tendencia hacia una meta infinitamente lejana hacia la cual se está siempre en camino, que como una precisión racional en términos cualitativos.

Aplicando los mencionados conceptos a mi presente tentativa de dar una definición de Dios, deberé tenerla como relativa a mí, expresión del grado de evolución espiritual que hoy he alcanzado, progresando mañana hacia siempre mejores aproximaciones. Toda expresión humana es manifestación de nuestra propia alma, en relación al grado de conocimiento conquistado. Dado esto, pueden coexistir muchas definiciones de Dios y, conducida dentro de estos límites, creo que la mía no podrá ofender la de los demás que no pretendo impugnar, ya que las reconozco relativamente verdaderas en relación a cada quien, como expresión de su alma. Con esto no puedo, sin embargo, impedir que los espíritus evolutivamente situados en un plano de evolución no respondan por sintonía a mi pensamiento y, por lo tanto, a él se adhieran.

Después de estas premisas, entro en el argumento exponiendo los varios aspectos en los cuales se me presenta la Divinidad. Más que delante de una definición, siento encontrarme delante de una visión. Me acerco, pues, a Dios, no como a un ignoto por conocer y que mi razón quiere conquistar, sino como a una visión que se me presenta, se entrega y me conquista, que yo recibo por intuición y que me llega desde lo Alto. Tengo la sensación de una gradual progresiva revelación, como de un desenvolverse del misterio. No concibo ya según los conocidos sistemas racionales de definición de Dios y sus consecuencias. Percibo solamente con los sentidos del alma esta visión, me aferro a su estructura mientras siento su lógica; allí reposa el instinto satisfecho y el alma se sacia al alcanzar esta su verdad más allá de la cual hoy no ve, que es la última actualmente, a la espera de avanzar todavía más mañana. La potencia de estas sensaciones es para mí la prueba de que mi visión, al menos desde mi punto de vista, relativamente a mi forma mental y grado evolutivo en el momento actual, es verdadera.

Para llegar a mi aproximación del concepto de Dios, parto de algunos datos de hecho y me sirvo, como de una escala para ascender, del principio analógico que ha observado siempre verdaderos en todos los campos (El mismo que a Cristo le permitía expresarse en parábolas). Dicho principio me dice que el universo es un organismo de estructura armónica constituido según un esquema unitario, por el cual el modelo fundamental que lo individualiza en su conjunto se repite en cada particularidad, que así es individualizada a semejanza del Todo. Cuando nosotros comprendemos la estructura de una individualidad particular cualquiera, allí vemos reflejado el universo y allí encontramos la clave para resolverlo. Aplicaremos ahora, varias veces, este método.

He constatado, de esta manera, que todo es bipolar en el universo. Esta ley de bipolaridad es afirmada en “La Gran Síntesis” y es desarrollada al final del volumen “La Nueva Civilización del III Milenio”. He podido verificar que esta es una ley universal, al menos allá donde mi observación ha podido llegar, sin ser desmentida. Cada individualidad particular nos dice que ella existe en cuanto está formada por dos mitades inversas y complementarias, antagónicas, que se rigen estando equilibradas en su recíproco contraste, formando así y cerrando un circuito de dos fuerzas de signo y valor opuestos. Por los principios de la unidad de los esquemas repetidos por semejanza y derivados de un único esquema central y por la ley de analogía, se puede muy bien aceptar, por todo lo dicho anteriormente, que lo que se ve en los casos menores observables, se repite también en el caso máximo del universo.

Esto me guía a una primera aproximación del concepto de Dios. Él se me presenta, pues, como el polo que es centro, poder, concepto directivo, causa motriz, sustancia, absoluto, polo que está en las antípodas del otro que es, en cambio, periferia, extremo no irradiante sino dinámicamente irradiado y conceptualmente guiado, de este modo plasmado en la forma, polo en el cual el Todo se hace organismo funcionando y que evoluciona hacia fines precisos, el polo de los efectos y de lo relativo en el cual nosotros vivimos. Ahora, el esquema de la estructura de toda individualidad del ser, no me autoriza en los infinitos casos observables, a dividir dichos dos momentos opuestos. Por el contrario, me muestra que el antagonismo no es más que complementariedad, el contraste es equilibrio que no divide sino que une las dos partes en un mismo ciclo. Si así son todos los casos menores observables, por analogía y armonía, que son leyes del universo, así debe ser también éste. El principio del dualismo me lleva, pues, a esta concepción de equilibrio, inevitablemente, pues que él está en todas las cosas, y por lo cual trascendencia e inmanencia no se pueden elidir hasta el absurdo de un universo escindido en contra de sí mismo, sino que, en cambio, deben completarse, equilibrándose armónicamente. La observación de los hechos me dice claramente que los dos extremos sólo pueden ser opuestos y complementarios para formar, en estrecho monismo, una unidad.

Este monismo nace, entonces, del dualismo. Así el universo aparece, como toda individualidad, estrechamente unitario, si bien en su íntimo, de estructura dualista. De esta manera, dicho monismo abarca a un mismo tiempo el aspecto del Dios

trascendente, “yo” distinto de su creación y manifestación; y al aspecto del Dios inmanente, que se ha pulverizado en infinitos “yo” menores y está fundido en su manifestación en la cual está siempre presente. Veamos ahora las relaciones entre causa y efecto, entre Dios y el universo. Según el primer aspecto la creación es instantánea, realizada fuera de sí, y queda separada de su causa que es de naturaleza completamente distinta. Según el otro aspecto, la creación es íntima, progresiva, es evolución, es una manifestación de Dios en la cual la causa queda siempre presente y operante en su efecto, con el cual queda fundida, con igual naturaleza, con el alma humana con su cuerpo. De allí se siguen dos concepciones opuestas, que parecen excluirse y que, en cambio, se completan.

Tratemos de comprender las relaciones entre Dios y universo, tomando en examen, por el mencionado principio de analogía, el caso semejante del hombre que ya fue reconocido como hecho a imagen y semejanza de Dios. Ejemplo que cada quien puede encontrar en sí mismo. Como nuestro universo, el hombre está formado de tres elementos: materia, energía, espíritu. Como en el universo, aquí volvemos a encontrar una trinidad que es dualismo en sus dos extremos, materia y espíritu, que son los dos términos inversos y complementarios en lucha en el compuesto humano. La analogía que es universal nos dice que las relaciones entre Dios y el universo deben ser semejantes a las que ocurren entre el alma y el cuerpo, entre el espíritu y la materia. El alma es independiente del cuerpo y puede asumir diversos cuerpos según su grado evolutivo. Aquí tenemos es aspecto “trascendencia” por el cual el principio es una individualidad separable de su manifestación relativa. Pero el alma está también estrechamente fundida y hecha una misma naturaleza con el cuerpo, que sin ella se convierte en cadáver; en el cuerpo del cual ella dirige la formación, el recambio, la evolución. (La evolución orgánica no es más que la expresión externa de la evolución del espíritu. Aquí tenemos el aspecto “inmanencia”, por el cual la causa está siempre presente y activa en su efecto.

Traslademos el esquema unitario dualístico que rige la vida del hombre, a la dimensión máxima del semejante esquema que rige la vida del universo. Dios es distinto de su actual universo y se puede separar de esta su manifestación para asumir infinitas otras. Dios es también el alma que rige el actual universo, está fundido en él, siempre allí presente y activa con una creación continua que llamamos evolución. El principio de inmanencia nos dice que si al universo le quitamos a Dios, queda un cadáver. Pero el principio de trascendencia nos dice, que si Dios se desliga de su universo, vale decir, de su actual forma de manifestación, él puede todavía darse expresión en infinitos otros universos. El universo actual no es más que una de las infinitas formas que lo Absoluto ha querido dar de sí mismo en lo relativo. Él puede siempre librarse de esta su expresión en el espacio y el tiempo; lo infinito es siempre señor de romper los límites de lo finito en el cual quiere encerrarse. Pero mientras que él se imponga estos límites, lo relativo del universo actual es su casa y expresión, en ésta Dios es necesariamente inmanente, y como tal, en este su aspecto él vive, vale decir, lucha, sufre, goza, evoluciona con nosotros y con todos los seres. Él es el motor universal, impulso que hace presión para llevar el universo a la plena expansión de él, a la gradual pero plena conquista de su perfección.

Si en la concepción de Dios nos limitamos a uno solo de sus aspectos, sea él de la inmanencia o el de la trascendencia, tendríamos de él un concepto mutilado, incompleto. Debemos en verdad venerar al Dios trascendente, lo absoluto para nosotros inconcebible, que exorbita de todos los posibles límites de nuestro universo; el Dios en su verdadera esencia, muy distante, lo inconcebible, lo inaccesible. Pero debemos también sentir con amor el Dios inmanente, que al ser se ha dado fundirse en lo relativo, el Dios cercano, comprensible, que se ha encerrado en el límite de la criatura; el Dios que sabe humanizar el vértigo de su infinito para hacerlo accesible a quien no tiene la potencia para alcanzarlo, el Dios Padre y amigo que asiste y socorre a sus criaturas. Cualquier cosa que digan la revelación y la teología, sin este segundo aspecto, el universo se disecciona separado de su fuente divina, la vida no alimentada ya en todo instante por el Dios presente, muere. Ninguna filosofía puede cambiar estas que son las leyes de la vida.

Era necesario, para obtener una primera aproximación del concepto de Dios, comenzar por lo sensible de nuestro universo, para después subir desde allí hasta su causa que está más allá de lo sensible. Para escalar lo inaccesible, es necesario comenzar por lo accesible, estableciendo las relaciones entre el universo y Dios, entre el efecto y la ignorada causa que está más allá de él. Aunque hoy se duda de todo, también del principio de causalidad, sin embargo es evidente que las características del efecto reflejan la naturaleza de la causa. Y entonces, dado que el universo de los efectos es tan inconmensurablemente vasto y complejo, tan maravillosamente ordenado y perfecto, es lógico tener que deducir que semejantes cualidades superlativas deban reencontrarse también en la causa que es Dios. Es de esta manera que se ha formado la mayor parte de las definiciones de Dios, con un proceso de multiplicación de los mejores atributos concebibles por el hombre. No repetiremos estas definiciones. Dejemos que él quede definido por la descripción de sus actividades, en la cual está implícita la de sus atributos.

Algunas referencias antes de ir más allá. Lo que estamos desarrollando en este capítulo concuerda con lo que ya se dijo resumidamente en “La Gran Síntesis” y que aquí es desarrollado como aclaración del pensamiento allí contenido. Esto para exponer su verdadero significado, dado que una inexacta interpretación de él y de la terminología allí usada en sentido especial, provocaron su condena bajo la acusación de “errores teológicos”, como el panteísmo, la afirmación de una exclusiva inmanencia de Dios y afines (v. Introducción de La Gran Síntesis).

Dicho volumen en la pág. 23, III edic., dice: “Podéis llamar a esto monismo; atended a los conceptos más que a las palabras”... “Monismo, vale decir, el concepto de un Dios que es la creación. Seguid leyendo antes de juzgar”. En la pág. 29, “La Ley de Dios” dice: “el principio y sus manifestaciones”. Esto quiere decir que el concepto de Dios no se puede aislar en ninguno de sus aspectos, sea el trascendente de principio, sea el inmanente de manifestación. Monismo significa precisamente su equilibrio y

fusión en unidad. Separarlos significa mutilar el concepto de Dios en uno de sus fundamentales aspectos.

La Gran Síntesis, en el cap. LXIII, “Concepto de Creación”, pág. 215, III edic., dice: “Podéis llamar creación a un período del devenir y sólo entonces hablar de principio y de fin”... “Todo debe volver a entrar en la Divinidad, de otro modo esta sería parte y por lo tanto incompleta; si existen fuerzas antagónicas, esto sólo puede ser en su seno, en el ámbito de su voluntad, que como parte del mecanismo de su querer, del esquema del Todo”... “una escisión absoluta entre la Divinidad y lo creado, no puede tener cabida en mi monismo...”

En la pág. 216, dice: “No tengáis temor de disminuir su grandeza diciendo que Dios es también el universo físico, pues que este no es más que un instante de su eterno devenir en el cual él se manifiesta”... “Mi concepción tiende a mantener compacto el Todo en una visión unitaria, y a hacer resaltar los profundos vínculos que ligan principio y forma”... “Dios es el principio y su manifestación, fundidos en unidad indisoluble; es lo absoluto, lo infinito, lo eterno que vosotros veis pulverizado en lo relativo, en lo finito, en lo progresivo. Dios es concepto y materia, principio y forma, causa y efecto, apretados, inescindibles, cuales dos momentos y cuales dos extremos dentro de los cuales el universo se agita”.

Este es el monismo que ahora aquí explicamos. Dios es causa que se funde en su efecto. Pero éste es siempre un relativo, que como tal tiene principio y fin, lo opuesto de lo absoluto-causa que, cual extremo opuesto, tiene características opuestas, es decir, es inmóvil, eterno, más allá de todo límite y medida. Es así que el actual universo tiene principio y fin. Pero las creaciones del mismo Dios infinito pueden ser infinitas en lo finito, proponiéndose cada una alcanzar su objetivo, creaciones progresivas que se completan sólo con su concluir (v. “La Gran Síntesis”, III edic., pág. 62, fig. 2, creación a, b, c, d, etc.).

A estos conceptos se refiere el desarrollo de este capítulo. Para comprenderlo es necesario toda la orientación general de “La Gran Síntesis”, y haber establecido la solución del problema del dolor y del amor, allí desenvueltos en los cap. del LXXX al LXXXII, la comprensión del bien y del mal y de la solución final de su contraste (cfr. el volumen: “La Nueva Civilización del III Milenio, cap. XIII. “Problemas Últimos”), haber, en fin, comprendido los capítulos: “Evasiones”, “Infierno y Paraíso”, “El Principio de Unidad”, “El Error de Satanás y las Causas del Dolor”, y “Por qué Amor es Alegría”, que se desenvuelven en los volúmenes: “Problemas del Futuro” y “Ascensiones Humanas”. Al actual grado de profundidad en el conocimiento del argumento, solamente se puede llegar por grados, preparando todos los elementos de las conclusiones actuales con la solución de varios problemas característicos. Retomemos ahora nuestro argumento.

Establecidas, entonces, las relaciones entre Dios y el universo, nos preguntamos: ¿Por qué Dios ha querido expresarse en esta su manifestación, y cuáles son los objetivos

de ella? (admitido el principio universal de causalidad). Nos encontramos aquí frente a una primera, pero sólo aparente, contradicción. Si por un lado solamente el concepto de un Dios perfecto, absolutamente justo y bueno, sacia el instinto de nuestra alma que otra cosa no puede admitir, en la realidad de los hechos nuestro mundo lo vemos imperfecto, incluso injusto y malo. ¿Cómo puede ser este efecto tan disímil de su causa? A nuestra alma le repugna absolutamente trasladar a la causa estas cualidades de sus efectos. Y entonces, ¿cómo es que una tan maravillosa fuente, se ha corrompido después en el dolor y en el mal en su manifestarse? Frente a este problema el espíritu humano se encuentra desde los principios de la civilización, y trató de resolverlo con el mito de la caída de los ángeles y después con el pecado original. Según estas soluciones, nuestro actual universo no sería más que una degeneración de otro universo perfecto que se derrumbó por obra de la criatura que quiso traicionar al creador. El ser sería un decaído en poder del dolor y capitaneado por Satanás, un anti-Dios, supremo rey del mal. Frente a Dios se habría formado así, en su misma manifestación, un universo enemigo. De allí nació un dualismo antagónico irresoluble, en guerra, muy distinto al dualismo armónico y unitario que arriba descubrimos. Las dos partes forman una escisión, una insanable fractura disolutora, y no un equilibrio compensado que contrapone los opuestos solamente para unificarlos constructivamente. Aquí estamos, en cambio, frente al naufragio de la obra de Dios. ¿Cómo podía él, con las cualidades que debemos atribuirle, fallar tan miserablemente? ¿Cómo podía no haber sabido prever y, en fin, ser vencido y subyugado por la voluntad de la criatura? Esto implica algún grave defecto de origen para llegar a tan desastrosos defectos. ¿Y cómo podía éste estar en Dios? He allí que la criatura ha superado al creador y lo sustituye en la dirección y precisamente en sentido contrario, como un segundo dios invertido. Entonces el primer Dios debe modificar sus planes imperfectos y mal ejecutados con directivas distintas y socorrer al ser caído con su redención. De esto derivan una serie de consecuencias bien conocidas.

Dado el concepto de Dios que el instinto del alma y su intuición nos indican, ella se rebela frente a la idea de un desdoblamiento del poder creador, por el cual la divinidad se despedaza contradiciéndose en la inversión de una parte de su manifestación, para terminar en una lucha dolorosa y estéril entre dos jefes que se disputan las directivas de lo creado. Entonces el mal se nos presenta en verdad como una fuerza negativa, el antagonista que atenta contra Dios, una imperfección debida a su imperdonable error que él en un dado momento encuentra en su obra y el cual se apresura a remediar. Entonces Dios no es el todo, sino que existe fuera de él otro Dios aunque sea a la inversa, que lo limita y lo agrade. Es suficiente esto para hacer derrumbar el concepto del Dios absoluto y perfecto, como el instinto de nuestra alma intuye. Quedan de ese Dios unas ruinas, mutilado y vencido, un Dios relativo y finito. Todo se derrumba en lo absurdo. Y para el hombre quedaría una herencia de dolor, sin meta constructiva, castigo de un Dios que se convirtió en vengativo, dolor que él trata en vano de sanar. Y este dolor se debe a la grave culpa del primer rebelde que, sea Adán o Lucifer, ciertamente no podía tener conciencia completa del bien y del mal, sea por ser un primitivo (Adán), sea porque si la hubiera tenido (Lucifer), no

hubiera sido jamás inducido a cometer tal rebelión en su perjuicio, expulsándose por sí mismo hacia el reino del dolor, por él mismo creado y no en verdad por Dios. ¿Cómo puede un inconsciente ser responsable cuando no sabe lo que sucederá, y se lanza a una tentativa creyendo ganar su propio bien y, sin saber, se equivoca? ¿Y en nombre de qué justicia, Dios que lo sabe todo, que tenía la presciencia de todo, incluso de este error, puede condenar a este ser que por ignorancia ha errado, a pagar duramente con el dolor? Cuando un niño inexperto cae, la culpa es del padre que sabiendo más, debía prever lo que el inexperto no podía, es del padre que tiene el deber de educar antes que el derecho de castigar, y esto solamente en proporción a la experiencia poseída por el hijo. Cuando el hijo no tiene conocimiento, el padre no puede castigar. Si Adán y Eva le creyeron a la serpiente, fue porque eran ingenuos, inocentes y no sabían las consecuencias. Pues que incluso hoy, el mal es siempre fruto de la ignorancia y de la ilusión que de allí se sigue. Incluso actualmente, nadie hace el mal por el mal; si lo hace es porque considera en su ignorancia que es una ventaja, algo útil, un bien. Y entonces, ¿qué debemos pensar de un Dios que, contrariamente a sus principios de lógica y justicia, así se comporta con su criatura?

En la visión que se me presenta delante, todo se delinea de manera muy distinta. El dualismo, que es una evidente, indiscutible constatación de hecho, permanece. Pero él, entonces, ya no se presenta antagónico y destructor como en el anterior sistema, sino que muestra su más profundo y satisfactorio significado, y con esto se revela, en cambio, unitario y constructor. El universo me aparece monista, es decir, estrechamente unitario también en este caso. En “La Gran Síntesis” he dicho que, así como el pensamiento humano ha pasado de la idea politeísta a la idea monoteísta, ahora pasa de la monoteísta, vale decir, la de un solo Dios pero distinto de su universo, a la monista en la cual Dios es todo, también el universo. El hombre ha subido evolutivamente y hoy Dios se acerca, se hace más accesible para nuestra nueva madurez. En el caso actualmente observado, el monismo del Todo, la unidad universal que no ha quedado dividida entre el Dios trascendente y el Dios inmanente, permanece también como unidad indivisible también en su dualismo bien-mal, Dios-Satanás. En esta visión el universo se me presenta absolutamente unitario, pues que cualquiera escisión suya sería una fractura insanable, por lo cual se derrumbaría su perfección. No nos interesa aquí si la palabra “monismo” tiene otros significados, o si forma parte de distintas escuelas humanas. Este es el sentido que aquí le damos a esta palabra y prescindimos de las demás. Y en este concepto es fundamental, que existe un solo centro dominador, una sola fuerza directora en el universo y no dos. No existe un anti-dios, no hay roces, errores que sanar, Dios no tiene enemigos, Satanás es su siervo y en tal sentido está sujeto a él, pues que es su instrumento para los fines del bien que es la única ley de un solo Dios señor de todo, verdaderamente bueno, justo y perfecto como el instinto del alma nos dice y exige. Existe así un funcionamiento orgánico unitario y no dividido entre bien y mal.

Pero el mal y el dolor no desaparecen por esto. ¿Por qué, entonces, existen y fueron queridos por Dios, único señor de todo? Esta visión no destruye el hecho innegable de que el dolor y el mal existen. Da únicamente de ellos una explicación lógica, la

única que no perjudica el concepto de Dios, la que nuestra alma exige y no atenta contra su perfección. Hemos ya en el volumen: “La Nueva Civilización del III Milenio”, tratado sobre el problema del mal, de su función constructiva al servicio del bien, de su destrucción final dependiente de la estructura negativa de un mismo sistema. Pero no es aquí de la naturaleza del mal y de su suerte que queremos ocuparnos, sino de su posición en la estructura unitaria del universo, para comprender cómo en verdad él no la perjudica; allí él representa, por el contrario, una función positiva y constructora, solidaria con la del bien. Vemos así al mal y al dolor aparecérsenos con un significado más profundo y muy distinto al anterior, como partes integrantes del mecanismo creativo, como elementos solamente en apariencia negativos pero en sustancia positivos, no maléficos sino benéficos. Únicamente así ellos pueden estar en la Divinidad y no contra ella, que es bien y afirmación creativa, y no puede ser nunca maléfica. En el actual nuevo impulso hacia Dios, Satanás, de tenerlo enemigo de Dios y nuestro, se convierte en ignorante que hace el mal porque no sabe, y precisamente por esto termina haciendo el bien, en el seno de la infinita sabiduría de Dios que todo lo abarca, incluso la obra de Satanás. Y entonces nuestra vida ya no es una condena, un exilio, un castigo por una culpa originaria, sino que es toda alegría, en ascensión hacia el bien, también en las caídas y en el dolor, es siempre una bendición de un Dios verdadero Padre amoroso, y en todo momento ascensión y conquista hacia nuestra felicidad. En esta visión veo a Dios tender los brazos siempre, a todos, para llevarlos a todos hacia sí, suprema alegría. Veo una exaltación de los valores positivos de la vida por encima de los negativos del miedo, dominantes en el pasado modo de concebir a Dios, por lo cual, más allá del antagonismo del bien contra el mal y viceversa, aparece la ley de absorción del mal en el bien, por lo cual la vida no es un fracaso sino un continuo triunfo de Dios. Su obra ya es sustancialmente perfecta, incluso si en su expresión no lo es completamente, mas se va cada vez más perfeccionando precisamente para expresar cada vez más exactamente su íntima perfección. En el sistema del universo la victoria corresponde al bien, incluso si para alcanzarla es necesaria la lucha contra el mal. La evolución nos lleva hacia Dios, es decir, hacia la alegría, también si para ascender es necesario el dolor. De esta manera la existencia debe aparecer en todo caso, incluso si no es felicidad, siempre como un encaminamiento, aunque sea fatigoso en el dolor, hacia la felicidad. Es este concepto de la gran unidad del todo lo que vivificará la nueva era del mundo, la vivificará porque la unidad es la meta de la vida y la unificación es el proceso evolutivo para llegar hasta allí, porque la felicidad está en la superación en Dios de todo antagonismo y división. He allí el significado de la idea del “monismo”, sostenida en “La Gran Síntesis”. No ya un universo dividido entre dos patrones que representa el fracaso de Dios en su creación, sino un universo unitario, triunfo absoluto de Dios. La sombra del dolor y del mal allí queda, pero sólo como sombra que no perjudica, más bien valoriza la luz. Esta visión me parece que expresa como una buena nueva al mundo de parte de Dios que, en una gran encrucijada de la Historia, realiza un nuevo gesto para atraer hacia sí a todos. Estos conceptos, entonces, se animan, se vivifican y se encienden en un arrollador incendio de pasión.

Pero observemos cada vez más de cerca esta visión monástica del universo. Si Dios queda, entonces, perfecto, absolutamente bueno y justo, ¿por qué existen en su obra estas sombras que son el mal y el dolor, y cuál es su función? ¿Cómo pueden estas fuerzas negativas funcionar afirmativamente, estos impulsos destructores formar parte del mecanismo creativo? La perfección de Dios no implica que él haya creado un universo ya perfecto como es él mismo. Él pudo haber construido un universo perfectible, vale decir, que evoluciona cada vez más hacia su perfección, un universo que en el devenir es ascensión hacia ésta, y que entre tanto, en este progresivo camino de conquista, expresa una perfección de medios y de método. Esto responde a la observación de la realidad. Esto explica el dualismo trascendencia-inmanencia, bien-mal, Dios-Satanás, en cuanto que el universo es una proyección de Dios al polo opuesto de sí, de lo inmóvil en el devenir de lo Absoluto en lo relativo, de lo perfecto en lo imperfecto. Y aquí surge la gran pregunta: ¿por qué esta proyección? He allí el nudo de la cuestión. Dios era perfecto, completo en sí, causa sin causas. Y he allí que él se lanza en la concatenación sin tregua de la causa y el efecto, en el laborioso trabajo de un devenir evolutivo, se lanza en la imperfección para crear fuera de sí una perfección semejante a sí. ¿Por qué esto? Existe aquí, en verdad, un romperse en dos de la unidad divina, por la cual Dios se proyecta y viene a existir no ya solamente en la sustancia, sino también en la forma, encerrándose así en un límite, sometiéndose al esfuerzo de una ascensión, se pulveriza en lo particular y se obliga a atravesar los océanos del mal y del dolor. ¿Qué hay en el fondo de este camino, al final de todo el proceso? Existe un universo de seres que conquistan la conciencia, vale decir, la verdadera existencia, retornando a Dios por el cual fueron generados. La escisión, así, al final se suelta y la unidad es reconstruida. Escisión, entonces, transitoria y puro medio, condición de una unidad nueva y más amplia, en la cual Dios habrá realizado una creación nueva, de innumerables falanges de humanidad que en él reencuentran su unificación.

¿Cuál es la motivación fundamental de tan inmensa obra? El Amor. La creación es un donarse de Dios. De aquí la inmanencia necesaria más allá de la trascendencia, trascendencia que expresa a la Divinidad sola, no en el acto de donarse. Mas este donarse es expresión en la forma, es decir, limitación, por lo tanto sacrificio. Es, pues, Dios mismo el que primero, por amor hacia sus criaturas, se divide en sacrificio, dándose a ellos. Así el Uno se parte, se fractura en el dualismo, para después recomponerse en unidad, pero enriquecida en un gran abrazo con el cual, él ha atraído hacia sí a todas las criaturas. He allí en que consiste y a qué tiende esta creación continua que es la evolución. Antes de la creación Dios era el Todo y perfecto, pero le faltaba la explicación del amor. Él estaba solo. Para poder amar, él crea a sus criaturas, se trasfunde en ellas, animador, obra con ellas para desligarla de la forma; no las quiere autómatas aunque perfectas, sino semejantes a él, libres y conscientes, dueñas del bien y del mal, y por lo tanto, las asiste en la larga experiencia que lleva a través del error y el dolor a esta gran sabiduría que es la única que puede hacer a la criatura semejante al creador. Adán, primer hombre, no podía poseerla y erró. La poseerá el último ser de la última humanidad que ya no pecará porque habrá comprendido, y estará, entonces, libre del mal.

He allí aparecer al sabio dolor, instructor, instrumento de Dios, dolor hecho solamente para ser superado en la alegría que es la esencia de Dios. De esta manera el dolor y el mal son progresivamente eliminados, hasta que llegan a ser totalmente restablecidos en Dios, que los ha querido como medios de su construcción. Así la creación es continua, presume la constante presencia de la causa operante, es acto ininterrumpido de un Dios siempre creador que, a través de los contrastes necesarios para una libre conquista, queda infalible y alcanza siempre sus fines, que según su naturaleza perfecta son siempre de bien. He allí el universo, orden perfecto no obstante su desorden transitorio y su imperfección de superficie, he allí a un Dios que se sirve del fracaso en lo particular para triunfar en el conjunto, en una obra de amor que concluye con la creación progresiva de criaturas que lo compensan de su inmenso sacrificio, dándole el abrazo al final del camino evolutivo. He allí el orden y la lógica según la cual se me presenta esta visión, satisfaciendo sin contradicciones tanto las leyes de la economía de la naturaleza como las vemos en acción, como el instinto del alma que todo lo quiere armónicamente resuelto, sea por la inteligencia como por el corazón. He allí al verdadero Dios, Padre y amigo, siempre benefactor, cercano a nosotros, el Padre anunciado por Cristo, el Dios del amor que dominará la nueva era del espíritu.

A medida que vamos observando esta visión, nos aparece más claro el concepto de Dios. En su aspecto trascendente él es separable, independiente de la creación, inmensamente lejano de nosotros; en su aspecto inmanente, él está fundido y presente en la creación, inmensamente cercano a nosotros. Entonces se comprende cómo cada fragmento de lo creado puede reflejar la estructura del Todo. Es este repetirse del universal esquema único en los infinitos esquemas menores, todos del mismo tipo, lo que justifica el principio por nosotros usado, el de analogía. Podemos, entonces, ver a Dios bien reflejado en todas las cosas. Lo Absoluto se repite hasta lo infinito en lo relativo. Dios se nos presenta como la atmósfera en la cual el universo está inmerso, todo nos habla de él y nos hace sentir su presencia. Pero no está solo. La manifestación de Dios es progresiva, proporcionada al grado de evolución alcanzado. Y a cada nueva aproximación del ser en el conocimiento de él, Dios se manifiesta siempre más bueno, justo, perfecto. Así se comprende el concepto de evolución, como el retorno del ser a la fuente que lo ha generado, como ley de ascensión continua e inevitable hacia este divino centro que todo lo atrae. De esta manera vemos cerrarse el circuito del movimiento dualístico, primero centrífugo o proyección de la causa hacia la periferia o forma, su expresión, y después en la actual fase, centrípeta, de reabsorción en la causa, en el centro-Dios, fase en la cual la forma se adelgaza, haciendo siempre más evidente su espíritu animador. He allí el significado de la ascensión moral, de la elaboración y formación progresiva de la conciencia, de la catarsis, de los conceptos de deber y de virtud. He allí como con la evolución la forma se hace más transparente de la animadora presencia de Dios.

Así todo se aclara y se explica. De esta forma Dios se hace más lógicamente comprensible, se hace más satisfactorio el concepto que de él alcanzamos, caen así las contradicciones, todo se transforma de imperfecto en perfecto, no obstante que

queda la contradicción de la imperfección de nuestro mundo actual. Nuestra conciencia nos dice que Dios no puede errar y se resentiría si constatará que la realidad muestra que él ha errado. Nuestra alma no puede dejar de sentirse elevada y satisfecha por esta salvación de la idea de Dios, como ella la siente; satisfecha de poder finalmente afirmar que, a pesar de todo, Dios y su Obra son perfectos. Él jamás ha errado y de ninguna manera recurre ahora a retoques de su plan para sanar en él faltas imprevistas que lo acusarían de ignorante y nos lo mostrarían como un ser enojado y arrepentido, incómodo delante de su criatura que no lo ha obedecido. Nuestro universo no está hecho con las escorias de una catástrofe no prevista. Fue querido así como es, porque así él es perfecto: no en el sentido de que la perfección ya fue alcanzada, sino en el sentido de que Dios ha querido un universo que alcanzara poco a poco por evolución su perfección. En este sentido, como fue deseado, todo es perfecto. Es decir, en el sentido no de una creación completa en el instante del origen y que en ese momento ya alcanzó sus objetivos, lo que vemos que no es la realidad, sino en el sentido de una creación que los va progresivamente alcanzando, a través de aquella elaboración, de aquel devenir innegable del cual está hecha la vida del ser y que comprobamos que es la sustancia del existir. De aquí la necesidad también del Dios inmanente como inteligencia directora de este devenir. Es inmensamente más grande que la anterior, esta idea del Dios perennemente activo y presente, es más justa, más buena, más humana, más reconfortante. La vida no es ya algo negativo, un castigo, un derivado del error, sino que es un acto positivo de conquista, guiada por leyes perfectas. Dios está en verdad con nosotros, es nuestro amigo, quiere nuestra felicidad y hace todo para dárnosla. Pero quiere también que aprendamos, buscándola, inevitablemente destinados, al final, a encontrarla. Dios así vive con nosotros, con amor, nuestra dura fatiga de la ascensión. ¿Qué más evidente ejemplo de esto, que el descenso de Cristo a la Tierra? De esta forma Dios se manifiesta cada vez más, con cada progresar nuestro, incitándonos a las superaciones, atrayéndonos, ayudándonos, pero no nos arrastra gratuitamente, para que la victoria sea después justamente nuestra. Su sabiduría logra así dos objetivos que parecen opuestos: la criatura, aunque guiada y ayudada por quien sabe más que ella, tiene pleno derecho a su felicidad porque la ha ganado con sus esfuerzos; el Creador tiene derecho al amor de esa criatura porque de ella siempre ha estado cerca, siempre la ha socorrido, por la necesidad de que no se haga perezosa, le ha concedido todo lo que era posible, ha sufrido con ella. Solo así se podía alcanzar la creación de un ser consciente y perfecto, y a pesar de que fuera a través de una trabajosa ascensión, tener después el derecho al eterno amor de Dios. Por lo tanto, si la Ley suprema parece gravarnos duramente hoy, no nos priva de nada, más nos compensará con tantas alegrías, que entonces todos podrán comprender la verdad de lo dicho por San Francisco: “Tanto es el bien que me espera, que cada pena es para mí un placer”.

No puedo dejar de embelezarme con la belleza de esta visión resplandeciente de justicia y de bondad. ¡Qué alegría poder restituir a Dios sus atributos de perfección y de amor! ¡Qué paz es sentir más allá del dolor la alegría, más allá del mal el bien, un orden perfecto más allá del caos humano! ¡Qué sabiduría: una imperfección medio de perfección, una disonancia hecha para reordenarse en armonía! La dura lucha por la

vida no es más que una elaboración para llevarla a la fraternidad. El esfuerzo creativo de Dios está siempre presente y forma parte del sistema. Dios es perfecto, su plan es perfecto; es solamente su manifestación la que parece imperfecta, porque partiendo de lo imperfecto, tiende a lo perfecto, y partiendo del caos llegará al orden. El caos originario no fue error, sino que fue querido como punto de partida. La obra de la creación consiste en la progresiva elaboración del desorden, en el reordenamiento del caos en el orden. Es este proceso de armonización gradual lo que forma la sinfonía de la vida, la conquista, a través de las pruebas, de la felicidad que constituye su objetivo. El Dios trascendente, no obstante que actúe como inmanente en medio de sus criaturas, no por esto deja de resplandecer en el centro, atrayéndolo todo hacia sí. Su inmanencia consiste precisamente en esta irradiación que todo lo penetra, satura de sí y arrastra hacia sí. El Sol, con sistema analógico (el esquema es siempre único en todo), arde en el centro de su cortejo planetario, pero está también en cada punto donde irradiando llega, donde se detiene y allí fecunda. Y entonces, trascendencia e inmanencia no son más que dos posiciones, las dos mitades de un circuito, de una misma unidad.

Entonces todas las formas de existencia tienden hacia Dios y todas deberán tarde o temprano sublimarse para llegar a él, para retribuirle el amor con que los ha creado, para encontrar en él la solución final. La vida no puede tener otros objetivos. De otro modo ella pierde todo sentido y valor, es caos y mal; y el creador del dolor sin salvación se convierte en malvado. Una infinita sabiduría que tiene la presciencia del error de la criatura y conoce la posibilidad de tan terribles consecuencias, si es buena como debe ser, no la puede haber creado de esta forma. Creando, Dios sólo pudo querer una cosa: la salvación de la criatura, salvación final, no importa si para alcanzarla son necesarias gravísimas pruebas, justamente proporcionadas a la sensibilidad de cada quien, si son necesarias penas que se deban sentir también como eternas y sin ninguna esperanza, si esto es necesario para sacudir y hacer ascender, finalmente para llegar a Dios. En realidad, él está más ansioso por darnos libertad y felicidad, que nosotros de alcanzarlas. Pero sería muy peligroso para el hombre mismo, que Dios le diera la libertad a un ser que todavía no es sabio y consciente, ni sería justo dar la felicidad si no es como premio merecido por un trabajo realizado. ¿Cómo puede todo esto ser nuestro, a no ser ganándolo? Todo esto negaría en Dios las cualidades de Satanás y justicia que le sentimos necesarias. El dar gratuito no es justo frente a quien no puede hacer uso de ello. He allí que el hombre debe colaborar. Es guiado y sostenido por Dios, pero el esfuerzo debe ser suyo. He allí porqué, como hemos examinado en otra parte, la Divina Providencia solamente socorre en lo extremo, pero también nos salva siempre. Se trata no de una redención gratuita, sino de una colaboración entre Dios y el hombre en la cual cada uno de los dos términos complementarios pone su parte. Más que los resultados, cuenta el esfuerzo y la buena voluntad. Apenas se hace todo lo posible, ocurre milagrosamente la realización. Dios da todos los medios, pero con estos instrumentos nosotros debemos trabajar y aprender. Dios resplandece siempre sobre nosotros como el Sol, irradia sin descanso. Nos corresponde a nosotros tomar lo que más podamos de este Sol. Y mientras más aprendamos a usar la libertad, más ésta nos será concedida. Pero somos siempre

responsables en proporción a ella. Dios en el guarnos proporciona las pruebas y las alegrías para nuestro bien, nos frustra o nos premia, se niega o se muestra, siempre para atraernos hacia él, para hacernos alcanzar en él nuestra salvación. La Ley soberana que rige el universo, no obstante las contrarias apariencias y las condiciones relativas y transitorias es el Amor. El dualismo Dios-Satanás, solamente es división en el tiempo, con objetivos creativos, querida para el bien, por un solo Señor de todo que no admite enemigos sino como servidores, destinada al final a ser sanada. De otro modo la Obra de Dios sería malvada o estaría errada.

XVI

DIOS Y UNIVERSO

(Parte II)

La visión del universo nos guía a la visión de Dios, por lo cual vemos en la creación al Creador y en el Creador la creación. Es indiscutible una estrecha relación entre los dos que deben formar una sola unidad, pues que cualquier división quebraría esta unidad del Todo. Dios se nos presenta como el aspecto o polo “trascendencia” del Todo; el universo como el aspecto o polo “inmanencia” del Todo. Examinemos ahora separadamente la naturaleza y actividad de estos dos polos. Dado que la creación está en el límite de lo finito, observemos el punto de partida y el camino por ellos seguido para volverse a conjugar en la realización del proceso. Comencemos por el polo “trascendencia”.

Aquí nos encontramos frente al misterio de esta limitación que lo infinito se impone para expresarse en lo finito, de lo Absoluto para manifestarse en lo relativo. Es una inversión de valores de naturaleza involutiva, es un fracturarse de lo Uno en lo múltiple, es el equilibrio deshecho en un movimiento sin tregua, un desequilibrio que busca, a través de un incesante devenir, reencontrar el equilibrio, es el inicio del transformismo en lo relativo, es un encerrarse en otro orden de leyes que no son las de lo Absoluto, un encerrarse en el límite pero con el ansia de salir de él, con el instinto de la superación, un encerrarse en el ciclo vida-muerte, pero para alcanzar la inmortalidad, en el esfuerzo, en el dolor, pero para ascender hasta la felicidad. ¿Pero cómo es posible que lo Absoluto, Dios perfecto, haya querido descender así en la imperfección? ¿Por qué quien todo lo tenía y de nada necesitaba, ha querido libremente someterse a este trabajo? Para crear a través de esto una criatura semejante a sí mismo, y por lo tanto, para amarla y ser amado por ella, haciéndola partícipe de su propia felicidad. En el pensamiento de Dios que crea, hay entonces dos conceptos fundamentales que después reencontraremos en todo el universo como base de la génesis en todo campo y nivel: estos conceptos son el amor y el dolor. Ellos se sintetizan en uno solo: sacrificio. Ahora, este darse en sufrimiento no es estéril, sino que es un medio para alcanzar una multiplicación de alegrías. El sufrir, en consecuencia, está lógicamente justificado porque es creativo de esta alegría primero

en otros seres hacia la cual es irradiada, la cual después resplandece e irradia de retorno hacia quien sufre por generarla, por lo cual, entonces, el sacrificio se resuelve al final en multiplicación de felicidad. Así el dolor se hace genético, en cuanto que concluye en un aumento de alegría, y es aceptable porque es generador de alegrías. El universo, desde el caso máximo al mínimo, responde a este concepto. Es el haber constatado por todas partes el principio de analogía, lo que nos autoriza a ver presente en el pensamiento de Dios al crear, la misma ley de amor y dolor que preside todo acto menor de génesis en el universo. La ley del sacrificio está en la base de la génesis de la vida, sacrificio en el cual se funde en el mismo tormento creativo, la alegría del amor y el espasmo del dolor. Miremos en el mundo a nosotros accesible, y encontraremos esto en la raíz de toda creación, sea en la carne o en el espíritu; sólo por el sacrificio, que es amor y dolor en conjunto, nace algo, la criatura nueva, sea un hijo, sea una obra de trabajo, sea una conquista heroica, sea la intuición del genio. Es el esquema general del universo que nosotros vemos reflejarse y reproducirse en cada momento y punto de él. El caso particular nos habla del caso universal, pues que a él está ligado por la ley única que rige al Todo que es Uno. La Ley que todos aplicamos porque es inherente a la vida, nos indica cuál fue el primero, el máximo acto de la génesis, que después todos los seres van repitiendo a imagen y semejanza del primero: el sacrificio. Esta es la voz de todo lo creado que continúa generando y solamente puede generar amor y dolor, única vía, siguiendo el primer semejante impulso y máximo ejemplo. Si la creación es el resultado del inefable sacrificio del Creador Infinito que se limita en la forma para manifestarse en la génesis de otros seres, la criatura sólo puede continuar siendo la expresión de ese primer acto, repitiéndolo hasta lo infinito. Pero es siempre Dios que en la criatura repite su acto originario, continuando así la génesis. Su creación no se debe a un solo sacrificio inicial, sino al perenne renovamiento de este sacrificio. Dado que la creación solamente se sostiene por una génesis continua, pues que mantener es crear, también aquel sacrificio es continuo. Toda forma de existencia es debida a este inmolarse con un acto de amor. Si esta irradiación suspendiera por un solo instante su fluir, la vida se detendría y la creación perecería. Todo en cada momento es regido así por el centro que irradiando se encuentra presente y actúa, en cada punto de lo creado. Es esta fuente la que alimenta todo, y quien de ella se separa, va al encuentro de la muerte. Nuestra vida, así como la de todo ser, se debe a esta presencia de Dios. Sentirla, comunicarse con esta fuente es la vida. Ignorar, negar, rechazar esta inmanencia de Dios, es la muerte. Ninguna filosofía puede cambiar esta que es una realidad biológica. Dios es la atmósfera vital del espíritu del cual, después, nace todo. El universo es un organismo en función, regido en su infinita multiplicidad por este centro que lo mantiene unilateralmente todo compacto, así como el alma rige al cuerpo humano. Así como cada célula de nuestro organismo tiene su pequeña conciencia, dirigida, nutrida, coordinada por un “yo” central que las supera a todas, y así como en función de él cada una de las células puede vivir, del mismo modo los seres están en continua comunicación con el “yo” del universo, Dios.

El universo es dirigido por esta radiación de amor que los seres reciben, que los mantiene con vida, los atrae y los impulsa a ascender. En el centro está el

pensamiento que, lo vemos también en nuestras pequeñas cosas, es la máxima potencia creadora. Es esta potencia la que, irradiando, continuamente crea. La Ley no está escrita y muerta, mas es la presencia viviente del pensamiento divino en acción. Es esta irradiación la que hace inmanente entre nosotros al Dios trascendente, uniéndonos a él. El universo es dirigido, es decir, continuamente creado por esta irradiación que es el resultado del amor y del dolor, y que solamente se puede cumplir en sacrificio. Y entonces el ser debe analógicamente repetir, por el principio de la unidad de esquema único, el mismo acto del Creador y la génesis debe continuarse a través del sacrificio de la criatura que se convierte en operario de Dios e instrumento de creación. Así la evolución nos lleva a Dios, pero a través de pruebas y luchas, errores y dolores; de esta manera con esfuerzo se realiza el desarrollo de la conciencia. El universo se desborda de alegría, pero ella debe ser conquistada. Existe entre ella y el ser el diafragma del dolor que es necesario saber superar. Saludable diafragma que nos impone aprender a ascender. Es así que la alegría llega escasa, porque escaso es el esfuerzo que se realiza para conquistarla, y de esta manera, sorbito a sorbito se va bebiendo el océano. El ser, por ser lento y perezoso, debe responder con su sacrificio, al sacrificio de Dios. Esta es la atmósfera necesaria para toda ascensión. Se trata de quebrar las formas, el egoísmo que las sostiene, se trata de expandirse desde lo finito hasta lo infinito, de superar el límite en el cual Dios se ha encerrado, pero de donde quiere que surjamos para llegar hasta él. Dar, no tomar, crecer desde la pequeña vida separada individual, en la gran vida universal. Todo esto se realiza con el sacrificio. Él es dolor pero es también amor y conquista de felicidad. Quien toma y no da, se cierra las puertas de la vida, la contrae, la pierde. El dar es sacrificio, pero sacrificio que crea. Así la ley del dolor se convierte en la ley del amor y de la ascensión. Es difícil encaminarse por esta vía, los primeros pasos son penosos, difícil es comprender este mínimo mecanismo de la vida. Sin embargo es así: sólo el sacrificio abre las puertas de la vida, las vías de Dios por las cuales fluye toda riqueza. Para obtener, debemos tener la fuerza de renunciar, pero renunciar no para sofocarse y destruirse, sino para superar lo menos, para que más allá podamos alcanzar el más. He allí el valor de la renuncia: conquistar en lo Alto. He allí el significado de la inversión evangélica de los valores humanos. El dolor no se elimina huyéndole locamente sin comprenderlo como hace el mundo de hoy, sino domesticarlo, haciendo de un mal un instrumento de ascensión, aprendiendo la lección que el dolor tiene por finalidad enseñarnos. Estas son las leyes de la vida; de otro modo no se puede subir la escala de la evolución. Únicamente con el sacrificio se puede crear.

Reencontramos continuamente en las religiones este principio del sacrificio en las relaciones entre el hombre y Dios, en ambas partes. Sacrificios que el hombre hace por Dios, y Dios que se sacrifica por el hombre. Este principio lentamente evoluciona en las religiones hasta convertirse en base del concepto de la redención que significa sacrificio de Dios por el retorno de la criatura a Dios. Y he allí que veo de golpe en esta visión relampaguear delante de mí el significado de la Eucaristía, instituida por Cristo. Veo la escena de la última cena: “Accipite panem in sanctas manus suas et elevatis oculis in coelum, benedixit, fregit, deditque discipulis suis dicens: Accipite et

manducate ex hoc omnes; hoc est enim corpus deum”⁽¹⁾. He allí que Cristo parte el pan, “fregit”, dando a entender con: “hoc est enim corpus deum”, que él partía su vida y la daba a los hombres, como daba aquel pan a sus discípulos. Y es con esta señal de partir el pan que Cristo se hace conocer por los discípulos de Emmaus⁽²⁾, con un gesto suyo propio. ¿Y cuál puede ser el significado de este acto, si no el de querernos expresar y repetir la génesis a través del sacrificio, el gesto de Dios del cual nació la creación? En esos tiempos el mundo espiritual de entonces se derrumbaba. Y he allí el nuevo impulso creativo que solamente podía ser dado a través del dolor. He allí la necesidad de la pasión. Y como en la Eucaristía Cristo expresa el principio genético del ser, como en su dolor él lo vivió, y ese sacrificio eucarístico se repite todavía continuamente en la Tierra, así al hombre que quiera ascender, Cristo mismo en el Evangelio le indicó el camino creativo de la ascensión según el mismo principio por él vivido: “El que quiera seguir tras de mí, renuncie a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida la perderá, y quien pierda su vida la ganará”. (matheo XVI – 24- 25). Esto porque el sacrificio y la pasión deben ser bilaterales, no solamente en Cristo sino también en el hombre, que repite continuamente el sacrificio de la Eucaristía, no para ser por ésta redimido gratuitamente, sino para recordar que él a su vez debe realizar en el dolor y en la pasión su redención, repitiendo de su parte para con Dios, lo que Dios hizo por él. Es evidente que el ciclo no se puede cerrar y las dos corrientes conjugarse si, paralela a la del sacrificio descendiente del Creador a la criatura, no sube la corriente del sacrificio de la criatura al Creador. Es siempre el mismo principio que debe realizarse en sus dos direcciones. Lo exige la ley de equilibrio, la unidad del Todo resultante del equilibrado dualismo de dos mitades inversas y complementarias.

La actividad del hombre debe reflejar la actividad de Dios según la misma única ley por la cual, para ambos es siempre el sacrificio el que da y multiplica la vida. ¿Qué significaría de otro modo, la encarnación de Cristo en la Tierra cual condición de la redención y como podría ésta realizar los designios del Padre, si todo esto no respondiera a la suprema ley de la vida querida por el Padre? Cristo descendió a la Tierra para realizarla, formando así el anillo de conjunción entre el Padre y el hombre. El descenso de Cristo a los planos densos de la materia, en el ámbito de los sentidos, es un darse en el dolor para entrar en contacto con seres involucionados penetrando en su misma vida, oponiéndose hasta el calvario a sus leyes feroces, y esto para elevarlos, mostrando que existe una ley superior a la de la lucha, pues que existe otra vida que no es la del cuerpo. El descenso a la Tierra de Cristo, se conecta al acto de la creación. Él se sacrifica para dar la vida, sobre la cruz se convierte en el centro de atracción de la humanidad, como el Padre lo es del universo, por él creado según el mismo principio. Cristo es la tangible expresión de la inmanencia de Dios en lo creado, de su intervención y presencia en el desarrollo de la vida. Así desde el extremo “trascendente” del universo, hasta el extremo de la forma, se realiza la misma ley por donde quiera, siempre una, para demostrar la realidad del monismo del

(1)

(2)

Todo. El hombre para ascender debe partir, como se partió el pan de la Eucaristía para dárselo a los demás, su egoísmo a favor del prójimo. “Ama al prójimo como a ti mismo”. Sólo existe esta dura vía de la renuncia a sí mismos, para ascender. Solamente así se explica y justifica la ley del sacrificio. Cristo parte el pan diciendo: “Este es mi cuerpo partido para vosotros”. Es la génesis. El sacrificio del Gólgota nos muestra la ley de la creación, el principio del universo. Es la génesis que se realiza en una atmósfera de destrucción, pero que es destrucción sólo de la forma, es condición necesaria de renovación de un universo en el cual Dios en su aspecto inmanente realiza una creación continua.

Ya arriba dijimos que el Todo resulta constituido de dos polos: el extremo “trascendencia” y el extremo “inmanencia”. Dios es el universo. No podemos separarlos sin quebrar el Todo-Uno en un dualismo insanable. Ahora, hemos visto que los dos polos no son estáticos e inertes, puestos el uno frente al otro, sino que, todo el principio del amor, ellos se mueven el uno hacia el otro, vale decir, tienden a abrazarse: la trascendencia hacia la inmanencia, y la inmanencia hacia la trascendencia. Entonces no vemos solamente a Dios proyectarse en su manifestación-universo compenetrándola toda, sino que vemos también el proceso inverso y complementario, según la señalada ley del dualismo constitutivo de toda la unidad y de todo circuito que la determina. Hasta ahora hemos observado sobre todo la mitad del circuito que forma el Todo, que del extremo trascendente o Dios, o causa, o el Padre, va hacia el extremo inmanente, el universo, el efecto, el hijo. Observemos ahora el movimiento opuesto que desde el extremo inmanente va al extremo trascendente, por lo cual el universo vuelve a Dios. Sólo así el sistema puede estar equilibrado y cerrarse el circuito, formando la unidad del Todo. Esto nos dice que Dios no ha creado un universo a él extraño, sino un universo hacia el cual él se ha transferido y vive, expresándose allí a sí mismo. Sin universo, Dios era perfecto, pero lo era sin manifestación y también sin amor, pues que solo, aún siendo perfecto, no se puede amar. Y todo esto nos muestra también que el universo no puede vivir sin Dios y nos explica su gran movimiento que es la evolución, vale decir, que el objetivo de todo lo que existe es cerrar el circuito y el retorno a Dios, del cual el ser desciende y fue generado. Los dos movimientos: creación, que significa involución (primera mitad del circuito), y evolución (segunda mitad del circuito), se condicionan y completan el uno al otro. Ninguno de los dos es concebible y puede existir solo. Ellos están entrelazados, atados el uno al otro, como dos momentos de un mismo único proceso, en un sistema absolutamente unitario. Solamente así se salva la unidad del Todo. He allí el significado del monismo Dios-universo.

Observemos el completarse del uno en el otro de los dos inversos e inescindibles movimientos. En un primer momento el Dios trascendente se ha dado a través de su sacrificio en el vestido exterior de la forma, pulverizando su unidad en lo múltiple y su absoluto en lo relativo; se ha dado por amor que quiere crear una nueva criatura para amarla y ser amado por ella, transmutándose de la “trascendencia” en la “inmanencia”. En un segundo momento el proceso se completa, continuándose en su inversión que es lo único que puede reequilibrarlo y cerrarlo. Entonces la forma o

criatura, expresión de lo trascendente en lo inmanente, el segundo modo de ser del Todo, debe realizar el mismo sacrificio, vale decir, la misma donación por amor, que subiendo en dirección inversa, da al Creador por amor, lo que él por amor ha dado. Esto porque el amor es el principio unitario del Todo que rige ambas fases, la de ida así como la de retorno, descenso y ascensión, involución y evolución, que forman las dos posiciones opuestas del mismo único respiro del Todo. Es en este segundo momento que el aspecto “inmanente” debe retornar a “trascendente”, que el universo que descendió de Dios a él suba evolucionando. Es evidente la correspondencia de las dos posiciones, movimientos y actividades inversas. El sacrificio del Creador dándose en el descenso se compensa así, se equilibra y se completa con un paralelo sacrificio de la criatura que es ley se deba dar en la ascensión. El mismo principio debe repetirse en posición invertida, haciendo concordar de esta manera la más férrea y exacta justicia innata en el orden de la Ley, con el principio del darse gratuito propio del Amor. El ser para reencontrar a Dios, debe restituirle su sacrificio al cual debe la vida; solamente así en él puede reencontrarla. De esta forma la destrucción se convierte en medio de realización, de la muerte nace la vida. Se hace así lógico el absurdo de que el dolor crea y de que la conquista se alcanza quebrando nuestro egoísmo centralizador, en un altruismo que, dispensando al “yo” parece anti-vital. Esto porque no hemos sido creados para vivir solos, cada uno por su lado, sino para los demás, porque la finalidad es unificarse, y solamente cuando todo el universo vuelva a ser Uno, él habrá reencontrado a Dios, el efecto habrá retornado a la causa, cerrándose el circuito. Sólo entonces Dios se sentirá completamente realizado con su universo, y la creación, hoy en marcha, estará completa.

Con esta visión de conjunto todo se comprende y justifica. En la fase involutiva está el dolor de un Dios que realiza la génesis; en la fase evolutiva está el dolor del ser que la continúa y concluye. Es así que también el dolor del hombre es creativo. El sacrificio de todas las criaturas en todo el universo debe compensar y equilibrar el sacrificio del Creador. Pero a este su sacrificio ellas deben su existencia, don supremo de amor. Para que él sea completo en el Todo, para que sea recíproco, es inevitable que el sacrificio sea restituido por amor de la criatura al Creador, es necesario que ella rompa su forma en la génesis, se dé dolorosamente en amor, así como Dios se partió y sacrificó dándose en amor para generarla. He allí porqué la evolución es dolor. Es duro, pero el resultado lo compensa todo. Al dolor del ser son confiadas funciones constructivas, es en este esfuerzo de ascensión que él se hace colaborador de Dios. El sistema es equilibrado y la ley de justicia allí reina soberana. A nosotros, situados en un punto particular del ciclo, él solamente nos ofrece una visión parcial. Juzgamos, entonces, según perspectivas relativas e incompletas. Por lo tanto, el dolor puede parecernos una condena y no lo que él realmente es, un instrumento de felicidad; el mal puede parecernos un enemigo del bien y Satanás un anti-Dios. Pero quien tiene la visión completa, en este monismo encuentra todo lógico y perfecto. En su conjunto el Todo permanece, también en su expresión de inmanencia, idéntico a su sustancia trascendente, en lo absoluto, él ya no se nos presentará dividido, sino en su inmutable unidad. Pero esto constituye una más avanzada visión de Dios, que aquí no es posible exponer.

Volvamos, entonces, a lo relativo de nuestra fase y observemos con ojo relativo, especialmente en el lado humano, la segunda parte, la evolutiva, del movimiento del Todo. Aquí a la expansión centrífuga, arriba examinada, sucede la atracción centrípeta tendiente a la reabsorción en Dios de su irradiación. Ya hemos visto por qué toda creación también humana, no puede estar exenta de dolor y trabajo. Así es para la madre, así como para el genio, para Cristo como para el hombre. ¡Pero qué maravilla si miramos el producto de ese dolor y trabajo! El mundo únicamente puede progresar por este camino. Este es el esquema único que reencontramos en nuestras pequeñas conquistas cotidianas, así como en la ascensión de todo hacia Dios. Junto a la fuerza negativa del dolor, constitutiva del esquema de la evolución, existe también otra fuerza, la positiva del amor. Si la primera repele, la segunda atrae. Y la conquista está más allá de nuestro esfuerzo, de modo que la evolución necesariamente implica una continua superación. Pero he allí que del encuentro o connubio de las dos fuerzas, nace un tercer término, la creación. De allí la lucha por la vida, el principio de la selección, la ascensión biológica a lo largo de planos evolutivos. Si por donde quiera encontramos, en formas diversas según el grado del ser, la lucha y el esfuerzo por la superación, encontramos también el amor, sea él invertido al negativo en los planos involucionados, como odio, sea él elevado a lo positivo en los planos evolucionados, como siempre más grande amor. Fuerza que es siempre amor, el principio que une y ata un ser a otro, sea en el odio en un apretón que mata, sea en el amor en un abrazo que genera. Ningún ser puede en el Todo vivir solo, mas está siempre ligado a otro, desde el extremo involutivo infierno, al extremo evolutivo paraíso, o por vínculos de odio, hechos de dolor y destrucción, o por vínculos de amor hechos de alegría y creación. En la unidad de la vida ningún ser puede quedar indiferente ante los otros, debe ligarse a lo largo de la vía positiva por atracción, o a lo largo de la vía negativa por repulsión.

Amor es la gran ley universal, es el impulso animador del Todo. No es el amor en sí mismo el que puede ser culpa. Ella no está en el amor, sino en la involución del amor, en su limitación egoísta, pues que el egoísmo en verdad representa el límite en el cual el “yo” se encierra en el descenso involutivo. La virtud no está en el suprimir el amor, sino en su elevación, en su expansión altruista, pues que el altruismo representa el abrirse del “yo” en su ascensión hacia Dios. Por eso jamás puede ser destruido ese divino impulso unitario del universo, sino que se dirige hacia su más alta meta que es la reunificación, se va liberando de sus formas inferiores egoístas, para alcanzar las superiores altruistas. La culpa para el hombre está en la animalidad del amor, y el progreso está en su espiritualización. Mientras más involucionado es el amor, más está lejos de la unidad; cuanto más es disperso fragmento encarcelado en el egoísmo, más lejos está de Dios y de la alegría. En el plano animal el amor, allí solamente pequeña laceración de egoísmo, lo único que genera son cuerpos, pero más en lo alto él tiene funciones creativas inmensas. Así se explica cómo dado el egoísmo separatista humano y la relativa dominante psicología del “do ut des”, sea necesario un placer inmediato para inducir al ser todavía inconsciente, a un inicio de unificación para la génesis física, sea necesario un goce que le pague rápidamente el

sacrificio de dar parte vital de sí en el acto sexual, pues que a este nivel el egoísmo prevalente, sin una compensación, no hace nada. También aquí tenemos sacrificio de sí dando, aunque el ser crea tomar mientras da. Da el poder a la madre, da la madre a los hijos. Sacrificio que evoluciona y se completa en la educación de ellos, dándoles alimento y protección, instrucción y elevación moral. Por eso la familia con sus deberes representa un amor más evolucionado que el amor animal, y también una creación mucho más profunda que embiste al espíritu, la creación de una primera célula hacia la unificación. Así, de plano en plano el amor guía al ser hacia la unidad. Mientras más involucionado es el amor, más aislado es, y también menos creativo; mientras más evolucionado es y más criaturas abarca, mayor es su poder creativo. Este es el camino que nos lleva cada vez más cerca de Dios. Es un grave error combatir, para aniquilar las formas involucionadas de amor, a todo el amor, que es fuerza indestructible, resorte impulsor de la evolución. Una virtud entendida así, en forma destructiva representa la negación, el mal. Jamás destruir por destruir, si primero no se ha edificado. De otro modo se generan las peores contorsiones de esta insuprimible impulso de la vida. El amor que desciende en vez de subir, nos aleja en vez de acercarnos a la alegría, pues que entonces el egoísmo lo invierte llevándolo hacia el odio y el dolor. Mientras más se reduce el amor a placer, más se convierte en una traición; mientras más le quitamos el elemento sacrificio por amor a nosotros mismos, menos creativo de vida para los demás es, y en consecuencia, de felicidad para nosotros. Pero no por esto se debe concebir la virtud como odio hacia sí mismo, pues que el amor jamás se invierte en odio, mas se debe concebir como amor por los demás en un campo cada vez más amplio. Estas son las leyes de la vida. El amor que quiera sólo tomar y no dar, no puede generar alegría. El universo está sabiamente equilibrado y la vida se da en alegría a quien a ella se da en sacrificio, y se niega a quien egoístamente se niega. Muchas veces el amor es desviado por el hombre hacia falsos objetivos. Amar a la criatura antes que al Creador, a las cosas más que al espíritu, los fragmentos en vez del Todo, agarrarse avaramente a las posesiones encerrando para uno mismo el fluir de los bienes para todos, atesorar y adorar el tesoro, amar así de forma contorcida e invertida, no puede generar alegría sino solamente dolor. Por eso la vida nos ofrece ilusiones y traiciones.

La verdadera realidad de la vida es otra. Todo nace de una forma que se rompe. El botón se abre en la flor perfumada que perece generando el sabroso fruto, que muere entregando la semilla que encierra. Y ésta cae a tierra y germina, rompiendo su forma de semilla en un nuevo retoño. Toda forma se da, y en el darse se encamina hacia la muerte. Pero si en la vida hay muerte, en la muerte hay también vida. De esta manera la belleza de la virgen se marchita en la maternidad, objetivo de esa belleza, que así debe romperse para generar seres nuevos. Los mejores individuos en la sociedad son perseguidos o abandonados, y ellos deben darse creando en soledad y atormentados. El hombre mata sus profetas para después apresurarse a exaltarlos y a recoger como preciosas reliquias lo que él mismo no logró destruir. Entonces lo que queda se convierte en sagrado, hecho así por el sacrificio del grande que ha sido inmolado. Éste es venerado por el mismo involucionado que no puede dejar de sentir en él a un pionero de la evolución de todos. Pero también los involucionados agresores de los

maestros son necesarios para que éstos puedan crear sacrificándose. Así toda civilización surge, florece, fructifica y después cae lanzando en el terreno humano sus semillas. De esta forma a través del amor y el dolor se desenvuelve la gran sinfonía creadora del universo.

El romperse de la forma, expresado por el partir del pan en la Eucaristía, representa el doloroso romperse del “yo” y la reabsorción del egoísmo separatista en el altruismo ascendente hacia la universal unificación en Dios, significa el reconquistarse en unidad por parte de un universo pulverizado en lo particular. Se podría objetar que también el universo es egocéntrico en Dios. Y de hecho cada criatura en su egoísmo repite en escala menor y a toda altura el mismo esquema. Egoísmo y altruismo no son más que posiciones distintas y cuestión de amplitud. También Dios es egoísta en su universo. Pero su egoísmo es tan altruistamente amplio, que comprende en sí a todas las criaturas. El egoísmo de éstas, en cambio, no abarca más que su “yo” aislado, más allá del cual no hay comprensión y armonía, sólo estridor y lucha. Mientras más se asciende, más el egoísmo es comprensivo y unificador. El “yo” involucionado ignora al vecino, es desorganizado, belicoso, es disgregante y destructor. Desde abajo hacia lo Alto, este egoísmo se rompe poco a poco, de círculo en círculo, y esto es dolor, amor y conquista. Subiendo, subiendo, en Dios el egoísmo alcanza su infinita dilatación, que todo y a todos abarca, coincidiendo así con el absoluto altruismo. En Dios egoísmo y altruismo se funden y son una sola cosa. El universo ascendiendo hacia Dios, va de un egoísmo separatista a un egoísmo siempre más unitario y altruista, para reencontrar así en Dios su unidad. Siguiendo el principio de las unidades colectivas desenvuelto en “La Gran Síntesis”, los seres se unen en organismos cada vez más complejos y completos, desde el núcleo que en el átomo rige a sus electrones, hasta los agregados de miríadas de átomos que forman la materia, al núcleo del protoplasma, a la sociedad de células, a la nación o pueblo, a la humanidad, a la organización progresiva de todas las humanidades del universo. Todo, desde la química atómica a las estructuras orgánicas, desde los sistemas solares y galácticos a las colectividades animales y humanas, todo nos habla de asociación. En ella el egoísmo se expande en amor por el semejante, porque en él se ve a sí mismo. En este sentido la actual psicología colectiva de clase es ya un progreso, en cuanto que es una tentativa de nueva unificación antes no sentida. Cuando el hombre llegue a sentir en cada criatura a su semejante, tanto de llegar a verse en ellos a sí mismo como hacía San Francisco, entonces él habrá comprendido y sentido a Dios. Así el egoísmo se convierte en amor y en el egocentrismo absoluto de Dios encontramos el absoluto altruismo y el absoluto amor. En él todos los seres están comprendidos. Por eso toda criatura solamente puede vivir en Dios. Hay un solo daño y perjuicio para ella, y es la involución, es decir, estar lejos de Dios; y hay un solo bien para ella, y es la evolución, es decir, el acercarse a Dios.

El hombre que crea que el romperse de la forma sea pérdida de vida, en su ignorancia se engaña. Esa destrucción no es muerte, más bien es condición de vida. Esta es la técnica de la evolución, pues que sin el final de la vida vieja, la nueva no puede nacer. El egoísmo que avaramente se agarra de la forma para conservar, no va hacia

la vida, mas busca detener su fluir. El hombre hace esto porque ignora la infinita, inagotable riqueza de la fuente divina. La destrucción de la forma no es pérdida, sino que es liberación. El hombre no sabe que es eterno, indestructible, chispa de Dios, destinado a ascender cada vez más hacia él en alegría y poder. La forma no es la vida, mas es involucro que, si expresa la vida, también la aprisiona. Evolucionando no tendremos ya necesidad del cuerpo para expresarnos, ni de sus limitados sentidos hechos para un medio denso. El futuro está en la superación de la forma, lo que es expansión de vida. Es precisamente a través de su espiritualización que ella adquiere un dinamismo cada vez más intenso, una agilidad y una potencia, una consciencia y una libertad entes ignoradas. Cristo vino a enseñarnos esta indestructibilidad de la vida con su resurrección. Así el hombre que se sacrifica por el bien de los demás, no se hace daño o se mata a sí mismo, sino que conquista una vida más grande. El altruismo absoluto, destructor del “yo”, no compensado por una correspondiente conquista, no existe en el universo. Lo que es antivital, es absurdo en su sistema. El sacrificio es admitido en la economía de la vida porque, cuando se debe realizar, representa una ventaja real, una conquista, una ascensión. El hombre actual está encerrado en un utilitarismo estrecho, inmediato, y no comprende estos otros utilitarismos amplios y de remota realización. Y muchos de sus errores y en consecuencia dolores, se deben a su ignorancia. Es inherente a su estado involutivo saber vivir solamente sus pequeñas verdades parciales, de superficie. Sin embargo, hasta que no se madure para una verdad más vasta y completa, la anterior, inferior, es siempre útil para recorrer el anterior trecho de evolución. Recorrido éste, la vieja verdad cae por sí misma y la nueva despunta en la comprensión humana. El mundo avanza de este modo. El hombre de hoy cree enriquecerse actuando egoístamente y, al contrario, empobrece, porque se encierra en el egoísmo como en una jaula de hierro que lo sofoca, le impide la expansión, lo aísla de las fuentes de la vida. Mañana él entenderá mucho más y comprenderá el más amplio utilitarismo del altruismo.

El hombre, fusionándose en el prójimo alamarlo como indica el Evangelio, pone en práctica el proceso de la reunificación que lleva al ser a Dios. Mientras el movimiento centrífugo que aleja al ser de Dios tiende a reforzar el egoísmo, haciendo del “yo” un centro independiente que se erige contra Dios, un centro en torno al cual el “yo” tiende a atraer y a ligar cuantas más criaturas y cosas pueda, el movimiento centrípeto que lleva al ser a Dios, tiende a romper el egoísmo, reconociendo cada vez más a Dios como centro universal, haciendo converger hacia él a sí mismo y a toda criatura o cosa. El egoísmo representa la rebelión de Satanás, el principio separatista, anti-unitario del anti-Dios, por el cual la criatura generada por la división del Uno dándose por ley en sacrificio, en vez de reencontrar la plenitud dada por la unidad, retornando a él en sacrificio por el mismo amor que la ha generado, busca reencontrarla en aquel reflejo de la unidad que tiene en sí y, por no querer afrontar el esfuerzo de la subida, detiene la vida en el límite, pretendiendo con un solo fragmento, poder reconstruir el Todo. Es así que nace el mundo luciferino, la parodia, una unidad partida, un mundo y todo fragmento invertido, negativo, contradictorio, envenenado en sus raíces por esta inversión central, por lo cual el amor se convierte en odio, el sacrificio en placer efímero y traidor, la construcción se hace destrucción, la ascensión hacia la unidad se

convierte en descenso hacia una cada vez mayor división. Esta es la mecánica del sistema. Esto explica cómo cuantos se hacen aliados en el mal terminan en guerra entre ellos, cómo sus construcciones están hechas para derrumbarse, cómo quien actúa en esta dirección esté de tal modo embebido por su propia atmósfera de negatividad, que solamente puede construir al revés, es decir, destruyéndolo todo y al final, hasta a sí mismo. Y he allí, entonces, que el egoísmo que parecía la vía más breve y segura de la conquista, se convierte en cambio en la vía de la pérdida, y el altruismo en el cual ese egoísmo se romper y que parecía una pérdida, se convierte en conquista. Esta es la estructura de nuestro universo.

Estas realidades están presentes en cualquier parte, estos principios funcionan en cualquier lugar. En nuestro mundo involucionado, en consecuencia ignorante e inconciente de estas verdades, predomina el segundo aspecto luciferino de la verdad invertida, por lo tanto la ceguera, la ilusión, la traición en todas las cosas. Solamente hay un camino para la salvación del individuo y de la sociedad: invertir la dirección, reencontrar la vía de la ascensión, deshacer la ilusión que nos hace parecer utópico el Evangelio, ver y aplicar su suprema sabiduría. Quien comprende tiene la sensación clara de que el mundo de hoy tiene cortadas las vías de las fuentes de la vida. Él se hace cada vez más despiadadamente egoísta y ávido, y sin embargo, está cada vez menos satisfecho de todo; por hacerse más rico, él se hace cada vez más pobre; solamente aspira a poseer, no obstante, esto se hace cada vez más inseguro; quiere gozar a cualquier costo y con esto lo único que logra es ligarse a un tormento cada vez mayor. Entre tanto, este tormento es la única salvación del mundo, porque él lo obligará a cambiar de ruta en dirección opuesta. El instinto de la expansión, que es propio de la vida, no podrá jamás saciarse de esta forma, al revés, con el dominio material, que en cambio nos convierte en siervos. Esa necesidad solamente puede satisfacerse en el espíritu, marchando hacia Dios y no hacia las cosas. Así en pequeño, para enriquecernos nos matamos entre nosotros mismos; en grande, los imperialismos que deberían conquistar, se resuelven en guerras de destrucción para todos, mayormente para los jefes que los quisieron. Desgraciadamente nuestra ciencia, maravillosa conquista, se arriesga a hacer naufragar al mundo que ella quiere salvar, y esto, precisamente por esta fundamental dirección invertida. Como se puede ver, las leyes del universo son tan omnipresentes que penetran hasta en nuestra tangible realidad cotidiana. Los medios de los cuales el hombre dispone hoy, su dominio sobre la naturaleza, son infinitamente mayores que los de otros tiempos. Sin embargo, jamás fue tan inquieto como hoy, y la celeridad para poderse satisfacer lo único que hace es acrecentar esta inquietud. El hombre siente que, más allá de sus conquistas, existe para él el vacío, falta la meta hacia la cual dirigirlas, y la dirección actual es hacia la destrucción. Esas conquistas no son positivas, avanzan en descenso, hacia la división y no hacia la unificación. En el actual nuevo poder constructivo de la ciencia, todo se despedaza en las manos del hombre. Él, sin embargo, cada vez más tiene hambre de unidad. La vida quiere marchar hacia cada vez más grandes unidades. Esta es la idea que fascina a las almas, aunque cargadas con la nostalgia de realizarse según y no contra el plano del universo. Somos divergentes en todo, sólo sabemos expresarnos en forma de lucha, tratamos de dominar imponiéndonos, en vez

de comprender y conocer; la ciencia tiende a pulverizarse en la especialización y el conocimiento se hace instrumento de guerra. La conquista, por el contrario, por el contrario, solamente se puede realizar por las vías convergentes hacia la unidad, en cualquier campo; unidad política, religiosa, filosófica, científica, social.

La gran ley del progreso es: unificarse. La vida solamente puede ascender por esta vía. El llamado prepotente a la unidad grita en nosotros. Es Dios-Uno que nos impulsa a hermanarnos y a comprendernos. Es la vida-una que nos dice que cada uno somos parte de un mismo organismo y que el separatismo egoísta lo mata. En el principio-uno del Todo que quiere que la célula individuo funcione en la humanidad y está en el universo, armónicamente. Todo esto clama desde lo profundo, habla desde dentro de nosotros, a cada paso la realidad enemiga nos advierte que estamos en un falso camino, pero el mundo continúa imperturbable. Entonces la sabiduría de Dios nos enviará golpes de tal magnitud, que quien sobreviva estará obligado a hacerse sabio, única salvación. Pues que el amor es ley suprema y debe a cualquier costo triunfar. El mal y quien lo sigue está destinado a la autodestrucción. De hecho, esta es la desesperación de quien lo personifica, que el mismo tiende a matarse, cosa que no ocurre en quien, incluso sufriendo, representa el bien. Quien ha comprendido el funcionamiento del universo sabe que Dios no puede ser vencido, y que al Bien le corresponde el triunfo final. Y Dios nos impulsará siempre a alcanzar en la armonía nuestra felicidad. El método del separatismo es anti-vital, corta las vías de la fuente, Dios; por lo tanto, sólo se puede regir por un auto desgaste del ser que únicamente puede disponer de sus reservas, ya recibidas, y que tarde o temprano se van a acabar; del ser que, no pudiendo existir más que por su esfuerzo cada vez mayor, tiende a la agonía. Cualquiera que siga este método, o invierte el camino, o será destruido por agotamiento. Éste, por suicidio o desgaste, es para quien no quiera enmendarse el final; final del mal en el sistema del universo. Y he allí que vimos, que en ese sistema querido por Dios, está ya establecido que el Bien al final vencerá. Todo en lo profundo es, entonces, perfecto, incluso en el mundo de hoy que no puede impedir de hecho, a Dios, alcanzar sus fines.

El individuo es libre de encontrar la plenitud del ser en Dios o de encontrar la anulación en la dirección opuesta. El final del mal, de su natural negación de todo, está en la nada, no en el sentido de que la sustancia se puede anular, sino que por esta vía él se despoja, involucionando, de la vida a favor de quien está del otro lado de ella, y que de ella se enriquece cada vez más. El ser es libre de seguir el mal, pero por esta vía él es cada vez más despojado a favor del bien. De esta manera el mal está destinado por su misma negación y por lo tanto fracaso, a alimentar al bien y así desarrollarlo. Los malvados, o se redimen volviendo a Dios para subir, o precipitándose en un dolor creciente y cada vez más desesperado, se anulan, según la libertad y la justicia. De esta manera el dualismo, temporal división con finalidad creativa, será reabsorbido en la unidad, a través de la ascensión de un lado y la anulación de la vida del otro, a favor de la vida. Un dolor y castigo eternos, en un eterno reino de Satanás, sería la victoria de éste y la derrota de Dios. Es el dolor-escuela el que provee la solución. Pero si la criatura libre sólo quisiera el mal, éste, a

través de un intensificarse de auto demolición, lo llevaría a la pérdida de la libertad y de la conciencia, en una catarsis invertida o disolución, cuyos productos, transformados de negativos en positivos, entran nuevamente en el Bien. De todo esto el universo actual solamente puede mostrarnos la tendencia. Pero toda tendencia está destinada a resolverse en realización. Este es el impulso que rige la vida, y él deberá alcanzar la meta que su trayectoria ahora nos indica.

Por otro lado, quien evoluciona se libera cada vez más de la forma, gradualmente, espiritualizándose, se libera de lo relativo, del límite, acercándose cada vez más a Dios. El ser después de haber recorrido las fases de nuestro universo, materia, energía, espíritu, deberá recorrer otros más, y después otros más. La anulación de la forma por reabsorción en Dios, será el final del universo actual, de su manifestación. El respiro de dos tiempos, involución y evolución, división y unificación, estará completo, el circuito estará sellado, el ciclo dualístico estará concluido en la unidad. Esto no impide que Dios pueda iniciar desde lo “inmóvil” otros movimientos en dimensiones para nosotros inconcebibles, o que no lo haya iniciado ya. Y entonces no nos encontraremos solamente frente a la actual creación en el límite, sino en una pluralidad de creaciones de quien sabe cuáles y cuántos tipos, por parte de un Dios absolutamente trascendente que, aún fusionándose en cada una de sus manifestaciones, queda siempre por encima, distinto e independiente de cada una de ellas. En este sentido esa inmanencia que hoy constatamos en nuestro universo desaparecería como hecho accidental en la realidad y transitoriedad de cada creación, reducida así a uno de los tantos momentos de la manifestación de la absoluta inmóvil trascendencia de Dios.

A este punto nuestra mente se pierde, la vertiginosa visión desaparece y el alma se postra delante de Dios en oración, amando y adorando.

XVII

LAS ÚLTIMAS ORIENTACIONES DE LA CIENCIA

Los conceptos hasta aquí expuestos fueron obtenidos por visión, vale decir, usando la psicología de la intuición que, como dijimos, para algunos individuos sensibilizados por evolución puede constituir un verdadero método de investigación. La forma mental que ha hablado en los dos últimos capítulos está situada en el ápice de la curva de la onda en la oscilación de la personalidad, fenómeno que ya observamos. Siguiendo la ascensión de la onda en dicha oscilación, hemos observado visiones progresivas de la verdad. Iniciamos este volumen partiendo del punto más bajo de la depresión de la onda, exponiendo así una verdad concebida con una psicología de involucionado que queda en la superficie y no ve, por lo tanto niega, la más profunda realidad de las cosas. Y he allí a qué otra verdad ahora hemos llegado.

Nos proponemos ahora examinar los conceptos ya expuestos, no con la psicología de la intuición con la cual ellos fueron alcanzados, sino con la psicología racional usada hoy por la ciencia. Con la psicología del intelecto normal, estamos a mitad del camino entre los dos extremos mencionados, en la oscilación de la onda de la personalidad, y a este nivel debo ahora fusionar la psicología correspondiente. Dado precisamente el plano evolutivo de esta psicología, la ciencia está todavía lejos de una síntesis universal, posible sólo en más altos niveles mentales. Sin embargo, será muy útil observar los resultados obtenidos por ella, en cuanto que ellos se basan en datos experimentales controlados, lo que les ofrece una seguridad que el intelecto racional no siente en los planos más altos. No obstante, solamente en estos se pueden realizar vastas síntesis, mientras que el campo de la ciencia es demasiado limitado. Le faltan elementos de carácter espiritual y moral que ignora, mientras que la intuida unidad del universo nos hace presumir que existen relaciones también entre las cosas más distantes, lo que tiende ahora a hacer de la ciencia, de la filosofía, de la religión, la moral, la sociología, etc., una sola cosa. Justamente por este principio de unidad, el mundo observado por la ciencia, aún siendo limitado, no debe contradecir en su ámbito la visión universal ya expuesta, por el contrario, en su nivel debería confirmarla. Observemos ahora qué dice la ciencia, para ver si ella se dirige a la síntesis o de ella diverge, y qué elementos indicadores puede ella ofrecer para conducirnos en esa dirección.

La ciencia, con su método objetivo-inductivo, se nos presenta como una psicología de prudencia y de desconfianza, que avanza entre sombras por los grandes planos del ser, sobre un terreno infiel que continuamente examina y controla experimentalmente. Avanza así por tentativas y con dudas, lentamente, por hipótesis y teorías, pero en compensación sus resultados son positivos, controlables, aplicables por todos. Las últimas verdades que la intuición ha aferrado cual relámpagos se le escapan, son completamente su meta ignorada y lejana. Pero es a ésta, aunque ignorada, que la ciencia trata de acercarse a través de los descubrimientos y la coordinación de verdades parciales; y esto por aproximaciones sucesivas. Esta es la forma hoy asumida por el pensamiento humano en su progresar. Forma relativa. Por lo tanto, hay que evitar asumir como definitivos y base para una orientación filosófica, los últimos resultados, que son y fueron siempre poco a poco superados. Es la última verdad alcanzada la que modela el pensamiento colectivo, porque es la que más lo impresiona. La antigüedad fue dominada por la concepción platónica y aristotélica, luego por la agustiniana y la tomística. Después la ciencia objetiva y experimental suplantó la especulación abstracta. Pero después también la física clásica de Laplace, Galileo, Kepler y Newton, y la concepción mecanicista del mundo fueron superadas por la física estadística y cuántica (Planck) de hoy. Y también ésta será superada. En un tiempo se creyó sólo en la lógica y se despreciaba el experimento, como algo que al contacto contaminaba el pensamiento puro. Sin embargo, aún siendo perfecta en sí misma, la lógica sola no puede superar la función de relaciones. Ella es una muy sólida cadena que, si no tiene un sólido punto de apoyo, no sostiene nada. Incluso en su forma más excelsa, la matemática. Así, avanzando, la ciencia materialista ha superado, desmaterializando la materia, todo su

materialismo. Ella misma, que es tan racionalmente positiva, solamente puede progresar confiándose al método irracional de la intuición, vale decir, creando más allá de toda lógica y método, al encontrar relaciones impensadas entre los hechos y conceptos más distantes. Es en el coligar las experiencias y en la visión de su significado, que relampaguea la intuición de la ley que las regula; es en el descubrir las relaciones, para lo cual el análisis racional no es suficiente. Y en esto consiste a menudo el descubrimiento. Despunta entonces la hipótesis como tentáculo lanzado para sondear el misterio. Después se la desarrolla en teoría, y sólo entonces comienza a trabajar la psicología racional de la ciencia que controla con la observación y el experimento, para convalidar o rechazar. Si los hechos dan la razón a la nueva teoría, entonces la vieja se derrumba y es abandonada para su fin. Y así lentamente se produce la escalada hacia la verdad.

La fuerza del positivismo está en este mantenerse en contacto con la realidad, haciéndose de ella exacto observador. Se pide la respuesta a nuestros interrogantes no a la lógica, sino al experimento. Se pregunta tenazmente cuál es el pensamiento directivo que, escondido, rige los fenómenos, dado que no se puede dejar de adquirir que por todas partes existe un principio directivo y ordenador. Y la ciencia no puede interrogar a Dios, ya que los contactos del místico le son ignorados. No le queda más que aferrar ese divino pensamiento a través de su manifestación concreta, en los hechos, dado que él, al menos en el plano físico, sólo se expresa a través de las formas concretas y la acción. Ciertamente es que más allá de la "medida" necesariamente sensorial, por lo tanto relativa pero avanzando hacia la perfección, debe existir una realidad verdadera y profunda que escapa a la ciencia, que lo único que puede hacer es tornar más potentes y más exactos sus medios de investigación, y más abstractos e independientes de estos y de los sentidos, sus métodos (operaciones matemáticas puramente formales), menos antropomórficas sus representaciones. Frente a la realidad, una "medida" es algo muy distinto a un hecho simple y objetivo, mas es la resultante de un proceso, de acciones y reacciones entre el fenómeno, medios de investigación, órganos sensoriales y psíquicos del observador. De manera que la ciencia progresando, terminará por tener que negar su objetividad, debiendo considerar toda observación como un fenómeno entre tantos otros, todos en relación de interferencia. No es que el fenómeno pierda consistencia objetiva y se reduzca a un complejo subjetivo de percepciones, de modo que suprimidos éstos, el fenómeno no exista por sí mismo. Las mismas metas lejanas de la ciencia, que ella todavía no ve pero hacia las cuales igualmente tiende porque están al final de su camino, son de carácter filosófico, metafísico y espiritual, una realidad incontrolable experimentalmente. ¡Cuántos límites, pues, a la objetividad del positivismo! ¡Qué inseguridad en el registro e interpretación de los mensajes obtenidos con la observación de un mundo real supuesto en lo profundo, más allá de las apariencias sensoriales! ¡Cómo establecer exactas relaciones entre el mundo experimental de los sentidos y aquella ignorada recóndita realidad? ¡Y cómo alcanzar una realidad absoluta independiente de los sentidos humanos?

Por otro lado, se le ha reprochado a esta ciencia ser prevalentemente utilitaria. Pero debemos reconocer que si la ciencia ha nacido, esto se debe al humano espíritu utilitario. Sus orígenes estuvieron en la necesidad de orientarse en la navegación, de medir un terreno, de curar una enfermedad, de defenderse en todos los campos. Lo que vale de una idea, más que su exactitud y verdad, es muchas veces su fecundidad. De la absurda búsqueda de una piedra filosofal y la transmutación de los metales en oro, nació la química; la búsqueda del movimiento perpetuo hizo descubrir los principios de la dinámica. Más tarde, la teoría de Einstein nació de la idea de la velocidad absoluta de la Tierra, y la física atómica nació del concepto astronómico del átomo de Bohr. La historia de la ciencia es semejante a la historia de todos los eventos humanos: se termina llegando muchas veces, a donde jamás se pensó llegar. Todo pasa y cambia en la vida. Muchas filosofías han dominado y han caído en el olvido para después renacer más maduras. La metafísica dominante hace un siglo fracasó, así ocurrirá mañana con el positivismo de hoy. Todo anda, desaparece y retorna como las olas del mar; entre tanto, se renueva y así se lanzan nuevos puentes de pensamiento, se establecen nuevas conexiones con hechos antes concebidos distantes y que así se acercan a los ya conocidos, rehaciendo en el futuro en nuevos campos lo que se hizo en el pasado para llegar hasta aquí, hasta lo que hoy es conocido pero antes inexplorado. Un descubrimiento no crea cosas nuevas, pues que ya todo existe, pero establece nuevas relaciones entre las cosas, dándoles nuevos significados. Mucho de la civilización moderna consiste en la multiplicada posibilidad de intercambios y de relaciones. Es así que a través de las hipótesis de trabajo, hechos antes desconectados, se forma una teoría, vale decir, una columna del pensamiento convalidado por la experiencia, y al final, un organismo lógico revelador de una unidad directora o ley cada vez más amplia. Es así que la ciencia, con camino lento y prudente pero seguro, trata de reconstruir gradualmente sobre el plano del conocimiento humano, el profundo orden divino que existe en las cosas, en una cada vez más perfecta imagen científica del mundo. He allí que la ciencia, a través de su fatigosa investigación realiza con sacrificio, el mismo trabajo de reunificación del Todo que está en la base de las ascensiones humanas. De esta manera, como ya dijimos para otros campos, también el progreso de la ciencia representa el retorno del ser a la fuente Una que todo ha generado. En este sentido “La Gran Síntesis”, que en ningún momento ha pretendido hacer particulares nuevos descubrimientos, ha hecho el de coligar en unidad los más dispares fenómenos. Y hacer de un cúmulo de materiales distintos un organismo, es en verdad una obra de creación, como lo es la actual formación de las grandes unidades sociales en las cuales los individuos particulares componentes gozan de una vida más elevada en poder, utilidad y vastedad.

Veamos, entonces, que nos dice la ciencia en relación a la ya expuesta visión, encuadrando esto en el sistema universal de “La Gran Síntesis”, sin lo cual todo sólo es comprensible en lo particular. El principio de las unidades colectivas allí expuesto (cap. XXVII) implica el de una escala de formas jerárquicamente ordenados en el sistema del universo, en el cual la superior comprende la inferior que se organiza, con otras semejantes, en una síntesis más elevada. Esta es una unidad colectiva que tiene

la función de coordinar las actividades de las menores unidades individuales componentes hacia nuevos fines que trascienden los de cada una de ellas aislada, y esto siempre según el concepto aquí ya expuesto del universal principio unitario y de la tendencia unificadora que él imprime en todas las cosas. Esta coordinación es una cuestión de relación por la cual los individuos componentes modifican su valor, se potencializan, como es lógico, pues que la unificación es retorno a Dios, vale decir, reaproximación al centro genético. De modo que el reagrupamiento colectivo tiene acción amplificadora y el poder aumenta con la unificación, jerárquicamente de grado en grado, en unidades cada vez más amplias y orgánicas. Ahora, algunos científicos ya sobreponen al mundo físico-químico, el mundo biológico, y a éste, el mundo psíquico espiritual. Se trata de planos de existencia en los cuales las leyes del plano superior dominan y guían las de los inferiores. Cada plano tiene un límite más allá del cual, a un nivel más alto, sus leyes aún manteniéndose, sólo valen en función de una ley superior y por sí solas no son suficientes ni para explicar, ni para dirigir la nueva unidad.

Ahora, dada esta estructura jerárquica del universo, toda unidad es siempre colectiva, es decir, está formada por menores unidades componentes coordinadas en organismo, de modo que la observación, cada vez que afronta una individualidad, termina descomponiéndola analíticamente en las menores unidades componentes. Toda unidad es, pues, siempre una síntesis, y se puede descomponer analíticamente en unidades menores, que a su vez son síntesis mayores frente a unidades-síntesis menores, y síntesis menores frente a unidades-síntesis mayores, hasta el infinito por ambos lados. La observación puede moverse así en dos direcciones: la analítica que va hacia las siempre menores unidades componentes, o la sintética que va hacia las mayores unidades resultantes. La ciencia objetiva parte de un dado plano de unidades-síntesis, admitido axiomáticamente a priori, que es el dado por los medios sensoriales de su observación. El trabajo de la ciencia ha sido el de descomponer las unidades de este plano en sus elementos componentes. Por esta razón la ciencia es analítica. Esta dirección le ha sido dada por la misma estructura de las cosas. Partiendo de la materia, unidad para el hombre sensorial, la ciencia no ha penetrado su estructura molecular y atómica. Pero solamente se ha recorrido con esto un mínimo trecho en descenso (de allí el materialismo), mientras que el camino no tiene fin, tanto en dirección descendente de análisis, como en dirección ascendente de síntesis. Decimos descendente, porque es en dirección del análisis que se procede hacia la pulverización periférica centrífuga del Uno en la forma, y decimos ascendente, porque es en dirección de la síntesis que se procede hacia la reunificación centrípeta en el Uno de la sustancia. Y el camino sin fin se puede recorrer no solamente en dirección analítica como hace la ciencia, sino en sentido opuesto, en dirección sintética. Y entonces en vez de penetrar en la estructura atómica de la materia, podremos conocer las unidades-síntesis superiores, como pueden ser, por ejemplo, el organismo múltiple humanidad, y sociedad de humanidades, y su alma colectiva.

Ahora, el observador no es externo al fenómeno y distinto de él, sino que es un fenómeno en el fenómeno. Su posición está en un dado nivel de la jerarquía o escala evolutiva, y desde éste puede mirar alrededor en su propio plano, o a los superiores de abajo, o a los inferiores desde arriba, vale decir, su investigación puede jerárquicamente descender por las vías del análisis en lo particular, o ascender por las vías de la síntesis de lo universal. El pensamiento humano ha sondeado las unas y las otras vías, las primeras con el método inductivo, y los segundos con el deductivo. El primero de Einstein de la relatividad, dependiendo del sistema de referencia escogido, es aplicable también a este caso del observador, en cuanto que más allá de la trayectoria típica de un desarrollo fenoménico, existe también la trayectoria del transformismo evolutivo de él, así como existe un semejante transformismo también en el fenómeno representado por el observador. Y entonces el descubrimiento científico se puede realizar no solamente por la proyección del mirar indagatorio en uno o en otro plano, sino por la transformación evolutiva, es decir, biológica, del observador mismo. He allí de esta manera justificada la afirmación a menudo hecha en estos escritos de que el más grande progreso en el conocimiento resultará, sobre todo, de la transformación del hombre actual, en el súper psíquico tipo biológico del porvenir. Y así la ciencia podrá avanzar también por el desarrollo de las cualidades sensoriales y psíquicas del hombre. Es evidente que toda la perspectiva del conocimiento actual, podrá cambiar cuando el punto de vista, por la distinta posición biológica del observador, haya cambiado.

Es cierto que nuestro mundo sensible del cual deriva también su interpretación científica, es un mundo sensorial y relativo. Sentimos automáticamente que más allá debe existir una realidad frente a la cual lo que registramos es ilusorio. Indagando en todos los campos y evolucionando, tratamos de acercarnos cada vez más a esta realidad, con una interpretación siempre más exacta. Descomponiendo analíticamente con la observación una unidad-síntesis en sus elementos, la ciencia transfiere a lo relativo tamaños considerados antes últimos y absolutos. Así, a medida que se conquista lo Absoluto, éste retrocede. Todo registro, aunque parezca el último en profundidad, es siempre un registro de síntesis, detrás del cual se esconde la posibilidad de ulteriores registros de análisis reveladores de otras leyes más particulares. Pero, si nuestro registro es progresivo y en relación a la realidad verdadero, él entonces es relativo y nos da una realidad relativa, ¿es por esto él ilusorio? No. En el ámbito de su campo relativo, él es absoluto, en el sentido de que es una exacta representación de una dada unidad-síntesis en su plano y verdadera sólo en su plano. Es saliendo de ese plano y mirando desde otros puntos de vista que él se hace ilusorio. En efecto, cuando los filósofos hindúes hablan de la gran “Maya”, esto es porque ellos se colocan en un punto de observación espiritual que está por encima del plano de la materia, que por lo tanto aparece ilusoria. Pero para los materialistas y los seres materiales, la materia es la realidad absoluta, al menos mientras ellos se mantengan en ese campo y vean con los ojos de ese plano. Pero apenas se traspasan sus límites, ella se convierte en relativa y desaparece, como una ilusión. Todo mundo se convierte en ilusorio, apenas es mirado desde un mundo más alto. Y entonces buscamos realidades más elevadas propias de unidades-síntesis más vastas que,

superándolas, abarcan éstas nuestras realidades de relación. Y en efecto, es en las unidades-síntesis mayores que nosotros podemos encontrar la ley comprensiva de las menores, en la cual ellas se coordinan y donde las diferencias que las hacen recíprocamente relativas e ilusorias, son superadas y conciliadas. Todo esto no puede ser más que una tendencia, un marchar hacia una última realidad tan amplia como el infinito, que comprende todas las otras. Pero ella es infinita y no susceptible de ser alcanzada por nuestro actual concebible, en razón de sus dimensiones.

Veamos que dice la ciencia a este respecto, en el campo más concreto de la Física. Ella confirma completamente estos conceptos. Ya señalamos arriba la superación de la concepción mecanicista clásica del mundo por la física estadística y cuántica. Descubriendo la estructura atómica de la materia y concibiéndola, no ya según las leyes dinámicas sino según leyes estadísticas, la ciencia moderna que parece haber invertido sus concepciones anteriores, ha confirmado plenamente los conceptos señalados, vale decir, el principio de las unidades colectivas, de unidades-síntesis que se pueden descomponer, de jerarquías de unidades y de leyes, de pulverización en lo particular de la unidad del universo, de una progresiva división y complejidad en lo relativo, en el polo opuesto del otro extremo de lo simple y Uno en lo Absoluto. La teoría de la relatividad de Einstein y la hipótesis de los “quantum”, de Planck, que han revolucionado la ciencia, confirman estos conceptos. Expliquémonos.

Los movimientos brownianos descubiertos en 1827 por el botánico inglés Brown, se probó recientemente que se debían a la estructura molecular de la materia, por la cual son las invisibles moléculas de un líquido o un gas, las que chocándose con las microscópicas partículas allí suspendidas, les comunican un movimiento irregular. Éste depende de la distribución asimétrica de los choques imprimidos por esas moléculas. Se llega así a comprobar poco a poco el carácter discontinuo de cantidades concebidas antes como continuas. Al llegar de esta manera a descubrir la estructura atómica de la materia, la física clásica parece derrumbarse para dar lugar a una física cuántica y estadística, en la cual dominan no ya leyes dinámicas, sino leyes estadísticas o de probabilidades, no ya reguladoras de un caso particular, sino de innumerables procesos individuales; leyes que gobiernan una multitud de acontecimientos, en la cual el individuo desaparece. Así la ciencia ha superado su antigua interpretación mecanicista del mundo. No ya propiedades que definen determinísticamente, sino probabilidades que regulan las variaciones en el tiempo según leyes estadísticas relativas a grandes agregados de individuos.

El refinamiento alcanzado por la técnica experimental moderna ha permitido descubrir este mundo que, sin destruir el anterior conocido, aparece nuevo porque está más allá de él, más profundo en su íntimo. Lo que formaba el objeto de la física clásica no eran más que las ya citadas unidades-síntesis, de las cuales un análisis más avanzado ha terminado por revelar su composición. Antes se asumía como último y definitivo, inderogable y absoluto, cualquier principio que después revelaba ser la resultante de innumerables libres irregularidades individuales compensadas, de modo

que mostraban no las características del caso particular, sino las dominantes en la masa. Estamos en la primera fase de penetración analítica de la unidad-síntesis, por lo tanto el caso individual no ha sido alcanzado todavía como individuo. La observación usa hoy en física el método estadístico de las colectividades, según el cual se calculan los valores medios probables, en vez de los valores exactos para cada momento y partícula.

Si tomamos en examen el caso de un centímetro cúbico de aire, ciertamente no podremos calcular según la vieja dinámicas las trayectorias y los choques de cada uno de los aproximadamente 25 trillones de moléculas (oxígeno, hidrógeno, nitrógeno, etc.). Esto requeriría mucho tiempo, pues ellas son tan pequeñas, numerosas y de tan rápido movimiento, que semejante examen es imposible. El número de moléculas contenidas en un gramo de hidrógeno es de 303 seguido por 23 ceros. La masa de una molécula de hidrógeno es de una pequeñez fantástica, aproximadamente 0,000,000,000,000,000,000,0033, (033×10^{-23}) gramos. Podemos ahora observar las moléculas en sus cualidades colectivas de unidades-síntesis, sin que lleguemos a conocer el comportamiento de cada una. Podemos así conocer la presión de un gas calculando la velocidad media de cada molécula y de ésta obtener esa presión, es decir, el efecto-suma de todos los choques producidos por estas moléculas contra las paredes del recipiente. Y el cálculo expresa no el caso individual sino el resultado colectivo, resultado exacto, pues que sobre cada centímetro cuadrado de pared choca tal número de moléculas (cerca de 200.000 trillones de choques por segundo) que en la práctica resulta una presión constante, cuyo tamaño depende del impulso medio de cada molécula individual.

En el gran número las irregularidades individuales desaparecen en una regularidad colectiva sobre la cual precisamente se basan las leyes descubiertas por la física clásica.

Ella se basa sobre experiencias de carácter macroscópico, lo que significa una tosca vista de conjunto, que no penetra de hecho en la estructura analítica de la unidad-síntesis y no llega a comprender los procesos de dimensión submicroscópica que ocurre en el átomo. La humana observación sensorial, a pesar del perfeccionamiento actual de la técnica científica, no puede penetrar en esta estructura analítica, y debe contentarse con las resultantes generales de masa, sin saber nada del caso individual, como ocurre con el uso de las estadísticas que saben de la marcha general del fenómeno, nacimientos, muertes, infortunios, etc., sin saber nada del caso particular aislado. Ahora, una ciencia que trabaja sobre los resultados generales de masa, obligada a abstraerse de una realidad que se aleja cada vez más en lo profundo y con la cual pierde así cada vez más contacto, si por un lado se libera de las contaminaciones antropomórficos, por el otro lado debe trabajar y construir en el vacío en forma de abstracciones matemáticas, y solamente después buscar concordar los resultados obtenidos, con la realidad experimental. Es así que la nueva Física debe confiarse mucho a las matemáticas, trabajando sobre conceptos que no son los de la corriente concepción sensorial. Y la alta matemática ya no está muy cerca de la

especulación filosófica. Así que no solamente vemos hoy a la materia pulverizarse en su estructura atómica, sino que toda representación antropomórfica y sensorial del mundo, desaparece del todo. Si esto lleva a la ciencia hacia un principio ordenador de un organismo universal del cual ella se ve cada vez mejor su grandioso funcionamiento, le muestra también que el principio del universo, Dios, está así más allá de nuestras concepciones antropomórficas y para el hombre se pierde en lo inconcebible.

Ahora, podemos preguntarnos: ¿la moderna y más profunda penetración analítica en un mundo fenoménico más íntimo, ha hecho en verdad derrumbarse a la física clásica y sus concepciones? El hecho de que la ciencia más panorámica, sensorial y tosca haya, excavando en profundidad más allá del rostro exterior de los fenómenos, descubierto un mundo con leyes distintas, no puede anular el valor de las leyes anteriormente descubiertas que se mantienen, aunque adquiriendo un valor relativo en relación a otros planos de existencia, y quedan absolutas en relación al suyo. Es cierto que el mundo subatómico no funciona como el mundo macroscópico. En ese plano más profundo él ya no es una gran máquina regida por un absoluto determinismo donde los elementos individuales aparecen independientes y libres. Así aparecen según la nueva Física los “quantum” en acción. Sin embargo es posible desde este desorden submicroscópico, obtener un indiscutible orden en el plano macroscópico, el visto por la física clásica. Esto porque, aquellas que esta física clásica llamaba leyes, se sabe hoy que en la realidad no son más que reglas estadísticas formuladas a “posteriori”, como resultantes generales de masa, no siendo por ello menos verdaderas. Solamente que ellas ya no aparecen como férreo determinismo, sino como pura regularidad estadística que, si en el plano macroscópico conservan el valor y la veracidad de leyes naturales, en el plano submicroscópico reposan sobre el azar o sobre las libertades de los actos elementales. Pero no por esto son menos válidas que antes. Y si decimos azar para los actos elementales, esto es porque la ciencia no ha encontrado todavía en este campo las leyes inflexibles y eternas que deben regir en un plano más profundo que el macroscopio. La concepción estadística de estas leyes no es más que la primera fase de aproximación en el conocimiento de ellas.

La certeza de las leyes del mundo macroscópico es dada por el más número de los elementos y actos componentes, es dada por un repetirse preponderante en un dado sentido de una mayoría de casos. ¿Pero, qué es lo que forma esta regularidad estadística a no ser ese repetirse de casos? ¿Y qué es, entonces, lo que determina esta repetición? Si lanzamos un dado que sea exacto, cada cifra saldrá mucho más regularmente un sexto de las veces, cuanto mayor sea el número de los lanzamientos del dado, y esto por la ley de los grandes números. Pero si el dado tiene un defecto, cuánto mayor sea el número de las lanzadas del dado, mucho más este defecto se manifestará claramente en los resultados. Entonces la ley macroscópica está escrita en las cualidades de los individuos componentes y la regularidad estadística no hace más que revelarla. El contenido de las leyes estadísticas no es más que la revelación de la naturaleza de los elementos individuales. Es en las cualidades de la mayoría de

los casos que está escrita la ley que, aún manifestándose ahora como expresión de características más íntimas, no pierde por esto las características anteriores. Si el acto individual depende de una ley más profunda que, aunque se nos escapa, llamamos azar o libre comportamiento, la ley colectiva expresa y revela las cualidades dominantes en los casos individuales. No es por esto menos absoluta hoy que es concebida, en vez de cómo ley dinámica, como ley estadística. No es, por lo tanto, completamente rechazado, como se ha creído, el concepto de necesidad absoluta por la moderna física estadística y cuántica, que queda determinística al igual que la clásica. No es así, en absoluto, perjudicada la necesidad que tiene la Física como cualquier otra ciencia de la premisa de que existan leyes absolutas reguladoras. Existe solamente esta diferencia con la física clásica: que habiendo focalizado la observación en un plano más profundo, hoy se puede considerar como secundario o derivado, lo que antes se consideraba como primario o fundamental. Así las “leyes naturales” de la ciencia clásica no son abatidas y, aunque presentándose ahora como leyes estadísticas, relativas al plano macroscópico, distintas a las del plano submicroscópico, no pierden por esto nada de su veracidad.

Para comprender podemos referirnos analógicamente a los fenómenos sociales, en los cuales mostramos la misma relación por la cual el funcionamiento del organismo colectivo viene dado por leyes precisas que se expresan estadísticamente, mientras en su ámbito el individuo, regulado por otra ley, se siente libre. También en este caso el organismo colectivo es dado por las características dominantes en los individuos componentes, por los valores comunes, mientras que las diferencias se suprimen. Aquí vemos el principio de las unidades colectivas hacen eco idéntico desde el plano de la materia hasta el plano humano, con las mismas características. Y lo que se ha dicho para el plano físico (organismos de átomos), ahora para el plano social (organismos de seres humanos), se puede repetir también en el plano biológico (organismos de células), etc.

Cuando las unidades individuales no son observadas ya particularmente, sino colectivamente como masas, vale decir, la observación es conducida a la manera macroscópica en vez de a la manera microscópica, entonces aparece una ley nueva en la cual las características de minoría dadas por las diferencias individuales se suprimen y desaparecen, y resaltan solamente los predominantes caracteres comunes. Entonces triunfa sobre la minoría de los casos divergentes, la mayoría de los casos concordantes. Más allá de la ley del individuo aparece la ley del grupo, en la cual los individuos se funden por homogeneidad de caracteres. En la más vasta ley de las unidades-síntesis, es reabsorbida la ley de cada una de las individuales unidades componentes. En la visión panorámica desaparecen las particularidades y el individuo revive no como tal, sino como síntesis. Como en los respectivos planos, las dos leyes son contiguas pero diferentes. Y como toda unidad colectiva es la resultante de sus elementos componentes, así cada ley de cada plano es la resultante de las leyes dominantes la mayoría de los casos individuales. De esta forma, mientras más analíticamente se desciende en lo particular, más se va hacia la diferenciación de los principios directivos; y mientras más sintéticamente se asciende hacia lo universal,

más se va hacia la unificación y extensión de los principios directivos. También en este campo de la Ley, ellos están jerárquicamente conectados según los planos evolutivos del ser. Es así que por encima del espíritu existe una infinita jerarquía de leyes que se nos escapan, así como en lo íntimo de la materia hay otra infinita jerarquía de leyes que no conocemos.

Así, la visión sentida inicialmente en forma filosófica y mística, ahora se continúa, la misma, en forma científica. Y he allí que el punto clásico, un electrón que se mueve en el espacio, es concebido ahora por la ciencia como un conjunto de ondas; lo que se pensaba era el último indivisible elemento de la realidad, es ahora descompuesto en menores elementos componentes. De esta manera, según la más reciente física, este último término de la realidad no es más que una concentración de energía ondulatoria, tanto más fácilmente y exactamente localizable, cuanto más las frecuencias componentes del conjunto de ondas difieren entre ellas. Con una frecuencia única no es posible localización alguna, pues que una onda única no se distingue en ningún punto de una intensidad uniforme. Este elemento puede, pues, formarse allá donde numerosas ondas de distintas frecuencias interfieran entre sí, en cualquier parte del espacio, de modo de que se anulan recíprocamente y se distinguen como sistema autónomo solamente alrededor de un determinado punto. Ahora, dado que la “función de la onda” es determinable según reglas de cálculo bien definidas, se resuelven, adoptándolas, algunas dificultades como la del electrón incidente, solo así divisible en más ondas incidentes, de tal modo que se explica su comportamiento cuando aislado golpea una lámina de cristal.

He allí qué sustancia representa según la ciencia moderna el elemento fundamental de la realidad. El extremo corpúsculo material, el electrón se disuelve en ondas, la sustancia fundamental, material de construcción del edificio de las cosas, es un puro campo electro magnético, dado que estas ondas no tienen necesidad de apoyarse en ningún sistema material, siendo concebidas únicamente como modificaciones periódicas. A todo esto no se sabe ya dar ningún significado físico real, mas sólo el lógico de representar la probabilidad matemática de que el electrón se encuentre, en ese instante, en ese determinado punto del espacio. La solidez del mundo físico es, por lo tanto, toda sensorial, y se reduce a algo que está muy lejos de la realidad física, es decir, a una probabilidad matemática. He allí en qué se convierte la materia por obra de la misma ciencia materialista. La serie estequiogenética nos muestra como la materia fue descompuesta en 92 elementos. Después fue descompuesto el átomo, a semejanza de un sistema sideral, en partículas dotadas de carga eléctrica. Ahora también estas últimas cantidades de la materia han sido reducidas a determinaciones formales de procesos ondulatorios, de modo que de la materia no ha quedado más que una fórmula matemática, vale decir, simplemente variaciones de los fenómenos sin que allí exista algo y persista de por sí fuera de ellas. De hecho, no se puede admitir una sustancia absolutamente neutra, sin sus propiedades, las cuales no pueden dejar de influir sobre los procesos a ellas relativos. De modo que al final, la ciencia de la materia se reduce a una ciencia de relaciones, a un puro proceso lógico. Así ella se encamina a comprender que la última esencia de la materia no es más que un

abstracto, un imponderable, un puro pensamiento, el de la mente directora del universo. Así esa ciencia se dirige a concebir cómo este puro pensamiento haya podido crear en Dios, como su expresión, el universo.

De modo que la moderna mecánica ondulatoria en el estudio de las ondas no piensa en un sustrato físico, sino solamente en las leyes formales del fenómeno, de manera que la Física puede hoy dejar de referirse a un sustrato o medio. Él podría estar allí, podría ser un “quid” que ocupa contemporáneamente espacio y tiempo, pero por ahora no sabe cómo conocerlo. Y así la física lo estudia como relación, en su comportamiento y no en su esencia. Para poder continuar trabajando, la ciencia y su sistema se han hecho independientes y ya no tienen necesidad para funcionar, de esa incógnita que ha sido colocada fuera de sus ecuaciones. Todo parece así vaporizarse en la nada. Pero no por esto la ciencia identifica el mundo con la nada, sino que cree que algo lo distingue de ella. Y esto es un “quid” objetivo, independiente del sujeto conocedor que no es el punto de partida de las cosas. Mas este “quid” no es realmente la materia. Ésta y la concepción materialista se han así disuelto, y precisamente a lo largo de la línea del realismo, y no a lo largo de la línea de un absoluto idealismo. Esto nos muestra que el materialismo llevado a las mayores profundidades, al final se confunde con el espiritualismo. Así caen muchas distinciones, física y dinámica, materia y vida, etc., convirtiéndose todo, como ya dijimos (La Gran Síntesis), en la expresión de un mismo principio cinético. En el fondo de todo lo único que queda, es un “quid” que desde el campo de la Física se sale de sus límites, hacia aquel abstracto del puro pensamiento, y que sin embargo sabe asumir aquella forma sensorial que llamamos materia. Hoy la ciencia llama “quid” ignorado ese campo abstracto del puro pensamiento. Pero un día ella verá que el pensamiento, desde Dios al hombre, representa una potencia creativa, significa una trascendencia en la cual está latente toda inmanencia, constituye el elemento genético de toda manifestación concreta suya.

Ahora podemos comprender cómo el mundo que se nos presenta y que llamamos real sea, más allá del limitado punto de vista sensorial, una ilusión; podemos comprender cómo esta realidad que es una síntesis, se pueda disolver toda a través del análisis científico, y cómo esa que vemos como estabilidad de la materia, no sea más que una estabilidad abstracta, vale decir, de los principios inmateriales que la rigen (el pensamiento). Y así el materialismo, como ocurre con todas las formas de error y para el mal, con el progresar de la ciencia materialista, se está autodestruyendo y, aunque todavía impera en nuestra vida práctica, en el pensamiento directivo ya ha sido superado, pues que esta última interpretación del elemento externo hoy conocido de la realidad, el electrón, es en verdad un puente lanzado por la física en el campo del espíritu. La ciencia ha encontrado en lo profundo de la materia una onda, una vibración, algo que puede formar el elemento constructivo de la materia, de la energía, o del pensamiento. Encontró este común denominador, teniendo con esto los elementos fundamentales para demostrar el fisio-dínamo-psiquismo monista de “La Gran Síntesis”.

Concebida así la materia según la física moderna, ya no hay dificultad para concebir al espíritu conectado y como sustrato de la forma material, dotado de potencia creadora. Observemos ahora la misma realidad, no ya con el ojo analítico de la ciencia, sino con el ojo sintético de quien asciende a lo largo de los planos del ser, a lo largo de las grandes construcciones de la arquitectura del universo. La visión continúa no ya hacia el mundo físico, sino hacia el mundo espiritual. Ella se dilata en una concepción cosmogónica en la cual la materia aparece como una organización elemental que es dominada por una jerarquía de formas de existencia superiores en complejidad y potencia constructora, entre las cuales primero está la energía y después el espíritu. Y así como la energía representa el principio creativo y directivo de la materia, así el espíritu representa el mismo principio para la energía y, por lo tanto, también para la materia. Cada plano depende jerárquicamente y es dominado por el evolutivamente superior. Así la vida organiza al más complejo nivel de química orgánica, la más simple química inorgánica, así como ésta organizó los átomos en moléculas, etc. De esta manera el espíritu constituye su organismo con los elementos preparados por el mundo biológico. Desde el espíritu y más allá se asciende hacia Dios, en dominio y poder creador. La creación desciende, de esta forma, continua, desde Dios, pero de plano en plano, a través de medios de distinta potencia, que son instrumentos proporcionados al divino trabajo creativo que a través de ellos se realiza. Aunque sea como operarios, los seres colaboran, cual canales a través de los cuales la creación se ejecuta y la manifestación de Dios se expresa. De su parte el ser asciende, y evolucionar significa también convertir cada vez más en real el pensamiento de Dios, significa dar forma a algo en verdad nuevo como forma y manifestación, aunque ya todo exista latente en Dios. Así la creación es continua, es crear, pues no se puede mantener nada sin crear; y Dios la realiza a través de sus criaturas. De modo que mientras más el ser asciende, más se convierte en creador, porque más se acerca y se asemeja a Dios. El hombre participa y se hace cada vez más partícipe de la actividad creadora divina, que crea en él y por medio de él. La creación es actual y es de esta manera que el Dios trascendente se convierte también en inmanente en lo contingente, que no puede estar más allá de él, que lo debe ser todo. El hombre que crea en el pensamiento ya actúa fuera del espacio y del tiempo, y en esto él es el ser terrestre que más se acerca a Dios y es el primer artífice de su creación en la Tierra. La actividad intelectual y espiritual del hombre es obra directora de los planos ubicados por debajo de él, de la cual es investido por derecho dada su posición jerárquica en el universo. El creador de las obras del pensamiento, es el ser que más se acerca a Dios sobre la Tierra.

Es así que el espíritu tiene en verdad poder creativo, en el sentido de que plasma, organiza y mantiene con vida en la forma deseada, todo lo que existe en los planos inferiores a él. Pero esto no significa que el mundo tenga una existencia sólo en cuanto sea una pura creación subjetiva del espíritu individual. El mundo, ya lo hemos dicho, tiene una existencia objetiva independiente del sujeto pensante. Ahora, ¿cómo se concilian las señaladas opuestas afirmaciones? En la Tierra no existe solamente el pensamiento humano. Él puede dirigir su vida y cualquier otra a ella afín, pero no todas las vidas, a las cuales otros pensamientos presiden. He allí el mundo objetivo,

independiente del hombre. No es el pensamiento humano la única fuerza directora del planeta. De esta potencia creadora propia del espíritu se puede deducir cuánto puede con esto interferir sobre un fenómeno la sola presencia del observador que es otro fenómeno distinto, y por mucho que haga, aún estando en posición neutra de pensamiento como espectador, siempre estará activo, siempre será una fuerza que no puede dejar de influir en el fenómeno.

Al arribar al final de esta visión podemos preguntarnos: ¿Llegará la ciencia a darnos una concepción del mundo, concluyente y demostrada en todos los campos, coordinándolo todo orgánicamente, lo que sabemos y lo que sabremos, en una síntesis universal? Ciertamente llegará, y por esto ya hoy urge compensar el actual divergente trabajo racional de análisis, con un opuesto convergente trabajo intuitivo de síntesis. Ya, hoy mismo, no se puede hacer una filosofía o explicar una religión, sin el conocimiento científico. Hoy no se admite ya al pensador aislado de todas las normas del saber humano, pues debe conocerlos todos. Hay que descubrir las relaciones que haga de este disperso conocimiento, un todo orgánico. Por eso es necesaria una obra creativa de intuición que revele una idea que, sin representar a ninguna de las particulares ideas tomadas de cada campo, las represente en una nueva, la de su coordinación, lo que significa creación de un organismo nuevo de una potencia mucho mayor que aquella de los componentes individuales sumados en conjunto. En Física, no son las fórmulas o los complicados procesos de la matemática lo que crea. Esto sólo sirve para demostrar. Lo que cuenta son las ideas fundamentales hijas de las intuiciones de las cuales después nacen las teorías. En el origen de éstas están las ideas y no las fórmulas. Es tan sólo a continuación que ese pensamiento deberá tomar el vestido matemático de una teoría cuantitativa a los fines del control experimental. Así como en la Historia tenemos el periodo clásico y el periodo romántico, la guerra y la paz, la revolución y la reconstrucción, en biología tenemos el macho y la hembra, en Física el núcleo y los electrones, en astrología el Sol y sus planetas, siendo de esta manera todo bipolar, avanzando por opuestos períodos de onda, también la ciencia es bipolar y avanza por relámpagos de intuición creativa primero, y después por paciente control analítico racional. También la elaboración racional de la más árida ciencia presume como punto de partida su opuesto, y este punto de partida es la fe. ¿Y qué es una hipótesis de trabajo sino un acto de fe?

Hay que anticipar y sin fe no se anticipa. Podrán llamarlo fantasía, intuición, pero estamos siempre en un campo súper-racional, que es el único de donde puede surgir la primera chispa. Así la ciencia, que fue enemiga de la fe, pero ya no lo será más, nació y solamente podía nacer de una fe. Si la observación no es así fecundada, si los datos de la experiencia no son coordinados por el espíritu, todo quedará como material desconexo y la ciencia no sabrá jamás concluir. Ella no es solamente observación, sino también síntesis de las observaciones. De esta manera, como en todas partes, sólo una gran fe es creadora, incluso en el campo de la ciencia. Ella es el impulso que sostiene al hombre en cualquier parte, incluso en la maraña de las áridas fórmulas matemáticas. De este modo, una obra aunque técnicamente imperfecta y

parcialmente errada, puede ser fructífera y genética, porque está sostenida por una gran fe que es de lo único que puede nacer la intuición genial. Con esto debe entenderse una libre y espontánea fe sentida. El científico que debe investigar sin preconceptos no puede estar ligado a priori a absolutismos dogmáticos en ningún campo. Una fe orienta, impulsa, agudiza los sentidos y genera la intuición, hace ver lo esencial en un mar de particularidades. Así el matemático encuentra y formula un nuevo teorema antes de estar en grado de demostrarlo. La ciencia nació de una fe en un orden racional del universo. Cuando el científico se mantiene sobre el sólido terreno de la experiencia, de la realidad de los hechos a los cuales representa, basándose en ellos como primer fundamento sin el cual o se podría hacer ciencia, luego, lo que podrá darle alas a sus pies es el áspero camino, será únicamente una fe.

XVIII

EL “CONTINUO” ESPACIO-TIEMPO Y LA EVOLUCIÓN DE LAS DIMENSIONES

Los conceptos desenvueltos en el capítulo anterior, concernientes a las últimas conclusiones de la ciencia, nos permite poner a ésta en relación con la concepción central de “La Gran Síntesis”, el fisio-dinamo-psiquismo. Cuando comencé a escribir este volumen en 1.932 (comenzó a publicarse en Enero de 1.933), no tenía ningún conocimiento de las señaladas teorías científicas que solamente ahora tomo en examen por razones de control, comparando sus conclusiones con las de la visión del universo. Por lo demás, ellas en ese tiempo todavía estaban muy poco divulgadas y no hubiera sido fácil para mí conocerlas. Hoy la transformación de la materia en energía está realizada. Este fenómeno de la ciencia, sin embargo, ha quedado aislado y no ha sido encuadrado en el funcionamiento orgánico del universo, por lo tanto, no resulta orientado en su verdadero significado filosófico, que lo coloca en el primero de los tres grados de la fase evolutiva del ser, a la cual corresponde una inversa fase involutiva. Al presente la ciencia ha demostrado el paso físico-dinámico, pero a seguir deberá probar también los otros. El más probable descubrimiento que la espera, es el del proceso inverso, es decir, la transformación de la energía en materia. Esto pondrá a la ciencia en el camino del proceso creativo que representa el camino inverso al nuestro actual evolutivo, vale decir, el proceso involutivo espíritu-energía-materia, cuyo resultado es la creación de la forma concreta. Este encuadramiento filosófico que hacemos aquí del problema, puede representar una orientación útil para conducir las investigaciones.

Crear hoy que la ciencia llegará mañana a descubrir y a poder usar el proceso de la “así llamada creación de la nada”, no es ya un absurdo, así como lo era pocos años atrás, creer que se pudiera anular la materia como tal para transformarla en energía. Estos procesos ya existen en el universo, existe el progreso, ley de Dios; los problemas del conocimiento solamente están encerrados por barreras relativas y

superables, el espíritu humano no está constreñido para ser eternamente excluido del misterio, sino para penetrarlo y saberlo usar para el triunfo del bien. Dios tiende los brazos hacia nuestro incesante espasmo de ascensión.

Aquí no podemos ni repetir ni explicar las últimas teorías científicas en el campo físico-matemático. Nos basta presumir su conocimiento, sobre todo en lo que atañe a sus conclusiones. Nos es suficiente aceptar como probados los resultados alcanzados con sus cálculos y experiencias, por grandes físicos y matemáticos de nuestro tiempo; y de lo que es su punto de llegada, haré nuestro punto de partida.

He allí lo que leemos, por ejemplo, de James Jeans en “The Mysterious Universe” (1.948): “...la materia sólida se volatiliza en radiaciones. Materia y radiación constituyen dos formas de onda y la una puede transformarse en la otra... Nosotros estamos bien cerca de la verdad, si pensamos en la materia y en la radiación como dos especies de ondas, una que gira describiendo círculos, y la otra que procede en línea recta... Así la materia no sería más que una especie de radiación congelada... La tendencia de la física moderna es resolver todo el universo material en ondas, y nada más que ondas. Estas ondas son de dos tipos: ondas, por así decir, prisioneras que llamamos materia, y ondas libres que llamamos radiación o luz”.

Recordemos ahora sólo algunas líneas de “La Gran Síntesis”, dirigiendo hacia este volumen a los lectores que quieran profundizar el argumento: “Para comprender la transmutación de la materia en las formas dinámicas, es necesario tener presente su naturaleza cinética (cap. XLVI)... La materia es pura energía. En su íntima estructura atómica ella es un edificio de fuerzas.. La evolución es la extrinsecación de un movimiento que por involución se centraliza y por evolución se expande... El sistema atómico se abre hasta el punto en que los electrones ya no retornan a girar alrededor de un núcleo, sino que a semejanza de cometas y no ya como satélites, se lanzan por los espacios con trayectorias independientes (id. cap. XLVI) ... Los electrones lanzados fuera del sistema planetario atómico, por ruptura del equilibrio atractivo-repulsivo del sistema, conservan en la nueva trayectoria ondulatoria el recuerdo del originario movimiento circular(Cap. XLVIII) ... Las infinitas posibilidades centralizadas en un precedente proceso involutivo, se manifiestan en este inverso y compensador movimiento centrífugo evolutivo... En lo profundo existe el movimiento y, cuando éste muda su trayectoria, entonces en lo externo de la percepción responde un cambio de forma (Cap. LII) Las órbitas atómicas de los electrones que giran alrededor del núcleo, se abren para generar la energía por expulsión de electrones (cap. LIII)”.

Estamos aquí, sin duda, entrando en la técnica del proceso creativo, pero para poder actuar más a fondo en él, es, sin embargo, necesario conocer en qué dirección se realiza. La actual desintegración atómica ocurre en sentido evolutivo, que es nuestra fase de existencia, lo que es lo opuesto a la fase anterior de la así llamada “creación”, que representa el inverso proceso involutivo. Pero aquí la ciencia traspasa hacia la filosofía, y de la primera no podemos pretender conclusiones tan vastas.

Está, en cambio, de pleno acuerdo con la ciencia de hoy, “La Gran Síntesis”, cuando afirma que: “... La materia, incluso en los que parecen ser sus últimos elementos, no es nunca una partícula sólida, compacta, indivisible... jamás es un cuerpo en el sentido común... de modo que en sustancia no existe materia en el sentido que la comprendéis, sino solamente movimiento (cap. XLVI)”. Hemos ya visto que el electrón es concebido por la ciencia como un conjunto de ondas, pura concentración de energía ondulatoria localizable sólo por diferencia de frecuencia delante del ambiente. Para la ciencia más reciente todo el problema de la realidad se relaciona con formas de energía, y ésta es concebida como una abstracción matemática: “*la constante de integración de una ecuación diferencial*”. He allí que la ciencia no nos deja al final, más que un concepto absolutamente abstracto, algo que es más pensamiento que materia o energía.

* * *

Observemos ahora qué nos dice la ciencia en relación a las dimensiones espacio-tiempo, comparándolo con lo que nos dice “La Gran Síntesis” sobre el mismo argumento. El último resultado de la teoría de la relatividad de Einstein es la concepción de un espacio cuatridimensional en el cual las tres dimensiones espaciales están soldadas a una dimensión temporal. De modo que el universo es concebido como si tuviera una estructura cuatridimensional, la cual es definida con el término nuevo de “continuo”. Este concepto sustituye hoy el viejo concepto del “Éter”, y consiste en un espacio cuatridimensional en el cual las tres dimensiones del espacio están conectadas y fundidas en el tiempo, que actúa como cuarta dimensión. En otros términos, este “continuo” expresa una realidad en la cual las tres dimensiones del espacio y la cuarta del tiempo entran como factores absolutamente iguales en la manifestación de las leyes cósmicas. Ahora, la experiencia hasta este momento tiende a demostrar que el universo funciona precisamente en tal sentido y que este es su sistema de medida. Lo que tiende a probar que las leyes naturales no aíslan al tiempo del espacio, lo que confirma dicha teoría.

Concibiendo los fenómenos en referencia a este continuo cuatridimensional, encuentran su explicación muchos de ellos que antes no eran considerados ni resueltos. Así, ya no es absurdo que existan dos diferentes valores para las cantidades de energía en una dada región del espacio, como no lo es que existan dos tiempos diferentes en el espacio. Hoy en el “continuo” espacio-tiempo un rayo de luz no se representa ya como una propagación de algo concreto y objetivo a través del espacio separadamente del tiempo, como se había hecho hasta ahora, sino que se concibe como un fenómeno que ocurre en un “continuo” cuatridimensional, en el cual el espacio y el tiempo no pueden separarse. Entonces el tiempo aparece como un elemento que tiene la función de mantener unidos a los otros. Es decir, el tiempo sería la última dimensión que liga en conjunto todas las otras del espacio tridimensional.

Así, los principios de Einstein explican fenómenos que la famosa ley de la gravitación de Newton no podía plantear, ni mucho menos resolver. A las mismas afirmaciones de Newton se debe dar hoy una interpretación distinta. El efecto de una masa gravitacional no es, como pensó Newton, producir una fuerza, sino el de generar una distorsión en lo interior del “continuo” cuatridimensional. Un planeta que se mueva ya no es desviado de su movimiento rectilíneo uniforme por el impulso de una fuerza, sino por la curvatura de un “continuo”. Es necesario imaginar primero un “continuo” de cuatro dimensiones no distorsionado, y después pensar en sus distorsiones. Ahora, la combinada distorsión del “continuo” cuatridimensional producida por toda la materia del universo, tiene como efecto que el universo se encierre sobre sí mismo, de modo que el espacio se hace “finito”. Pero antes de sumergirnos en la concepción del espacio curvo, resolvamos el problema del “continuo” cuatridimensional.

Partiendo de esta conclusión matemática de Einstein, continuémosla en el plano filosófico, encuadrándola en una concepción universal de la cual esa teoría no se ocupa. Hagamos todo en relación a los varios sistemas tridimensionales de nuestro universo, como fueron expuestas desde 1.932 en “La Gran Síntesis”, cuando quien escribe solamente había sentido por intuición, sin todavía haber profundizado racionalmente en ellos, estos problemas, aunque ya suponía su conocimiento. En “La Gran Síntesis” dice: “No tenéis un tiempo y un espacio en sentido absoluto, vale decir, existentes de por sí,... mas ellos son relativos... Así todo fenómeno tiene su propio tiempo... se invierte la Física y la Mecánica clásica Newtoniana (cap. XXXIV)... En la realidad sólo encontráis un tiempo y un espacio relativos, cuyo valor no sobrepasa el sistema que a ellos se refiere... Si vuestro universo es finito como vórtice sideral, el sistema de universos y el sistema de sistemas de universos es infinito... (cap. XXXV). Esto nos indica, como veremos mejor más adelante, que aquí damos un valor universal a la teoría de la relatividad, tanto para el tiempo como para el espacio. Así como cada cosa se mueve en un espacio relativo a su punto de referencia, así todo fenómeno o ser se mueve en su tiempo relativo al punto de referencia.

Resumamos ahora, cómo en “La Gran Síntesis” (cap. XXXVII) es concebida la sucesión de las dimensiones. En nuestro universo trifásico (materia, energía, espíritu), la materia se nos presenta como volumen, es decir, en su tercera dimensión espacial (línea, superficie, volumen) completa. La materia representa la evolución desde el punto a la línea, a la superficie, al volumen. Pero si en ella el desarrollo de la dimensión espacial es completo, el de la sucesiva y evolutivamente contigua, dimensión que denominamos “conceptual” es nulo, es decir, equivale a la que el espacio es el punto. Aquí nace la cuarta dimensión Einsteiniana, el tiempo, pero concebido como el primer término de un nuevo sistema tridimensional, porque así es el esquema del universo. Si el tiempo es la primera dimensión, lineal, de este segundo sistema tridimensional, que evolutivamente le sigue al sistema tridimensional espacial, la materia con su espacio de tres dimensiones, representa, frente a este nuevo sistema llamado “conceptual”, el punto, un puro germen. Dada la estructura

cinética de la más profunda realidad, es siempre a través de un nuevo movimiento en una nueva dirección, que se pasa a la dimensión superior. La nueva dirección del nuevo movimiento del volumen o espacio completo es precisamente híper espacial, está en el tiempo. Por eso Einstein ha podido conectar espacio y tiempo. Ahora, el tiempo es siempre lineal y nada más que lineal. No puede ser de otro modo. Él expresa exactamente la naturaleza y comportamiento de la línea, en la cual el punto, al cual en la nueva dimensión está reducido el espacio completo hasta su tercera dimensión, se mueve y con su movimiento forma la primera dimensión, la línea del nuevo sistema. Es natural que éste evolucione y se complete del mismo modo que el primero, vale decir, con un movimiento o devenir en una nueva dirección, y progrese en tres etapas sucesivas paralelas y semejantes a aquellas a través de las cuales ha madurado hasta su plenitud el anterior sistema tridimensional: línea, superficie, volumen. Ahora, todo el transformismo fenoménico se mueve en esta dimensión lineal-tiempo, la primera del sistema, y no puede salir de él. El volumen está completo, pero las unidades espaciales de la materia solamente se pueden mover en la nueva dimensión tiempo, un instante después del otro. Así nace el devenir, el transformismo fenoménico; así desde la materia completa en la cual se concluye el ciclo, involutivo-creativo, se inicia el inverso ciclo evolutivo que retorna al espíritu, del cual todo había venido. Esta dimensión tiempo comienza a aparecer en la evolución estequiogenética en la cual la materia se transforma y se revela completamente al final de la evolución física, allá donde ésta alcanza a los cuerpos radiactivos, cuando la materia comienza a transformarse en energía y nace el universo dinámico. Generado así el tiempo, él permanece como dimensión de la energía, así como el espacio representa la dimensión propia de la materia (volumen).

Pasemos a la dimensión sucesiva, la segunda del sistema conceptual, correspondiente a la superficie del sistema espacial anterior. Cada fenómeno vive solamente su devenir, cada transmisión dinámica vive su propio curso, en el “continuo” espacio-tiempo. Para evolucionar en la dimensión sucesiva es necesario alcanzar un movimiento en una nueva dirección, no ya encerrada en la misma línea, sino colateral, es decir, la contemporaneidad de un mayor devenir. Un único fenómeno puede darnos esto, y es la conciencia. Solamente ésta, que corresponde en el sistema conceptual a la superficie del sistema espacial, puede dominar un mayor devenir (líneas), vale decir, el desenvolverse de más movimientos en el tiempo con contemporaneidad. La “conciencia” es la segunda dimensión conceptual.

Si la mente de Einstein pudo concebir la teoría de la relatividad, esto fue precisamente porque como conciencia (superficie) ella podía confrontar más y diferentes devenires fenoménicos, dominando como superficie todas las líneas que allí pueden pasar por encima, es decir, pudiendo observar todos los fenómenos. Su teoría nació precisamente de estas comparaciones, posibles por el hecho de que se pueden contemplar, como sólo una dimensión superior lo puede permitir, los varios movimientos lineales en la dimensión tiempo, de más fenómenos ya completos en el sistema tridimensional del espacio. Es decir, no el movimiento de un solo caso, sino los movimientos recíprocamente relacionados de más casos, vale decir, la

contemporaneidad de un mayor devenir, dominio que solamente la conciencia puede alcanzar, como sólo la superficie puede hacerlo en comparación con la línea.

¿Cuál será ahora la sucesiva dimensión conceptual correspondiente al volumen en el sistema espacial? La conciencia común es racional, analítica, finita, relativa. Ella representa únicamente una primera fase de la superación del devenir lineal, con la contemporaneidad de más devenir, pero no más allá. Ella es hija de la observación, es decir, se adhiere a los hechos porque no está todavía fuera del plano donde se mueven las varias líneas. Así, para alcanzar el principio general directivo, ella debe recorrer infinitos casos particulares y solamente llega a síntesis parciales, y esto trabajosamente por tentativas. Ella se resiente de su posición periférica, adherente a lo concreto. Tanto inductivamente como deductivamente, ella concibe siempre por sucesión, en el devenir y en el tiempo. Ella es superficie, es decir, una impotencia frente al volumen, a menos que intervenga un movimiento en una nueva dirección. He aquí cómo ocurre esto. La conciencia humana no es lineal, es decir, limitada a sí misma o a un solo fenómeno, sino que puede moverse sobre todas las líneas de la superficie. Es necesario ahora elevar una perpendicular sobre el plano para formar el volumen, y esto está representado por la superconciencia o intuición, una facultad que muy pocos hoy poseen, pero a la cual la evolución biológica llevará al hombre en el mañana. Mientras que la conciencia común racional sólo por multiplicación de análisis puede alcanzar alguna síntesis particular, la intuición como tercera dimensión conceptual, volumétrica, concibe naturalmente, no ya por análisis sino por síntesis, y se mueve como en su propio elemento en lo absoluto y en lo infinito. Su posición en el universo es más central, está más lejos de lo concreto y más cerca de lo absoluto, a los principios directivos, a lo absoluto. Ella no percibe ya analíticamente, en sucesión, por concatenación racional, sea el método deductivo o inductivo, en el devenir del tiempo, sino que concibe intuitivamente, instantáneamente, fuera del tiempo, por síntesis. La razón queda, entonces, impotente frente a los relámpagos conceptuales de la visión. Entonces no se tiene ya nuestra ciencia de relaciones, sino una ciencia de sustancia, la única que puede hacernos comprender la última y más profunda realidad de las cosas, lo absoluto, inalcanzable de otro modo con la razón. De esta manera también el segundo sistema tridimensional está completo. Aquí comienza para el hombre actual lo inconcebible, pues para él todo desaparece en las dimensiones superiores.

De esta manera el sistema tridimensional conceptual, que en la materia ya es tridimensional espacialmente, no tiene dimensión (el punto), y que después en el campo del transformismo fenoménico (despertar dinámico), alcanza la primera dimensión (línea), y en el campo de la vida (conciencia) la segunda dimensión (superficie); así dicho sistema conceptual, en el campo abstracto del espíritu (intuición), realiza su tercera dimensión (volumen). Así como la superficie absorbe la línea (devenir, tiempo), y la conciencia absorbe al tiempo y lo domina, así también la intuición domina el análisis y a la razón, con sus relámpagos sintéticos. De esta forma vemos que la ciencia se hace cada vez más abstracta, y tal debe hacerse si quiere acercarse cada vez más a la realidad profunda de la esencia de las cosas. Solamente

encuadrado así se puede comprender el significado y el alcance filosófico de las conclusiones matemáticas de Einstein.

Observemos ahora qué desarrollos filosóficos se pueden dar a su teoría de la relatividad. Ya hemos visto que el espacio es la dimensión de la materia. Como ésta por disgregación atómica puede transformarse generando la energía (implícita en todo transformismo fenoménico), así su dimensión espacio puede ser (en dirección evolutiva) el elemento genético (punto – no dimensión) del tiempo (línea – primera dimensión conceptual). De aquí la logicidad de la teoría de Einstein que ha visto espacio y tiempo estrechamente conectados. Esto corresponde a una realidad estructural trifásica del universo, lográndose hoy, con esto, explicar fenómenos y problemas antes insolubles. Pero esto no es suficiente. Tal vez un posterior progreso en las matemáticas logrará introducir en sus ecuaciones también la dimensión conciencia. Esto puede parecer un lenguaje extraño, pues que nos acercamos todavía más a lo inconcebible y faltan aquí las palabras para expresar tales conceptos. Se trata de continuar el camino ya emprendido por las matemáticas, camino de progresivas abstracciones, siempre menos susceptible de representación concreta. Es lógico que mientras más se avanza hacia lo real, menos posible es esta representación concreta. Es probable que para explicar otros fenómenos y resolver otros problemas, para comprender más a fondo el universo en su íntima realidad, sea necesario llegar a la concepción de un “continuo” de cinco dimensiones en el cual quede fundida también la que hoy por falta de otros términos llamamos “conciencia”, vale decir, no solamente un “continuo” espacio-tiempo, sino un “continuo” espacio-tiempo-conciencia (3^a, 4^a, 5^a dimensión). Hay que introducir en nuestras ecuaciones un nuevo elemento que exprese la dimensión conciencia, haciéndolo entrar en el concepto del “continuo”, de modo que se puedan concebir las relaciones que ligan no solamente al espacio y al tiempo, sino a éstos y también a la conciencia. En suma, se trata de continuar la teoría de Einstein en más altas dimensiones, de ampliar todavía más el concepto de relatividad llegando así a una más vasta relatividad universal, que ahora sería extendida así, de la 3^a y 4^a, hasta la 5^a dimensión. Por lo demás, es lógico que en la estructura del universo, para nosotros situados en lo relativo, todo deba aparecer en la forma de relatividad, es decir, en función de un punto de referencia del cual todo depende, y esto en cualquier campo, incluso en el campo moral.

Tal vez pueda parecer una locura este continuar los conceptos de los matemáticos, llevándolos a un contacto con elementos que parecen de naturaleza muy diversa. Sin embargo, en un universo unitario, todos los fenómenos, incluso los aparentemente más distantes, deben existir conectados para poder así ser concebidos contiguos. Estando intercomunicados, ellos están ligados en conjunto por este monismo que todo lo rige compacto, reduciéndolo todo, en cualquier punto e instante, a la unidad. Y nada, ni siquiera los matemáticos que van sondeando lo Absoluto, puede evadir esta lógica. De modo que, desarrollando todavía más los anteriores conceptos, se puede concluir que el “continuo” de lo absoluto, lo que coliga a todos los fenómenos del universo, de cualquier origen, es un “continuo” de infinitas dimensiones y, para un determinado universo, un “continuo” que comprende todas sus dimensiones. De

allí deriva un concepto de relatividad por el cual todo valor, de cualquier naturaleza, depende para su evolución y determinación del punto de referencia, vale decir, del plano de existencia o grado evolutivo desde el cual la observación se realiza, y del plano o grado hacia el cual la misma observación se lleva a cabo. He allí cómo se puede lógicamente llevar la teoría de la relatividad hasta el campo espiritual y moral, y hablar también aquí de valores relativos, determinables únicamente en función del propio punto de referencia.

Como se puede ver, el mundo se encamina hoy hacia un completamente nuevo modo de concebir el universo. Modo muy extraño para nuestra vieja forma mental, sin embargo, sólo él nos permitirá resolver algunos problemas que de otro modo permanecerían insolubles. Es inaudita en matemática la concepción de que se deba introducir en las ecuaciones como elemento de cálculo también al factor espiritual, por lo cual no solamente los sentidos, sino también la psiquis y la orientación conceptual del matemático deben ser valorados. En otros términos, el matemático mismo debe colocarse y entrar como elemento determinante en sus ecuaciones. Es verdad que la matemática no es una opinión, lo que significa que ella es un procedimiento de una racionalidad absoluta y no relativa a la mente que razona. No obstante, así como mientras más se asciende, más la matemática se hace filosofía, así también mientras más se asciende, más ella va a depender de toda la orientación intelectual del matemático que la utiliza.

Dado que el nuevo pensador de hoy, por la necesidad de avanzar todavía más, debe inevitablemente encontrarse con la explosión de las viejas formas mentales, el momento psicológico actual en el progreso del pensamiento humano es particularmente crítico. Por ejemplo, hemos heredado por concepción atávica representaciones de espacio y tiempo que hoy se comienza a percibir que no corresponden a la realidad. Estos conceptos, como la geometría Euclidiana, fueron una gran conquista del mundo griego y que nosotros hemos hecho nuestros en sentido absoluto. Ahora, se puede percibir que ellos no fueron más que una interpretación, no falsa pero sí incompleta, no absoluta sino relativa, no definitiva sino transitoria; una interpretación que puede ser superada. La nueva visión avanza en un mundo cada vez más abstracto. Aún siendo lógico que esto sea así, dado que la ascensión va de la materia al espíritu, resulta de allí, por nuestra habitual forma mental, una creciente dificultad de visualización conceptual. En otros términos, no logramos transportar las más profundas realidades alcanzadas, al mundo de nuestras comunes representaciones sensoriales, de modo que estas más profundas realidades a las cuales nos acercamos, para nosotros quedan, por lo menos hasta que aprendamos a sentirlos mejor, inimaginables. Así sucede ahora con el concepto de “espacio-tiempo” que estamos desarrollando. Él se nos escapa porque más allá del espacio sólo vemos espacio y, con los conceptos habituales, una nada del espacio no la sabemos concebir. Para comprender el espacio curvo y finito es necesario cambiar nuestro modo de imaginar el espacio; como hemos visto, debemos concebirlo de forma curva, por la cual, con el continuo retorno sobre sí mismo se pueden conciliar los dos términos hoy inconciliables: finito e infinito.

Hoy, en su ascensión hacia lo abstracto, la física se hace cada vez más matemática, y la matemática cada vez más filosofía. Si en el último vértice de la racionalidad nosotros vemos aparecer también en matemática lo irracional súper-racional, esto nos muestra que marchamos precisamente hacia esta tercera dimensión conceptual volumétrica que hemos llamado intuición, que se mueve como en su elemento natural en lo infinito. Ésta es la única que podrá darnos la posibilidad de la visualización conceptual de lo abstracto que está evolutivamente más alto y que hoy, visto desde la inferior dimensión de la conciencia normal, representa algo inimaginable. En la gran aventura del espíritu explorador de las zonas vírgenes de la más alta evolución, la racionalidad representa un método viejo, estabilizado y seguro, porque ha sido experimentado. Pero él es limitado, y frente a algunos nuevos problemas, impotente. La experiencia intuitiva es un proceso nuevo, no probado, no estabilizado, con todos los peligros que de esto derivan. Él todavía es inseguro porque está en formación; sin embargo, a él pertenece el futuro, porque será el único medio para avanzar, con la solución de problemas nuevos, explorando lo inexplorado.

El hombre inicia hoy un gran coloquio con ese universo que, a cualquiera de sus niveles, se demuestra cada vez más pensante. No puede haber una verdadera comprensión, a no ser sumergiéndose en la profunda realidad de la cosa que se examina, a no ser estableciendo una sintonía en el espíritu entre el “yo” pensante humano y el “yo” pensante que en todo ser o fenómeno existe. Ahora, esta forma de comprensión, no por observación como en el viejo método exterior racional (superficie), sino por sintonización como con el nuevo método de la intuición (volumen), es la única que nos podrá abrir las puertas de lo infinito y el acceso a la solución de nuevos misterios. Solamente se podrá llegar hasta allí por maduración evolutiva de ese elemento que hemos dicho que es necesario introducir en las ecuaciones de la nueva matemática, el cual es dado por la naturaleza psíquica del observador. En otros términos, la solución de muchos nuevos problemas solamente será alcanzable por la maduración biológica del instrumento humano. Hoy no es ya la inteligencia humana emergente en el universo que lo mira desde lo alto hacia abajo, sino que ella se siente cada vez más pequeña frente a un universo que demuestra siempre más que sabe pensar independientemente de ella, y cada vez más profundamente que ella. Quien en verdad sabe no es el hombre, sino aquel océano de pensamiento del cual el hombre capta lo que puede. Pues que el pensamiento es fenómeno también extra-humano, cósmico, es un pensamiento universal en el cual también el pensamiento del hombre está contenido. De modo que un descubrimiento, la solución de un enigma científico, que comprobamos de hecho que ocurre contemporáneamente en varias mentes que no se conocen, es más un problema de captación que de investigación racional; y el más grande científico será aquel cuya mente sabe oscilar en la banda de la frecuencia de onda más elevada.

Creemos ahora, por haberlo repetido desde todo punto de vista, que está claro el concepto fundamental sobre el cual se basan estos escritos. La crisis moderna no está situada fuera del hombre, por lo tanto soluble especulativamente, sino que está

situada en el hombre, y solamente es soluble biológicamente. No se trata hoy de una crisis de un sistema a favor de otro sistema, sino de una crisis de evolución, por la cual debe cambiar la estructura cerebral del hombre y con esto su naturaleza espiritual y su forma mental. Se trata de una crisis de encarcelamiento en las viejas formas no ya soportables y de explosión fuera de ellas, de superación. La crisis es dada por la maceración del ser empeñado en la metamorfosis que señalamos arriba y que debe llevarlo a formas de vida superiores. La auto-superación que está en el instinto humano, no debe ser entendida, entonces, como una multiplicación del propio “yo”, como él es hoy y como hoy se cree. Esta concepción hodierna está del todo errada. En la concepción materialista, Lucifer ha invertido al mundo. Es necesario invertir a Lucifer, es decir, invertir el materialismo ciego, abstracto y negativo de hoy, en el espiritualismo iluminado, concreto y positivo de mañana. El hombre debe comprender hoy, que el universo no es azar como él cree, un caos en el cual él debe convertirse en patrón, sino que es Ley, es decir, la antítesis del caos, una Ley que sabe y lo hace todo, frente a la cual no se puede mandar, sino comprender y aplicar. Aunque se nos escapen las ecuaciones, la verdad es que también en nuestro contingente nosotros vivimos en condiciones matemáticas. El universal resonar analógico en todos los campos, nos habla de la unidad de los esquemas de funcionamiento. La medida, recurrente en todos los periodos, expresa con ritmo de naturaleza matemática. Existe una Ley en todos los campos; es esto lo que el hombre debe comprender. Si marchamos fuera de la Ley, el fenómeno ya no se verifica. Pero sabemos que si seguimos la Ley, el fenómeno debe ocurrir (como ejemplo, la síntesis química). En esta Ley el hombre muy poco puede mandar, conquistar, imponer, como hoy desearía. Su mejor posición, en cambio, es la de obedecer después de haber comprendido. El universo no es materia como él cree, sino que es un pensamiento que todo lo rige y del cual todo depende. El pensamiento del hombre no es más que un momento, infinitesimal, de este Todo pensante. Lo único que le queda es encuadrarse en este pensamiento mucho mayor que él, armonizándose y realizándolo.

La gran moral de la vida, colocada aquí como fundamento de estos escritos, es que la nueva posición del hombre civilizado de los futuros milenios, solamente puede ser la de inteligente colaborador de Dios en la obra de su Creación.

XIX

EL ESPACIO CURVO Y SU EXPANSIÓN

Otra concepción de la ciencia moderna es la del “espacio curvo”, la cual ya señalamos anteriormente, problema que podemos afrontar mejor ahora que hemos filosóficamente encuadrado en una concepción universal el concepto de “continuo” espacio-tiempo y observados algunos posibles desarrollos filosóficos de la teoría de la relatividad. Establecida, como hemos dicho, la evolución de la materia en energía y después en vida y conciencia, y establecida la correspondiente evolución de las

dimensiones, cada una propia de cada fase, la dimensión espacio queda limitada a la fase materia, como su propiedad y unidad de medida. El espacio existe mientras nazca materia que le establece sus puntos de referencia. Sin materia, y por tanto sin estos puntos de referencia, un espacio vacío e infinito se confunde con la nada; es, como realidad objetiva, un no-existir. Y podemos decir que la energía se transmite en el espacio, y por lo tanto la correspondiente dimensión tiempo existe mientras haya materia, es decir, mientras las concentraciones estables de energía que ella representa pueden darnos los puntos de referencia. Si lo que forma el espacio es la involución de la dimensión tiempo en su dimensión inferior por el congelarse de radiaciones o su aprisionarse cinético en la forma de materia, lo que forma el tiempo es la evolución de la dimensión espacio en su dimensión superior por la liberación cinética de la forma materia, de las radiaciones allí concentradas y fijadas. En consecuencia, superada la fase materia en la fase de energía, el espacio como espacio ya no existe. Una cantidad de radiaciones que navegan siempre en un espacio sin materia no puede darnos un punto de referencia, y sin punto de referencia el espacio se nos escapa en lo indeterminable y se anula. Ya no habría ni punto de partida, ni punto de llegada. Es el espacio el que funciona como punto a lo largo de la línea del tiempo, es quien lo hace medible, sin el cual la radiación sola lo único que daría es un indeterminable tiempo sin medida, eternamente fluyente. Es siempre función de la dimensión inferior marcar con su límite la dimensión superior, dándole con esto medida, ya que es la dimensión inferior la que siendo más involucionada, es decir, periférica, está mayormente encerrada en el separatismo de lo relativo, que aumenta mucho más, mientras más nos alejamos de la unidad central del Todo, de lo Absoluto.

El espacio, pues, no es un elemento indestructible, ya que él, al igual que el tiempo para la energía, puede tener su fin con la forma materia de la cual es la medida. Como la materia y la energía son relativos modos de ser, así relativas son sus dimensiones espacio y tiempo. Y con el transformarse por evolución e involución de esas formas del pensamiento de Dios, a las cuales llamamos materia y energía, también sus dimensiones desaparecen. Conceptos extraños estos que escapan al concebible normal, para los cuales no encontramos en nuestra conciencia, por experiencia pasada, medios de representación. Y tratamos de exponerlos lo mejor posible, como las palabras y las ideas hoy naturalmente disponibles nos lo permitan. Es muy difícil reducir el conocimiento de las últimas realidades a nuestra dimensión conceptual: la conciencia. Pero es cierto que solamente así se puede comprender un poco más este extraño espacio que puede contraerse o expandir, según que se forma o se disgrega la materia de la cual él es función. En conclusión, por aprisionamiento cinético no solamente nace la materia, sino también la dimensión a ella relativa, el espacio, pues que son los centros de este aprisionamiento los que forman los núcleos de materia, vale decir, los necesarios puntos de referencia. En otros términos, el fenómeno del aprisionamiento cinético en la forma materia y el de liberación cinética en forma de energía, fenómenos comprobados, implican también los de la formación y de la extinción del espacio. De esta manera, el espacio, en cuanto él es función de la materia, se puede gradualmente formar por centralización de radiaciones, o se puede disolver por descentralización dinámica; y de esta manera el espacio se puede

contraer o expandir. Esto es difícil de imaginar porque la actual realidad no nos lo presenta bajo nuestros ojos, en consecuencia, el hecho está fuera de nuestra experiencia y de nuestro concebible común; a demás, no encontramos nunca materia y energía aisladas, sino siempre fusionadas en conjunto, así como también sus respectivas dimensiones espacio y tiempo. Estamos situados con nuestro universo en determinados planos evolutivos, y no podemos salir de ellos ni físicamente, ni conceptualmente.

Por espacio entendemos aquí la dimensión de la materia y su medida, y de lo que está en relación con ella, en sentido objetivo independiente de la conciencia humana. Dado que ésta, la conciencia humana, puede traducirlo en su propia dimensión, en una abstracción subjetiva independiente de la realidad, el espacio puede existir también como idea en nuestra mente; pero entonces no tenemos el espacio, sino el concepto de espacio, vale decir, un espacio abstracto, en la realidad un vacío, pues que por sí mismo es un no-espacio y un no-materia, el cual, sin embargo, es un germen del que puede nacer, por involución creativa de las dimensiones superiores conceptuales, la materia y, por lo tanto, el espacio, su dimensión. Todo puede nacer de lo que está en las dimensiones superiores, en las inferiores en dirección involutiva, a semejanza de la condensación del pensamiento; y todo puede, desde las inferiores a las superiores ser evolutivamente restituído, a manera de expansión. Esta es la técnica creativa por la cual todo lo concreto puede desarrollarse a partir de la potencia que está en la idea, para después a ella retornar.

En sentido objetivo un espacio vacío no tiene dimensiones ni medida, es un indefinido y un indefinible en el cual nada puede distinguirse, mientras no se genere algo allí. Un espacio vacío es solamente una posibilidad en potencia, en la cual nada todavía se ha realizado; es, por lo tanto, un estado de nulidad en el cual el ser todavía no ha tomado forma en el plano material; es solamente el germen del ser en el regazo de la idea generadora. El espacio real, existente en sentido objetivo, es determinado por la materia y nace con ella por concentración dinámica. De allí se sigue, que mientras más concentración de materia se genera, más se centraliza el espacio, se acentúa, vale decir, se restringe. He allí como se puede contraer o expandir, y esto según que la materia que se forma en ese espacio, su dimensión, se concentra o se disgrega, condensándose (materia) en determinados puntos o expandiéndose (energía), con el precipitarse lejos de ellos. La expansión del sistema cinético de la sustancia representaba nuestra fase evolutiva del universo (expansión de las espirales galácticas, enfriamiento por irradiación, formaciones planetarias, desintegración atómica, hacia la energía y el espíritu. La concentración del sistema cinético de la sustancia, representa la precedente fase involutiva (génesis dinámico-física, proveniente de la primera potencia creadora del espíritu). En el primer caso tenemos concentración de materia y progresiva contracción del espacio; en el segundo caso tenemos expansión de la materia y progresiva dilatación del espacio. Es así que la concentración en forma de materia hace disminuir las dimensiones del universo y viceversa, en el sentido de que mientras más materia se forma en el universo, más el espacio se curva; vale decir, mientras más rápidamente él se cierra en sí mismo, más

pequeñas se hacen sus dimensiones espaciales. Esto ocurre en la fase involutiva o creativa, cuando el universo va hacia el polo o centro materia, mientras que en su inversa fase evolutiva o expansionista (la nuestra), él va hacia el polo opuesto o centro, el espíritu, al cual todo lo que por él (Dios) fue generado, a él tiende a retornar. Ya dijimos que por el dualismo universal todo es bipolar, así como es también cíclico. Las dimensiones del universo físico dependen entonces de la cantidad de condensación que en él ha ocurrido en forma de materia, y el espacio relativo está en función de su curvatura, dada por esta centralización cinética. De allí el concepto de espacio curvo y contractible, único concepto que puede explicarnos su aparecer y desaparecer como dimensión de un sistema cinético que se centraliza o se expande.

Tratemos de aclarar todavía mejor estos no fáciles conceptos. Nuestro concebible difícilmente puede separar del todo la idea de tiempo, de la idea de espacio y viceversa. Procuremos aislar en nuestra concepción un mundo dinámico sin condensaciones físicas, de radiaciones, energía que sólo vaga a lo largo de la línea del tiempo, en espera de condensación y aprisionamiento cinético en forma de materia todavía no nacida. Hemos visto que el tiempo es lineal. Ahora, el espacio comienza a aparecer apenas se inicia, la curvatura de esa dimensión lineal; en otros términos, el estado cinético lineal de la energía radiante comienza a curvarse sobre sí mismo marchando hacia esa diversa forma del ser que es determinada por el aprisionamiento cinético que constituye la materia. De modo que la génesis del espacio se podría definir como un producto de la curvatura del tiempo. Y el descenso de la tercera dimensión (volumen) a la segunda (superficie), a la tercera (línea), hasta la anulación del sistema espacial tridimensional en el punto, se podría concebir completamente como un proceso de curvatura. Y de manera semejante, del lado opuesto se podría imaginar la génesis del tiempo como producto de la curvatura de la dimensión conciencia, y ésta como curvatura de la dimensión superconciencia. De modo que todo el proceso involutivo-creativo sería producto de este fenómeno de curvatura. Ciertamente aquí faltan las palabras, porque los conceptos comunes no son ya suficientes. Curvatura es un término espacial, como lo son los conceptos de condensación, concentración, aprisionamiento. Estas no son más que nuestras aproximaciones, aquellas que nuestro relativo puede darnos con las imágenes tomadas de nuestro mundo relativo. Podemos sin embargo comprender que, si fuéramos capaces de dar a estas representaciones un valor universal, válido en todos los planos de existencia, nos podríamos aproximar mucho más a esa recóndita realidad que en verdad se nos escapa completamente, porque los medios comunes de concepción son absolutamente inadecuados para penetrarla.

El inverso, nuestro actual período, el evolutivo, se puede concebir invirtiendo las posiciones anteriores, es decir, distendiendo la curvatura con el ascender de fase en fase y de dimensión en dimensión a lo largo de la escala evolutiva, y esto de la primera a la segunda, a la tercera dimensión espacial, de la primera a la segunda, a la tercera dimensión conceptual. Ahora, el objetivo de estas nuestras observaciones no es hacer concebible lo inconcebible, sino de hacer más comprensible el problema de

la curvatura del espacio, de su contracción y expansión, encuadrando el fenómeno, como es nuestro sistema, en el esquema del funcionamiento universal. De esta manera el concepto de espacio curvo es más lógico; armonizándose en el Todo, él resulta racionalmente más probable y explicativo.

Extendemos así el concepto de curvatura más allá de su común valor espacial, dándole un significado universal, como ya hicimos con los conceptos de “continuo” cuatridimensional y de relatividad. Es este sentido universal, lo que en el plano material significa espacio curvo, en el plano conceptual significa ciclo, y viceversa. Este principio que denominamos, en términos espaciales, curvatura, pero que tiene un valor universal, mucho mayor que el espacial, nos lleva al principio general del circuito o ciclo que reencontramos en todas partes reproducido a cada paso, pues que él está en el esquema unitario del Todo. Reencontramos el principio de la curvatura en la trayectoria típica que nos traza el desenvolvimiento de los movimientos fenoménicos (cfr. “La Gran Síntesis”). Pero entonces, si la curvatura es un concepto universal, ha llegado el momento de preguntarnos: ¿Existe en la naturaleza la recta en sentido absoluto? Muy probablemente ella solamente exista en lo relativo, en lo finito, en lo particular. Por lo tanto, debemos llegar a esta conclusión: que lo infinito es curvo, es decir, únicamente se obtiene con el retorno de lo finito sobre sí mismo. Lo infinito, entonces, no es más que el ciclo, el circuito de lo finito; lo Absoluto puede coincidir con el infinito retorno de lo relativo sobre sí mismo. Sólo así se concibe la compacta reunificación en lo Uno de la parte de un Todo que se ha fragmentado en lo múltiple y particular de la forma, ya que el separatismo de lo relativo está conectado a un continuo retorno sobre sí mismo. En lo finito donde nosotros vivimos, desde las masas gravitacionales, a las buenas y malas obras y pensamiento, todo retorna sobre sí mismo, retorna a su origen. El mismo universo que nació de Dios, retorna a Dios. He allí lo que visto como síntesis es infinito; lo que es visto como análisis, es finito. Lo infinito y lo finito, lo absoluto y lo relativo, no son más que dos opuestos del mismo Todo, Uno, Dios. Todo sigue siendo Uno, aunque lo Uno se haya pulverizado desde lo infinito en lo finito, lo universal en lo particular.

Ciertamente así, concibiéndolo todo según un esquema curvo, nosotros podemos comprender mejor el universo. La circunferencia en la superficie y la esfera en el volumen, son de hecho las únicas formas geométricas que pueden conciliar en un mismo principio lo infinito y lo finito. Pero entonces, si todo es curvo, podemos también preguntarnos: ¿Cómo hemos podido decir que la génesis del espacio es determinada por la curvatura del tiempo definido como lineal, como primera dimensión, la recta? Solamente ahora podemos precisar mejor. Siendo todo ya curvo, por curvatura únicamente podemos entender una curvatura mayor que la anterior. Y entonces podemos concluir que también el universo dinámico en la dimensión tiempo era curvo, encerrado en sí mismo, que retorna sobre sí mismo. Solamente que él estaba mucho más expandido, menos curvo que el universo físico, no habiéndose formado en él todavía concentraciones dinámicas por aprisionamiento cinético. En ese universo de energía cada impulso, incluso propagándose hacia lo infinito, dada la

curvatura de ese sistema cinético, retorna al punto de partida, cerrando el circuito y permitiendo así con recorrido infinito en un espacio curvo cerrado. De esta manera el universo físico es determinado por una contracción de las vastísimas trayectorias dinámicas en lo cerrado de los sistemas circulares atómicos, que continúan representando el mismo esquema, vale decir, el universal principio de lo curvo, pero con una intensidad mucho mayor.

Aunque hemos tocado lo inconcebible, todas estas concordancias hablan claro. La estructura espiraloidal de las galaxias, esferoide de las estrellas y planetas, de los sistemas planetarios así como de los sistemas atómicos, nos habla del principio de lo curvo. Según él la creación no es más que una progresiva curvatura, mientras que la actual inversa fase evolutiva es una progresiva distensión de esa curvatura. Con este principio se puede comprender cómo el espacio puede ser finito e infinito al mismo tiempo, vale decir, cómo el espacio puede ser finito, porque siendo curvo está encerrado en sí mismo, y por la misma razón, puede también ser infinito, porque siendo curvo está retornando sin fin sobre sí mismo. Así se puede comprender el espacio finito e infinito al mismo tiempo. Por esta vía se logra alcanzar el concepto de infinito, al cual no se llega por el camino común que nunca resuelve, al que nosotros nos acostumbramos de la continua superación de un límite que sin reposo resurge y sin pausa se supera. Pero también esta psicología expresa lo curvo, por la cual lo relativo recorre en lo finito un ciclo infinito, del cual no puede salir, porque ella lo lleva siempre sobre sí mismo.

De esta forma hemos llegado al concepto de espacio curvo. Como andando hacia lo infinitamente pequeño, allá donde la observación macroscópica nos indicaba una física mecanicista, llegamos con la observación submicroscópica a una física estadística y cuántica, así ahora, marchando hacia lo infinitamente grande, toda recta de nuestro mundo finito, observada en dimensiones todavía más macroscópicas, se convierte en curva. En “La Gran Síntesis”, cap. LIII, dice que en la naturaleza toda recta es una curva. He allí, pues, que en la génesis sobre el plano físico nos encontramos frente a un universo dinámico muy expandido, en el cual se encienden focos de condensación de energía en forma de materia, la cual representa una cinética cíclica igualmente encerrada en sí misma, pero mucho más contraída, como la estructura del átomo de Bohr nos muestra hasta la evidencia. Lo que ha hecho el sistema cinético dinámico curvo, pasando de la onda libre a la onda prisionera en un circuito mucho más restringido, es acentuar sus características curvas. De esta manera el vastísimo circuito de la energía con muy amplio espacio, se ha restringido en el circuito de la materia con un espacio mucho más concentrado. Hoy que vivimos en la fase opuesta y complementaria a la fase creativa, vale decir, en la fase evolutiva, nuestro universo está en proceso de expansión por el cual todo huye del centro y el espacio paralelamente se dilata. Estos conceptos de contracción y de dilatación del espacio solamente se pueden alcanzar admitiendo el espacio curvo. Observemos lo que a este respecto nos dice la ciencia.

Se calcula que la velocidad de alejamiento de los universos galácticos llega a los 144 millones de kilómetros por hora. Los astrónomos de Monte Wilson han calculado que en su conjunto nuestro universo solamente contiene de toda la materia una porción de gramo, expresada por una unidad precedida por 29 ceros, y que el radio de este universo es de 35 billones de años luz. Un rayo de sol viajando a través del espacio, según los científicos describe un gran circuito cósmico y retorna a su origen poco después de más de 200 billones de años terrestres. Hoy se ha logrado transformar la materia en luz, calor, sonido y movimiento, es decir, en energía, y se admite su equivalencia por la cual, si la materia expande su masa y viaja con la velocidad de la luz, nosotros la llamamos radiación dinámica, y viceversa, si la energía se congela y con esto se hace inerte y se puede entonces establecer su masa, entonces la llamamos materia. (The universe and Dr Einstein, by Lincon Barnett, 1.949).

Esta equivalencia nos indica la posibilidad ya señalada de un descubrimiento que está más cerca de lo que se cree, vale decir, el de la transformación de la energía en materia, lo que le permitiría al hombre realizar un trecho, aunque pequeño del proceso creativo. Consiste en realizar el proceso inverso al que genera la energía atómica, por desligamiento de los movimientos aprisionados en la materia. La equivalencia materia-energía en dirección evolutiva debe darnos también la inversa equivalencia energía-materia. Si la materia es radiación congelada y hoy el puente se ha abierto para la liberación de esa radiación, es muy lógico que mañana se pueda abrir el puente que, en dirección opuesta, lleve con el aprisionamiento de la energía, a la síntesis de la materia. Pero talvez el hombre no encuentre conveniente ni utilitario consumir una gran cantidad de energía para producir solamente algún fragmento de materia, de la cual hay tanta abundancia. Pero con la desintegración atómica él podrá tener también la energía en gran abundancia, y podría serle útil la síntesis de tipos particulares y preciosos de materia. Además de esto, quedaría la importancia científica de un descubrimiento de esta magnitud, rico de quien sabe qué consecuentes descubrimientos afines, también muy útiles. Todo esto es lógicamente posible.

Estamos en un universo cerrado, cuya forma mutable es dada por esta contracción suya y de sus dimensiones en dirección involutiva, y por ésta su expansión y de sus dimensiones en dirección evolutiva. El universal principio cíclico se expresa en el átomo, en los sistemas planetarios, en los ciclos telúricos, biológicos e históricos, por todas partes y siempre, para mostrarnos que él está en el sistema del Todo. Y si todo funciona por circuito, por movimientos espaciales relativos que en sustancia no son desplazamientos, sino únicamente la auto-elaboración del transformismo fenoménico, es lógico que también el universo y el espacio sean curvos.

Si todo esto no es fácilmente imaginable, debido a nuestra forma mental que es el resultado de otras experiencias biológicas, la verdad es que el futuro de la ciencia está en concepciones del todo abstractas no susceptibles de representaciones concretas reducibles a las comunes ideas sobre la realidad. Viendo siempre al espacio con la materia, vale decir, siempre conectado a un punto de referencia, nosotros no nos

damos cuenta que él para nosotros solamente es concebible relativamente. Nuestra experiencia biológica no conoce el fenómeno de la condensación de la materia a partir de la energía, y se le escapa todo el proceso centralizador involutivo, creativo, que está en las antípodas del proceso evolutivo, expansionista que hoy se recorre. La vida, que aparece después, ha encontrado el espacio ya formado y centralizado en la materia.

En esa fase de concentración se han formado islas de materia, en un universo que se hacía cada vez más pequeño. Pero en un dado momento el proceso involutivo se invirtió en el proceso evolutivo. Aquellas islas incandescentes e irradiantes comenzaron el camino opuesto. Desde entonces los cuerpos formados como materia, en vez de precipitarse los unos hacia los otros (fase de contracción), se esquivan alejándose los unos de los otros (fase de expansión), y el universo y el espacio hoy se dilatan. Desde entonces se efectúa el desgaste de la materia como tal, por irradiación: así el sol pierde peso en razón de 250 millones de toneladas por minuto, de modo que llegará a consumirse totalmente. Agréguese a esto que la radiación rechaza, pues que ejerce una presión en la superficie sobre la que cae. La radiación lleva masa consigo. Un haz de luz contiene masas que se mueven a la velocidad de la luz, 300.000 Km. por segundo. Así una planchita se puede ver oscilar bajo el golpe de la radiación de la luz, como si fuera golpeada por un proyectil. Pero éstas no son más que mínimas presiones. En cambio, todo sería poderosamente rechazado apenas se acercara al sol, debido a la tremenda radiación que proviene de los 50 millones de grados que es la temperatura en su centro.

La ciencia admite que nuestro universo comenzó a expandirse hace solamente unos pocos de miles de años. Lo que indica que él está en su fase juvenil. Ahora, cuando algunos científicos comprueban la exigua cantidad de sistemas planetarios en comparación con el total de las estrellas, dado que la vida sólo en ellas es posible, concluyen que las condiciones dominantes son hostiles a la vida, tanto que la ven como un caso secundario fuera del plano del universo, sin darse cuenta de lo siguiente: es verdad que los espacios astronómicos, así como los cúmulos estelares, son lugares imposibles para la vida, y que ellos son predominantes. Es verdad que para la vida solamente quedan poquísimas islas en zonas templadas alrededor de los focos estelares, más allá de los cuales todo muere al instante. Es verdad que estas zonas privilegiadas constituyen menos de una millonésima, o de una mil millonésima parte de todo el espacio. Es verdad también, que es muy raro el accidente de que una estrella por atracción de otras estrellas que le pasan cerca, se infle levantando mareas de materia líquida, haciendo con ellas, lanzándolos como planetas. Es cierto que, si es muy improbable que el sol sea la única estrella con planetas, sin embargo, se piensa que este desarrollo es extremadamente raro. Probablemente sólo una estrella entre 100.000 tenga planetas. Es verdad que este paso de una estrella bien cerca de otra que producen estas génesis planetarias, con la progresiva expansión del cosmos, se hace cada vez más improbable. Si todo esto es verdad, si los planetas son tan excepcionales, no por ello se debe concluir con que la vida no sea el objetivo de la evolución, solamente porque ella hoy se nos presenta como un subproducto sin

importancia, tan pequeño en comparación con el Todo, como un descuidado accidente fuera del plano general.

No. Se debe pensar que la ciencia cree que hasta donde llega hoy el más potente telescopio, ya existen 75 millones de universos semejantes al nuestro. En tan gran número debe existir muy bien un complejo de muchos millones de estrellas con planetas, de los cuales quien sabe cuantos son habitables también para nuestro tipo de vida. Además, no se ha dicho que por vida se deba entender solamente la forma que ella ha asumido en la Tierra y nadie puede excluir que existan muchas otras formas del todo distintas a la nuestra, incluso incorpóreas.

No. Simplemente nuestro universo es joven. La vida en él está todavía en gran parte en las fases materia y energía. Pero ella deberá también alcanzar la fase biológica que ya se inició en la Tierra, para convertirse después en psíquica y espiritual, para volver así a la fase pensamiento y espíritu como fue en su génesis, antes del descenso involutivo. Conclusiones a las que no se puede llegar sin encuadrar el actual conocimiento científico en el plano del Todo. En fin, podemos agregar a esto, que hoy el hombre no ve el universo actual, sino el de la época en la cual la luz que le llega partió y se transmitió desde sus fuentes. Es así que le atribuimos una estructura distinta y más joven, en la cual muchos sistemas planetarios todavía no han nacido.

Si el universo actual está en vías de desgaste por radiación y, en consecuencia, de expansión espacial; si los átomos que forman la materia desaparecen como tales, anulados, y su masa está representada por la masa de las radiaciones emitidas durante millones de años, nada se anula por esto, y ya vimos que en nuestro planeta las radiaciones solares se convierten en vida y que la vida se convierte en conciencia. Y he allí que comprobamos, que la más reciente ciencia continúa todavía más profundamente el físico-dinamo-psiquismo de “La Gran Síntesis”. Se comprende de esta manera la creación a partir de una nada relativa y se ve el lógico, doble y equilibrado respirar del universo, primero en fase creativa y después en inversa fase evolutiva. Podemos así aferrar un poco de la maravillosa técnica de la creación por la cual todo puede nacer del pensamiento de Dios y todo debe retornar a él. La ciencia actual conforma estas visiones filosóficas. Después de todas estas comprobaciones y controles científicos, racionales y analógicos, tenemos motivos para creer que las afirmaciones de “La Gran Síntesis” responden a la estructura real del universo.

La más progresada ciencia moderna se está orientando precisamente en sentido monista, unitario, como fue sustentado en “La Gran Síntesis”, aunque esta afirmación haya sido juzgada errónea por algunos. Precisamente hacia esta dirección apunta la última teoría de Einstein, anunciada por la prensa a principios de 1.950 con el nombre de: “Teoría Generalizada de la Gravitación” o “Teoría del Campo Unificado”, con la cual se habría encontrado el anillo que faltaba para la concepción unitaria del universo. Se habría alcanzado una más profunda realidad fundamental que, comprendiéndolas, unificaría a los fenómenos de gravitación y de electromagnetismo en una misma universal ley superior. De allí resulta, entre electricidad y gravitación,

una afinidad que hace a las dos fuerzas hermanas, derivadas de un único principio unitario. Con esto todo puede reducirse a energía radiante de la cual derivarían todos los fenómenos, todos reconducibles a una única e idéntica ley fundamental del universo. Se estaría dando así la demostración matemática de la relación entre todas las fuerzas cósmicas y, por lo tanto, de su unidad.

He allí que aparece también ante los ojos de la ciencia una armónica construcción de leyes cósmicas, el plano orgánico del universo en el cual se manifiesta el pensamiento de Dios. Ahora, todo esto ya fue dicho primero, hace 18 años, en “La Gran Síntesis”, que comenzó a salir en revistas en 1.932; dicho no solamente en líneas generales, como principio unitario, sino también en lo particular de la afinidad entre gravitación, electricidad, luz, etc., explicando la íntima naturaleza de la fuerza gravídica, cual plataforma del universo dinámico. Esto se hizo de forma particular en el Cap. XXXVIII de “La Gran Síntesis”: “Génesis de la Gravitación”, y precisamente en el 3er último párrafo (pág. 115, III Edición). Allí se explica que los conceptos de las teorías de Einstein, los entonces conocidos, debían ser completados, como ha ocurrido, y que esto se debía hacer por las vías del cálculo, como se ha hecho. Cualquier lector puede comprobar lo que hemos afirmado.

Dejando de lado el problema psicológico de cómo la intuición filosófica ha podido captar los mismos conceptos a los cuales los procesos racionales llevarían después a los grandes matemáticos, recorriendo así los tiempos y anticipando sus descubrimientos, y también el problema de que sea un pensamiento no del individuo sino de la vida, la cual lo alcanza por una madurez suya, una nueva verdad que se revela solamente por madures biológica que a la vida da transparencia por sensibilización, lo que es cierto es que hoy la ciencia, la cual no se discute, confirma completamente el “monismo”, el concepto unitario que está en la base de “La Gran Síntesis”, y esto también en los pormenores que lo prueban.

XX

CON LA CIENCIA HACIA LO INCONCEBIBLE

Ésta nuestra carrera por el mundo físico-matemático tiene como finalidad desarrollar sus conclusiones científicas en el campo filosófico, para llevarlas hasta el plano espiritual y moral donde están las grandes directrices de la ascensión humana. En un universo unitario, todas las verdades parciales y relativas del hombre deben fundirse en una sola. Hoy asistimos a un gran acontecimiento en el pensamiento humano: la misma ciencia está realizando el derrumbe del materialismo y se dirige, con sus mismos métodos, al descubrimiento de Dios. La ciencia está por desembocar en el espíritu, y esto con medios propios; sus viejas negaciones caen a través de su misma maduración. El espiritualismo, religioso o laico, parece no percibir que estas puertas han sido abiertas por su vieja enemiga, la ciencia, que si bien continúa por su inercia

condenando como negadora del espíritu, a la vez ella se encamina, con los métodos positivos propios de ella, a descubrir el nuevo mundo. Esta es la más poderosa apologética de las religiones, esta ciencia que nos lleva a la constatación de una conciencia directiva del universo y al descubrimiento de la inmanencia de Dios.

En el campo de la misma ciencia el universo da señales manifiestas de un poder inteligente que guía y controla, de un pensamiento que se asemeja mucho a lo que es nuestra mente, especialmente en el campo de las concepciones matemáticas abstractas. La inteligencia no es un hecho aislado en el hombre, mas se desborda por todo el universo. Existe un pensamiento que rige al Todo, con el cual somos afines por naturaleza y con el cual, por lo tanto, estamos conectados por comprensión. Si podemos agarrar un poco de la estructura del universo, esto es solamente por esta afinidad, en cuanto que también nosotros somos semejantes a ese pensamiento que lo ordena y penetra por todas partes. Existen puentes y comunicaciones a cada paso. El pensamiento no es extraño a la materia, que está hecha mucho más de conceptos, que por una solamente aparente solidez sensorial. Su dualismo antagónico es superado en un monismo universal y esto, no porque la materia se disuelva en una nada, sino porque ella se convierte en la expresión de un pensamiento con el cual ella está estrechamente conectada y sin el cual ella no puede existir. He allí que las viejas concepciones materialistas se invierten y la ciencia tiende a concordar con algunos postulados de la fe, explicándolos en gran parte. El siglo pasado ha dicho la gran palabra: Evolución. Nuestro tiempo dice: relatividad. El próximo futuro dirá: Síntesis.

Hemos llegado a comprender un espacio en función de la materia de la cual es dimensión, por lo tanto, un espacio finito como la materia, pero siendo a la vez, por ser curvo, ilimitado. Hoy admitimos que lo que físicamente existe, no es más que una propiedad del espacio mismo, una distorsión del “continuo” de cuatro dimensiones espacio-tiempo, y que la gravitación es una distorsión que lleva a la curvatura del “continuo”. Concebimos un espacio que continuamente se dilata, la ley de probabilidad que sustituye aquella causalidad. Este universo ya no tiene una representación material. Hoy que vemos más profundamente, él ya no se adapta a tal representación. Con el progresar de nuestro conocimiento, comenzamos a comprenderlo en su más verdadera realidad, que es puro concepto. Es nuestra visión la que avanza, y con esto el universo se convierte para nosotros cada vez más en pensamiento. La ciencia, inicialmente, lo ha visto como una máquina, porque esa ciencia era mecánica. Hoy ella ve la inteligencia que está detrás de la máquina. Así el universo se nos presenta casi consciente de sí mismo, como si cada una de sus partes conocieran lo que hacen las otras partes distantes, pues que él actúa armónicamente en relación. Los fenómenos solamente se pueden interpretar como proyección de esta inteligencia que todo lo canaliza y guía hacia fines precisos. Todo movimiento tiene su lógica, como si dependiera del pensamiento de un matemático puro.

La sabiduría que está en todo lo que existe es tan profunda, que en ella nuestra pequeña inteligencia siente que se pierde. Es suficiente pensar en lo que cada uno de nosotros simplemente es como organismo físico. Se calcula que éste en el hombre

está compuesto por 10 mil cuatrillones de átomos, en una colonia orgánica de 60 trillones de células, que tienen tareas que cumplir distintas, con funciones especializadas y sincronizadas en perfecta coordinación jerárquica. Hay que pensar que una sola célula-huevo está constituida por 8.640 cuatrillones de átomos, reunidos en 1.728 trillones de moléculas, y que el más pequeño organismo viviente está constituido por al menos 4 trillones de moléculas. ¡Qué vertiginosa visión es, por tanto, la sola vida física, sin entrar en la psíquica y espiritual! Piénsese que el átomo ya es un microcosmos, un sistema solar planetario, pero del diámetro aproximado de una décima millonésima de milímetro, mientras que el núcleo y los electrones oscilan entre una cien millardécima y una trimillonésima de milímetro. Para imaginar estas medidas se debe pensar que el número de los átomos contenidos en un gramo de materia resulta de un 10 a la 24 potencia (10^{-24}), cifra vertiginosa que es igual a la que expresa el número de los centímetros cúbicos de agua contenidos en todos los océanos. Un solo centímetro cúbico de hidrógeno contiene 54 millardos de millardos de átomos. Y cada átomo está compuesto por un núcleo positivo en reposo o rotante sobre sí mismo, alrededor del cual, a una velocidad de 30 kmts por segundo, se mueven los electrones de carga variada, de número distinto según cada elemento individual. Ahora, este microcosmos no es más que el primer elemento del edificio molecular, el cual no es más que el primero del edificio celular, que no es más que el primero del edificio orgánico, que no es más que un caso particular del edificio biológico. En el plano físico la misma progresión jerárquicamente constructiva se extiende desde el átomo a la molécula, a los cristales o cúmulos, a las grandes estratificaciones geológicas, a los planetas, a los sistemas solares y galácticos, a los sistemas de sistemas galácticos.

Nuestra mente se pierde no solamente por la extraordinaria grandeza o pequeñez, sino también por la complejidad de la organización que mantiene en tan vastas y complejas estructuras el más preciso orden. En un centímetro cúbico de aire que respiramos, cerca de 30 millardos de moléculas se precipitan a una velocidad fantástica, chocándose y cambiando de rumbo cerca de 10 millones de veces por segundo. Nosotros respiramos este mundo cinético y con él formamos innumerables otras combinaciones de movimientos de los cuales deriva nuestro funcionamiento orgánico y nuestra vida. De esta manera vemos que todo se deshace en la velocísima danza de infinitos imponderables elementos, y esto no solamente en relación a la materia, sino también para nuestro cuerpo. Y éste, en su más profunda realidad se convierte en un imponderable regido por el pensamiento, el mismo que rige también a la materia. Entonces ésta y el espíritu pueden reducirse a la misma sustancia, una Ley, y el cuerpo, dominado la prisión del espíritu se hace de la misma naturaleza de éste. Hay que pensar que el aspecto físico de la materia, así como también el de nuestro cuerpo, se debe simplemente al vertiginoso movimiento de los elementos, de los átomos que lo constituyen, y que de esta forma se rigen porque son guiados por un pensamiento inteligente, aunque éste se encuentre oculto en nuestro inconsciente. Y entonces, ¿qué significa la presencia de esta inteligencia que, a través de nuestro inconsciente y sin saberlo nos plasma y nos mantiene con vida, sino la inmanencia de Dios? La materia misma no representa más que una de las formas del pensamiento, al

cual todo se podría reducir, cual sustancia universal, elemento último y fundamental generado de todo. Cuando esta sustancia asume la forma atómica, entonces ella se hace ponderable y se llama materia; cuando asume la forma dinámica se llama energía, y cuando no asume ninguna forma atómica ni la dinámica, se llama pensamiento. Entre materia y espíritu no existe entonces más que esta diferencia: que la primera es sustancia atómica (ponderable), y el segundo es sustancia no-atómica (imponderable). Dado esto, no es absurdo el concepto aquí expuesto de creación entendida como generada de una nada relativa a la fase creada y como una particular forma del pensamiento de Dios.

De la comprensión de esta inmanencia de un pensamiento directivo del mundo fenoménico, deriva la comprensión de la técnica creativa que nos muestra cómo obra el pensamiento de Dios. Todo lo que existe en forma de materia es determinado por nudos en el espacio vacío, en vez de por masas de partículas rígidas, nudos dados por desarrollos cinéticos regulados y derivados del puro pensamiento. Esto nos hace pensar que aquellas zonas del determinismo que en nuestra vida forman lo que en ella hay de inevitable destino, no son más que nudos cinéticos que se han que se han formado como los paquetes de ondas que constituyen el electrón, no sean más que una concentración de fuerzas por nosotros realizada con nuestros pensamientos y actos en el pasado y que así se han fijado a semejanza de la semilla. Lo cual después, como toda semilla o germen a lo que se asemeja, debe desarrollar lo que en él se ha concentrado, restituyéndolo todo en la forma típica con la cual fue concentrado, precisamente como ahora nuestro universo en fase evolutiva, restituye lo que allí fue concentrado en estado de germen en el precedente período involutivo-creativo. ¿No consistirá quizás esto en varios casos particulares en los cuales se aplica siempre el mismo y único principio?

He allí así, la posibilidad de imaginar y admitir una creación, emanada del pensamiento de Dios, desde un estado que, en comparación con la materia, de la cual estará después hecho lo creado, es la nada. “En el principio era el Verbo...” El Verbo se hace acción y todo deriva del dinamismo que de allí nace en la forma de materia, radiación congelada en ondas aprisionadas. De esta forma la creación procede de la onda-pensamiento, hasta la onda-dinámica, hasta la transformación del sistema cinético en el circuito cerrado de la materia. Hoy la ciencia está realizando ya algún pasaje en tal sentido, comenzando por el de materia-energía. Pero este pasaje debe ser abierto también más allá, en fases superiores, y también en dirección inversa, energía-materia. Entonces la ciencia llegará a hacer la síntesis de la materia a partir de la energía. Después la síntesis de los conceptos, la síntesis física. Y tal vez en un día un poco más lejano, el hombre, como mente hecha a semejanza de Dios, podrá derivar la energía a partir de su pensamiento y así podrá ejecutar todo el recorrido del camino creativo: espíritu, energía, materia. La actual técnica en acción para la desintegración atómica, aunque situada en el opuesto período del ciclo, nos indica estas posibilidades. Ella representa la técnica evolutiva y no la creativa, vale decir, la nuestra actual de desarrollo de la concentración “materia” y no la fase involutiva-creativa que hacia dicha concentración. Las materializaciones espíritas

ectoplasmáticas son construcciones ideoplasmáticas que prueban la posibilidad del acto creativo psíquico-dinámico-físico también en los límites del campo humano. Ya hemos visto que en el universo ese acto se relaciona con la fase de descenso por emanación de Dios, acto que se balancea después en la opuesta fase de ascensión o reabsorción de cada ser en Dios.

De esta manera se comprende cómo el universo se hace cada vez más explicable cuanto más lo reducimos a lo que es su origen y su esencia, vale decir, un concepto puro. Ciertamente él es una gran incógnita que debe ser interpretada y su representación es completamente distinta de lo antropomórfico. La última realidad del universo es un concepto abstracto sin posibilidad de imagen, no reducible en nuestras apariencias sensoriales. Toda reducción en tal sentido es una deformación, de modo que mientras más la representación es antropomórficamente accesible, más ella es una desviación de la realidad. Por lo tanto, si queremos formarnos modelos para explicarnos el contenido de los conceptos abstractos y de las fórmulas matemáticas que expresan el universo, podemos hacerlo pero a nuestro riesgo y peligro, porque sabemos que así nos alejamos en vez de acercarnos a la verdad. La última realidad no es susceptible de representación, y mientras más nos acercamos a esa realidad, más esta representación se hace imposible. Toda imagen nos aleja en vez de acercarnos a lo real; toda forma, en vez de darnos la idea de la esencia de las cosas, es apta para traicionarla con apariencias ilusorias. Esto demuestra que la última realidad es puro pensamiento y que lo Absoluto es para la mente humana de hoy un inconcebible, del cual ella sólo puede obtener sucesivas aproximaciones.

El hecho es que nosotros somos relativos, que estamos inexorablemente situados en lo relativo, es decir, contenidos en dimensiones particulares de los cuales no es fácil salir. De esta manera no podemos formular un juicio, a no ser en relación a algo, en función de un punto de referencia. Si nos salimos de lo relativo, éste nos haría falta, y con él toda posibilidad de juicio. Dado que nosotros llegamos a conclusiones a través de comparaciones de cantidades y cualidades, solamente podemos proceder en el ámbito de las dimensiones propias y conocidas por nosotros, donde también el objeto en examen está situado. En este ámbito nuestra psiquis está encerrada y fuera de él no comprende, resultando inadecuada y errónea como instrumento de conocimiento. Ahora, para concebir la sustancia de las cosas, hay que salir precisamente de ese ámbito, hay que abandonar los viejos para encontrar los nuevos puntos de referencia. Es natural que nuestra mente quede completamente impotente, hasta que poco a poco aprenda a individualizar y a conocer los nuevos puntos de referencia, hoy situados en lo inconcebible, trasladándolos a lo concebible.

El concebir hoy la energía como una abstracción matemática, “la constante de integración de una ecuación diferencial”, significa haber subido el camino creativo marchando hacia la abstracción. Y es por esta vía que más podemos acercarnos a la más profunda realidad que es espíritu, es decir, concibiendo las cosas en forma cada vez más inmaterial. La representación sensorial nos conduce al caso particular, mientras que solamente la fórmula abstracta es universal, capaz de abarcar todos los

casos particulares. Con esto pareciera que lo real se nos escapa, porque él está para nosotros en lo relativo y particular que son lo irreal, y no en lo absoluto y general que son lo real. Pero todo es relativo y para nosotros lo irreal es real, y lo real es irreal. De esta manera en la abstracción de una fórmula matemática no podemos saber lo que es el objeto en examen, en términos sensoriales completos, sino solamente cómo él se comporta. Vemos actuar este “quid” desconocido que en la acción se proyecta en nuestro concebible y sólo así podemos aferrarlo con una cognición de relación; esto porque siendo nosotros relativos, quedamos en lo relativo. Siendo así, lo Absoluto se nos escapa en lo inconcebible. Ya que nuestro conocimiento progresa hacia lo absoluto, el hombre solamente puede concebir su proyección en su propio plano de conocimiento, vale decir, una representación a él relativa. El antropomorfismo es un límite y el progreso consiste precisamente en saberlo superar. Por eso la ciencia moderna renuncia, por ahora, a la representación de lo real y se detiene en la de su comportamiento, limitándose a este derivado de lo absoluto.

Esto parece coincidir con el viejo “ignorabimus”, vale decir, es una renuncia a conocer. Sin embargo, esto es un progreso, pues que con ello esa ciencia hoy se ha acercado más a la realidad última, ya que ha comprendido que ésta no es susceptible de representación; la ciencia ya no cae, entonces, en la ilusión dada por las representaciones antropomórficas, ilusiones que hasta ayer confundía con la realidad. En un terreno que pareciera renunciar a conocer lo real, estamos, en cambio, en uno más sólido y más verdadero, precisamente porque es más inmaterial y abstracto, menos representable. Llegamos así al punto de pensar que se le puede dar a esta formulación del todo abstracta del universo, aquel contenido que cada quien crea, y esto por el hecho de que se ha comprendido que todo contenido de representaciones es un relativo y algo irreal, una pura interpretación ilusoria frente a la realidad. Esto significa que racionalmente nos hemos aproximado más a Dios, al haber comprendido que él en su esencia es un inconcebible. Sus definiciones, ya lo dijimos, son reducciones y mutilaciones. Así la ciencia admite que los valores concretos de sus formulaciones abstractas pueden ser distintos, y en esto está su nueva universalidad. Lo real es mucho más verdadero, cuanto más abstracto es, lejos de lo concreto, es universal principio distante de lo particular. Nos ha aproximado a la realidad, el hecho de no darle ya una representación, o por lo menos, si se la damos, no atribuirle más que un valor relativo y ficticio. Así de lo real hemos comprendido al menos esto: que nuestras representaciones solamente valen por las necesidades de lo contingente, y que es un error darles un valor absoluto. Ellas no pueden servir para este fin. Es así que el hombre ha salido del antropomorfismo y se ha acercado más a la realidad, al menos comprendiendo que ésta tiene ya una característica segura, es decir, la de estar situada en el actual superconcebible. Es la primera tentativa lograda para comenzar a definir la realidad. Un primer atributo no imaginario se ha encontrado. Con esto el hombre ha comprendido al menos lo siguiente: que Dios, la absoluta última realidad, no es reducible a su actual concebible. Esto significa haber salido ya un poco del viejo concebible, ya que, superando el antropomorfismo que hacía del hombre la medida de las cosas, se ha desmantelado la ilusoria representación que él se hacía de lo real.

Lo que hemos expuesto aquí es, en verdad, un sistema de comprensión más complejo que los anteriores, sin embargo, muy a menudo los sistemas logran su aprobación en proporción a su comprensibilidad. La facilidad de representación tiene su importancia en la divulgación de las teorías. El nivel de aprobación con el cual fueron aceptadas muchas más elementales explicaciones del universo, fue dado por su aceptabilidad psicológica, vale decir, por la facilidad de representación y comprensión adherente a la forma mental humana. Nuestra psiquis se formó por vías sensoriales que la hacen más apta para entender el mundo relativo que la circunda aunque sea irreal, en vez de a un mundo absoluto que ella no puede concebir jamás directamente. Cuando esa mente es utilizada para este objetivo mucho más lejano, ciertamente se está haciendo de ella un uso no común, distinto de aquel para el cual esa mente se formó, para los fines inmediatos de la vida. Frente a la investigación abstracta, la única más adherente a lo real, la psiquis hecha para otros objetivos, los de lo contingente, tiende a extraviarse y resulta inadecuada. Le ocurre como al niño que va a la escuela y que, en general, ya posee en el instinto adquirido en el pasado, todas las astucias y prepotencias necesarias a la lucha para vivir, y debe hacer un gran esfuerzo para usar esa mente en el trabajo lógico y abstracto de la cultura. En el niño que es hábil sin esfuerzo en el primer trabajo, la vida rechaza esta actividad nueva y distinta a la cual no está habituada y de la cual no se preocupa porque no es inmediatamente útil. Pero la evolución consiste precisamente en estas transformaciones.

Para afrontar el problema del conocimiento debemos, primeramente, hacer las cuentas con lo que somos y con lo que podemos. Hoy hemos finalmente comprendido que mucho más nos acercamos a lo real, cuanto más nos alejamos de lo imaginable; hemos comprendido que lo verdadero está situado en lo inconcebible y que a éste mucho más nos aproximamos, cuanto más nos alejamos de nuestro normal concebible. Ciertamente el sistema actual es más difícil, pero él ha demostrado la capacidad de penetrar mucho más a fondo en la naturaleza de las cosas y de saberlas explicar. Las nuevas interpretaciones que nos hacemos de la ignorada realidad y que parecen más capaces de armonizarse con ella, no son materiales sino matemáticas. Esta abstracción triunfa, por potencia explicativa, precisión y adherencia a los hechos, sobre las anteriores representaciones materiales. Es verdad que también esta es una representación y no la última realidad, pero es de ésta una aproximación mayor a las anteriores, una interpretación más cercana a lo verdadero. Se ha comprendido que las cosas no están ya como primero se creía, si bien todavía no se sabe cómo ellas en verdad están. Pero la explicación en términos matemáticos resuelve mucho más, que las anteriores representaciones mecánicas. La última realidad tiene, sin duda, un significado que trasciende nuestra actual capacidad de comprender. Sin embargo es cierto que en esta comprensión se ha avanzado, y que la vieja resulta hoy inadecuada.

Las ondas que representan un electrón en la mecánica ondulatoria, se entiende hoy que son ondas de probabilidad, cuya intensidad en cada punto da la medida de la probabilidad de que un electrón esté en ese punto. La nueva representación es simbólica y se expresa sólo en términos de probabilidad. Ahora, cuando nosotros

hablamos de ondas en el espacio-tiempo, formamos simples visualizaciones de una fórmula matemática de naturaleza ondulatoria, pero del todo abstracta. Así el “continuo” cuadridimensional de la teoría de la relatividad no admite representaciones espacio-temporales. Pero hemos visto que existen dimensiones superiores, y primeramente la conciencia, que está fuera de este “continuo”. Y ya la ciencia imagina que los fenómenos de este “continuo” espacio-tiempo son la proyección en cuatro dimensiones de una realidad de más de cuatro dimensiones. He allí que la ciencia misma se encamina hacia los conceptos arriba expuestos sobre las superiores dimensiones y a admitir varios planos de existencia, así como existen grados de evolución en la materia, en la energía y en la vida.

Si todo esto para la ciencia es aproximarse a la realidad, para el filósofo es acercarse a lo verdadero, y para el creyente aproximarse a Dios. La ciencia indica una Naturaleza que parece, en verdad, muy versada en las matemáticas puras, entendiendo con esto aquella matemática que es creación del pensamiento puro, de la sola razón en su propia esfera, sin contaminarse con la observación. Ahora, si es precisamente esta creación del pensamiento puro la que más se acerca a la íntima realidad de las cosas, esto quiere decir que esta realidad, vale decir, la sustancia del universo, es afín a lo que en el hombre es pensamiento, al espíritu. Si es con el espíritu que nos acercamos a la esencia de las cosas, esto significa que esta esencia es de carácter espiritual. Ha allí el gran descubrimiento de la ciencia. Con esto ya no es materialista, sino espiritualista. A esto ella ha llegado con sus propios medios. Con estos hoy la ciencia se mueve y se aproxima cada vez más al descubrimiento de Dios, del cual así ella podrá racionalmente darnos una cierta aproximación, que podrá estar también más allá de aquella de la fe, constreñida en las representaciones antropomórficas para hacerse aprovechable por las masas.

Gran cambio éste, en la dirección del pensamiento científico. La verdad ya no es enfrentada hoy solamente con el método experimental, sino con los métodos de la lógica pura, tipo Aristóteles, pero trasladados al plano de los matemáticos. ¿Se ha superado, entonces, el ciclo del método experimental? ¿Ya él no es suficiente? Es verdad que hoy se recurre con éxito, y por lo tanto se justifican, también a otros métodos. Hoy se admite acercarse a la realidad también en los medios del pensamiento abstracto, no influenciado por el mundo externo, sin sacar nada de la experiencia. Hemos aquí sobre el camino del método de la intuición, ya sostenido y explicado en estos escritos. He allí que los fenómenos objetivos que nos parecen tan seguros, se nos presentan solamente como una proyección de un mundo que los genera, un mundo distinto que parece conocer muy bien estos procesos de pura matemática. La ciencia llega así a sentir detrás de los fenómenos la presencia de una mente directora que ciertamente conoce muy bien las reglas que los rigen. Es verdad que las matemáticas no llegan a describirnos la naturaleza de la última realidad. Pero saben establecer las relaciones que regulan las distintas partes, su funcionamiento, es decir, el pensamiento que todo lo dirige y guía. ¿Y que otra cosa es esto sino el espíritu, la Ley, Dios?

Hay, entonces, una afinidad entre nuestro espíritu y este espíritu regulador del universo. Vuelve así a valorizarse el método deductivo del pasado. Entramos en la era de la síntesis, en la cual el método inductivo y deductivo coexisten y se funden en un superior plano conceptual: la intuición. Ellos no son más que dos direcciones del mismo pensamiento. Se puede caminar en un sentido o en el otro. Por vías opuestas se avanza siempre hacia el conocimiento de la misma realidad. La involución del pasado las mantenía divididas y las hacía antagónicas, no sabiendo reconocerlas sino una a la vez (involución = separatismo). El hombre nuevo del III milenio hará de ellos una perspectiva de dos frentes hacia la misma realidad con el método de la intuición que eleva a la síntesis.

La última y más profunda interpretación del universo nos dice que él parece preordenado por la mente de un matemático puro. Y, entonces, debemos admitir que, si es esa matemática la que nos acerca a la realidad del universo, en esa realidad debe existir esa matemática, es decir, una abstracción, pura cualidad del espíritu. Y si esa realidad se nos revela por grados, debemos admitir que ella ya existe, y tan amplia y completa que se nos escapa hoy en lo inconcebible, pero no por esto en sí misma menos real y perfecta. Y entonces podemos concluir que el descubrimiento de lo ignorado no es más que el resultado de una maduración del medio, la psiquis humana, cuya comprensión está limitada y dada por el grado de su evolución. En otros términos, el límite del conocimiento está solamente en la naturaleza humana, y él se desplaza porque ésta evoluciona. De aquí la proyección en la conquista de la verdad. De modo que el hombre no descubre el universo, mas se descubre a sí mismo. Él debe descubrir siempre nuevas expresiones en su lenguaje, en el lugar de las anteriores que se hacen inadecuadas a medidas que sus capacidades intelectivas le revelan más profundos aspectos de lo real. Por último, toda representación puede significar una limitación o deformación de él. Entonces lo verdadero se aproxima cada vez más a lo inexpresable, y es precisamente esto lo que nos dice su verdadera naturaleza. Y el hombre esforzándose en la ascensión para salir del antropomorfismo, se libera de la ilusión solamente acercándose a lo inexpresable. Le corresponde a él saber en la ascensión expresar lo inexpresable, es decir, evolucionar en su psiquis para saber colocar allí una representación de lo real hoy inimaginable. Y así lo inconcebible es gradualmente conquistado en lo concebible.

La naturaleza no es antropomórfica. Se comienza a comprender hoy que el hombre está superando su viejo ser. La realidad no se puede absolutamente reducir a esquemas antropomórficos. Por el contrario, ella se muestra adherente a esquemas puramente matemáticos, por los cuales se deja interpretar mucho mejor. La realidad más profunda está más estrechamente ligada a los conceptos de matemática pura, que a los de la biología o de la mecánica, que permanecen más exteriores. El universo fenoménico ha conquistado un sentido mucho más claro y profundo al ser visto con el ojo de la matemática pura. Esto es lógico, pues que mientras más sepamos ser abstractos, menos materialistas y antropomórficos seremos y más nos acercaremos a la realidad que es de naturaleza abstracta, y esto lo prueba. Dado que la visión matemática es más abstracta, espiritualmente más elevada que la mecanicista, es

lógico que ella explique mucho más. Así el hombre se aproxima a la comprensión de la verdadera naturaleza de lo real, desmaterializando su concebible, espiritualizando su psiquis, escalando así lo inconcebible. De esta manera la ciencia, haciéndose cada vez más abstracta, avanza en el conocimiento de una realidad que a su vez se hace siempre más abstracta, pero con esto más verdadera. Hoy solamente podemos decir que para nosotros, allá donde está lo absolutamente inconcebible, está lo absolutamente verdadero.

Hoy que la ciencia ha llegado a este grado de espiritualización, los modelos del pasado mecanicismo son considerados más un obstáculo que una ayuda para la comprensión de lo real que está detrás de los fenómenos. Así la ciencia moderna prefiere los símbolos abstractos de las ecuaciones matemáticas. Esto nos limita a un conocimiento de relaciones que nos dice, al menos, cómo las cosas funcionan, aunque no nos diga qué son realmente. Esto vendrá después. En consecuencia el modelo mecánico, la idea adaptada a la forma mental del viejo científico materialista cae y prevalece un orden psicológico del todo distinto. Éste nace de la constatación de que la estructura de la materia se rebela a la visión concreta. Pero estos cambios no son cosa nueva, pues que la forma mental cambia cada siglo con su progresar, no obstante que ella asuma siempre una postura axiomática y dogmática, pues que todo se mantiene en función del subjetivismo, incluso en la investigación más objetiva. Si la vieja forma mental, subyugada por el prevalecer del método experimental, veía todo materialmente, la nueva lo ve, en cambio, espiritualmente. Hoy la concepción mecanicista-materialista que solamente ve lo real en lo concreto, está superada. Esto, comenzando desde lo alto de las mentes dirigentes de la cultura humana, dará una orientación completamente nueva al pensamiento moderno, y las masas, que todavía se revuelcan en el materialismo, pues que ellas llegan siempre de último, mañana seguirán también su nueva dirección, y esto formará una civilización nueva, la nueva civilización del espíritu. La ilusión sensorial y la filosofía materialista que de allí sigue, hoy es menospreciada. Y el camino en una nueva dirección ya está dado. El método objetivo-experimental que ha creado a la ciencia moderna, es por esta misma ciencia superado y colocado ahora en segundo plano. En suma, ya no se pide el conocimiento al fenómeno, así como éste ya no asume, como antes, la iniciativa, sino que ha pasado a un segundo plano, a una posición subordinada.

Esta inversión por la cual lo real se ha convertido en irreal y lo irreal en real, renovará las directrices del pensamiento moderno, directrices que le darán la dirección al propio siglo. Los aspectos espirituales de la vida no serán ya considerados ilusorios, solamente porque no son concretos. Ellos así se aproximan y se valorizan, entrando a iluminar nuestra vida de ciegos. Lo concreto se ha hecho irreal y lo espiritual real. De esta manera nuestra vista ha alcanzado otras realidades, más allá de los viejos horizontes, con medios más sutiles que las viejas vías sensoriales. Las puertas de la ciencia se abren hoy hacia el espíritu, para cuya conquista ella podrá ser una gran aliada. A penas la ciencia comenzó a observar atentamente la realidad concreta, ésta se ha deshecho, y lo que ahora aparece es que, lo que se tomaba por indiscutible solidez, no era más que una de las señales sensoriales que una misteriosa lejana e

íntima realidad nos transmitía. Se ha comprendido entonces, que esas señales, cualquier forma que asuman, eran solo una expresión simbólica de algo completamente distinto que está detrás de las escenas, una representación del todo relativa, eran la expresión de una realidad ignorada expresable solamente con el símbolo matemático “X”.

XXI

LA CIENCIA EN EL DESCUBRIMIENTO DE DIOS

Cuando ascendemos hacia más altos planos del conocimiento, entonces nos acercamos al centro en el cual ocurre la unificación de todas las cosas, a la cual todo tiende evolucionando. Entonces sucede que el científico y el místico se aproximan tanto que casi se tocan, encontrándose ellos lado a lado en el mismo terreno. Y ellos representan todo lo que definimos como ciencia y fe, que así se acercan también hasta fundirse. Ambos trabajan en un mundo invisible, en el cual tienen valor experimental positivo y objetivo, hechos de naturaleza imponderable, subjetivos, los fenómenos de la conciencia. Ésta parece hecha no solamente para registrar los datos de la experiencia sensorial, sino también los resultados de otras impresiones espirituales de carácter del todo distinto. Se trata de un orden de experiencias de las cuales la ciencia no conoce absolutamente nada, pero hacia las cuales termina por acercarse, apenas ella progresa hacia las grandes profundidades del conocimiento. Entonces el científico y el místico entran en el mismo mundo de lo trascendental en el cual todas las formas superiores de conciencia se aproximan para fundirse. Entonces la ciencia y la fe se nos presentan solamente como dos distintos modos de ver la misma verdad, dos vías para llegar a la misma última realidad. La división y la lucha entre ciencia y fe, no son más que cuestión de involución. Evolucionando se marcha hacia lo universal, lo abstracto, hacia la unidad. El inmaterial pensamiento que dirige y constituye a la materia, se convierte en la misma cosa que es el pensamiento inmaterial que constituye al espíritu. El lo Alto todo concuerda y se armoniza. Todo se unifica en un mismo plano donde trabajan en conjunto y concordes el científico y el místico, el matemático, el músico, el poeta, el santo, donde la ciencia es arte, la matemática es filosofía, la búsqueda es oración, donde todo se funde y es el mismo impulso hacia el mismo único centro, Dios.

La mente humana, recorriendo la circunferencia de lo relativo, trata con esto de alcanzar el centro de lo absoluto que en cada punto de esa circunferencia ella reencuentra proyectado. Sus experiencias analítico-objetivas están dispersas a lo largo de esta circunferencia. Pero progresando con la evolución, esta mente humana penetra hacia circunstancias cada vez más apretadas y cercanas al centro, aproximándose así cada vez más a la unificación. Así como la fase creación-involución representa una proyección en la forma, distante del centro, la evolución significa un reconstituirse hacia el centro en unidad del universo dividido en lo

particular. Esto también en relación al conocimiento, que así se hace cada vez más unitario. Progresivamente se elimina el separatismo humano que divide el conocimiento en miles de afirmaciones antagónicas y en lucha. De esta manera se avanza poco a poco hacia la verdad única, que está claro, dada la estructura del universo, no solamente es mucho más verdadera cuanto más abstracta es, sino también cuanto más abstracta es, sino también cuanto más unitaria es. Estas son las características que deben tener las más grandes verdades futuras, más progresadas que las actuales concebidas por el hombre. Mientras más se avanza, más se hacen pesados e insoportables cualquier muro divisorio, el separatismo de todos los encuadramientos humanos, la lucha entre verdades que son distintas y rivales solamente por razones de involución.

Cuando se alcanzan los más altos planos del conocimiento, todas las formas de investigación se disponen en paralelo, y todas las formas de experiencia, desde la científica hasta la mística, acercándose a las proximidades del centro, se igualan, colaboran concordes por el mismo fin. Evidentemente la sustancia del mundo en que vivimos representa algo que trasciende todo lo que puede ser medido con los instrumentos de la Física, y en consecuencia descrito con los símbolos métricos del matemático. Por lo tanto, si el místico ve con otro modo suyo las realidades profundas y nos revela algún aspecto de ellas, no podemos excluir a priori también esta forma de indagación, ni podemos decir que ella no esté más cerca de la verdad que las otras. De cualquier modo, ella tiene siempre un significado y algo que aportar a la ciencia. No se puede excluir nada. Incluso nuestros sentimientos e impulsos espirituales pueden aportar alguna revelación de esta realidad. Estos resultados, en vez de ser rechazados como despreciables porque no son positivos, deberían coordinarse con los del físico y del matemático para obtener una comprensión cada vez más completa de la realidad de las cosas. No se puede decir de ninguna manera, que solamente por el hecho de usar, en vez de los medios sensoriales del cuerpo, relativos e ilusorios, nosotros usamos los del espíritu, por esto caemos en el error y en lo irracional. Puede ocurrir que se trate únicamente de un razonamiento distinto porque es más profundo, por lo tanto más poderoso que el corriente razonamiento científico. Puede ser, entonces, positivo e importante para el conocimiento, también esto que resulta de la observación y de la contemplación mística.

Sin duda hoy la ciencia ha llegado a la concepción de una realidad del todo trascendental que antes se le escapaba, y así se ha asomado sobre el campo de las experiencias del místico. Hemos llegado al punto en que éste puede decir algo a la ciencia, y que ésta puede recibir una contribución de una fuente tan inusitada. Hemos visto en los capítulos anteriores cómo la concepción Einsteiniana puede ser orientada y continuada en el campo filosófico. Ahora, esa concepción se puede continuar también en forma mística, en una visión universal. En este volumen, frente a los últimos problemas, ciencia, matemática, y misticismo aparecen fundidos en una única síntesis, convergiendo hacia ella armónicamente. La intuición mística ha encontrado confirmación en la más reciente concepción físico-matemático, y ésta lleva a aquella.

Pero diremos también más. Colocándonos frente a la última realidad podemos preguntarnos: ¿no será más bien el científico que, en vez del místico, se mueve entre las sombras de lo irreal? Si observamos a fondo los datos experimentales, ellos pierden mucho de su autenticidad. El místico que alcanza la sensación de Dios, tiene con esto todas las pruebas y no busca otras. Y cuando se llega a la sensación, tal cual como se repite en muchos casos y temperamentos distintos, se tiene el mismo derecho de negarla, igual que se tiene para las sensaciones de instigaciones físicas. Si las examinamos a fondo, éstas no nos dan ninguna garantía absoluta. Si detrás de toda sensación debe existir una realidad, ¿por qué unas deben ser falsas y las otras verdaderas? Es lógico que ambas sean verdaderas. Y entonces, he allí que el Dios que para el místico todo lo invade, puede ser la misma omnipresente y perfecta ley que para el físico todo lo regula. He allí que aparece por dos vías tan distantes y opuestas, la misma inmanencia de Dios, apenas la conciencia se eleva más hacia el centro del ser. Mejor dicho, cuando queramos acercarnos a la más profunda y verdadera realidad, tal vez el místico tenga muchas más cosas que decirnos, que aquel nebuloso mundo de símbolos con los cuales el matemático, visto que la representación mecánica y antropomórfica nos dice muy poco, trata hoy de ver en el misterio del universo físico-dinámico. El científico mismo sabe que todo esto no lo pone en contacto con la última realidad, sabe que las suyas son puras interpretaciones y algo muy distinto de absolutas y definitivas. El místico puede, en cambio, enseñarnos que más allá de los sentidos dirigidos hacia el análisis objetivo, el hombre posee un sentido interior de los valores y de los caminos para alcanzarlos; que más allá de aquellos puramente racionales del científico, existen medios intuitivos más rápidos y sintéticos; que más allá de aquellos sensoriales inmediatos, existen medios directos capaces de evaluaciones que se extienden hasta los campos que para el racional son inaccesibles. Por otro lado, en el fondo de la observación sensorial existe la premisa axiomática, apriorística y no demostrada, de que nuestros sentidos son un canal para el conocimiento, capaces de revelarnos el significado real de las cosas. He allí que los primeros momentos de la ciencia racional no son demostrables, son superracionales e intuitivos, al igual que los últimos. El matemático puro no tiene una opinión elevada de los métodos de deducción usados por la Física y desaprueba la fragilidad de lo que es aceptado como prueba por la misma ciencia física. Esto valoriza la contribución que puede dar la intuición del mundo invisible por parte del místico, incluso si ésta desde el punto de vista de la ciencia puede parecer inconsistente, porque es imprecisa.

Concluyendo: ninguna vía es despreciable para afrontar el misterio, tan profundo y complejo es él, que toda ayuda nos es necesaria; tan vasto y múltiple es ese misterio, que todos los caminos pueden llevar a su solución. En la misma ciencia positiva que cree basarse sobre lo sólido, vemos que los resultados conseguidos por una generación ya no valen para la siguiente. Todo es un hacerse y superarse continuo, en todos los campos. Y entonces es justo preguntarse si esta continua mutabilidad de nuestro conocimiento en todos los campos no será más bien el efecto de la evolución psíquica humana de la cual depende todo lo que pensamos, no será más que su índice; si toda la objetividad científica no esté más que en función de nuestros medios sensoriales y psíquicos; si nuestro conocimiento depende sobre todo de la evolución

de ese instrumento que es nuestra mente. Ciertamente es que en principio, para una inteligencia nacida y hecha para los fines inmediatos de la vida, el ingreso en estos campos de investigaciones abstractas puede dar el sentido de una aberración biológica de una actividad anormal. El intelectual avanza sobre este terreno, podrá parecer una monstruosidad para la media, algo que va más allá de la vida a la cual le interesa primero la alimentación y la reproducción, cosas que el normal conoce muy bien y que están también en el fondo de la vida del pensador. El primitivo normal no tiene necesidad, en verdad, de conocer la estructura del universo para vivir. Sin embargo, un futuro en la evolución solamente es imaginable en estas actividades supernormales, hoy aberración biológica, mañana creación de nuevos tipos de existencia. El conocimiento es el resultado, sobre todo, de la evolución. El intelecto se desarrolla y florece como todas las cosas en el todo. Lo que en verdad todo lo dirige es la inmanencia de Dios, lo que todo guía es su constante obrar creador. Vemos porque antes, sin saberlo nosotros, se formaron los ojos. Con esto y otros sentidos así formados, bajo el estímulo de la lucha que instruye y selecciona, el hombre ha descubierto después las leyes de la óptica, por las cuales ya desde hace tiempo, sin que él lo hubiese analizado y comprendido, sus ojos ya funcionaban. Así al actual superconcebible se accede poco a poco con la formación y perfeccionamiento del órgano psíquico, y solamente este hecho podrá permitir, con una mente más selecta, penetrar su estructura y ese conocimiento que actualmente se escapa. Toda nuestra incompreensión de los últimos problemas, es cuestión de inmadurez biológica.

* * *

Con esto se cierra por ahora nuestra carrera a través de la ciencia moderna. Hemos comprobado y desenvuelto muchos conceptos sumariamente expuestos al comienzo de “La Gran Síntesis”. Reunimos también las conclusiones filosóficas y místicas del cap. “Dios y Universo”, con las de la más moderna ciencia físico-matemática. Así nuestra concepción de la estructura espiritual del universo, concuerda con la atómico-dinámica de los más grandes físicos y matemáticos actuales. El orden moral en el cual se mueven las fuerzas espirituales, funciona en armonía con el orden dinámico-físico concebido según las últimas teorías de la relatividad de Einstein, de los “quantum” de Planck, de la física estadística y cuántica, del “continuo” cuadrimensional y del espacio curvo. Aquí hemos visto como estas teorías pueden desarrollarse en el campo filosófico y conectarse a ellas, los desenvueltos en la primera parte de “La Gran Síntesis”, por lo cual el mundo físico-dinámico es conjugado con el mundo moral. Aparece el Todo-Uno, a lo que llamamos “Monismo”.

Todo esto converge con la demostración de que este Todo-Uno es realmente un fisio-dinamo-psiquismo, el concepto central de estos escritos. Estos tres modos de ser de la misma única sustancia, están conectados a un transformismo que los cambia el uno en el otro, sea en un respiro de ida, de involución o centralización, como en un

inverso respiro de retorno, de evolución o expansión que es el actual. Se trata de un viaje a través de progresivas dimensiones, de un viaje que en nuestra fase es una íntima auto-elaboración en la cual Dios está presente y activo, y por la cual todo vuelve a él. Hoy el Todo va hacia el puro pensamiento.

La visión de la ciencia es más circunscrita. El punto de vista científico más ortodoxo es que la entropía del universo aumenta y debe aumentar hasta su valor máximo final. Ella está creciendo rápidamente. Pero la ciencia se detiene en la actual fase evolutiva que, precisamente, mientras va hacia el espíritu y representa la reconstrucción de esta forma del Todo (Dios-pensamiento), debe representar la muerte de la materia, así como la involución representa la muerte del espíritu. Así aislada la entropía en una sola dirección, sin ver el transformismo opuesto, no se puede comprender. Fue en la anterior inversa fase involutiva que se concentró aquella potencia que ahora se manifiesta y que se va consumiendo, nivelándose como entropía. Ella no es más que un desarrollo que, si anula la forma materia, crea la forma espíritu. Y esto es el retorno a Dios en la actual ascensión evolutiva.

Este retorno actual explica la técnica de la creación, que fue un inverso, equilibrante transformismo psíquico-dinámico-físico, creador del universo sensible de la forma, por un acto del puro pensamiento, el cual la ciencia hoy lo comprueba, pues que ha quedado enredado por todas partes, revelándose presente hasta en la estructura íntima de la materia, y esto es tan verdad, que la reducimos a una fórmula matemática, pues que esta es la representación que más se acerca a esa realidad que es abstracta. James Jeans, como hombre de ciencia, llama al acto de la creación una materialización del espíritu. Pero también varios otros científicos hoy reconocen que nuestro universo dinámico-físico puede ser una formación que ha descendido evolutivamente a la 4ta dimensión o “continuo” espacio-tiempo, desde la 5ta dimensión que es la conciencia. ¿Y qué quiere decir esto sino el fisio-dinamo-psiquismo evolutivo actual, en su inversa fase creativa? Ésta consistiría entonces, precisamente, en una emanación del pensamiento de Dios, de la cual también para la ciencia derivaría toda la formación de nuestro universo.

El esquema de este universal transformismo cíclico está reproducido por todas partes bajo nuestros ojos, en los casos menores a nosotros accesibles. En un universo conectado, armónico y analógico por todas partes, esto es una prueba. Todo es cíclico en el universo, todo renace de las radiaciones en que todo se disuelve. Dice el mismo James Jeans: “Las estrellas actuales se volatilizan en radiaciones que tomarán de nuevo consistencia, convirtiéndose en materia”... “Así nuestro universo puede representarse de forma cíclica, vale decir, que mientras en una región él muere, en otra los productos de su muerte son capaces de producir vidas nuevas”.

He allí trazado aquí, en el ámbito físico-dinámico, el inverso respiro creativo-evolutivo del universo. La ciencia ya ha visto este trecho del doble transformismo. Tenemos, entonces, primero la formación de los núcleos de materia en el espacio, dinamizados por el pensamiento creador. Después, irradiación dinámica de estos

núcleos altamente dinamizados hasta su agotamiento (entropía), pero con esto la formación de planetas y sobre ellos la vida, adherida a la transformación de la energía en conciencia y pensamiento. Así se cumple el ciclo de ida y retorno del ser de Dios a Dios. Todo es cíclico y vuelve al punto de partida. Hoy la dirección del devenir es la evolución. Avanzar o morir. La vida está en el marchar hacia el espíritu.

Por ser cíclico, todo es curvo en el universo. El átomo es esférico como los sistemas planetarios. Curvo es el espacio, la dimensión del universo físico, que hoy, en fase evolutiva, está en expansión; curvo es el “continuo” cuatridimensional, en el cual con el espacio se funde el tiempo, dimensión de la energía; curvo es el concepto creativo-evolutivo que así realiza el ciclo y vuelve al punto de partida. Curvatura universal, expresada por el universal esquema del ciclo, curvatura de todas las dimensiones del ser, en la cual finito e infinito se funden. Curvatura expresada por la ley de causalidad, por la cual causa y efecto, efecto y causa, se ligan en cadena en un circuito que se cumple volviendo a los orígenes. Este es el esquema del universo.

He allí la gran y simple idea que todo lo explica y todo lo contiene. Mientras más simple es la explicación, mucho más convincente es. En ésta, que todo lo encuadra y en la que todo vuelve a entrar, se tiene mayor probabilidad de encontrar la más fiel interpretación de la verdad. Esta es hoy la más completa y concluyente. La conclusión de este nuestro trayecto, realizado junto a la ciencia que va al descubrimiento de Dios, es que el universo no es una realidad inconsciente y mecánica donde reina el azar, sino que es cada vez más como un gran pensamiento que sabe, en vez de una gran máquina autónoma, ignorante de sí misma. También en el universo físico y dinámico se revela la inteligencia y la conciencia. Ellas regulan todo a través de una ley perfecta que se distingue de las leyes humanas porque no contiene excepciones y jamás es quebrada. Ella determina al ser y define sus propiedades. En el mundo físico los símbolos matemáticos indican esta inderogabilidad absoluta. En la materia y en la energía ella es una regla íntima, tan injertada en la esencia de las cosas que está en la naturaleza el seguirla, de modo que ella es espontánea, no forzada, es libre y jamás es violada. Mientras en las leyes humanas es la aplicación lo que es difícil, aquí es la no-aplicación lo que es imposible. Sucede lo que debe suceder, según la ley. Entre los mundos involucionados de la materia y de la energía y los planos más evolucionados del espíritu, existe la diferencia de que esta obediencia se torna de inconsciente en consciente; pero la Ley siempre domina y la vida, incluso a través del error y el dolor, sirve para aprender a convertirse en conscientes, vale decir, a libremente seguirla como nuestro máximo propio bien. Ella es el pensamiento de Dios del cual todo depende. Por lo tanto, el espíritu es universal, pues que hoy también para la ciencia, él no parece ya un intruso ni siquiera en el reino de la materia, sino que está fundido en ella, emergiendo evidente desde sus profundidades. El “espíritu” al que denominamos Dios, aparece hoy, también en las grandes mentes directivas de la ciencia, como el creador y el gobernador de todo el universo. Todo esto prueba, en verdad, que hoy marchamos hacia la nueva civilización del espíritu.

EL DRAMA DE QUIEN CREE

De todo lo que hemos dicho, resulta en las cosas la innegable presencia de una inteligencia. ¿Cómo podemos entonces dejar de preguntarnos, si una tan profunda sabiduría a veces falla como en la muerte, en el dolor, en el aborto, si será capaz de alcanzar sus fines? ¿Cómo puede tanto poder aceptar tanta limitación? ¿Pero es esto en verdad limitación, o más bien toda barrera es después igualmente superada, y entonces la vida puede quedar indiferente ante estos fracasos? ¿Y no pueden ser ellos, en cambio, una forma de victoria y un medio de conquista? ¿Será entonces posible, cuando todo se derrumba alrededor de nosotros, que Dios funcione a través de nuestra esperanza desilusionada? Siento entonces que algo se mueve con la fe, y que eso queda, incluso si no logra inmediatamente realizarse, y que de esta manera la fe no fue vana. El Dios inmanente y recóndito parece no tener prisa en manifestarse, y que sabe alcanzar sus fines también a través del fracaso y más allá de nuestra desilusión. Pero nosotros queremos y buscamos la vía más directa y segura para conseguir, pues que en nosotros la vida busca y quiere el éxito. Sin embargo, hemos de constatar que los cálculos de la razón en la práctica pueden fallar, así como los impulsos de la fe. Ninguno de los dos métodos sabe darnos una seguridad; uno no es más válido que el otro. Fracasan los grandes calculadores, prudentes y previsivos, y a veces consiguen con métodos opuestos hombres con sólo la fe que lo arriesgan todo, y viceversa. Esta es la complejidad de la vida y estas son las incógnitas que ella contiene, ya que jamás existe algo completamente seguro. Otra cosa no nos queda que confiarnos a esta inmanente, si, pero tan recóndita sabiduría que todo lo rige, limitándonos a hacer de nuestra parte todo lo que podamos, pues sea como razón o como fe, siempre podremos muy poco en el seno de un universo ilimitado también como pensamiento. Pareciera que este Dios que todo lo sabe y sin el cual nada puede existir, tratará de hacerse inaccesible para nosotros. Apenas los fenómenos nos dicen que Él no es antropomórfico como ingenuamente imaginábamos, y con esto creemos haber descubierto algo y saber algo más sobre Él, nos damos cuenta entonces de que sabemos menos, pues que, suprimido el antropomorfismo, Dios desaparece de nuestro concebible y ya no sabemos más cómo reencontrarlo. Y la tan declarada sensación de Dios que el místico obtiene, ¿es en verdad sensación de Dios o el resultado de quien sabe qué procesos psicológicos subconscientes? Pero no por esto ellos quedan menos verdaderos. ¿Pero qué sabemos nosotros de su verdadera función biológica creativa y en qué relación ellos están con Dios?

Cierto es que nuestro cuerpo y su psiquis, aliados en conjunto para vivir a toda costa, contra todo y contra todos, pueden jugarlos malas pasadas y darnos perspectivas ilusorias. Pero también es cierto, que la vida difícilmente se deja ilusionar en sus objetivos de vencer. Y entonces es lícito sospechar que cualquier derrota no sea más que una victoria diferida, tanto que el tiempo a la vida no le falta; es lícito pensar que la derrota sea la condición de una victoria mayor. Ciertamente el instinto nos indica

muchas vías para vencer y a través de ellas Dios siempre presente nos impulsa a salvarnos. Él se manifiesta como una retoma contra los asaltos, como una reacción nuestra defensiva y protectora, que parece automáticamente hacerse tanto más fuerte, cuanto más fuerte ha sido el golpe inferido desde el exterior. Entonces Dios parece darnos fuerza y hablar mucho más poderosamente para decirnos: ve, vive, lucha, resiste, actúa, pero vive.

La voluntad de Dios es que la vida viva a cualquier precio, utilizando todos sus recursos, aprendiendo todas las cosas, las buenas y las malas, con tal de vivir. Ahora, cuando la fiera mata para no morir de hambre o el involucionado oprimido se rebela, roba y se convierte en delincuente porque no tiene otro modo para vivir, esa es la voz de Dios que dice: vive. Cuando el santo lo sacrifica todo, hasta la vida, por el ideal, esa es la voz de Dios que dice: vive. Esta voz jamás se resigna definitivamente a la muerte. Y frente a ella revive, renovándose en nuevas vidas. También la fiera y el hombre-fiera quieren vivir. Pero cada uno tiene su vida. El involucionado no tiene otra vida y, se apega a la animal que es todo para él. Y si el santo la entrega, esto es porque ha visto otra vida que conquistar, de la cual el primero no sabe nada. El santo se rebelaría con la misma potencia, si bien en planos y con métodos distintos de aquellos con que se rebela el involucionado, si se le quita su vida de santo, como reaccionaría el involucionado si se le quitara su vida de bestia. Pero, si él también tiene razón en su plano inferior, su modo de comportarse lo califica y lo muestra como ser inferior. Y este estigma es su más grave condena, porque esto implica que él está ligado a formas de vida inferiores. Pero la vida quiere vivir en todos los planos, y cuando le falta lo necesario lo busca por todos los medios. Con unos lobos saciados nosotros podemos siempre vivir tranquilos y en paz, pero jamás con unos lobos hambrientos. Ahora, la vida nos hace comprender, por el modo como incita a los lobos hambrientos contra sus hambreadotes, que ella es necesidad para todos, es deber y derecho incluso si los hambreadotes, sólo porque son más fuertes, clasifican como culpa la defensa de quien es oprimido, y como justo derecho lo del propio opresor. Así se explica cómo en un dado momento histórico, cuando llega la madurez de las clases inferiores que se han despertado, la vida como voluntad de Dios puede impulsarlos a conquistar para sí aquel bienestar que 2.000 años de Evangelio han vanamente aconsejado a los que más tienen para fraternalmente repartir.

Cuando el evolucionado fracasa en su plano, siente que está tratando de realizar un tipo de vida superhumano, pero que por el momento aquella tentativa no ha tenido éxito. Ahora, no tener éxito en el momento no es una derrota, sino que forma parte de la estrategia de la conquista. Entonces, si el hombre está maduro, la fe que parecía aniquilada por la desilusión, resurge más fuerte por otro lado, como potencializada por la derrota, más aguerrida para poder vencer mejor en nuevas batallas. Esto porque la verdadera fe no es un estado inerte y pasivo, sino un arma que se va refinando, una posición de vanguardia que se va consolidando, que puede vacilar y que se puede perder, pero que se puede reconquistar. La fe sentida es una fuerza útil en la gran batalla por la evolución, por la conquista en el espíritu y por la ascensión hacia Dios. El alma siente la utilidad de la fe en esta lucha y, conociéndola, ya no la abandona.

Cuando la vida ha probado la fe y ha conquistado esta fuerza, no se decide a dejarla, pues que ella nunca deja lo que es útil. La fe es un nuevo sentido, un tentáculo extendido hacia lo ignorado, un poder de intuición que puede errar, pero que errando se corrige, se perfecciona, se consolida. Ella es un medio positivo de defensa de la vida, preparado para convertirse cada vez más en tal. Para quien ha experimentado una vez la fe, existe, incluso cuando ésta fracasa y parece habernos engañado, un instinto que lo conduce a su salvación, pues que ella tiene la gran función de ser la última ánora de salvación, sin la cual toda derrota sólo puede ser desesperación. La esperanza que la vida no impone, incluso cuando todo parece perdido, es un instinto que viene del Dios presente que quiere que sigamos viviendo, instinto que irracionalmente parece también saber que no obstante todo, derrotas, dolores, la misma muerte, la vida continuará. Es este instinto en el cual habla el Dios inmanente, el que nos hace creer en la vida más allá de la muerte. Más allá de todas las apariencias contrarias, ese instinto nos dice que la vida no puede terminar.

¡Extraño y misterioso mundo, éste que solamente la fe sabe abrir! Por momentos él se abre completamente. Después se vuelve a cerrar. Él nos enceguece con sus esplendores, y también parece hecho de tinieblas profundas. En la fe está el porvenir de la vida. Existe un presentimiento de divina indestructibilidad en todas las cosas. ¿No es esta la voz de Dios que nos habla desde lo profundo de ellas? Es la eternidad de la esencia de las cosas que nos habla, revelándose desde lo profundo de todo lo que existe, diciéndonos a través de nuestro indomable instinto que, no obstante toda apariencia contraria según la cual todo es perecedero y caduco, todo parece polvo e ilusión, todo en cambio es estable y real. ¿Y qué cosa es esta voz sino la revelación de la universal presencia de Dios? Entonces miro hacia el Cielo y digo: “Dios, perdóname si en algún momento en el cual las cosas han fracasado, mi fe ha caído y por ello he renegado de ti. He allí que tu surges de nuevo delante de mí, más vivo y más presente que antes, ningún hecho contrario podrá jamás eliminar tu presencia. Tu estás aquí y yo te escucho”.

Será ilusión, pero pueden hacerse muchas cosas con la fe, que de otro modo no se podrían hacer. El hecho es que ella es útil, me sirve y yo la utilizo en la vida. Con cada desilusión, se excava más profundamente, con el resultado de demoler una fe más superficial y encontrar una más profunda. Pero es necesario ser prudentes también en la fe, pues que ella también tiene sus riesgos. Quien se aventura locamente, confiándose a la imaginación, fanatizándose y creyendo que en esto consiste la fe, puede estropear ese maravilloso mecanismo y entonces la fe no puede funcionar en sus manos. La culpa entonces no está en la fe, sino en no saber creer bien. Y renegando de ella nosotros nos alejamos de una vía saludable que trae a nosotros fuerzas buenas y amigas.

He dicho que Dios desaparece de nuestra mente cuando lo desantropomorfizamos. Sin embargo él resurge en nuestro pensamiento y nos dice a cada uno: “Mirad alrededor, por todas partes yo estoy”. Y todo vuelve a hablarnos de él que torna a mirarnos con una mirada de rostros distintos. Y nosotros que creíamos haberlo

perdido por no verlo ya focalizado en una forma, lo vemos resurgir delante en todas las formas. en verdad, a muchos puede dar miedo esta inmanencia y entonces ellos se afanan en encerrar muy bien a Dios en las iglesias y a alejarlo en lo trascendente, para ser más libres de tal preocupante presencia entre sus asuntos cotidianos. Pero quien sufre y tiene alma pura, el justo, goza de esta inmanencia y a ella se agarra con todas sus fuerzas como única defensa, y no hay condena espiritual que lo pueda apartar de esta su fe.

La rápida carrera que hemos hecho a través de la ciencia nos confirma cada vez más en la idea, no solamente de la existencia, sino también de la inmanencia de Dios. Si esta sabiduría parece a veces fracasar y ser contrastada por el dolor y por el mal, esto es algo sólo aparente. Para quien ve en lo profundo, estos desequilibrios son reabsorbidos en equilibrios mayores y al final son eliminados. Ciertamente es que el universo se nos presenta diferente según los ojos que lo miran y el plano desde el cual se mira. Entonces nos viene a propósito preguntar: ¿Cómo aparecería nuestro mundo visto desde un plano macroscópico? Tal vez del mismo modo como se nos presenta a nosotros el mundo submicroscópico. Y si nosotros tuviéramos una mente y unos sentidos adaptados para percibir el mundo submicroscópico, no podríamos percibir el mundo de nuestro plano, así como desde éste se nos escapa el universo macroscópico. Una conciencia submicroscópica quien sabe con cuántos esfuerzos llegaría solamente a alguna aproximación de ese mundo sensorial que forma nuestra concreta realidad. Se aproximaría allí, así como nosotros nos aproximamos a los universos galácticos, con observaciones desde la distancia, con hipótesis, teorías, cálculos, controles experimentales y por síntesis progresivas. Esta ciencia debería hacer quien sabe cuántos estudios para distinguir el agua de la piedra, y no podría jamás percibir y comprender un ocazo, una flor, un panorama. De su propio plano, por tanto, el hombre sabe mucho más. Si él perteneciera a mundos menores, no comprendería nada de ésta a la que llama ilusión, y que sin embargo relativamente a él, en su plano, es una realidad. Todo mundo es real a su nivel, e ilusión si es visto desde otros planos, y cada ser está dotado de la sabiduría que le sirve para su vida. Si el hombre va conquistando el conocimiento del universo, esto es porque su vida se dilata en proporción, y ese conocimiento deberá servirle.

Todo es relativo en nuestro universo que es relativo. Sin andar muy lejos, observando en lo pequeño, también en nuestro mundo vemos que existen diferencias profundas entre los hombres, dadas por los distintos planos biológicos en los cuales ellos viven, según su grado de evolución. La ciencia médica, como las ciencias sociales, se dirigen al tipo medio y aplican a todos unas normas estandarizadas adaptadas a ese tipo. Así quien es menos o más evolucionado que ese tipo, deberá adaptarse a la medida común a todos; o elevarse a un tratamiento superior a su naturaleza, o abandonarse a uno inferior. Bien dura será en la Tierra, entre los normales tipo estándar, la vida del ser que ha alcanzado en el espíritu formas biológicas superiores.

El primer obstáculo que se levanta delante de estos buscadores puros de la verdad, delante de estos ascetas del pensamiento y sacerdotes del espíritu, es la intransigencia

humana y la manía del encuadramiento. Debido a esto, todo lo verdadero es ya apriorísticamente catalogado según los intereses de cada grupo. Quien busca lo verdadero seriamente, tiene necesidad de ser libre y no estar ligado ni encerrado en puntos fijos o soluciones ya dadas. De otro modo él estaría en la situación de no poder dar un paso sin encontrar un muro divisorio, y detrás de él, un enemigo armado. El involucionado es separatista, agresivo. Absolutista. El evolucionado es universal, pacífico, tolerante. Como tal, no es encuadrable en los grupos humanos a base de intereses, ávidos de destruir para dominar. Y así, el evolucionado solamente encuentra tentativas de encarcelamiento de su universalidad, en secciones humanas. De allí resulta su sofocamiento y el secarse de esa fuente espiritual de la cual sobre todo, el tipo inferior tiene necesidad. A estos seres que emergen desde el normal plano biológico, se les impone la lucha de todos, de modo que ellos tienen que saber vivir como ángeles entre demonios, y producir en el espíritu entre la turba de encarnizados vientres ambulantes.

Sin duda el método de la lucha es útil para la vida para sus fines selectivos, pero lo es de tal forma sólo en los grados inferiores, donde el ser no sabe aplicar un más elevado género de actividad evolutiva. Pero en planos superiores esta forma de actividad es perfectamente estúpida e inútil para los fines selectivos. De hecho el ser superior la rechaza completamente con la tolerancia y con el perdón. El inferior que no sabe hacer algo mejor de lo que hace, para aprender y evolucionar tiene necesidad del egoísmo, de la rivalidad con el vecino, de agredir y ser agredido, del hambre y de la resistencia de un ambiente hostil. Y todo le es ofrecido en proporción. Pero para el evolucionado la selección se realiza de una forma completamente distinta. Su actividad se dirige a creaciones mucho más profundas. Para él es perfectamente estúpido matarse los unos a los otros, cuando para vivir existe en la Tierra de sobra para todos. Pero se comen los unos a los otros, los seres que no han todavía comprendido el sentimiento utilitario del trabajo fraternalmente orgánico, y por eso luchan y sufren, precisamente para aprender todo esto que es la meta de su evolución, a la cual el evolucionado ya ha llegado. Él está solo y debe vivir entre quienes todavía no pueden comprender.

Pero para el hombre normal es otra cosa. Igual que para el animal, si no fuera la agresión, ¿quién le enseñaría la astucia y quién formaría su inteligencia? Algo, con cada daño sufrido, se escribe siempre en nuestro “yo”: dónde y cómo no sabemos, pero allí queda escrito. El evolucionado que no tiene necesidad de reforzar su inteligencia porque ya la ha formado, al menos en este plano, sabe esquivar el golpe porque es inteligente. El necio que tiene necesidad de fortalecer su inteligencia porque todavía le falta, es el que menos sabe defenderse y el que más se expone. En consecuencia, recibe todos los golpes. Es el bocado predilecto de los astutos dedicados a la caza del tonto. Él es, entonces, el que más va a la escuela. No se puede impedir, porque esta es la vida, que en el mundo social a cada paso, exista una trampa o un lobo preparado para despedazar. Todo esto es lógico y está equilibrado en el plano normal y tiene su justa finalidad. Está proporcionado a la necesidad de evolucionar y a la sensibilidad de los hombres que tienen la necesidad de duros golpes para comprender. Pero para el evolucionado, el quedar inmerso en tal mundo y

expuesto a este género de luchas, es algo inútil y antivital, mientras es útil y vital para los demás. Él debe perder el tiempo y energías para no ser golpeado, mientras ansía cumplir su trabajo, para el cual está en la Tierra, trabajo muy distinto al egoísta de los demás, y que es para el bien de los demás.

La incompreensión de la posición del evolucionado por parte del mundo, llega al punto de que él es considerado un anormal y su estado es considerado como patológico por la medicina, que solamente admite un modelo estandarizado, basado en el tipo biológico medio dominante por el número. Todo lo demás es definido como patológico. No se admite el tipo biológico trascendente, supernormal, inmerso en la dura labor creativa que se genera en esa fase de transmisión evolutiva que los demás ignoran. Por razones de práctica realización, hoy los principios terapéuticos, económicos, sociales, están todos estandarizados, mientras que ninguna cosa es igual a otra, y nada es más absurdo en la naturaleza que la igualdad para todos. Se debería, en cambio, llegar a una nueva rama de medicina supernormal, cuyo campo sean las perturbaciones evolutivas entendidas no como hoy, como patológicas, sino como normales y saludables, como no son patológicos para la mujer los dolores del parto. No obstante, en el caso del evolucionado, muy a menudo estas perturbaciones hoy son consideradas patológicas, calificadas con nombres que dicen muy poco, como histerismo, neurosis y cosas semejantes. ¿Cómo sería el parto de una mujer a la que se considera su feto como un tumor al que hay que operar y tuviera que sufrir intervenciones en tal sentido? Sin embargo, así ocurre para el futuro tipo biológico que hoy excepcionalmente comienza a formarse, tipo que deberá generalizarse cada vez más, porque está allí en el espíritu, el único futuro de la vida. Es imprescindible comprender que ciertos desequilibrios son la necesaria condición de equilibrios más altos, que de esta manera se van así conquistando. Se ha formado así, toda una pseudo-patología. No obstante, cuando el nuevo tipo biológico del mañana comience a formarse con mayor frecuencia de casos, deberá nacer esta nueva medicina que contempla los disturbios evolutivos y las perturbaciones orgánicas y psíquicas derivadas del transformismo biológico tendiente hacia más altas formas de vida.

La progresiva evolución humana lo está transformando todo en la Tierra, y el involucionado todavía no lo percibe. El ultramicroscopio electrónico (utilizable sólo con la fotografía) puede alcanzar aumentos hasta de 40.000 diámetros. Pero con esto todavía estamos muy lejos de poder aferrar el alma de las cosas. Detrás del mundo de las apariencias existe otro mundo, el de las potencias. No obstante, todo está ya escrito y resuelto en el pensamiento universal, y todo sólo es cuestión de saber leer allí. La solución de todos los problemas está en ideas u ondas-pensamiento que ya existen y circundan en la atmósfera espiritual del cosmos. Nada hay que descubrir. Solamente hay que saber evolucionar y con esto sensibilizarse, y todo será visible y evidente. Trabajo que corresponde al evolucionado, a aquel que los demás consideran el gran imbécil de la vida, porque no sabe robar, no oprime y no miente. Trabajo que debe balancear el de una ciencia que el involucionado solamente sabe utilizar para la muerte y la destrucción. El descubrimiento de la bomba atómica parece nada, frente a este de los rayos letales que tendrían un efecto infinitamente superior al producido

por la desintegración de un núcleo de Plutonio o de Uranio. Son conocidas las reacciones en cadena en la desintegración de los átomos. En este proceso se forman radiaciones gamma que interrumpen la cadena desintegradora. Si estas radiaciones pueden perturbar la desintegración en cadena completa, estos rayos pueden crear zonas letales. Acelerando estas radiaciones y regulando su velocidad y dirección, se podrían canalizar a una velocidad teórica de 300.000 kmts por hora, sobre un objetivo a 100.000 kmts de distancia. En esta área toda vida debería cesar. Como se ve, la ciencia del mal no está ociosa.

Los hombres alojados en sus posiciones conquistadas con esfuerzo, quisieran, para conservarlas, que nada marchara en el mundo y todo quedara inmóvil. Pero la vida no se puede detener. No el revolucionario loco y egoísta que miente por ventaja propia, sino el revolucionario sabio, que trabaja en contacto con el pensamiento de Dios en armonía con las leyes de la vida, forma parte de los insuprimibles impulsos evolutivos. Hay que pensar que la ascensión en todos los campos es la gran ley del ser, el principio fundamental del universo, apoyado por las más grandes fuerzas de la vida. Se puede matar al hombre que personifica estas fuerzas, pero ellas están por encima de cualquier poder humano y no se pueden destruir. Dios está con los hombres que se sacrifican por estos objetivos de ascensión humana, y por cada uno que es matado, renacen cien.

Hace más de un siglo que el mundo está orientado hacia la “izquierda”, hacia el materialismo, que incluso en su tiempo, ha tenido su función. Es el fenómeno equilibrado de las oscilaciones del péndulo o del ritmo cíclico, dominante también en la vida social, el que ahora impone un opuesto impulso hacia la derecha, vale decir, hacia el espiritualismo. Esto es elemental. La vida armónica y equilibrada está por decir su: “basta” a los hombres de la materia. Esto significa su liquidación. Todo es periódico y está balanceado en la naturaleza. Estamos sujetos a retornos, a un orden; estamos sujetos a una voluntad cósmica contra la cual el hombre nada puede. Y este que aquí concluye, es nuestro octavo volumen, que estudia lo que piensa y ordena esta voluntad cósmica, a la cual el hombre casi nunca toma en cuenta. Ella habla siempre y la vamos escuchando en todas sus expresiones, en aquellos seguidos por el científico y en aquellos sentidos por el místico. Escuchar es para ellos perturbador, porque esa voz es terriblemente potente y habla de lo inconcebible. Para comprenderla es necesario afrontar el martirio de la mente y del corazón, pues que solamente entonces ella responde, porque sólo a través de ese martirio, el hombre se hace digno de oírla.

El esfuerzo de la vida es por escapar del estancamiento de los mundos inferiores y por evadirse de la inmovilidad y del determinismo de las leyes de los planos más involucionados, para conquistar libertad y dominio. Contra la muerte, el ambiente hostil, las fuerzas del mal, el egoísmo del involucionado, la vida quiere subir hacia Dios. Esta es la Ley. Por eso la vida se arriesga con lo nuevo, inmola muchos de sus ejemplares, para explotar desde la forma en el espíritu, para escapar de la materia, para superarse, siempre insaciable de superaciones. Por esto la vida lanza a sus

campeones y con este objetivo también les sacrifica, aún sabiendo que está arriesgando lo mejor suyo. El Pensamiento Creativo concentrado en las formas inferiores no está muerto. Solamente está allí prisionero y se está preparando para desencadenarse en energía, y la energía en psiquismo, porque quiere liberarse y volver a ser él mismo. He allí que en lo hondo de todos los conceptos volvemos a encontrar siempre el vértigo de lo infinito.

PIETRO UBALDI Y SU OBRA



A las 08:30 minutos de la noche del 18 de Agosto de 1886, nació Pietro Ubaldi, en Foligno, una pequeña ciudad italiana cerca de Asís. En aquella región impregnada de la espiritualidad de San Francisco, inició su contacto con este mundo, que siempre le pareció muy extraño por el juego desesperado de egoísmos, fruto de la ignorancia general de las leyes de la vida, el cual percibió, desde muy joven.

Ubaldi procuró estudiar esas leyes en los libros. Mas descubrió que ellos poco le ofrecían de la sustancia que en vano procuraba. Se graduó en Derecho en la Universidad de Roma (profesión elegida por sus padres, pero jamás ejercida) y en Música (ofrecimiento, también de sus progenitores), se convirtió en políglota, y hablaba fluidamente, Inglés, Francés, Alemán, Español, Portugués, conocía Latín y Griego.

Era un hombre de una cultura envidiable. Su tesis de grado en la Universidad de Roma, fue sobre la **EXPANSIÓN COLONIAL Y COMERCIAL DE ITALIA HACIA EL BRASIL**, muy alabada por el jurado examinador y publicada en 1911, en un volumen de 266 páginas por la Editora Ermano Loescher & Cia, de Roma, Italia. La escuela secundaria y la universitaria no le auxiliaron en su angustiada sed de conocimiento. Comenzó entonces un periodo de intenso sufrimiento que fue su contacto con la vida de todos los días, con los hombres de todas partes, lo que constituyó una gran preparación para su espíritu. Había heredado de su padre una gran fortuna que no quiso considerar como suya por no haber sido producto de su esfuerzo personal, y a ella renunció y comenzó a trabajar como profesor de inglés en un colegio estatal en Módica, en Sicilia, después de ser aceptado en concurso público, siendo éste el medio que encontró para su sustento conforme le dictaba su conciencia.



En 1931 tenía 45 años. Se inicia entonces su gigantesco trabajo. Su inspiración alcanza alturas jamás soñadas, dando explicación genérica, sintética y profunda de toda la fenomenología universal, analizando al mismo tiempo y objetivamente, su evolución y la de toda la humanidad a través de 24 libros escritos que constituyen La Obra. Sus libros van siendo esparcidos por toda Italia, pero poco después, la guerra por un lado y la mentalidad europea con su conocida tendencia a la cristalización (saturada de culturas seculares) no parecía ser el terreno apropiado para esta novedosa semilla que fructificaría en el espíritu humano a través del tiempo. En el verano italiano de 1932, comenzó a escribir La Gran Síntesis, concluida el 23

de Agosto de 1935 a las 23:00, hora de Roma. Este libro, con cien capítulos, escrito en cuatro veranos sucesivos, fue traducido a varios idiomas. Solamente en Brasil ya alcanzó veinte ediciones y otras realizadas en Uruguay, México, Argentina, Italia y Venezuela. Otros volúmenes, verdaderos manantiales de sabiduría cristiana, surgieron en los años siguientes, completando los diez libros escritos en Italia. Esta parte de La Obra está compuesta de:

Grandes Mensajes

La Gran Síntesis

Las Noúres

Ascensión Mística

Historia de un Hombre

Fragmentos de Pensamiento y de Pasión

La Nueva Civilización del Tercer Milenio

Problemas del Futuro

Ascensiones Humanas

Dios y Universo



En 1951 Pietro Ubaldi realizó su primer viaje a Brasil, invitado a realizar una serie de conferencias por todo el país. Finalmente, en Diciembre de 1952, se instaló definitivamente en tierras brasileñas, escogiendo su domicilio en San Vicente, “célula mater” de Brasil, en el estado de Sao Paulo. En 1953, retornó a su misión apostolar, y continuó la recepción de los libros y recibió el último mensaje, “Mensaje de la Nueva Era”, del Libro *Grandes Mensajes*. Dos años después se mudó con su familia al edificio “Nueva Era” (pura coincidencia, nada tiene que ver con el mensaje mencionado anteriormente), donde completó su misión, la segunda parte de La Obra, llamada Brasileña, porque fue escrita en Brasil. Allí desencarnó a los treinta minutos del 29 de Febrero de 1972, después de concluir su último libro (24°): *Cristo*. Ambos acontecimientos fueron previstos en su libro *Profecías*, escrito con 16 años de anticipación. Ubaldi considera que Brasil es realmente el país más propicio para el gran movimiento de transformación de la Tierra, rumbo a la nueva civilización del tercer milenio. Los catorce volúmenes escritos en Brasil son:

Profecías

Comentarios

Problemas Actuales

El Sistema

La Gran Batalla

Evolución y Evangelio

La Ley de Dios

La Técnica Funcional de la Ley de Dios

Caída Y Salvación
Principios de Una Nueva Ética
El Descenso de los Ideales
Un Destino Siguiendo a Cristo
Pensamientos
Cristo

Escritores católicos, espiritualistas, espiritistas, filósofos, poetas y científicos rindieron homenaje a Pietro Ubaldi y a su Obra. Entre ellos: Ernesto Bozzano, Marc'Antonio Bragadim, Antonio D'Alia, Gino Trespioli, Paolo Zoster, Enrico Fermi, Ricardo Pieracci, Franco Lanari, Paola Giovetti, Moris Ulianich, Antonio Pieretti, Monseñor Mario Canciani, Cura Anthony Elenjmittam, Dario Schena Sterza, Cura Ulderico Pasquale Magni, Albert Einstein, Isabel Emerson, Gaetano Blasi, Maurice Schaerer, Humberto Mariotti, F. Villa Guillon Ribeiro, Carlos Torres Pastorino, Canuto de Abreu, Clóvis Tavares, Medeiros Corrêa Júnior, Monteiro Lobato, Rubens C. Romanelli, Emmanuel, Augusto dos Anjos, Cruz e Souza, etc..

Después de analizada su Obra, se puede constatar la magnitud y el interés palpitante que ella encierra para la humanidad de nuestros días. Pietro Ubaldi nunca pretendió hacer prosélitos, formar grupos o desencadenar luchas ideológicas. Insistiendo en estos puntos, declara en sus libros que el único propósito es hacer el bien y contribuir para que este mundo alcance, cuanto antes, su madurez espiritual.

